

El Décimo Círculo



José Antonio
Domínguez Garrido

EL DÉCIMO CÍRCULO

Autor: José Antonio Domínguez garrido

Registro: 201499901955756

Expediente: Se-1218-14

NOTA PRELIMINAR DEL AUTOR

Ante todo, amable lector, gracias por comenzar a leer estas palabras. Me gustaría que tratara de manera indulgente esta novela y, sobre todo, encontrara algo de distracción en ella.

Si me lo permite, quisiera hacer tres advertencias sobre este escrito.

La primera es que no he pretendido escribir la obra maestra de la literatura castellana; mi única ambición ha sido entretener y lograr causar alguna impresión positiva en usted o, al menos, un sentimiento de agitación y desasosiego, si es amante del género fantástico.

Tampoco finjo ser un doctor en teología. A lo largo de las páginas se trataran temas que pueden ser dogma de fe y, evidentemente, los he cambiado a mi albedrío. Hechos como la reciente desaparición del Limbo, lugar que durante siglos ha estado presente en la doctrina de la Iglesia Católica, o la permuta de actividad del Infierno, de lugar de tortura eterna a mera angustia por la ausencia de Dios, no van a hacerme cambiar el argumento de la aventura que tiene entre sus manos. Después de todo, quién sabe si dentro de un par de siglos no vuelven a cambiar la doctrina, esta vez a mi favor.

Y por último, no es una lectura aconsejada para personas sensibles. Si pertenece usted a dicho sector de la población, le rogaría que trasladara este ebook a la papelera de su escritorio y lo hiciera desaparecer. El contexto de la acción se haya imbuido por el mal absoluto, y éste no es compatible con una lectura ausente de la oscuridad del pecado.

Dichas quedan las advertencias; la responsabilidad de seguir adelante es suya.

A mitad del viaje de nuestra vida
me encontré en una selva oscura
por haberme apartado del camino recto

(La Divina Comedia)

Prólogo

Larry se recostó sobre la cerca y gruñó sordamente. Las risas que salían del interior de la casa herían sus oídos y su rostro se fue tornando lívido, a la par que adoptaba un gesto contrariado. En el silencio de la noche, las carcajadas retumbaban en el aire. Sólo suspiró aliviado cuando vio a aquel hombre, alto y enjuto, acercándose a él a través del camino que cruzaba el pueblo.

-Se están riendo de ti, Larry –le dijo el extraño, cuando se situó a su lado. Se había presentado la tarde anterior, mientras daba distraídos brochazos de pintura a la carcomida madera que rodeaba el jardín. Habían entablado una charla banal, que pronto había derivado hacia sus problemas familiares-. Tu mujer y tus cuñados se burlan de tu trabajo, de tus esfuerzos. ¡Y pensar que estuviste todo el domingo pintando la cerca! Todo por darle el gusto a tu mujer, que pensaba que otro color le iría mejor. ¡Y mira! Ahora te dicen que el sábado vendrán tus sobrinos a ayudarte a darle otra capa, porque no les gusta el acabado.

-¿Y qué puedo hacer? –adujo resignado-. Siempre es así, ella es la que tiene un buen trabajo en la biblioteca, yo sólo hago alguna chapuza de vez en cuando.

-Admítelo; te tiene jodido, acobardado. No posees iniciativa porque te la han quitado, como se le roba a un niño un caramelo. ¿Eso eres, un puto bebé?

-¡No, claro que no! –Había subido el tono de su voz-. Ya hablamos de esto ayer. Es cierto que no me apoya lo suficiente pero...

-Pero ahí está tu mujer, riéndose de ti con su hermana. Y tu cuñado mueve la cabeza y se retuerce histérico en su silla. Estoy seguro que se tira a tu mujer, Larry

-¡No! Ya te lo he dicho muchas veces. Aquella vez que llegué a casa sin avisar él estaba sin camiseta porque estaba arreglando el triturador de basuras.

-¡Y una mierda! ¿Crees que no oyeron tu coche? ¿Crees que no saltaron del sofá donde estaban jodiendo y corrieron hacia la cocina, disimulando? ¿No recuerdas lo arrugado que tenía el vestido? Y la zorra de su hermana hace como que no sabe nada, pero seguro que está enterada.

-¡Joder, joder! –era lo único capaz de farfullar.

-¿Sabes lo que yo haría? Porque de mí no se ríe nadie...tomaría la escopeta de caza y le pegaría un tiro a los dos, a tu cuñado y a tu mujer. Y después me follaría a esa zorrilla. Seguro que lo estás deseando, ¿Eh, Larry? Y tras correrme dentro de ese chochito depilado que tiene –porque presume de ello, ¿Nunca la has oído?-, le reventaría los sesos.

-No, no, no –se negaba, mientras mesaba sus cabellos.

-¡Maricón, mírame! –El extraño lo tomó con ambas manos del cuello de la camisa. Sus pupilas negras eran enormes y se dilataron aún más, hasta cubrir casi todo el globo ocular-. Entra ahí y hazte respetar, gilipollas. Mierda, llevamos días hablando de esto. Da un puto golpe de autoridad por una vez en tu vida.

Los ojos de Larry se tornaron vidriosos. De alguna manera habían perdido toda voluntad.

-Sí –murmuró-, por una vez se van a enterar de quién soy –y se dirigió hacia la casa con andar cansino, automático.

El extraño encendió un cigarrillo y la cerilla iluminó un rostro enfático, atemporal. A pesar del medio siglo que aparentaba, ni una sola arruga marcaba su piel.

Cuando retumbó el primer disparo, se alejó de allí con paso animado. Incluso, al doblar la esquina, ensayó un paso de claqué.

Había anochecido cuando el autobús le dejó a una manzana de su casa. Malhumorado, con los ojos cansados, anduvo los doscientos metros que le separaban de ésta maldiciendo sus pies doloridos. Llevaba así varios meses, tardando casi tres horas de su hogar al trabajo y viceversa, desde que su auto quedó inservible. Y lo peor es que éste se encontraba arrumbado en un rincón del garaje del concesionario, ya que no disponía del dinero para arreglarlo.

Entró en su hogar, una destartada casa de madera a la que le hacía falta una buena reforma (pero no había dinero, ¿ya lo hemos dicho, verdad?) y arrojó el maletín sobre el sofá. Abrió el gas y se fue quitando la ropa hasta llegar a la ducha. El agua caliente pareció reconfortarlo un tanto, y estaba disfrutando aquél momento (el único bueno del día) cuando sonó el timbre de la puerta.

Lo ignoró y siguió enjabonándose, pensando que sería alguno de sus vecinos pidiendo dinero para metadona (nunca se los daba, pero ellos volvían una y otra vez, como un ritual), pero el “ding dong” volvió a repetirse con insistencia, como una banda sonora de pesadilla ideal para la “maravillosa vida” que disfrutaba. Intentado mantener la calma, se secó rápidamente con la toalla y se dispuso a abrir la puerta, antes de que aquél intruso decidiera derribarla a golpes.

Ante él se encontró un tipo de unos cincuenta años, pelo canoso perfectamente cortado, elegante traje, inmaculada camisa y corbata impoluta y clásica, portando un attache con cierre dorado. En ese momento se sintió como un memo, y su rostro se sonrojó, intentando envolver con la toalla la parte más extensa posible de su cuerpo.

-¡Oh, disculpe! No esperaba a nadie.

-No, por favor, perdone usted mi impaciencia. Llevo toda la tarde aguardándole, y me había sentado en aquél banco de allí, cuando le vi entrar. No supuse que necesitaba refrescarse con tanta urgencia.

-Bueno, no se preocupe, pero le comento que no compro nada, siento que haya estado esperando... Y si es del banco, creo que no voy tan retrasado con las deudas...

-No, no, por favor, no quiero venderle nada, más bien al contrario. Porque es usted Darrell Kirtley, ¿verdad?

-Oh, bien –dudó unos segundos. Cuando desechó la idea de que fueran a embargarle los muebles o presentarle una citación para el juzgado, asintió-, sí, soy yo. ¿Quiere pasar mientras me visto, por favor? –y se apartó educadamente a un lado

-Será un placer –entró y le echó un vistazo rápido al salón. Si parecía disgustado por lo parco del mobiliario y lo deslustrado de los muebles, lo disimuló con una amplia sonrisa-. ¿Puedo sentarme?

-Sí, claro, ese sofá es cómodo, deme un minuto.

Se puso unos jeans y una camisa arrugada y volvió en menos tiempo del que había pedido. Aquél tipo estaba allí sentado, sonriéndole.

-Dígame que es lo que desea, señor...

-Bones, sólo Bones, no me gusta utilizar mi nombre de pila.

-Bien, señor Bones, dígame qué le ha traído en mi busca.

-Ofrecerle un trabajo, señor Kirthley. Un buen trabajo con unas condiciones excepcionales.

Aquello le sonó demasiado bien. Estaba cansado de su puesto actual, en una posición sin futuro ni ascenso posible, y con un sueldo mísero.

-¿En este momento está trabajando, verdad?

-Sí, me ocupo desde un despacho de una larga lista de clientes, vendiéndoles por teléfono los consumibles de nuestras impresoras, y coordinando el departamento técnico –entrecruzó las manos mientras movía nerviosamente los dedos-. Muchas horas y poco dinero, sinceramente.

Su invitado abrió el attache con decisión, buscó unos segundos en su interior, y sacó un fajo de billetes de mil.

-He observado su forma de vender, los argumentos que utiliza, lo sugerente de su entonación a la hora de convencer. En suma, le quiero en mi departamento al precio que sea; aquí hay cien mil dólares como prima si acepta nuestra oferta. Son suyos en este instante si decide firmar con nosotros.

Los ojos de Darrell centellearon, y un corto mareo le sobrevino, haciéndole tambalear. Se sentó aturdido. Para alguien acostumbrado a las carencias y la falta de oportunidades, aquel era un tren que no podía dejar pasar. Tenía que asegurar ese puesto, al menos el tiempo suficiente para tener ese dinero en su poder. Su mente elucubraba con las posibilidades de esa suma, y era una sensación que le llevaba al borde el vértigo.

-¿Dónde tengo que firmar?

Un contrato fue puesto ante él. Tomó la pluma que le tendió Bones (dorada y pesada. Juraría que era de oro macizo; no chapado, puro) y firmó donde le indicó.

-¿Cuándo comienzo? –dijo echándose en el respaldo de su asiento, respirando por primera vez en el espacio de un minuto y contando los dólares de forma discreta.

-Todo viene indicado en el contrato, señor Kirthley; le hubiera venido bien leerlo, al menos por encima. Aquí tiene una copia resumida.

Tomó las hojas entre sus manos y sus ojos se pasearon por el texto.

-No comprendo, según esto me incorporo a su departamento de ventas, pero todo tiene un sentido confuso...por favor, tendría que dar un preaviso en mi trabajo. ¿Cuándo comenzaría?

-Oh, debería deducirlo por este párrafo –se lo indicó con un dedo sobre el papel. Ahora vio sus uñas, agrietadas y negras-. Concretamente, si no lo ha adivinado, cuando haya fallecido, señor Kirthley.

II

Por muy inverosímil que sonara aquella afirmación, supo que era verdad lo que su patrón le decía. Intentó leer aquél párrafo, pero las letras bailaban ante él, como si intentara descifrar un libro de metafísica a las tres de la madrugada, después de haber tomado una botella de bourbon de un solo trago.

-¿Por qué yo? –atinó a decir-. ¿Por qué me ha elegido? ¿Cree realmente que puedo aportar algo a su departamento, sea lo que sea a lo que se dedique?

-No sea tan ególatra. Siempre buscamos nuevas promesas a lo largo del globo; usted es sólo uno entre muchos. Pero si le digo la verdad (ahora que ya ha firmado puedo serle sincero), jamás nos hubiésemos fijado en usted de no ser por su...accidente. Se ha hablado en todo el país del pobre Stevie, como sin duda sabrá. Es usted el malvado oficial de América.

Darrel cerró los ojos, cansado de que aquél asunto saliera todos los días a relucir, siempre de manera negativa, tachándolo de indeseable y cruel.

Tres meses antes, durante el mediodía de un sábado, conducía camino a casa. Un niño –se llamaba Stevie, lo supo después- irrumpió en la calzada jugando con su perro. Dio un volantazo intentando esquivarlo, pero no lo consiguió del todo, ya que el parachoques trasero lo golpeó. Y el coche, descontrolado, acabó empotrado contra un árbol, destrozado y con el motor partido en dos.

Se bajó del vehículo con la nariz sangrando por el golpe con el airbag, y vio al niño sobre el asfalto, inconsciente, mientras el perro aullaba lastimero. Llamó desde su móvil a urgencias, que al llegar comprobaron que probablemente Stevie tuviese una lesión medular, y lo subieron en una camilla con todas las precauciones debidas. Cuando se fueron, con la sirena ululante, se percató que ni siquiera se habían molestado en examinarle.

El auto había quedado inservible y el seguro no se hacía cargo de la reparación. Con la cuenta en números rojos, aquello significaba un obstáculo más en su carrera diaria por sobrevivir. Se puso en contacto con un abogado y demandó a los padres de Stevie por daños y perjuicios. ¿Acaso no habían sido ellos los que habían desatendido la atención sobre un niño tan pequeño? ¿No debían haberle advertido de los peligros del tráfico?

El resultado fue que los demandados –cuyo hijo seguía en la UCI en coma, y ya les habían informado de que jamás volvería a andar en el improbable caso que despertara- hicieron público el emplazamiento judicial, y la opinión americana se cebó con él. Artículos periodísticos le demonizaron por su corazón insensible, las gentes lo señalaban por la calle y escupían a su paso. Incluso perdió su empleo de forma arbitraria y el sindicato se lavó las manos en su caso.

Había logrado encontrar otro trabajo, más precario aún, lo que imposibilitaba el arreglo de su auto y todos los días sumaba seis horas a su traslado y regreso de la oficina. Y consideraba que él era la víctima inocente.

-Mire, ese asunto me tiene ya bastante cansado. Si es por eso por lo que se han fijado en mí, lamento decirle que no voy a cumplir sus expectativas en lo que se refiere a maldad. Siempre procuro hacer ventas honestas, que el cliente quede satisfecho...

-Amigo mío –afirmo cordialmente mientras le tomaba la muñeca con una mano-, no olvide que ha firmado un contrato –sus labios se abrieron en una sonrisa y pudo ver unos dientes amarillos y sucios por un sarro mohoso, que probablemente había crecido a través de décadas. No lo comprendía, creía haber visto que sus dientes eran blancos y perfectos hacía sólo un minuto. Aquello le inquietó y le acercó el fajo de billetes.

-Excúseme, lo he pensado mejor y creo que debo renunciar. Tome su dinero y contrate al siguiente de la lista.

Pero entonces sintió cómo le apretaba con la mano su muñeca y las oscuras pupilas crecían hasta ocupar todo el globo ocular. Dio un respingo y se levanto sobresalto, deshaciéndose de la presa a la que le sometía, y ahorrando el fajo a los pies de Bones.

-No voy a trabajar con ustedes, ni ahora ni nunca.

Pero él se levanto con calma, se ajustó la chaqueta y lo miró con cordialidad.

-Haga lo que quiera con el dinero. Es suyo –y dicho esto se dirigió hacia la salida.

-¡Espere! Hablo en serio –el tipo ya se iba, cerrando la puerta tras de sí-. No voy a trabajar en su empresa, sea la que sea.

Bones asomó la cabeza un instante y lo contempló fijamente.

-Esperamos grandes cosas de usted –sentenció antes de cerrar.

III

Llevaba un par de horas sentado en el sofá. Sobre la mesa, una cafetera vacía y el dinero. Había comprobado una y otra vez que eran de curso legal, y la combinación de cafeína y el rostro del presidente Grover Cleveland desataban una rara sensación de euforia. Porque, a pesar de tener la impresión de haberse metido en un lío considerable al firmar aquél contrato, no dejaba de reconocer que ese dinero no sólo le salvaba de la ruina, sino le facilitaba una nueva oportunidad.

La puerta de la casa se abrió de repente y recordó que no la había cerrado con llave. En el umbral apareció Eldrick, uno de sus vecinos; hijo de una estríper oscura como un tizón y de padre desconocido –que se presume blanco, porque el resultado había sido una piel demasiado clara para ser considerada de color-, era una especie de conocido con el que Darrel se desahogaba de vez en cuando, invitaba a unas cervezas para contarle sus penas –como si aquél pobre tipo no tuviera ya bastante- y le aceptaba alguna calada de marihuana para poder dormir a salvo de los requerimientos bancarios. En suma, no podía considerarse de confianza, pero casi.

Llevaba media docena de latas de cerveza en una mano y se quedó clavado al fijarse en la mesa, con la sonrisa borrada y un saludo que nunca emitió; había visto el dinero.

-Pasa, no te quedes ahí –le invitó Darrel mientras recogía los billetes y los guardaba en un bolsillo.

-Que te jodan, tío. ¿Es eso lo que acabo de ver? Dime que es verdad y pellízcame –le ofreció generoso su antebrazo.

-He tenido un golpe de suerte; al parecer cambio de trabajo.

-Pero tío, eso es de puta madre, joder. Toma una cerveza y vamos a celebrarlo. Oye, papá, ¿traigo algo de comer?

-Eeeeeehhh, sí –buscó algún billete pequeño en la cartera pero sólo tenía un par de dólares, así que haciendo un acto de fe le tendió uno de mil-. Toma, trae lo que quieras, y un par de botellas de bourbon. Y no te líes, que te conozco.

Tomó el billete y lo contempló con el fervor de una reliquia.

-Tío, voy volando, ya verás que juerga nos vamos a tirar –y desapareció con una rapidez impropia de alguien con su lamentable aspecto físico.

Cuatro cervezas más tarde, Darrell estaba a punto de perder la paciencia. Conocía lo suficiente a su amigo como para temer que éste no retornara hasta un par de días después. Pero en ese momento se abrió la puerta y apareció con una sonrisa y bastante colocado. Llevaba una bolsa con bebidas y un par de cajas de pizzas.

-Tío, perdona el retraso, no veas que flipe lo que tengo –dejó todo sobre la mesa, incluyendo setecientos dólares, y sacó de su bolsillo una bolsita precintada. La abrió con la destreza de quién procede así de forma habitual y esparció parte del contenido sobre la funda de un disco de vinilo que Darrell guardaba a modo de recuerdo de juventud. La sustancia quedó perfectamente delimitada en dos líneas de grosor considerable. Enrolló uno de los billetes y se lo pasó a su anfitrión.

-Tú primero, que eres el que ha pagado. Es nieve de primera.

-No, tío, no –negó con una mano, mareado por tomar tanta cerveza con el estómago vacío-, sabes que no me meto nada de eso.

-Venga, no jodas, la he comprado para los dos. Ya verás cómo te sientes mejor, te quitará el mareo. Hazme caso.

Darrell reprimió una arcada. No estaba acostumbrado a beber y menos de esa manera. Por lo general sólo tomaba alguna copa después de una buena cena.

-Papito, venga, se te pasará todo, te pondrás de puta madre.

Finalmente tomó el billete y esnifó una de las líneas. Se tomó su tiempo, porque había bastante cocaína, y tuvo que aspirar un par de veces antes de terminarla. En un principio fue como un shock; le reanimó. Pero después sintió cómo su corazón palpitaba demasiado deprisa y le costaba algo respirar. Se recostó sobre el sofá, esperando que pasara aquella sensación tan desagradable.

Eldrick se levantó y se sirvió un bourbon. Lo saboreó mientras miraba a su vecino, con los ojos entonados.

-¿Sabes? Esto está que te cagas. Bueno de cojones.

-¿No tomas tu línea? –le preguntó Darrell, que estaba realmente asustado por el ritmo cardiaco y la dificultad por respirar; sentía cómo los músculos del pecho se contraían.

-Creo que no, lo dejaré para más tarde, es mejor con un par de tragos encima.

Intentó levantarse, asustado por los efectos; estaba decidido a pedir ayuda a emergencias. Pero su amigo lo sujetó del hombro y le obligó a sentarse de nuevo. Ante su mirada interrogante, Eldrick le miró con compasión.

-Lo siento, tío. Sería mejor que te relajes y procures que pase pronto. Has esnifado estricnina –miró su reloj, una pantallita digital con correa de plástico-. Calculo que con lo que has tomado te queda unos cinco minutos como mucho antes de diñarla.

Las palabras llegaron lentamente al cerebro de Darrell. El oxígeno le faltaba y no podía pensar con claridad. Intentó vomitar pero su amigo lo impidió, reteniéndole las manos

y empujándolo contra el sofá. Cuando intentó revolverse, le golpeó con la frente en la nariz. Sintió la sangre mezclada con polvo blanco sobre su rostro.

-Tío, hazlo fácil, ¿ya? –oyó que le decía.

Sintió cerrarse el diafragma, sus pulmones arder por la falta de oxígeno, cómo se iba nublando todo de repente. Y su último pensamiento fue que tendría que comenzar a trabajar antes de lo esperado.

IV

Era consciente de existir. Al principio era un concepto vago, las ideas bailaban como en un sueño, pero poco a poco fueron adquiriendo coherencia. Y he aquí que de improviso pensaba, sentía, notaba sus huesos, su piel, los ojos con los párpados cerrados. Tuvo necesidad de abrirlos y así lo hizo.

Un desierto de azules arenas se extendía ante él. Ningún sol alumbraba el horizonte de esta tierra de perpetuo crepúsculo, pero hacía un calor acogedor y una ligera brisa refrescaba el ambiente. Todo contribuía en aquel lugar a inferir una nostalgia contagiosa.

Se sentó sobre la cima de una duna y contempló el panorama infinito que se extendía ante él. Así que estaba muerto, liquidado. Y después de todo, poseía un alma inmortal, lo cual no dejaba de suponer un alivio. Al fin habían quedado resueltas sus dudas acerca de la vida después de la muerte. Pero aquello no parecía ni el Paraíso ni el Infierno, no al menos si se atenía a las descripciones realizadas en los sermones de su infancia, donde el sacerdote católico de la parroquia enumeraba con énfasis las torturas a las que serían sometidos los pecadores que le rodeaban.

Observó unas figuras moverse en su dirección. Eran tres y andaban de forma penosa por la arena. Entornó los ojos, intentando enfocar mejor la imagen; pero sólo cuando al cabo de unos minutos se aproximaron más, pudo comprobar que eran unos niños, vestidos de domingo.

Oyó una respiración agitada a su espalda y se volvió sobresaltado. Bones subía con presteza la duna, mientras intentaba recomponer su arrugada chaqueta. Su piel tenía ahora un tono escarlata y su sonrisa era escalofriante.

-Señor Kirtley –dijo con la respiración entrecortada por el esfuerzo-, bienvenido al primer círculo del Infierno. He de confesar que su llegada me ha tomado por sorpresa. Francamente no le esperaba antes de al menos un par de décadas. No sé si es usted un entusiasta del trabajo que le ofrecí o simplemente el mayor imbécil sobre la tierra.

-Creo que la segunda opción sería la acertada –confirmó resignado.

El patrono llegó a su altura, y le miró fijamente con aquellas desmesuradas pupilas de ónice.

-Lo cual es preocupante. Sí, ya sé, estoy al tanto de su desdicha. Sólo a usted se le puede ocurrir demandar a los padres de un niño al que ha dejado inválido y esnifar la estircnina que le ofrece un yonki desesperado. Será usted una caja de anécdotas en las convenciones.

-¿Hay convenciones?

-No, hombre, no –rió soltando una franca carcajada-. Oiga, usted se lo cree todo. Si no fuera tan cómica la situación, estaría realmente enfadado. Cada vez encuentro más probabilidades de haber realizado una inversión fallida.

Aquello hirió el orgullo del joven.

-Puedo asegurarle que no se arrepentirá. Obtendrá sus beneficios, no lo dude –afirmó con gesto serio.

-Por su bien, así lo espero –aseveró, dándole una palmada en la espalda.

-Pero aún no me ha explicado qué tengo que hacer.

-Vender, claro. ¿No es usted vendedor?

-Sí, pero especializado en consumibles informáticos. Y me imagino que usted no distribuye esos productos.

-Imagina bien. Me gusta su actitud, es usted mucho más positivo que hace unas horas. Contemple este lugar, ¿qué piensa que es?

Darrell echó un vistazo a su alrededor, invadido por la paz del lugar. Todo le parecía ahora lógico, alcanzaba nuevas perspectivas que antes jamás hubiese deducido. Cualquier argumento de aquél hombre le parecería perfectamente plausible, aunque le afirmara que era el mismo Dios.

-No lo sé, es un lugar tranquilo, calmo...quizás es aquí donde los muertos recordamos nuestras vidas.

- Cierre los ojos y mire mejor. Capte la verdadera esencia de este paraje -Bones posó una mano de forma inquietante sobre su nuca.

Así lo hizo. En un principio sólo el silencio sustituyó a la visión, pero a poco un murmullo de voces fue llegando a su mente; una cacofonía de lamentos, un coro angustiado de almas en pena. Se deshizo de la guía de su mentor y lo contempló asustado.

-Tienen miedo, están perdidos...-afirmó en un susurro.

-Cierto. Este es el lugar donde van aquellos cuyas almas son grises, no se decantan hacia ningún extremo. En un principio, como usted, sienten tranquilidad, fuera del sufrimiento del mundo, pero luego se encuentran abandonados, desconcertados, y así durante miles de años, hasta que los jueces ponderen un veredicto. En muchos casos, durante toda la eternidad. No es un lugar agradable.

Darrell reprimió un escalofrío.

-¿Quién es usted? –preguntó.

-Adivine.

-¿El diablo?

Bones rió, aunque no de forma divertida.

-No personalice. Sólo uno de ellos, uno más en la legión que procura inculcar la verdad en los hombres.

-¿Y eso es lo que quiere de mí? ¿Hacerme apóstol de su verdad?

-Eso es lo que usted firmó y por lo que cobró. Aunque, sinceramente, la mayoría disfruta más tiempo del dinero que les dejó –hurgó en el bolsillo de su chalequillo y sacó un reloj de bolsillo-. Es hora de dejar este lugar.

-¿A dónde va...? –No llegó a terminar la frase. Algo le había sujetado la pierna. Se volvió con brusquedad y contempló a los tres niños que comenzaron a subir la duna minutos antes. El mayor intentaba llamar su atención. Tendría unos diez años, mientras que los otros dos, gemelos, rondarían los cuatro. Todos iban tomados de la mano.

-¿Ha visto a nuestros padres, señor? –Inquirió el mayor-. Llevamos mucho tiempo buscándolos.

Ahora se fijó con detenimiento en la indumentaria de los chiquillos, indudablemente a la moda de primeros de los sesenta del siglo pasado. Antes de que Darrel pudiese responder, su patrono se adelantó y los contempló con hiriente sarcasmo.

-Nadie los ha visto, hijo. Pero presumo que no querrás estar en su compañía; si tú andas por aquí, no debieron de cuidar demasiado tu educación espiritual.

Los críos le miraron desconcertados. Aunque no llegaron a comprender el alcance de sus palabras, dedujeron que aquél hombre quería humillarlos con su respuesta, y comenzaron a llorar. Darrell sujetó el brazo de Bones y le obligó a volverse.

-¿Qué pretende? No son más que unos niños –le recriminó. Pero entonces sintió un dolor insufrible, como un relámpago que cruzara su cuerpo, y se derrumbó retorciéndose sobre la arena. Los niños se retiraron asustados, sin dejar de plañir.

-Nunca vuelva a tocarme, ¿Me entiende? Nunca me ponga en duda –su rostro estaba desencajado, mostrando una dentadura feroz.

-Bien, entendido –asumió entrecortadamente-. Lo siento –aún le costaba moverse, sentía su cuerpo dormido por el dolor, reticente a sus esfuerzos por volver a controlarlo.

-Ahora vámonos, señor Kirtley. Ya hemos perdido demasiado tiempo y tengo mucho que hacer –dijo sujetándole por el brazo, e izándolo con facilidad.

-¿Dónde vamos?

-A su lugar de trabajo, evidentemente.

V

El día era caluroso y las calles estaban sucias. Recipientes de plástico, charcos de aceite usado, bolsas de basura desparramadas formaban la decoración del suburbio de Bellford. Todo ello era cotidiano para Darrel, después de vivir allí durante cinco años. Cuando un auto pasó a su lado con música hip hop a todo volumen, supo que el cuadro estaba completo.

-Sólo ha pasado un día desde que su amigo le dio la estircnina –le comentó-. Pero tenga en cuenta que no puede pasearse tal y como era, la gente se sorprendería, ¿No cree? Así que comenzaremos una clase –miró de nuevo su reloj de bolsillo-. Rápida, muy rápida. Tengo demasiadas cosas que hacer.

-¿A qué se refiere con que no puedo pasearme así?

-¡Pues su rostro, hombre! ¿No cree que sus conocidos se preguntarían cómo va caminando por ahí si ha sido envenenado?

-Ah, claro, ya caigo – se palpó la cara y sorprendió al comprobar que era de carne y hueso-. ¿Pero cómo arreglamos eso?

-Cierre los ojos y piense cómo le gustaría ser físicamente. Y no se inspire en un actor famoso, sería peor el remedio que la enfermedad.

Darrell cerró los ojos mientras sonreía –no podía dejar de pensar que más de uno de sus antecesores habría cometido ese desliz-, y se inspiró en unas facciones clásicas. Sintió cómo su piel se ondulaba y modelaba en unos segundos, y por un momento se asustó ante esa sensación.

-Ya puede abrir los ojos, mírese –dijo Bones mientras ponía frente a él la tapa metálica de su reloj.

Lo que vio allí le dejó helado. Nada que ver con sus anteriores facciones, vulgares y sin carácter. Ahora poseía un rostro helénico, de mandíbula firme y nariz recta, cejas perfiladas y ojos verdes. Incluso el cabello se había ondulado y adquirido una espesura de la que carecía en su anterior físico.

-Vaya, esto comienza a gustarme –murmuró para sí.

-Bien, aquí tiene una agenda –le tendió un cuadernillo con tapas de piel curtida exquisitamente labrada, formando intrincados arabescos. La abrió y comprobó que su interior era de papel vitela, muy suave al tacto.

-Y aquí tiene esta tarjeta. En ella está la dirección de un cambista de mi confianza. Si está corto de metálico, o necesita cualquier cosa, no dude en acudir a él. Tenga en cuenta que responderá a sus necesidades según la efectividad de su trabajo.

-Sí eso le iba a preguntar, en qué consiste mi labor.

-¿No lo ha adivinado aún, señor Kirtley?

-Realmente no sé si quiero saberlo.

-Sí, creo que está dilatando el momento de enfrentarse a la realidad. Acompáñeme, por favor.

-¿Hacia dónde?

-Hacia aquella bonita cafetería.

Era el típico local que hacía décadas había visto tiempos mejores, cuando el barrio estaba recién construido y había promesas de una vida mejor. Pero se había degradado a la par que el entorno; ahora ofrecía una imagen cochambrosa y poco higiénica. Se sentaron en una mesa y mientras esperaba que les atendieran, Darrell admiró una auténtica gama de insectos desfilar por suelo y paredes.

La camarera se acercó y les dedicó un amago de sonrisa. Frisaría los cuarenta años y, como el lugar donde trabajaba, cualquier tiempo pasado habría sido mejor para ella.

-¿Lo de siempre, señor? –le preguntó a Bones.

-Sí, gracias. Y para mi amigo un expreso, por favor.

Cuando la mujer se marchó, se dispuso a aclarar las dudas de su empleado, que le miraba interrogante.

-Respecto a su pedido, tengo que admitir que estuve estudiándole algún tiempo, por lo que conozco algo de sus gustos. Y sí, la chica me conoce porque en las últimas semanas he venido aquí con frecuencia. Es lo que podríamos denominar trabajo de campo. Los resultados dependen mucho de una cuidada planificación. La improvisación, en nuestro caso, suele llevar al desastre.

-Explíquese.

-Mire a aquél tipo –señaló disimuladamente a un hombre sentado en una mesa al fondo, tomando una cerveza-. Sale con Lisa, la camarera, desde hace un par de meses.

-¿Y?

-Espere y observe; aprenderá mucho.

La empleada llegó con una cafetera y sirvió un vaso dos vasos de café –el capuchino que puso frente a Bones nunca sería reconocido como tal en cualquier otro lugar-, acompañándolo con unas tortitas con nata. Mientras éste se disponía a tomarlas, la llamó discretamente. Ella se acercó y lo miró con la libreta dispuesta para anotar otro pedido.

-Lisa, estoy completo, pero quisiera preguntarte algo –su tono de voz había cambiado, era susurrante, seductor.

-Sí, lo que usted quiera –ella lo había mirado a los ojos y éstos se habían tornado vidriosos.

-Deme la mano -ordenó.

Obediente, ella así lo hizo.

-Ahora tóquela suavemente, señor Kirtley –cuando lo obedeció, lo miró con sonrisa aviesa-. Concéntrese en su tacto, en sus rugosidades, analice su dermis, entre en su interior, alcance sus conexiones nerviosas...

Así lo hizo y su visión fue más allá, imágenes en un principio inconexas llegaron a su mente, para después ordenarse y simular la proyección de una película. Y así contempló la vida de Lisa, su infancia infeliz y desafecta, sus desastrosas relaciones con hombres mal encarados y chulescos, dos abortos y una traumática histerectomía. Desde hacía dos meses había puesto su fe en aquél hombre que la miraba trabajar sentado junto a la mesa, otro ejemplo más de malas elecciones; un tipo que le sisaba el dinero –a sabiendas de ella, que cerraba los ojos ante sus continuos robos-, y que le proporcionaba un par de pobres y fingidos orgasmos a la semana.

Cuando Darrell terminó el contacto, vio con otros ojos a aquella pobre mujer.

-Lo que acaba de sentir es uno de nuestros mayores recursos. Nada se nos escapa, nadie puede mentirnos, imposible ocultarnos algo. Por supuesto voy a ahorrarle la desagradable prueba de hacer lo mismo con aquél hombre. Créame, he visto miserables que se regocijan viviendo en la inmundicia, pero como ese, pocos. Y ahora mire cómo actúo. Tome nota porque lo tendrá que hacer muy a menudo.

Moduló de nuevo su voz, tornándose imperiosa, arrogante.

-Ya sabes que te roba, Lisa. También te engaña con otras. Cuando él no viene a verte es porque tiene más chicas a las que robar y joder. Tú sólo otra mujer indefensa en su larga carrera. ¿Vas a dejar que te haga eso, Lisa? ¿Vas a consentir que te chulee y te tenga como tercer plato? ¿Vas a seguir sosteniendo su mirada, a reírle sus pobres gracias? ¿Qué vas a hacer, Lisa? –mientras repetía su nombre ella asentía, y lloraba. Dos grandes lágrimas recorrían sus mejillas. No por un amor frustrado, no por un

nuevo engaño, sino porque ahora sabía que su vida sería solitaria y aún más triste hasta el final de sus días, sin posibilidad de un nuevo comienzo.

Se levantó, con los ojos en trance, y se dirigió hacia donde se encontraba su amante. Éste levantó la vista de la botella de cerveza que sostenía entre las manos y la miró ofreciéndole una sonrisa. Pero cuando ella alzó la bandeja metálica y la estrelló contra sus dientes, un aullido cruzó el local.

Lisa no paró sus golpes. Descargaba el filo de su improvisada arma contra el cráneo del hombre que la había engañado, y trozos de cuero cabelludo y piel comenzaron a volar por el aire. Nadie en el local intervino, muy al contrario, pues algunos incluso jalearon el ataque de la camarera, tal era el estado de degradación de los congregados.

Bones se irguió de la silla.

-Vámonos. Pronto le romperé el cráneo y no quiero manchar mi traje con los sesos de ese tipo.

Le siguió fuera del local, mientras una muchedumbre exaltada se reunía frente a las cristaleras, contemplando el terrible espectáculo.

-Pensé que mi trabajo consistiría en reclutar nuevos trabajadores, tal y como hace usted –confesó Darrell.

Bones rió quedamente.

-Para hacer eso tiene que hacer muchos méritos, señor Kirtley. Y me temo que los ascensos en nuestra empresa son escasos y laboriosos. No, tendrá que comenzar como todos, haciendo lo que acaba de ver; su labor consistirá en vender el pecado.

-No voy a hacer eso –concluyó Darrell-. Me niego a colaborar en un crimen.

-¿Se niega? ¿Cree que puede negarse?

-Sí –respondió dudando. Bones le daba miedo, temía lo que pudiera hacer con él si no se prestaba a sus maquinaciones.

-Créame, no merece la pena lo que ocurriría si lo hace. Su alma sufriría los más atroces tormentos, intentaría gritar pero no podría porque no tendría voz, ni ojos para mirar a sus atormentadores, ni manos para intentar defenderse. Una eternidad así no puede justificarse de ninguna manera.

Se quedó sin habla. En su mente se reprodujeron las torturas a las que se vería sometido, las risas de los seres que se regocijarían hendiendo su carne y su espíritu; decidió que por ahora evitaría tal posibilidad.

-Bien, lo intentaré, aunque dudo que sea capaz de hacer lo que se me requiere.

-Se quedaría helado de lo que es capaz la gente –miró de nuevo su reloj-. Ahora tengo que irme. Me espera un nuevo cliente.

-Espere, no puede dejarme así –sostuvo la tarjeta del cambista entre sus dedos-. Me dijo que aquí me darían dinero.

-Sólo como pago a sus servicios, señor Kirtley. Y aún no ha comenzado a trabajar, por lo que su saldo acumulado es nulo, como puede comprender.

-Entonces, ¿Qué hago? ¿Cómo vivo mientras? Ni siquiera tengo un techo donde quedarme.

Bones le miró durante unos segundos, mientras su figura se iba tornando traslúcida, pero le contestó antes de desaparecer.

-Si no me equivoco, alguien tiene, en cierto lugar, cien mil dólares que le pertenecen.

VI

Eldrick vivía con su madre, Machele, en una casa destartada a una manzana de la residencia de Darrell. Hacía ya dos veranos que las ventanas de la planta baja carecían de cristales y en su lugar habían sido colocados de mala manera unos paneles de madera. Un disimulado cable salía de una de ellas para tomar la luz de una torre de alta tensión cercana. Ciertamente vivían en la indigencia absoluta, aunque Machele cobraba de vez en cuando algún cheque de la seguridad social.

Darrell intentó abrir la puerta pero estaba cerrada. Una repetitiva música de rap sonaba en el interior, pero ni rastro de cualquier otro sonido; lo cotidiano era oír la voz chillona de la dueña de la casa insultando a su hijo, y a éste respondiéndola sin recato.

Se dirigió hacia la parte de atrás y empujó uno de los paneles que ocultaban las ventanas. Cedió sin demasiados problemas –No eran muy diestros con el bricolaje en aquella familia- y entró con sigilo. Se encontró en una sala decorada con un sofá – mugriento- y una librería –sin libros, aunque con revistas porno en una de las baldas.

Se orientó por el volumen de la música, y encaminó sus pasos por un pasillo donde aún quedaban restos de una pasada decoración de papel pintado. Rosas rojas se confundían con la suciedad de la pared desnuda.

Encontró a su amigo en el salón, fumando metanfetamina con una pipa de cristal. A su lado se encontraba una joven esquelética y de pelo rubio mal teñido, cuyo nombre no recordaba, a pesar de que Eldrick la había mencionado alguna vez como “su chica”; en suma, una yonki a la que se tiraba a cambio de drogas. Al fondo, una figura obesa y oscura se encontraba echada entre cojines y latas de cerveza. No le contó mucho deducir que era Machele.

Sobre la mesa se encontraban pequeñas bolsitas con todo tipo de sustancias disponibles en el mercado ilegal. Varias estaban abiertas, y de una de ellas la chica extrajo un polvo pardo, que calentó junto a unas gotas de agua en una cuchara. Después una jeringuilla absorbió el líquido resultante y se lo inyectó en un dedo del pie. Casi inmediatamente cayó hacia atrás, recostándose en un colchón.

Darrell lo contemplaba todo apoyado contra el marco de la puerta. Nadie se había fijado en él, absortos como estaban en sus aficiones. Por fin tomó un taburete y se sentó junto a la mesa, frente a su amigo.

Éste lo miró y esbozó una sonrisa boba. Después adelantó una mano y la desplazó de izquierda a derecha, como si quisiera despejar una humareda. Indudablemente, pensaba que era una alucinación.

-Joder, hacía años que no me pasaba esto con la meta –comentó para sí.

Sonrió y lo miró fijamente. Entonces modificó sus rasgos para dejar de tener la apariencia de un héroe griego y se convirtió en el Darrel escuálido y pálido que había sido hasta el día anterior. De resultas, su amigo dio un gruñido y se echó sobre el respaldo de su asiento.

-¡La puta! Estoy teniendo un viaje de mierda, joder.

-Hola, Eldrick –le dijo susurrando.

-¿Qué tal tío? ¿Cómo te va? –le respondió con desparpajo. Pensaba que todo era producto de su cerebro, y tenía experiencia en dominar alucinaciones de ese tipo.

-Mal. Esnifar estricnina es malo para la salud, ¿Sabes? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me engañaste?

-¿Bromeas? La razón eran los billetes que tenías allí, hombre. ¿Crees que voy buscando cargarme a todo el mundo por capricho?

-Pensaba que éramos amigos...

-¿Amigos? ¡Y una mierda! Tú y yo no teníamos nada que ver, gilipollas. Tú eras sólo otro blanco de mierda que se cree superior a la gente como yo. ¿Crees que no me daba cuenta cuando me mirabas con desprecio? ¿Que sólo me invitabas a una birra por compasión o para que oyera tus penas? Vete a la mierda, joder, y ojalá te pudras en el infierno – y esnifó una raya de metanfetamina como quién se toma una aspirina.

Darrell le tomó la mano, que sostenía el rulo todavía, y se concentró en las imágenes de la vida de aquél tipo. Se desplazaron por su mente y por algún mecanismo ignoto, las ordenó y les encontró comprensión.

-De pequeño querías ser abogado...-le dijo-, y ganar dinero para comprarle una bonita casa a tu madre.

-Joder, tío –se golpeó la frente con la palma de una mano-, ni me acordaba de eso. De niño era imbécil, qué le vamos a hacer.

-Eldrick –le miró fijamente a los ojos, clavando sus pupilas en las suyas-, querías ser abogado, un hombre de provecho, cuidar a tu madre, viajar por el mundo...Y mira a tu alrededor...Eres un asesino y un yonki de mierda, con una novia a la que se tira todo el mundo, con tu madre tumbada al lado, pesando casi trescientas libras y los dedos agujereados por los pinchazos... ¿De verdad crees que vas a ir a conocer el mundo? ¿Qué vas a ir más allá de Nueva Jersey?

-Tío, tienes mala baba –su voz estaba aletargada, sus ojos, cristalinos.

-¿Sabes que ya no hay vuelta atrás, verdad? Que has tirado tu vida por el retrete...

-Tío, no te pases –pero en sus ojos asomaban las lágrimas.

-No conseguirás nada de lo que te propusiste, Eldrick, nada, y tus huesos se pudrirán mientras aún estás con vida...esa es la existencia que te has buscado –hablaba muy lentamente-. ¿Crees que merece la pena continuar? ¿Has visto lo que te has hecho a ti mismo y a tu madre?

Su antiguo amigo lloraba, las mejillas empapadas, gimoteaba palabras inconexas...pero no podía apartar los ojos de los de Darrel.

-¿No crees que es hora de acabar con esta falsa? ¿De sumirte en el olvido? ¿No crees que tu madre estaría mejor si nunca te hubiese parido? Mira a la pobre, pesa casi trescientas libras. ¿Recuerdas cuando eras pequeño y todos los tipos se volvían para mirarla? Le decían frases bonitas y recibía ramos de rosas...

Eldrick asintió. Con la mano temblorosa, alcanzó la cuchilla que utilizaba para abrir y cortar los cristales de meta. La acercó a su garganta y, de un giro violento, describió un surco amplio y profundo sobre ella. La sangre salió a borbotones, empapando su camisa.

En aquel momento intentó reaccionar. Debido al violento acto que había cometido sobre sí mismo, la conexión hipnótica se interrumpió, y fue consciente de lo que había hecho. Se levantó un instante, pero cayó de rodillas en el suelo, gimiendo.

-¿Te cuesta respirar, Eldrick? ¿Duele? Bien, gracias a ti ya sabía lo que se siente. Sólo deseaba compartirlo –su voz era gélida.

De improviso una figura esperpéntica se alzó a su lado y Darrell se sobresaltó, mas se tranquilizó al comprobar que era la chica rubia. Sus ojos contemplaban el vacío, pero a pesar de todo, se fijaron en la sangre que empapaba en el suelo. Después le vio y al contemplar su rostro fue ella quién dio un respingo.

Darrell había visto en la mente de su amigo muchos recuerdos; entre ellos cómo, al salir de su casa el día anterior, supuestamente para comprar pizzas, la había telefoneado para comentarle cómo tenía un vecino rico. Ella le había orientado acerca de qué hacer; fue aquella yonki quién le aconsejó deshacerse de él mediante el uso de la estricnina.

-Mierda, tío, ¿Qué haces aquí? –le dijo.

-Dime antes cómo te llamas, bonita.

-Mo...Mónica –su lengua estaba pastosa, adormecida.

-Bien, Mónica, tengo que confesarte que estás teniendo una pesadilla. Una de las malas. Dentro de un momento iré a la cocina, tomaré un cuchillo y te voy a despellejar viva. Es sólo un sueño, claro, pero te va a doler mucho.

-Joder, no, no lo hagas –dijo mientras retrocedía arrastrándose por el suelo.

-¿Sabes lo que vamos a hacer? Voy a darte la oportunidad de despertar. Mira, estoy haciendo unas líneas de meta. ¿Te parece si te las tomas y así puedes escapar de mí? Tienes poco tiempo –miró un reloj que se encontraba en la pared-, sólo un minuto antes de que comience contigo.

La rubia se echó sobre la mesa, literalmente. Ni siquiera utilizó el rulo, sino que aproximó la nariz y, tapando con un dedo uno de los agujeros, fue esnifando de forma atropellada las líneas que estaban a su alcance.

Darrell la aplaudió mientras contemplaba una bolsa vacía.

-¡Bravo, señorita! Acaba usted de tomarse cinco gramos de metanfetamina. Indudablemente va a despertar.

-Eso... ¿Es mucho? ¿Vas...a irte de una vez? Quiero que te vayas...- comenzaba a notar los efectos, su corazón aumentaba de pulsaciones, sentía vértigo, algo andaba mal.

-Creo que es bastante...demasiado a decir verdad. Con una sola raya habría bastado, pero creo que eres tan codiciosa como tu novio. Por cierto, ¿Lo has visto? Mira. Está aquí, entre la mesa y el sofá.

Ella lo contempló; la garganta abierta, pálido y con las pupilas fijas en un horizonte infinito, desangrado, y volvió a retroceder. Intentó levantarse pero un ruido sordo en el pecho la obligó a sentarse de nuevo. Puso los ojos en blanco y comenzó a convulsionar. Durante varios minutos estuvo en ese estado, y una espuma parda comenzó a salirle de la boca, mezclándose con la sangre resultante de morderse la lengua. De pronto cesó todo movimiento. Sólo entonces Darrell se levantó, tomó su dinero –no tuvo que buscar mucho porque había visto en los recuerdos de Eldrick que estaban ocultos en la funda del sofá- y se dispuso a irse.

Vio entonces a Machele, que dormía plácidamente en el suelo, entre cojines, sin percatarse de nada. Pensó que estaría mejor sin su hijo, por muy cruel que pareciera el pensamiento, y le dejó un par de cientos en una de sus manos.

Cerró la puerta de la casa tras de sí y contempló el sol en su zenit. Había matado a dos personas, algo impensable veinticuatro horas antes; un recurso inmoral y salvaje, pero se sentía satisfecho. Quizás fuera su nueva naturaleza, quizás que estaba realmente cansado de que todo el mundo se riera de él, y había empezado a ajustar cuentas, siendo los primeros aquellos desgraciados.

Pensó que alquilaría un apartamento, en Nueva York a ser posible, y compraría algo de ropa y algunos caprichos. Una necesidad acuciante se abrió paso entre sus pensamientos y, mientras se dirigía a la parada de autobús, se preguntó si sería diferente a su vida pasada; esperaba que sí.

Necesitaba compañía, pensó, y le pareció una idea frívola, ante el lío monumental en que se había convertido su existencia. De todas formas, le quedaba toda una eternidad para explorar.

VII

Todos tenemos sueños, y el de Darrell era un ático en Greenwich Village. Cuando pudo cumplirlo, estuvo casi una hora descansando en la balaustrada de la azotea, contemplando las vistas. Los últimos días le parecían tan increíbles que pensaba estar entre las brumas del sueño, y que en algún momento despertaría.

Si piensan que en algún instante un remordimiento cruzaba sus pensamientos, olvídenlo. Para él, los crímenes que había cometido una semana antes no era más que autodefensa, un hecho circunstancial en el duro ciclo de la vida. Claro que obviaba que ya estaba muerto.

Por fin se dirigió al interior, un recinto minimalista con un par de habitaciones y cocina americana, pero decorado con gusto y pequeños lujos, como una coqueta barra de bar y un par de bonsáis sobre una estantería de caoba. Abrió la caja fuerte que se ocultaba detrás de una reproducción de un cuadro de Matisse (comprado por los propietarios unos años antes, porque los colores combinaban estupendamente con las cortinas) e introdujo un par de miles en la cartera.

Era tiempo de rebajas, y había pasado la tarde visitando las boutiques de la zona, consiguiendo componer un escueto vestuario acorde con su nueva posición. Podría haber ido a su anterior casa y recoger algo de ropa, pero el simple hecho de volver a vestir aquellos tejidos deslustrados le revolvió el estómago. Mientras recorría las calles comerciales, y elegía una prenda u otra, la satisfacción de cumplir un deseo tan banal como ir a la última moda le hizo esbozar continuamente una bobalicona sonrisa de felicidad. Sabía en su interior que ese sentimiento podía ser considerado por otros muchos con el adjetivo de “materialista”, pero cuando uno ha estado años preocupándose por una camisa que perdía el color y ya no tenía presencia para ir a la oficina, o la falta de un traje adecuado para lucir en una entrevista de trabajo, la simple posibilidad de desechar esos problemas suponían un alivio en la carga que soportaba hasta entonces sobre los hombros.

Después de cargar con varias bolsas repletas de prendas, compró una caja de marisco preparado y una botella de vino blanco francés. Nunca más volvería a pasar privaciones, se prometió.

Así que, después de una tarde tan ajetreada, y ya de regreso de sus reflexiones en la azotea, tomó una ducha y se recostó en la cama. Los ojos se le cerraban de puro cansancio. La noche anterior había dormido sólo un par de horas, excitado por los acontecimientos que le envolvían, y estaba olvidando que su cuerpo, después de todo, era mortal. Antes de darse cuenta, se había sumergido en un profundo sueño.

Era de noche, y en la azotea de su nueva casa se celebraba una fiesta. El cielo no lucía estrellas ni luna, pero vívidas luciérnagas cruzaban el aire, iluminando la celebración. Darrell se movió con cuidado cruzando el gentío, entre asombrado y satisfecho; allí se congregaban algunos de sus conocidos, a los que no veía desde hacía mucho tiempo.

James Meeks, con su pelo rubio engominado y su sonrisa perfecta le saludó al pasar a su lado. Llevaba del brazo a Marcia Cleaver, la animadora más chispeante del campus, que alzó la copa a modo de saludo.

-Bonita casa –la oyó comentar.

Un anciano apoyado en un bastón se acercó renqueante hacia él. Era Daniel Lee, uno de los vecinos del barrio donde vivía con sus padres antes de mudarse a la urbanización que fuera el hogar definitivo de éstos. Cuando llegó a su altura, le palmeó con la mano izquierda en la espalda, mientras asentía complacido.

-Siempre le decía a tu padre que llegarías lejos –le confesó mientras la dentadura postiza se removía en sus encías -.Tu padre va a quedar muy satisfecho cuando venga. Ya debe de estar al llegar.

-¿Mi padre? –le respondió. Estuvo a punto de decirle que su padre llevaba muerto ocho años, pero dedujo que el pobre hombre debía padecer algún trastorno de memoria por la edad.

Entonces la vio

Reclinada sobre la baranda destacaba una chica. Su melena dorada, sus ojos claros, el vestido que caía de forma insinuante sobre su cuerpo...una punzada de excitación anidó en su pecho, y se dirigió hacia ella de forma pausada. Se colocó a su lado y la sonrió. Ella respondió a su gesto y aquellos tentadores labios se curvaron hacia arriba.

-¿Qué tal, Darrell? Bonita fiesta...

-Cuanto tiempo, Sheila...

-Cierto –ella asintió mientras brillaban sus pupilas-, hace mucho... ¿Cuánto? ¿Cinco años?

-Siete, creo

-El tiempo pasa muy deprisa.

-Demasiado. Te he echado de menos.

Ella lo miró y ahora su rostro se tornó triste.

-Yo también. He recordado tus besos muchas veces; fuiste tan dulce...

Darrell rió, tímidamente.

-Aquella noche bebimos demasiado.

-Pero me gustó. Y a ti también. ¿Por qué nunca lo repetimos? ¿Por qué nos distanciamos?

-No sé...esas cosas pasan. Éramos amigos...y pensé que no deberíamos mezclar sentimientos. No quería que todo se estropeará y perderte.

-Y sin embargo al final nos separamos. No volvimos a vernos después de graduarnos.

-Eeeeehhh, yo no llegué a graduarme, Sheila, ¿recuerdas? Mi padre murió y ya no hubo dinero para la universidad.

.Oh, sí, es verdad. Ahora que lo dices, yo tampoco llegué a graduarme. ¿Es curioso, verdad? Pensé que lo había hecho, pero debe ser que la mente juega malas pasadas.

Las luciérnagas revoloteaban alrededor de su figura, haciendo que aquello pareciera un cuento de hadas.

-Me alegro de verte otra vez, Sheila. Y quisiera...quisiera –las palabras se atragantaban en su garganta- que volviésemos a ser como antes –hacía tanto tiempo que no la veía, tantos pensamientos ocupados en ella...

-¿Cómo antes? ¿Quieres que volvamos a ser amigos y juguemos a los bolos todos los viernes por la noche?

-No, no quisiera que fuera de esa manera –se inclinó sobre sus labios, pero ella lo apartó con algo de brusquedad. La miró sorprendido.

-Perdona, pero me duele la cabeza. De hecho, tengo una jodida punzada en la sien que va a peor.

-¿Quieres una aspirina? Algo debo de tener por ahí –agregó en un desesperado intento de salvar la situación. No quería volver a perderla.

-¿Aspirina? No, creo que no me haría nada. Es por esto que tuve que dejar la universidad.

Un miedo atávico se apoderó de Darrell. ¿Acaso tenía un tumor? ¿Alguna otra enfermedad grave?

-¿Qué te pasa? ¿Puedes contarlo? No quiero ser indiscreto, pero me preocupa que te ocurra algo malo.

Ella lo miró confusa.

-Es difícil...de recordar...conducía mi madre...había lluvia...y viento –su rostro se crispó-. El auto patinó y salimos de la carretera...yo no llevaba cinturón...dolió mucho –se palpó el cráneo con sus manos, sus dedos se deslizaron a través del cabello, dejando ver una oquedad a través de la cual los sesos palpitaban, sangrientos. Varias luciérnagas se posaron sobre la sangre, y succionaron el líquido vital.

Darrell retrocedió, asustado. Recordó entonces que su madre le había comentado que el viejo Daniel había fallecido de un infarto, que James y Marcia se habían ahogado un ventoso día en Cape Cod y se había guardado un día de luto en la universidad por ellos...

Esquivó a los invitados, intentando salir de la fiesta, huir a la calle, cuando Eldrick, su antiguo vecino, salió a su paso, con la garganta cortada y su sonrisa aviesa.

-¿Qué haces entre los muertos? –le preguntó mientras la sangre salía por su tráquea al descubierto.

Despertó con un grito.

VIII

Media hora bajo la ducha le calmó un tanto. Se vistió con rapidez y salió del apartamento, deseando mezclarse con la gente. A medida que caminaba por las calles de su nuevo barrio fue relajándose, y cenó en un coqueto italiano en la plaza de Washington.

Paseando durante el anochecer, disfrutando de la temperatura primaveral que se enseñoreaba de Nueva York tras un crudo invierno, se topó con un club de jazz. El público se arremolinaba en la entrada, pues al parecer esa velada estaría amenizada por buenas bandas. Quizás empujado por un creciente esnobismo, ya que le jazz no era uno de sus estilos favoritos, entró en el lugar.

Un grupo se encontraba sobre el escenario, haciendo que los presentes se contonearan con su peculiar música. Se sentó en un taburete y pidió un bourbon doble, mientras su mirada escrutaba el local.

De inmediato, tal y como le ocurría a los hombres allí reunidos, le llamaron la atención dos chicas espectaculares que se encontraban en el otro extremo de la barra, y que atraían todas las miradas. Una de ellas, mulata y con el cabello cortado a lo garzón, vestía jeans y camiseta ceñida, con el anagrama de un saxofón y el nombre del club. Su amiga vestía un traje negro de algodón, con un espectacular escote, y su cabellera pelirroja se derramaba libremente sobre los hombros, promesa del fuego que envolvería a aquel que la poseyera

Pensó en seducir a una de ellas, quizás a las dos –una traviesa sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en esa última posibilidad-. ¿Acaso no era un demonio? ¿No tenía poderes sobrenaturales? Podía influir en ellas y hacer que le acompañaran a su ático. Incluso no habría problemas en conocer cuál era su hombre ideal y transformarse en él acudiendo a sus habilidades.

En ese instante, la pelirroja reparó en él. Lo miró sonriendo como tendría costumbre de hacer con cualquier otro admirador, pero por algún motivo sus facciones se tensaron e intercambió algunas palabras con su compañera; esta se volvió para mirarlo. Lo hizo fijamente y después soltó una carcajada. Ambas se levantaron y se dirigieron hacia él.

Darrell no cabía en sí de gozo. Aquellas dos chicas increíbles estaban a punto de caer en sus manos. Pero cuando estuvieron a sólo unos metros, contempló sus ojos; negras pupilas ocupaban ahora todo el globo ocular, y sonrisas maliciosas, casi un rictus, decoraban sus rostros.

Llevado por una sensación de alarma, se levantó del taburete para irse, pero antes de que se diera cuenta estaban a su altura. Le agarraron de las muñecas y sintió una quemadura ardiente allá donde su piel contactaba con las de ellas.

-Harías bien en quedarte dónde estás –le ordenó la mulata.

La pelirroja pasó las manos por su brazo. Hubo un intercambio de sensaciones, de recuerdos, y Darrell vio soldados uniformados, aviones de hélice y una sala de variedades, bailes de salón y orgías tenebrosas. La chica le soltó y miró a su compañera, luciendo una sonrisa.

-No es más que un novato, Kate. Puedes soltarlo.

La aludida así lo hizo, emitiendo un bufido, de alivio o frustración, no pudo adivinarlo.

-Bien, Darrell, mi nombre es Amy y has visto algunos de mis recuerdos así como yo los tuyos. ¿No tienes ni idea de las normas?

-Ninguna, nadie me las explicó, ¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal?

Amy lo miró y luego se dirigió a su amiga.

-Su mentor es Bones –aclaró.

-¡Mierda! Así este tipo lo desconoce todo. Alguien tendría que pararle los pies a Bones. A este paso va a llenar el mundo de diablillos frustrados.

-¿Podéis aclararme qué ocurre? –musitó con desesperación.

Kate miró a su alrededor. Parte del público estaba atento a lo que hacían y decían, y algunos murmuraban curiosos ante la actitud asustada de Darrell.

-Aquí no, vayamos fuera, a la cafetería de Rose.

El local resultó ser un tugurio en un callejón, que sólo abría de noche para los trasnocadores, pero al menos el café era excelente y los panqueques en su punto. Darrell dio un sorbo a su bebida mientras contemplaba a las chicas. Kate devoraba una tarta de chocolate y se relamía los labios.

-Es que yo no he cenado –aclaró excusándose inocentemente, cuando advirtió la mirada del chico-. Y no me mires así, al menos nosotras no somos ejecutoras.

-¿Qué? ¿Perdona?

-Un ejecutor. Eso es lo que eres. Mataste dos personas hace unos días, ¿no? Tu jefe tiene que estar contento. Mira en tu bolsillo.

La agenda...ahora recordaba que Bones le había dado una. Pero pensaba que la había dejado en el ático. Sin embargo, al echarse mano a los pantalones, allí estaba. La abrió por el principio y leyó lo que había anotado.

Eldrick Washington Inducción al suicidio diez mil \$

Mónica Vásquez Engaño con resultado de muerte cinco mil \$.

-¿Y esto? –enseñó la agenda a sus acompañantes.

-Significa que eres quince mil dólares más rico –afirmó Amy. Al inclinarse para leer, su escote quedó a la vista de Darrell, y éste pudo contemplar la curvatura perfecta de sus senos. El deseo anidó en él, como nunca antes lo había hecho. La pelirroja levantó el rostro y lo observó, no pudiendo evitar una sonrisa maliciosa.

-Has matado dos personas y sólo piensas en echarme un polvo...estás aprendiendo deprisa.

-No, perdón –se disculpó sonrojado-. Yo no soy así...me refiero a ir matando gente y todo eso...y a mirar sin permiso.

-Rectifica, Darrell; no eras así. Ahora eres un demonio, y lo que ello implica te cambiará, lo ha estado haciendo desde que te encarnaste en ese cuerpo. Es nuestra naturaleza. Aunque vuelvo a repetirte que nosotras no asesinamos a nadie.

-Sólo nos acostamos con hombres –sentenció Kate.

-Y alguna chica –concluyó Amy, riendo-. Somos súcubos. Todo aquél que tiene relaciones con nosotros acaba condenado al fuego eterno.

-¿Y no son vuestras acciones idénticas a las mías? Estáis mandando al infierno a pobres inocentes.

-Pero ellos tienen la oportunidad de confesar y arrepentirse –sentenció la mulata-. Si lo hacen fervientemente, se libran de sus culpas.

-Aunque, he de admitir –confesó su amiga con una sonrisa pícaro-, que pocos se arrepienten de pasar una noche conmigo.

Darrell se mesó los cabellos. Los ojos le dolían, irritados, y sus pensamientos eran un caos.

-Otros de nuestros semejantes se limitan a fomentar la mentira, la estafa, delitos menores...porque si cada uno de nosotros siguiera tus métodos...la población humana estaría extinguida en unos años.

-¿Pero tantos somos?

-Unos quinientos sólo en Nueva York –comentó Kate-. Sólo de los nuestros...luego están los otros.

-¿Los otros?

-Creo que explicarte todo requerirá mucho tiempo –alzó la mano para llamar a la camarera-. Otra cafetera, por favor –pidió-. Mira, Darrell, voy a contártelo todo desde el principio.

-¿El principio?

-Mierda, chico, pareces un loro. Sí, el principio, voy a contarte cómo comenzó todo, muchos años antes de que el primer signo cuneiforme fuera grabado en una tabla de arcilla.

IX

1.

Mi nombre es Kate King y nací en Haití en mil setecientos setenta y cinco. Veinte años después, ya me encontraba al servicio de los infiernos. Con esto quiero aclarar que, lo que voy a contarte, me fue narrado por otros compañeros, algunos con varios miles de años en el oficio, pero nunca conocí a ninguno tan viejo como para que me corroborara dichos hechos en primera persona. Me consta que existen, pero quizás sea una suerte no haberlos conocido. Con el paso de los siglos, aprendemos a independizarnos de nuestros amos –recuerda que Bones es el tuyo; es mucho más que un simple empleador-, ya sea porque éstos mismos desaparecen –los sacerdotes tienen mucho que ver- o simplemente porque nuestro poder aumenta y nos permite emanciparnos.

Ten en cuenta que cuando comenzó todo el cerebro humano estaba cambiando, adaptándose al habla. Muchos conceptos que ahora damos por obvios, como la consciencia o el conocimiento del yo, no existían entonces. Así que espero me permitas algunas licencias en la narración para hacerla más comprensible.

Aclarado esto, te relato la historia, leyenda quizás, cuento si lo prefieres, tal y como me la narraron, y que comienza hace más de cincuenta mil años en algún bosque africano.

2.

El grupo de cazadores se arremolinó alrededor del antílope y lo despedazó con sus cuchillos de sílex en unos minutos. Cada uno de ellos, media docena en total, cargó una pieza sobre sus hombros, y emprendió el camino hacia el asentamiento donde les esperaba el resto del clan. Éste, alojado en el meandro de un caudaloso río, rodeado de frutales y arbustos repletos de bayas, los esperaban inquietos. Aunque el lugar era paradisiaco, ofreciéndoles todo lo que la naturaleza les podía tender, tendrían que abandonarlo debido a que una manada de leones había hecho de aquél su particular coto de caza; ya habían perdido dos niños y un anciano, mañoso este último en el curtido de las pieles. No podían permitirse la muerte de más miembros de la tribu, y los felinos eran demasiados para enfrentarse a ellos.

Turox, el líder, oteó los alrededores, inquieto. Algo le provocaba desazón, agitaba sus sentidos. Con una señal detuvo a sus compañeros y caminó entre las hayas hasta llegar a un claro, despejado de cualquier rastro de vegetación. Algunas jaras raquílicas crecían alrededor de un círculo estéril y amarillento, como temerosas de internarse en él. Olisqueó el aire, percibiendo un aroma desagradable, corrupto.

Volvió tras sus pasos, hacia donde el resto de los cazadores le esperaba, y arrancó de las manos a uno de ellos las vísceras del animal. Después las arrojó al círculo, y se quedó mirándolas, atento.

-Volved –les dijo-. Que las mujeres pongan la carne en el fuego. Yo iré más tarde.

Sus hombres le acataron. Siempre lo hacían, ya que el castigo a la desobediencia solía ser bastante doloroso. Tenía que imponerse constantemente, para que nadie le disputara el liderazgo y sus privilegios.

Se quedó allí, sentado, esperando durante horas. Ningún depredador se acercó a las vísceras, ningún insecto volaba a su alrededor. Lejos de asustarle, le produjo curiosidad. Él, a diferencia de los demás, no temía a los dioses del rayo ni los de la tierra, a pesar de haber vivido temblores y fuertes tormentas.

Y entonces algo salió de la arena; era una niebla que rodeó la ofrenda, se alimentó de ella y fue tomando consistencia, disolviendo la carne. Después se alzó y adoptó forma humana, acercándose a él lentamente, introduciéndose en su cuerpo a través de la boca.

Se sintió más fuerte, más poderoso, más sabio. Corrió a través del bosque, poseído por una energía sin fin, aullando y afrentándose a cualquier sombra que atisbara. Por fin, animado por un valor irracional, se dirigió hacia la guarida de los leones, sin mostrar el más mínimo sentido de la prudencia.

Los felinos rugieron cuando se acercó a ellos, y las hembras se lanzaron hacia él, presumiendo una presa fácil. Lo que siguió fue una escena frenética, en la que el cazador se deslizó entre ellos con una destreza imposible, mientras descargaba su hacha de piedra en los cuerpos de los depredadores.

Cuando se paró entre los restos agonizantes de las hembras, empapado en la sangre de éstas, el macho huyó gimiendo, dejando abandonados a los cachorros. Túrox no tuvo piedad, y los abatió rápidamente. Después arrancó la piel de sus víctimas y se dirigió con los trofeos hacia el campamento.

Cuando le vieron llegar, creyeron que era un demonio, teñido de carmesí y portando aquellas pieles sobre su espalda. Pero las dejó a un lado y se limpió la sangre con su taparrabos, regocijándose en aquellos ojos incrédulos.

-El Dios del bosque está con nosotros –dijo-. Aquí tenéis la muestra de su poder. Nunca tendremos que dejar este valle, pues Él nos protegerá.

Las gentes se inclinaron sobre la tierra, y entonaron improvisadas oraciones de agradecimiento. Túrox se paseó entre ellas, y sentía en su interior la satisfacción del Dios. Y éste le habló, y le conminó a hacer conocer a otros su existencia, así como la obligación de adorarlo.

Construyeron un primitivo templo de adobe, al cual le fueron añadiendo con el paso de los años enormes columnas de granito. Un fuego reconfortante ardía siempre en su

interior, y todos los clanes de los alrededores iban allí a rendir adoración a la deidad, que había abandonado el cuerpo de Turox para vivir entre las llamas.

Sucedió un día, cuando el antaño joven jefe era anciano, que una nutrida tribu pasó por los alrededores. Turox reunió a sus guerreros y suplicó al Dios que le poseyera una vez más, para demostrar su poder ante los incrédulos.

Salieron al paso de los forasteros, y estos detuvieron sus pasos, precavidos. Los dos grupos se observaron, en tensa calma. Por fin Turox se adelantó, sin armas, mostrando las palmas de sus manos extendidas en señal de paz.

-Acompañadme a nuestro templo, con el fin de que conozcáis el poder del Dios del Bosque, y podáis adorarle –les ordenó.

Pero aquellos se rieron y negaron con la cabeza.

-Tu Dios es débil, anciano. El nuestro sí es poderoso, hace que manadas de gacelas caigan ante nuestras lanzas, nos guía hacia las fuentes de agua más puras, y mata a nuestros enemigos –hizo una seña y un tipo alto y escuálido, pintado de azul y ocre, se puso a su altura-. Cuando viajamos se aloja en el cuerpo de nuestro sacerdote. Muéstrale el poder, tú que bailas entre los árboles.

El extraño se colocó a cuatro patas, y tras echar un vistazo a los espectadores, aulló largamente. Después desencajó su mandíbula, y su propio cuerpo de descoyuntó en posturas imposibles, hasta adoptar la figura de un gigantesco chacal, cuya mandíbula oscilaba babeante.

Turox oyó la voz del Dios en su interior, horrorizado ante aquella blasfemia. Sin dudarlo, alzó su lanza impelido por una fuerza sobrenatural, y la hundió en el cráneo de aquella abominación.

Inmediatamente se desató una sangrienta lucha, en la que los miembros del clan del Dios del bosque llevaron la de ganar, ayudados por su número y la fuerza de su deidad. Mataron a todos los herejes adultos, una treintena, perdonando sólo a los niños de corta edad, que aún no habían sido corrompidos por el culto de aquella bestia babeante, y a los que adoptarían, añadiéndolos a la tribu.

El Dios de los Bosques abandonó el cuerpo de Turox, quien inmediatamente tuvo que reposar sobre el suelo, falto del aliento divino. Se acercó al inanimado cuerpo de la hiena y le soltó una patada. Una tenue niebla color ámbar salió de allí, y se inclinó ante el ente vencedor.

-Perdono tu existencia porque una vez fuiste mi hermano –dijo el Dios triunfante con voz grave-. Pero a partir de ahora buscarás nuevos fieles para mí, y los traerás al templo cada primavera para postrarse ante el poder de mi gloria y regalarme ofrendas. Y si no

cumples con mi mandato, te buscaré donde quieras que esté, y haré volver tu sustancia al Conglomerado Primigenio.

-Cumpliré lo que ordenas –dijo aquella niebla con voz temblorosa-, y doy gracias por tu magnanimidad –dicho lo cual se alejó tan rápido como pudo.

El Dios se volvió hacia Turox, que andaba ahora lentamente entre los heridos de su propio clan, ofreciéndoles palabras de consuelo, y uniéndose a los llantos de aquellas que habían perdido a sus hombres o primogénitos en el combate.

-Me has servido bien –le dijo-, pero ahora necesito alguien fuerte al mando del clan. Uno de tus hijos servirá, elige al que consideres oportuno. Tú puedes quedarte al servicio de mi templo.

El aludido asintió triste, despojado en un instante de toda autoridad.

-No te sientas así, es un gran honor el que te deparo. Quiero que estés cerca de mí para que memorices mis mandatos y los enseñes a tus sucesores. Y tu hijo y los hijos de tus hijos serán mi puño en la lejanía, el hacha que segaré los infieles y regará la sangre que marcará el camino de mi voluntad, pues ha llegado el momento en que todos los hombres conozcan mi palabra.

Y Turox miró los ojos del Dios, y tuvo miedo.

X

Darrell miró a Kate impertérrito. Después le dio un sorbo a su taza de café.

-Ya. Pretendes hacerme creer que Dios y el Diablo eran retazos de niebla que vivía en un claro desahuciado del bosque.

-¿No escuchas lo que te he contado? Eran elementales, seres que existen desde el principio de la eternidad, anteriores al mismo Big Bang. Qué eran en ese momento, antes de que se creara el tiempo, o incluso si existieron en otro cosmos anterior que se colapsó, es algo que no aclaran las leyendas.

-¿Y cómo es posible que de ser un elemental pasaron a convertirse en dioses y ángeles?

-Primero, vuelvo a decirte que no sabemos qué eran antes del estallido. Quizás ese fuera su estatus en algún momento anterior. Pero sí puedo asegurarte que fue la fe de los hombres la que les invistió de poder. De algún modo, el ofrecimiento de dádivas, los rezos, la creencia en ellos, hizo que se convirtieran en lo que son.

Darrell se dirigió a Amy, que permanecía en silencio.

-¿No dices nada?

Ella lo miró con los ojos entonados, cálidos.

-Me gusta el rostro que has escogido. Me encantaría besarte –respondió como si estuviese pidiendo un helado. Se incorporó lentamente, saboreando la confusión que se mostraba en el rostro del chico, y rozó sus labios con suavidad, prometiendo placeres inenarrables.

Darrell se quedó sin palabras. Su boca, entreabierta, demostraba que hubiera deseado mucho más que el breve instante que le había ofrecido Amy. La voz de Kate interrumpió el silencio.

-¿Ya han terminado los tortolitos? Amy, estoy cansada que siempre hagas lo mismo cuando te gusta un chico. Esto es serio, al menos para este joven, si quiere sobrevivir algo más de una semana siendo un demonio. Y si a ti te gusta, le quieres echar un polvo, o que te arrulle en sus brazos, deberías de estar de acuerdo conmigo.

-¿Oh, tienes razón! –se lamentó, irónica-. Siento haber interrumpido tu clase magistral de historia. Sigue si quieres. Claro, si a Darrell le interesa.

Éste asintió con la cabeza, temeroso de que su curiosidad pudiera irritar a la chica.

-Sí, claro que me interesa. Las dos cosas...-se disculpó torpemente-. Es decir la historia y los besos de Amy...-cada vez estaba más azorado-. Me imagino que entendéis qué quiero decir.

Kate entonó los ojos, y lo miró con una sonrisa.

-¿Y mis besos? ¿Te gustarían?

El chico estaba realmente aturdido. “Claro que los quería”, se sorprendió pensando. Las deseaba a ella, a las dos, a todas las mujeres que se encontraban en el club de jazz. Su mente anduvo durante un instante por los vericuetos de pensamientos obscenos, imaginando estampas que antes jamás hubiera soñado.

Sacudió la cabeza, buscando despejarse.

-Kate, por favor, no me distraigas, tengo demasiadas preguntas.

Ella se echó sobre el respaldo de la silla, dejando que sus pechos se ajustaran voluptuosamente en el vestido. Su amiga la contemplaba, cómplice y divertida.

-Pregunte el caballero.

-¿Qué hago con esta agenda? ¿Cómo hago efectiva mi nómina?

-En el interior tienes un pequeño tarjetero, ¿ves? Aquí está la dirección del local de Tom, en el Bronx. Es un buen tipo, no pregunta y va a lo suyo. Más cuestiones.

-¿Y por qué ese dinero? Quiero decir que esos tipos ya estaban condenados por sus obras.

-Siempre hay tiempo para una contrición sincera. En ese caso, sus pecados son perdonados...al menos en teoría. Por eso has recibido tanto dinero, ya que jamás podrán arrepentirse y librarse del infierno. Más.

-¿Soy inmortal?

-Ah, una vez solucionadas las necesidades materiales, nos ocupamos de lo espiritual – esbozó una sonrisa-. Así somos los seres humanos, hombres o demonios...Y sí, teóricamente eres eterno. Pero puedes perder tu envoltura carnal, y entonces viajas derecho al infierno. Eres vulnerable a los exorcismos, a ataques sobrenaturales, a contingencias extremas, como un horno crematorio...

-Y si pierdo mi cuerpo... ¿Cómo vuelvo?

-No se vuelve –ante el gesto de escepticismo de Darrell, aclaró-. Por eso somos tan importantes; nadie regresa. Como apuntó Dante, el infierno son nueve círculos, y en ellos sufren penitencia los condenados. La tierra es el décimo círculo, donde se

entablan las luchas de poder entre –simuló en el aire unas comillas con los dedos- el bien y el mal.

-Eso quiere decir que Bones, mi reclutador, lleva aquí mucho tiempo...

-Miles de años, quizás. No lo sé a ciencia cierta. Realmente es muy poderoso. Por eso nos permitimos tenerle un cierto...temor. Ha sabido esquivar todos los peligros que podemos encontrar y, a estas alturas es muy difícil que alguien pueda enviarle al mismo infierno.

-Querría romper una lanza por tu reclutador –interrumpió Amy-. Ciertamente es un jodido hijo de puta, pero en nuestra misma esencia llevamos marcadas unas pautas, unas influencias sobrenaturales, relacionadas con el trabajo al que somos destinados. Yo misma, con el paso de los años, me siento más...lujuriosa, por decirlo así. Probablemente Bones no fuese en un principio tan abrumadoramente malvado. Pero tiene milenios de existencia, y su misma naturaleza se ha ido apoderando de él.

-¿Eso quiere decir que yo voy a convertirme en un ser como él?

-Si sobrevives el tiempo suficiente, probablemente.

Darrell asimiló aquella noticia como si le hubiese caído un avión encima. Había tenido la esperanza, durante la última hora, de poder cambiar en cierta medida su forma de vida. Ahora comprendía que todo iría a peor.

-¡Oh, vamos! –le dijo Amy, sonriendo-. Aún eres un buen chico, y quiero besarte. ¿Vamos a mi casa? –le propuso.

Darrell salió de su ensimismamiento y afirmó de forma infantil con la cabeza. La pelirroja lo tomó de la mano y fue con él hacia la salida, mientras su compañera los contemplaba con la risa contenida.

-¿Ya te lo llevas?

-Claro, tiene que aprender muchas cosas, me temo.

-¿A esa cama tuya, grande y cómoda, con sábanas de satén?

-Ajá, ¿Se te ocurre un lugar mejor?

-Me parece un lugar estupendo, aunque es enorme para sólo ustedes dos –se levantó contoneando la cintura y dio un mordisco en el labio inferior de Amy. Todos los clientes del local lo contemplaron con la boca abierta-. Creo que os acompañaré para completar la educación del chico.

Se alejaron del local, asiendo ambas cada uno de los brazos de Darrell, el cuál era llevado en volandas, tal era su estupor.

XI

Era mediodía cuando cerró la puerta del apartamento de Amy y salió al pasillo del edificio. Ojeroso, con la camisa por fuera y la chaqueta en una mano, lucía una esplendorosa sonrisa a pesar del cansancio. Se acercó al ascensor y pulsó el botón de forma cansina; le dolían todos los huesos. La noche había sido muy larga, y se había sorprendido de todo el partido que podía sacarse a un cuerpo demoniaco.

Cuando el ascensor se abrió, la figura de una venerable anciana ocupaba una de las esquinas. Llevaba en la mano un pequeño Yorkshire, que le enseñó los dientes cuando entró en el cubículo.

-Buenos días –saludó Darrell cortésmente al entrar.

La anciana lo escrutó y murmuró algo sin sentido. Un pequeño hilo de baba caía por la comisura de sus labios, y las manos le temblaban de forma marcada.

Entonces, mientras el ascensor iniciaba el descenso, la mujer alzó ante ella al perrito, que comenzó a ladrar de forma estridente, retumbando los sonidos en el pequeño recinto. Su dueña lo contempló de forma interrogante, y abrió la boca, en un principio en lo que parecía una expresión de sorpresa, para pasar al siguiente instante asemejar las fauces de una bestia; las mandíbulas siguieron su progresión discordante, hasta que la ajada piel se rasgó, y los músculos se tensaron por la postura antinatural, para resquebrajarse a continuación.

En un abrir y cerrar de ojos, los ennegrecidos dientes calcificados de la anciana se cerraron sobre la cabeza del animal, y un torrente de sangre salpicó la camisa de Darrell, que se echó a un lado, llevado por la sorpresa y las náuseas.

El cráneo del yorkshire cayó al suelo y rebotó, hasta quedar a sus pies. Una voz gutural rompió el trance en el que se encontraba, impidiéndole vomitar por el sobresalto que le produjo.

-¿A qué juega, señor Kirthley? ¿Cree que le contraté para tirarse a un par de golfas?

La anciana lo miraba con los ojos vitrificados, como si le estuviese hablando desde millas de distancia.

-No vas a tener más advertencias. Soy generoso con los míos, pero también exijo dedicación. Deberías de preguntar a esas putas qué ocurre con aquellos a los que despido.

El ascensor llegó a la planta baja y se abrió la puerta. Darrell salió al vestíbulo, que se encontraba vacío, y se encaminó con velocidad hacia la calle; no quería estar allí cuando el espíritu de Bones abandonara el cuerpo de la anciana y ésta recuperara su identidad.

A veinte millas de allí, en Long Island, en una mansión construida sobre una verde colina, lo que aparentaba un hombre despertó de su trance, sentado en un mullido sofá de piel. Se acercó a los ventanales, y pareció contemplar los agrestes paisajes que le rodeaban. Pero su mente estaba en otra parte, a miles de años en el pasado.

XII

Anduvo por las calles de Brooklyn durante una hora, intentando sacarse el susto del cuerpo, y meditando acerca de las responsabilidades de su trabajo. Indudablemente, tenía un jefe implacable y, lastimosamente, ningún sindicato al que acudir.

Su estómago comenzó a gruñir, exigiendo un buen desayuno, y entró en el primer local medianamente limpio que encontró. Cuando se sentó, se dio cuenta que era una cafetería de ambiente árabe. Un camarero solícito de piel olivácea le dejó una colorida carta en sus manos.

Pidió un café –que resultó extraordinariamente cargado, cosa que agradeció ese día en particular-, unas tostadas con un agradable sabor a sésamo, acompañadas de queso Zambusi, suave y especiado. Para ser la primera vez que desayunaba en un lugar así, se sintió satisfecho, teniendo en cuenta que era hombre de costumbres, y dichas costumbres incluían huevos con bacón.

Una vez colmado su apetito, la preocupación por su trabajo volvió a ocupar su mente. Su jefe no se andaba con rodeos, se lo había dejado bien claro. Y decidió que, después de todo, su actual ocupación no estaba tan mal; así que se puso manos a la obra, aunque fuera domingo. Eso sí, tendría cuidado en no progresar en su carrera de ejecutor, y procuraría dejar con vida a sus víctimas. Después de que Kate le advirtiera de no provocar una muerte de forma innecesaria, sentía remordimientos, a pesar de la esencia maligna que le impregnaba.

Sentados en una mesa frente a él se encontraban dos hombres vestidos con el mono azul de operarios. Ambos, de unos treinta años, discutían animosamente en árabe. Se levantó llevado por un impulso temerario y, situándose tras ellos, posó sus manos amigablemente sobre los hombros de ambos.

-¿Puedo sentarme con ustedes, amigos?

Cuando volvieron sus rostros hacia él, Darrell ya conocía sus más íntimos secretos. Las imágenes se mezclaban en su mente e intentaba ordenarlas.

-No le hemos invitado –dijo uno de ellos, barbado y con el pelo recogido por una cola. Supo que su nombre era Akrill y trabajaba en el mantenimiento de un hotel cercano. Padecía de frecuentes migrañas y de un asma incipiente. Llevaba cinco años casado con una belleza morena de ojos negros y era padre de dos hijos.

-Será mejor que se vaya –amenazó el otro. Se llamaba Efrén y lucía un bigote coquetamente recortado. Soltero, presumía de sus conquistas. Era compañero del anterior en el trabajo y el padre del menor de los hijos de su colega.

Tomó una silla y se sentó junto a ellos en la mesa.

-Miren, ¿saben qué? Estoy cansado de ver tipos cornudos andando por las calles, pobrecillos. Y además no tienen ni idea de la razón por la que les pesa tanto la cabeza. ¿No te duele a ti, Akrill? ¿No hay días en que parece te va a reventar? –el aludido estaba lívido y se levantaba lentamente, dispuesto a machacar a aquél blanquito que le estaba insultando como nadie lo había hecho-. ¿Por qué no le preguntas a tu amigo? ¿Es bueno contigo, verdad? – Efrén había palidecido-. Tan generoso que procura que no tengas demasiado trabajo con tu mujer. Es estupendo que no tengas que follarla todas las noches al llegar a casa, ¿verdad? Realmente estimulante un detalle así, con lo cansado que tienes que llegar después de tantas horas extras para pagar la hipoteca.

Efrén se levantó e intentó musitar una evasiva, pero no pudo eludir el golpe en el estómago que le propinó su compañero. Mientras se retorció en el suelo, Akrill tomó una silla y la rompió contra su espalda, saliendo disparados fragmentos del mueble por todo el local. Cuando iba a lanzar una patada a la cabeza del caído, con los pies calzados por una gruesa bota de goma rematada por una reluciente placa de metal, Darrell lo sujetó por detrás.

-Tranquilo, chico, ya le has dado bastante –intentó tranquilizarlo. No quería otra muerte más en su currículum.

Giró la cabeza y miró a los clientes del local, que se habían resguardado en torno a la barra de servicio. Pero había una pareja que lo contemplaba todo con desusado interés, aunque sin aparentar el menor temor. Ella tenía la piel morena, el cabello azabache y ondulado, y unas pupilas verdes y luminosas; él lucía el mismo tono de piel, la cabeza rapada y los ojos...el interior de las órbitas era negro como la noche.

Ese breve instante de distracción fue vital. No pudo advertir cómo Efrén se levantaba del suelo, portando en su mano una pata astillada de la silla. Pero sí sintió cómo el cuerpo de Akrill se tensaba, al hundirse ésta en su vientre y atravesarle la misma columna dorsal.

Sus brazos agarraban ahora un peso muerto, y lo dejó caer, inerte. La figura desmadejada del árabe le pareció la constatación de que una maldición le perseguía, y que todo lo que tocaba se precipitaba al vacío de la muerte.

El asesino huyó sin que nadie se opusiera. A través de la cristalera, lo vio cruzar la calle enloquecido, y cómo un Ford lo embestía violentamente, haciéndole dar una voltereta en el aire, golpeando con la base del cráneo el asfalto. El sonido del impacto llegó claramente a sus oídos y retiró la vista asqueado, no sin antes contemplar cómo los sesos se desparramaban sobre la carretera.

Entonces advirtió cómo el árabe de negros ojos se acercaba hacia él, con el puño alzado. El golpe -perfecto ejemplo de pugilismo, de abajo a arriba hasta la base de la mandíbula- le alcanzó de lleno y lo arrojó a través del escaparate hacia la calle. Mientras se desplazaba en el aire, tuvo la sensación de estar inmerso en una película a cámara lenta, y percibió la sangre de su boca salpicar a su alrededor, y algunos fragmentos de sus piezas dentales entonar un agitado baile en torno al líquido carmesí.

Cayó de lleno sobre la acera, e inmediatamente el extraño lo hizo sobre él, inundándolo a golpes. Era fiero su rostro, con aquellos globos oculares negros, con su mandíbula mostrando unos afilados dientes, una lengua bífida siseante, y la piel tornándose cada vez más roja.

Supo que iba a morir; que aquél ser, fuera lo que fuese, iba a enviarlo a un viaje sin retorno a las llamas del infierno. Y de alguna manera, llevado por la desesperación, hizo un último intento.

Utilizó los dedos de su mano derecha como una cuña, y golpeó las costillas del árabe. Su mano entró con una facilidad que no imaginara en aquél cuerpo y se ciñó en torno a la columna vertebral; la arrancó y la sacó a través de la cavidad torácica, junto con una buena parte de materia gris, y contempló con estupor el destrozo que había originado.

El agresor se había quedado inmóvil, mirando con asombro el órgano que le había sido extraído, para caer posteriormente como un saco de carbón a un lado, retumbando sobre los adoquines, con la espalda flácida y el cráneo vacío.

La gente chillaba y corría de un lado a otro, llevada por el pánico, mientras el ulular de una sirena se distinguía en la lejanía. Todo era un caos, salvo la chica de luminosos ojos verdes, que lo miraba inquisitiva.

-No sé cómo lo has hecho, pero corre -dijo ella-. Huye y escóndete, porque la policía es ahora el menor de tus problemas.

XIII

Llegó sin resuello a su apartamento, a pesar de las condiciones físicas de su nuevo cuerpo, y cerró la puerta tras de sí. Estaba muy asustado, casi al borde del pánico. Fue hacia el baño y vomitó, de puro nervio. Después se enjuagó la cara en el lavabo y se contempló en el espejo.

Su rostro era un poema, aunque afortunadamente la policía no reparó en él cuando pasó a su lado, huyendo del lugar con aparente disimulo. La nariz y los pómulos estaban hinchados, los labios parecían rellenos con silicona, y su dentadura hecha trizas. Intentó concentrarse para reparar los daños, pero apenas pudo rebajar la inflamación.

Se tumbó en la cama, intentando descansar, pero algo en el bolsillo de su pantalón se clavó en su pierna. Lo sacó de allí y contempló las tapas de su agenda de trabajo. La tiró a un rincón y se despreocupó de ella; después de todo, siempre se las arreglaba para volver a estar a su alcance.

Buscó relajarse como fuera, y encontró en su mente las imágenes del enorme desierto de arena azul que era el limbo, con aquella penumbra melancólica que había logrado tranquilizar su ánimo.

Sus sentidos se expandieron, dieron rienda suelta a la imaginación, tan absorto estaba en su ensueño que le parecía que su cuerpo se amoldaba, no sobre las blancas sábanas de su lecho, sino sobre las finas arenas.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Dunas aterciopeladas le rodeaban por todas partes, y un horizonte carmesí calentaba su rostro. Se levantó despacio, y supo que, de forma accidental, había descubierto otro de los poderes que le confería su nueva naturaleza.

-¿Ha visto a mis padres, señor? –dijo una voz llorosa junto a él.

Los tres niños estaban a su lado, el mayor y los dos pequeños gemelos.

-No, chico –contestó mostrando una sonrisa cálida, para calmarlo-. Pero si los veo les haré saber que estáis aquí.

-Los busco desde hace mucho –sus mejillas eran un mar de lagrimas-. ¿De verdad les dirá dónde estamos?

Llevado por un impulso fraternal, lo abrazó, intentando confortarlo. Y al tocarlo, lo vio.

La casa, de dos plantas y techo abuhardillado, estaba sobre una verde colina, rodeada de bosques. De estilo georgiano, en mitad de la fachada irrumpían veteadas columnas

de mármol, que sostenía un amplio frontón griego. Allí, donde tenía lugar la entrada principal, tres niños jugaban inocentemente, a la luz de un sol crepuscular de otoño.

La imagen le causó tristeza. Recordó su infancia, un suburbio de casas baratas y juguetes de ocasión. Pero había buenos momentos, cuando sus padres lo abrazaban, cuando jugaba al beisbol con los amigos en un solar cercano, cuando robó el primer beso...oh, bien, tenía doce años cuando sucedió esto último, y tuvieron que pasar otros cinco para repetirlo...pero era la edad dorada, cuando no tenía que preocuparse de nada porque otros lo hacían por él.

Un hombre delgado apareció por el camino. Aparentaba unos treinta años y lucía una larga y cuidada melena rubia. La camisa ajustada, estampada con motivos orientales, y los pantalones acampanados le situaron a finales de los sesenta.

Los niños lo saludaron discretamente, pero cuando él mostró unas golosinas, las atraparon sin timidez, demostrando que era familiar para ellos.

-Hola, Warren. ¿Cómo estáis hoy tú y tus hermanitos? –les preguntó.

-Bien, señor –le respondió el mayor. Los gemelos se limitaron a levantar una mano y agitarla.

-¿Vuestros padres siguen sin daros chocolate? –les preguntó. Los niños asintieron con la cabeza, enfadados-. Ya os dije que no os querían. Que prefieren sus fiestas, sus viajes, y dejaros solos con esos criados negros, que se enfadan si entráis en la cocina. Venid, vamos a jugar al jardín –y echó a correr entre los setos, en dirección a la caseta de herramientas, hacia donde ellos le siguieron.

Forzó sin problemas el candado que protegía la puerta y la abrió. Sacó de su interior unas tijeras de podar y una pequeña hoz. Las acercó a sus pequeños oyentes y los miró a los ojos.

-¿Sabéis lo que tenéis que hacer con esto? Debéis dar a vuestros padres algo de su propia medicina, demostrarles que ya sois mayores para decidir. Ahora están durmiendo. Estaban muy cansados después del café –sonrió al recordar cómo había mezclado escopolamina con los granos molidos. Era tan ínfima la cantidad que necesitó, que no pudieron discernir el sabor amargo-. Ellos solo piensan en pasarlo bien, en dormir y descansar cuando llegan a casa, y nunca juegan con vosotros, ¿verdad? Ahora tenéis la oportunidad de poder quedaros conmigo y tener todo el chocolate y juegos que queráis.

Pero los niños callaban y no alzaban las manos para tomar aquellas herramientas. El hombre rubio estaba perdiendo la paciencia, y los miró fijamente. Cuando el mayor intentó apartarse de aquella visión, le sujetó la cabeza con brusquedad y le obligó a seguir mirándole.

Darrell comprendió entonces lo terrible de la situación. Aquél demonio ya no estaba sugiriendo, engatusando, sino que apelaba a la hipnosis para satisfacer sus planes.

Después de unos minutos, y cuando las faces de los pequeños no eran más que una máscara hierática y sus mentes ya no reaccionaban al menor estímulo, salvo a las órdenes del siniestro personaje, éste los guió a través de las escaleras hasta la primera planta, donde estaba el dormitorio de sus padres. Éstos se encontraban sobre una colcha de hilo, vestidos aún, inconscientes.

-Vamos chicos, hacedlo ahora –los apremió, poniendo en sus manos las herramientas.

Pero permanecieron inmóviles, temblando y sudorosos. Se resistían a cumplir las instrucciones marcadas en su psiquis. Entonces perdió la paciencia, arrancó la hoz de las manos del mayor y la hundió sobre el vientre de la mujer. La desdichada abrió los ojos, y su boca se dispuso a exhalar un grito, cuando un nuevo golpe certero de la herramienta le seccionó la garganta. Sin pausa, prosiguió con su marido, una y otra vez, con furia desatada; los niños, inmóviles, lloraban en silencio.

Después vino algo aún peor. El demonio se cebó sobre los hermanos. Manipuló sus mentes para que no se quejaran, y no lo hicieron a pesar de que prácticamente los despellejó vivos. Darrell nunca había oído hablar de semejante crueldad, y estaba horrorizado visualizando aquella escena. Cuando terminó colgó las pieles en la pared, como si fueran trofeos de caza.

Bajó las escaleras, empapado en sangre. Antes de cerrar la puerta principal, echó una última ojeada al interior de la casa, percibió el silencio sepulcral que reinaba en ella, y se dibujó una sonrisa siniestra en su rostro.

Y sus ojos brillaron. Darrell los vio de cerca, captó la maldad que destilaban sus pupilas. Quiso gritar en aquella ensoñación, pero no podía, no eran sus recuerdos.

Eran los ojos del señor Bones.

XIV

Estaba de vuelta en casa, sentado en la azotea del ático. Se palpó el rostro y comprobó que la inflamación había desaparecido, y sus dientes volvían a estar en su sitio. Pero esa era, ahora mismo, una nimiedad en comparación con sus emociones.

Le había costado regresar, dejar solos a aquellos pequeños en la inmensidad del limbo. ¿Dónde estarían sus padres? ¿Arriba o abajo? En cualquier caso, nunca volverían a verlos, si tenía que hacer caso a la teología. La idea de que aquellas almas permanecieran allí eternamente, le produjo escalofríos.

¿Y por qué haría Bones aquello? Ya sabía que no era precisamente un alma bondadosa, pero había pensado que su comportamiento se debía a una malsana obsesión por su trabajo –un trabajo tan particular-. Pero lo que había hecho contravenía todas las normas que hasta ahora le habían expuesto. No había sugerido un acto maligno, sino inducido, obligado, y finalmente realizado por él mismo.

Quería saber más, conocer las motivaciones de su patrono. Encendió el portátil y se puso manos a la obra. Intentó localizar la mansión en un principio por un directorio de casas similares en Long Island. Los resultados de la búsqueda fueron inútiles.

Por vía satélite fue la siguiente opción. Un trabajo de chinos que dio resultado casi una hora después, cuando pudo localizarla casi oculta por unos bosquecillos; un lugar idílico, sin urbanizar, algo casi imposible de hallar en esos días de especulación inmobiliaria.

El timbre de la puerta sonó entonces. Un ding dong con un sonido realmente añejo. Decidió que, si sobrevivía aunque fuera un mes, lo cambiaría por alguna melodía más agradable.

Se acercó despreocupadamente y observó por la mirilla. El corazón subió cien latidos de golpe al ver que allí estaba la chica árabe de la cafetería; de algún modo había dado con él.

Se alejó de la puerta silenciosamente, confiando no haber hecho demasiado ruido y pensara que no había nadie en la casa. Pero inmediatamente el dichoso ding dong volvió a sonar, machaconamente esta vez.

Decidió volver a la azotea y buscó algo de música tranquila por internet. Se colocó los cascos y se resignó a esperar que se cansara de llamar. Y mientras tataraba una canción, la vio cruzar la entrada.

Fue así, literalmente, atravesó la puerta. Giró la cabeza hacia él y sonrió con malicia.

-Vaya, finalmente Sí había alguien en casa.

Se levantó de un salto, y el portátil se estrelló contra las losas de la azotea.

-¿Cómo...cómo has entrado? Has atravesado la puerta.

-Sí, es una de las aptitudes que suelo poner en mi curriculum. También podría haberte hecho enloquecer y que te arrojaras al vacío, pero hubiera sido demasiado escandaloso, y de un par de siglos hasta ahora, intento ser discreta.

-Mira, perdona lo que le sucedió a tu amigo, no pretendía hacerle daño...

-No era mi amigo, sólo un conocido. Y lo de que no pretendías matarlo, me lo creo. De hecho, estoy tan sorprendida al respecto como tú. O como él, que a estas horas se estará pudriendo en los siete círculos del infierno.

-Querrás decir nueve círculos –replicó, intentando dárselas de entendido.

-Nueve en el cristiano, siete en el musulmán. Por cierto, ¿Me pones algo de bourbon? He visto una botella en el mueble bar.

-¿Bebes? –Fue lo único que atinó a decir-, creí que lo teníais prohibido.

-No seas idiota. Yo bebo, tú asesinas o induces al homicidio. Dime cuál es la más pecaminosa de las dos opciones.

-Sí, claro, tienes razón –tomó un par de vasos-, ¿Quieres hielo?

-No –respondió, sonriendo-, puedo asegurarte que he estado en sitios en los que, en comparación, la temperatura de esa botella estaría cerca del cero absoluto.

-Ah, bien. Si no te importa, me pondré un par de cubitos –terminó de servir y le tendió la copa a ella. Le dio un buen trago y se sentó en el sofá.

-¿Y tú eres...? –inquirió Darrell

-Me llamo Farida. Y si te refieres a la especie a la que pertenezco, soy un djinn.

-Que es...

-Lo que vulgarmente conocéis como genio. No el de Walt Disney, claro. No voy a concederte un deseo. Aunque ahora que lo pienso, realmente podría...-negó con la cabeza-. Noooooo, mejor voy a dejarte tal y como estás. No creo que te merezcas el mínimo esfuerzo por mi parte.

-Gracias por el interés –ironizó-. Y un djinn, ¿no es un demonio islámico?

-No exactamente...Allah creó tres razas; los ángeles, los djinn, y a los hombres.

-¿Y el tipo que estaba contigo? ¿Era como tú?

-No. Más bien similar a ti. Les gusta llamarse shaitánes. Ellos son seguidores de Iblis, nuestro Satanás particular...Ya ves que en todas las religiones siempre hay alguien que mete la pata hasta el fondo.

-Ah, bien, está todo clarísimo...si lo hubiera sabido, habría estudiado teología en lugar de electrónica... ¿También es un ángel caído el tal Iblis?

-¿No puedes buscar las respuestas en internet? Eres algo pesado –miró su reloj de pulsera-. Disculpa, he sido grosera contigo. Después de todo eres mi anfitrión...los ángeles no pueden rebelarse contra la voluntad de Allah, salvo Iblis, que fue quién le solicitó esa imposición...pero, casualmente, olvidó incluirse él mismo. Con el tiempo, cuando ordenó a los seres celestiales que se postraran ante los hombres y los protegieran, Iblis se negó a hacerlo. Por tal desobediencia, fue desterrado, y desde entonces recluta espíritus malignos para sus legiones.

-Vaya... ¿y también tiene su infierno particular?

Farida hizo una pequeña pausa antes de responder.

-Sí. Y puedo asegurarte que, en comparación, su símil cristiano es un parque de atracciones.

-Vamos, un autentico hijo de puta.

-Bastante rencoroso, diría yo...

-¿Y por qué me atacó tu amigo?

-¿Por qué? ¿No sabes la causa? Estabas consiguiendo pecadores en su territorio, en un lugar perteneciente a otra religión...no cabe duda que eres un temerario...o un insensato. Sí, abogaría por lo segundo.

-¿Y por qué estás aquí?

-¿Aún no sabes lo que has hecho? Nunca he visto algo así en mi larga vida...que un demonio recién convertido acabe con otro que lleva un siglo sobre la tierra, sin utilizar las artes oscuras...sólo con las manos desnudas...es algo prodigioso.

-¿De verdad? Bueno, a mí me pareció algo desesperado...simplemente fue llevado al extremo...

-Esa actitud delata tu desconocimiento. Los susurradores recién creados son débiles, porque su esencia vital aún se está adaptando a esta realidad. Sólo con el paso de los siglos, son capaces de dominar sus habilidades innatas, y algunos pueden incluso llegar a efectuar hechizos poderosos. Por eso me motiva curiosidad. Lamentablemente, no poseo la capacidad de los demonios para conocer tu vida sólo con tocarte, así que me

gustaría que me contaras cómo has sido capaz de terminar con un shaitán que no era, desde luego, ningún novato. –volvió a mirar su reloj.

Le relató todo lo sucedido desde que fuera contratado, obviando algún detalle, como el encuentro con los dos súcubos o los chicos del limbo. El primero, porque pensaba, en algún remoto punto de la sinrazón, que podría acostarse con ella, y aquella anécdota no jugaría a su favor. El segundo, porque parecía demasiado fría para que algo así le interesara, e iba a percibir que aquella vivencia le ponía demasiado sensible, situación que afectaría a las posibilidades de finalizar positivamente el primer punto.

-No conozco a ese tal Bones, pero esa figura no existe en nuestra sociedad. Simplemente los espíritus malvados se unen voluntariamente a Iblis. Eso sí, son igualmente recompensados por sus tareas malignas. Las antiguas tribus árabes coexisten desde el principio de los tiempos con estos seres, a los que llaman susurradores, así que suelen estar más prevenidos ante sus desmanes –hizo una leve pausa-. Te lo digo para tu información.

-Gracias por el breve curso de mitos islámicos, Farida. ¿Otra copa? –entonó la pregunta animado. Era la hora de almorzar y tenía el estómago vacío, así que el alcohol le había sentado demasiado bien.

-Creo que tengo aún algo de tiempo...sí, pónmela, gracias.

Darrell alzó el vaso y vertió en él el líquido ambarino. Miró a través del vidrio la figura de su invitada, e imaginó que quizás el día terminara en un puerto mejor del que había zarpado.

-Y cuéntame, como djinn... ¿qué habilidades tienes? –le preguntó mientras le alargaba el recipiente.

-Soy teriantrópica, por ejemplo –contestó con una sonrisa.

-Ah, gracias por tu confianza...y perdona mi ignorancia pero ¿eso qué es?

-Puedo cambiar de forma a voluntad, de la humana a la animal. No es fácil, sobre todo porque tienes que elegir bien en qué te transformas. Mientras más pequeña es la forma elegida, más riesgo corres de perder tu racionalidad. De todas maneras, no es posible mantener mucho tiempo la transmutación. También puedo crear ilusiones momentáneas, dar pequeños saltos espaciotemporales (te ahorras mucho en aviones, créeme), y sobre todo, los djinn somos casi inmortales.

-Vaya, bonito repertorio de aptitudes... y dime, ¿eres muy humana para otras cosas? –inquirió torpemente, mientras se acercaba un poco a la chica.

-Bueno, durante el Medievo se dictaron normas que regulaban el matrimonio entre mi especie y los humanos, si te refieres a eso. Actualmente somos más reservados –sonrió

y volvió a mirar su reloj, mientras con la mano derecha detenía el sinuoso avance de su anfitrión-. Se acaba el tiempo... ¿No vas a preguntarme cómo he dado contigo?

-Mmmm... di por hecho que utilizando alguna de tus competencias paranormales.

-No, no poseo nada parecido a la hora de rastrear a alguien...más bien fue tu cartera. Se te cayó y la dejaste allí. En su interior guardabas un recibo con el pago de la fianza del alquiler. Evidentemente, mostraba la dirección.

-Oh, no me había dado cuenta. Llegué demasiado confuso a casa, y ni siquiera miré en los bolsillos cuando dejé los pantalones en el baño. ¿Serías tan amable de devolvérmela? –mostró su mejor sonrisa, la que él pensaba que era seductora e irresistible, pero que con el grado de alcohol que llevaba, era paródica.

-Es que no la encontré yo. Sólo atiné a leer la dirección mirando por encima del grupo.

-¿Qué grupo?

-Los que encontraron la cartera.

-¿Y quienes encontraron la cartera?

-Los amigos de Abdul.

-¿Esto es un juego? ¿Y quién es Abdul?

-Mi acompañante...al que arrancaste el sistema nervioso, en el sentido literal.

-¡Mierda! –El alcohol desapareció de su sangre instantáneamente- ¿Y me lo dices ahora? ¿Vendrán a buscarme?

-Me temo que sí. Logré adelantarme teletransportándome, pero tienen que estar al llegar –confirmó mientras echaba un vistazo por enésima vez su reloj.

-¿Y por qué no me lo has dicho antes?

-¿Para qué? Sólo tenía curiosidad por saber quién eras, no había ningún interés personal.

Oyó un retumbar de pasos en el pasillo, y secos golpes contra la puerta. Aunque era blindada, no aguantaría mucho.

-¿No puedes calmarlos? Diles que lo siento mucho, que soy nuevo en esto, que...

-No, no, perdona. No es posible calmar a una turba de shaitanes furiosos, me juego el pellejo. Además, vuelvo a decirte que no tengo razones para interponerme en su venganza.

-¡Joder! Eres una puta, ¿Lo sabías? –gritó frustrado, sintiéndose engañado, al menos por él mismo. Miró a un lado y a otro de la azotea, pero no había salida posible. Intentó concentrarse para huir de allí, aparecer en el limbo o en el infierno, qué más daba, pero era inútil. Los golpes en el umbral y lo que parecía una humareda le impedía toda relajación.

La puerta estaba ardiendo, y cedió con estrépito, cayendo en el recibidor. Media docena de tipos irrumpieron en el piso y, al verles las caras, Darrell supo que era diablo muerto. Estaban envueltos en llamas, con las mandíbulas desencajadas y los ojos relucían con un fulgor salvaje.

Mientras se abalanzaban hacia él, recorriendo los pocos metros que le separaban, se le ocurrió un acto desesperado; intentar bajar por la fachada hasta el piso inferior. Cuando se arrojó al exterior, saltando la balastrada, con la cabeza por delante, sintió una mano que intentaba sujetarlo por el pie, pero pudo deshacerse de ella, aunque su calzado quedó flotando en el aire, para después caer.

Trazó una voltereta en el vacío, ayudado por las virtudes de su cuerpo demoniaco, e intentó aferrarse a la ventana de su vecino inferior, que era su alocado objetivo.

Falló. Así de simple. Y comenzó una caída de veinte pisos que dejarían su cuerpo sobrenatural transformado en un carpaccio listo para filetear.

Por un momento, Darrell estuvo en paz consigo mismo y con el universo. Mientras descendía, contempló a su lado el zapato que hasta hacía unos segundos había estado en su pie derecho, acompañándolo hasta el final, refutando a Galileo.

Su último pensamiento fue que ojalá el infierno no fuera tan malo, aunque no pudo evitar pensar en las torturas que padecería allí por haber sido tan manazas.

Un segundo después, los peatones se sorprendieron al contemplar un zapato que caía desde las alturas y rebotaba un metro al impactar contra la calzada, para quedar posteriormente inmóvil sobre ésta. Miraron hacia arriba, por puro reflejo, pero no advirtieron nada más.

XV

Por lo que podía deducir ante los escasos dos metros de visibilidad que le permitía la tormenta de arena –un fino polvo rojo que se introducía en cualquier pliegue de la ropa, y le obligaba a respirar protegido con el antebrazo-, aquello podía ser una llanura, una playa mal conservada, el valle de la muerte o la cumbre despejada de una montaña.

El ulular del aire se hundía en los tímpanos; la fuerza del viento, ayudada por la erosión de la arena, amenazaba con desgarrar sus ropas, y su piel mostraba signos de irritación. Ahora que comenzaba a controlar su cuerpo sobrenatural, le bastó un pensamiento para endurecer su dermis, y no sufrir las molestias que estaba padeciendo.

Si aquello era el infierno cristiano, no tenía nada que ver con lo que había imaginado. En cierta manera, se parecía más al Tártaro griego, un inmenso paraje desolado, donde vagaban sin rumbo los espectros de los vivos.

No había muerto estrellado contra el suelo, pensó aliviado, simplemente se había transportado allí. Sin embargo, según le habían comentado Kate y Amy, era imposible para los de su especie poder hacerlo.

Le pareció ver una luz en la lejanía, y se encaminó hacia allí. Al poco, la silueta de una construcción se abrió paso. Cuando llegó a su altura, pudo ver con más detalles que parecían las ruinas de un templo, dedicado a alguna religión olvidada. A cada lado del umbral se encontraba una fuente de metal, adornada con retorcidos realces, las cuáles despedían de su interior una alargada llamarada.

Entró con precaución en el interior, despacio, sin hacer ruido. Las llamas crepitaban a su espalda, iluminando la estancia principal. Sobre las paredes, unos gastados frescos reflejaban una hueste de seres con cuernos cónicos y colas reptilianas, regodeándose en todo tipo de torturas sobre los que aparentaban ser pecadores. Por un momento le pareció encontrarse ante una versión gore del jardín de las delicias.

Un ligero susurro le sobresaltó. Provenía de su derecha, de un recinto envuelto en la oscuridad. Se animó de valor y se dirigió hacia allí, mientras sus pupilas se adaptaban de una manera sorprendente a la ausencia de luz.

Un cuerpo vestido de harapos se encontraba acurrucado contra un rincón. Volvió su cara hacia él y, a través de una melena greñuda, contempló unos ojos de mujer, aterrados y enloquecidos. Le faltaban jirones de piel y los pies desnudos carecían de dedos. Indudablemente había huido de la tormenta, esperando encontrar un refugio.

-Cálmese, señora, no voy a hacerle daño –habló susurrando, intentando tranquilizarla.

Pero por toda respuesta, cuando él se acercó, emitió un grito histérico. Darrell cesó en su aproximación y retrocedió unos pasos, observándola.

Ella cambió de actitud de repente. Se postró ante él y comenzó a gimotear.

-No me castigue, amo –gemía-. No sabía lo que hacía, es el viento, es la tormenta...me vuelve loca –se mesó los cabellos, para posteriormente tirar de ellos con saña y arrancarse mechones enteros, dejando al descubierto una piel purulenta.

El joven se inclinó hacia ella y le tocó suavemente el hombro, intentando tranquilizarla. Como siempre, la vida de aquél ser humano discurrió a cámara rápida en su mente, pero esta vez no pretendía conocer nada de su pasado; probó a transmitirle serenidad, placidez, y al poco la mujer dejó de llorar, calmándose como un niño de pecho.

La soltó con delicadeza. Ella se apoyó contra un muro, y pareció sumergirse en un sueño ligero. Por lo que sabía de esa mujer, desde que llegó a aquél lugar, hacía casi dos siglos ya, nunca había podido disfrutar de un descanso tranquilo.

Repasó con minuciosidad los recuerdos que le había transmitido. Había nacido en una pequeña ciudad de Ucrania, hija y madre de campesinos libres, y sus pecados, al examinarlos, eran nimios; un coqueteo con el tendero, yerro que se prolongó a lo largo de varios años sin que nunca llegara a más, robar comida a éste para sus hijos, algunas mentiras sin importancia a lo largo de su vida, unas blasfemias cuando su marido sucumbió pasto de las fiebres... murió sola en su pobre cabaña, ya que sus tres hijos, varones todos, habían emigrado a Kiev y no había querido acompañarles, resistiéndose a dejar su pequeña propiedad.

Así que no había recibido la extremaunción. Había fallecido con vanos pecado sin confesar, sin poder arrepentirse ante un sacerdote; en una carta transcrita por un escriba –ya que ella no sabía leer ni escribir-, le había asegurado a uno de sus hijos que se encontraba bien de salud. Una mentira piadosa que había sumado como una losa en su condena.

Los recuerdos de la desgraciada seguían pasando en su memoria como el rollo de una película, y supo que ella nunca se había sincerado ante el sacerdote, por pudor, su deseo hacia el tendero. Tembló involuntariamente ante lo insignificante de los pecados que la habían condenado por toda la eternidad. ¿Realmente era tan despiadado aquél que juzgaba a los hombres?

Un siniestro ulular lo sacó de sus pensamientos. Provenía del exterior, y destacaba en el ruido de la tormenta, que ahora parecía amainar. Cruzó el umbral de su refugio y echó una ojeada.

El aire traía consigo una pléyade de gemidos. A medida que cesaba el viento y la arena volvía a aposentarse en el suelo, se despejaba la visión del horizonte. Entonces los vio,

aún envueltos en la tempestad, miles, millones de cuerpos mutilados arrastrándose penosamente, implorando perdón. Sus rostros eran máscaras de desesperación, desgarrados por la erosión, con las cuencas de los ojos vacías al carecer ya de párpados, y no poderlos proteger del viento.

Entró de nuevo, agitado y tembloroso. La mujer se había despertado y se encontraba erguida, aunque se apoyaba con una mano en el muro. Con sorpresa, advirtió que muchas de sus heridas habían sanado, y la carne había crecido donde antes faltaba. Pero en sus ojos se reflejaba el pánico.

-Ahora vendrán por mí –dijo-. Siempre lo hacen, nadie puede escapar.

-¿Quiénes vendrán?

-Los que son como tú; los demonios. Prométeme que no me harán daño, que no les dejarás.

Pero Darrell sabía que no podía prometer tal cosa, así que se echó sobre una pared, agachado, envuelto en las tinieblas. Intentó concentrarse, salir de allí como fuera, pero su agitación era tal que no podía visualizar ningún lugar con la abstracción que se requería.

La tormenta había cesado, y ahora oía con claridad los gritos de los condenados, sufriendo una agonía eterna. Un retumbar apocalíptico lo sustituyó al cabo, proveniente de la lejanía, y fue haciéndose cada vez más estridente, hasta el punto que el suelo comenzó a temblar. La mujer enloquecía de nuevo, golpeando su cabeza contra el muro mientras sostenía desgarradores gritos.

Una masa enorme ante el umbral ocultó la escasa luz que provenía del exterior, y algo parecido a un tentáculo agarró a la mujer y la sacó de su refugio.

Darrell temblaba. Un sudor frío le caía por la frente y no podía controlar sus miembros. Y entonces, aquello entró, y contempló un cuerpo de pesadilla que ocupó toda la estancia, tal era su volumen. Y lo miró con un rostro que no lo era, mientras su aliento despedía azufre y fuego.

-¿Y quién eres tú? –bramó el ser.

XVI

Lo que tenía ante él, haciéndole una pregunta tan sencilla y peligrosa a la vez, era mucho peor que cualquier imagen que desarrolle un ser humano en su mente intentando representar un diablo. Expelía vilezas tales como la maldad absoluta y la repulsión extrema; su color era un carmesí tan oscuro que rivalizaba con el negro; sus fauces, guardaban una línea tras otra de afilados colmillos, que iban replegándose hacia el interior de su garganta; sus ojos eran tizones fulgiendo en el abismo... y lo que Darrell sentía es que, si se equivocaba en la respuesta, estaba acabado.

Así que, como suele ser normal en una situación tan desesperada, siempre se elige la contestación errónea.

-Soy nuevo en esto –atinó a decir.

Inmediatamente se encontró suspendido en el aire y arrojado al exterior. Cuando dio con sus huesos en la tierra rodó varias veces sobre sí mismo, hasta quedar boca arriba, sin respiración.

Fue una corta pausa; de nuevo sintió cómo lo agarraban de una pierna y lo lanzaban en dirección contraria. Ahora golpeó contra los muros del edificio que le había servido de refugio, y sintió los huesos de la espalda romperse en mil pedazos.

Intentó moverse pero le era imposible, los miembros no le respondían. De nuevo lo izó el tentáculo, pero esta vez no volvió a morder el polvo. La criatura infernal lo examinaba con interés, absorbiendo todos sus recuerdos y vivencias. Después, simplemente se lo colocó en el hombro, como un pelele, y trotó sobre el árido terreno.

Toda la atención de Darrell estaba desviada por el dolor que sentía. Sus huesos comenzaban a soldarse de nuevo y, con la reparación de los daños, volvía a sentir con intensidad el deterioro de sus órganos internos.

A pesar de ello, pudo percibir cómo aquél ser pasaba, con saña y dedicada crueldad, por encima de las almas en pena, que se retorcían a su alrededor. Otros entes demoníacos aparecieron en el horizonte, ocupados en la labor de agrupar a los pecadores semejando un rebaño. Hacia ellos se dirigían.

La planicie era inmensa y la circundaban farallones colosales, de basalto y granito, rodeándola por completo. Dedujo que el lugar por dónde andaban era el segundo círculo del Infierno (el primero era el limbo), donde se encontraban los pecadores más nimios, aquellos llevados por el instinto de la lujuria. ¿Sería posible que la pobre mujer que había conocido estuviese allí por el simple coqueteo con el tendero de su pueblo? ¿Quizás no se había arrepentido sinceramente de su frivolidad?

Por fin alcanzaron al grupo diabólico hacia el que se dirigían. Se trataba de media docena de seres infernales, todos ellos mucho más voluminosos que su captor. Ninguno tenía demasiado que ver con las imágenes que popularmente pueblan los frescos de las iglesias o los libros religiosos, que no eran más que antropomorfismos con una par de cuernos, una cola y unas alas membranosas correctamente situadas. Más bien eran seres deformes, que no guardaban ningún parecido con todo aquello que conocemos.

Su captor extendió el tentáculo que lo sostenía y lo ofreció a una inmensa mole oscura, que lo recogió entre cuatro de sus múltiples zarpas. Era la oscuridad, la maldad absoluta, la suma de los pecados más horrendos. Pero cuando absorbió las vivencias de Darrell, pareció brotar en él recuerdo de algo llamado humanidad.

“Puedo calibrar tu vida, pequeño demonio –retumbó una voz grave en su mente-, leo tu memoria, siento tus emociones...no hay reciprocidad porque no soy terrenal, hace mucho tiempo que dejé de vagar sobre los caminos de los humanos...pero voy a dejar que accedas a algunos retazos de mi vida entre las naciones de los hombres...y con ello comprenderás la suerte que has tenido de dar conmigo”.

Las imágenes llegaron a su mente inundando sus sentidos, aislándolo de toda sensación del exterior, haciéndole vivir aquellas escenas.

“Era un día soleado. Desde la azotea del edificio, dos figuras contemplaban el mar calmo que rodeaba el puerto de Alejandría, vacío de naves. Todas habían marchado días antes, cargadas de refugiados hacia Trípoli, Cartago o Bizancio. El pánico se había apoderado de la población después de la derrota de los ejércitos imperiales en Heliópolis, una semana antes, contra las fanáticas huestes de seguidores de una nueva religión.

Néstor giró la mirada hacia el interior de la ciudad, y admiró la humareda producida por multitud de edificios incendiados. En las calles, los conquistadores saqueaban los negocios, las casas, y degollaban a todo aquél que se oponía. Eran los vencedores y se estaban cobrado su tributo. Después de todo, las tropas tenían que recibir su paga.

-Tendremos que irnos de aquí –dijo Arcadio, su acompañante-. Por lo que sé de Damasco, ha habido bastantes conversiones al islam.

-¿Y crees que los alejandrinos seguirán sus pasos? Aquí son muy fanáticos, lo sabes...hemos conocido a mucho de ellos.

- Siempre se reconoce con rapidez un nuevo Dios si es el que adoran los vencedores. Lo harán las clases altas para mantener sus privilegios y les seguirán los siervos. Pronto sus propios demonios estarán aquí, y no habrá sitio para nosotros.

Néstor se acarició la incipiente barba que había comenzado a crear desde la derrota del ejército bizantino, previniendo la llegada de las nuevas costumbres que se impondrían. Aquellas huestes de fanáticos eran gentes del desierto, beduinos, escoltas de mercaderes, y su nivel cultural no era muy alto, aunque preveía que con el tiempo, crearían una élite intelectual de la que ahora carecían.

-Aún hay cosas que hacer en Alejandría.

-Nada podemos esperar ya de este lugar. Están a punto de llegar aquí mismo, a la biblioteca.

-Por favor, maestro –se refería a él con este título cada vez que deseaba un favor-, tened confianza en mí.

-Está bien –se recostó sobre el suelo, recogiendo su túnica-, se hará como deseas.

Al poco llegaron los primeros soldados, que echaron abajo las puertas del recinto. Varios escribientes y sacerdotes intentaron evitar los previsibles actos vandálicos, obstaculizando el umbral, pero fueron dispersados a golpes. A pesar de la violencia ejercida sobre ellos, no se alejaron demasiado, sino que permanecieron a prudencial distancia.

Los dos demonios decidieron bajar hasta el interior de la sala de filosofía, y esperar allí a los conquistadores. En efecto, al poco irrumpieron en el lugar varios hombres, encabezados por un sujeto alto y mal encarado, aunque vestía con elegantes ropas. Supusieron que habían sido tomadas del saqueo del palacio del gobernador.

Se inclinaron ante él con propiedad y fue Néstor el que habló.

-Perdonan nuestro atrevimiento, Excelencia, pero queríamos conocer al gran Amr Ibn Al-As, comandante del divino Califa Umar Ibn Al-Jattab, la Voz de Mahoma en la Tierra –le dijo mirándolo a los ojos, penetrando en sus pensamientos.

Que aquellos sujetos, a todas luces hombres de ciencias, le rindieran tales honores, hizo que el militar se regodeara en su interior. Era un hombre inculto proveniente del desierto, que despreciaba a los escribas, así que consideró aquello como un triunfo de las armas sobre las letras.

-Siempre es un placer que los hombres reconozcan el poder del Profeta y su brazo en la Tierra, mi amado Califa. Decidme, ¿qué queréis?

Hasta ahora, Arcadio tenía la impresión de que su compañero quería provocar un expolio aún mayor, causar más penalidades al género humano, pero cuando lo oyó hablar a continuación, comprendió que éste quería ir más allá.

-Excelencia, contemplad estos papeles, estos legajos que ofenden a Allah –tomó algunos volúmenes de las estanterías y los depositó sobre una mesa, para abrirlos a continuación-. Mirad, están repletos de imágenes que ofenden los ojos de los creyentes. Si Dios prohíbe representar al ser humano, ¿Qué podemos decir de estos códices? No sólo eso, sino que muchos exaltan falsas deidades, de ideas vanas y heréticas, maldades y excusas al pecado, como este supuesto tratado de medicina que no es más que un panfleto de brujería – lo abrió estratégicamente por las profusas ilustraciones con las que estaba decorado, grabados que mostraban vísceras y músculos, incluso la disección de un ser humano por un profesor de cirugía, ante sus alumnos-. Destruid todo esto, Excelencia, y vuestro nombre será recordado como una figura ilustre a la derecha de Mahoma; os ganaréis doblemente el paraíso.

El militar pasó las páginas de los códices y desplegó pergaminos enrollados, para arrojarlos al suelo posteriormente.

-Tenéis razón; seréis un buen musulmán cuando os convirtáis. Pero no puedo quemar la biblioteca sin una orden del Califa. Él es el brazo de Allah en la Tierra y el único que tiene la autoridad para una resolución así. Esta misma tarde le escribiré solicitando su sabiduría. Mientras, me gustaría que en algún momento me acompañarais ambos con el fin de mostrarme vuestra ciudad, ya que no he tenido tiempo de disfrutarla desde que llegué. Enseñadme las iglesias y los templos, porque tengo que elegir los que posean las torres más altas, para consagrarlos como mezquitas.

Un coro de voces comenzó a oírse por toda la ciudad, y los patricios miraron desconcertados al general.

-Son nuestros muaddines –les iluminó-, que convocan a la oración. Por eso tengo que encontrarles lugares elevados desde donde hacer su llamada, o dentro de un par de días estarán afónicos. Y ahora disculpadme, he de rezar con mis hombres. Pero podéis ir esta noche al palacio del gobernador y os invitaré a cenar. Así prepararemos mejor la visita de Alejandría para mañana.

Al marcharse, dispuso que algunos de sus hombres montaran guardia en el recinto, de forma que nadie pudiera rescatar aquellos libros blasfemos. Néstor se dispuso a marchar, siguiendo los pasos de Al-Jattab, pero su amigo lo detuvo, sujetándolo del brazo.

-¿Qué has hecho, desgraciado? Van a destruir la biblioteca.

-Ese es el propósito.

-¿Sabes lo que ocurrirá? Aquí hay muchos libros únicos, no existen copias de ellos, se perderá todo...

-Ojalá pudiera hacer que se perdiera todo y ver al hombre arrastrarse por el fango como las bestias...

-Pero los libros...es diferente...no tiene nada que ver con nuestra empresa.

-Claro que sí, Arcadio. Lo que ocurre es que llevas demasiado tiempo mezclándote con estos seres creados del barro, y te gusta rodearte de sus creaciones. Admiras sus vestidos, sus edificios, su filosofía, sus escritos...ahora aprenderás una lección.

-¿Tú vas a enseñarme? –Le interrumpió Arcadio-. ¿Sabes qué te digo? Creo que esto será de interés para Los Guardianes...te has extralimitado...

-No, espera –habló conciliador, tomándolo por los hombros-, quizás tengas razón; de ningún modo quiero que te molestes conmigo. Mira, esta noche iré yo sólo a ver al general, e intentaré convencerlo para que dé marcha atrás en sus intenciones. Si es necesario, viajaré para ver al mismo Califa en persona...Tú preocúpate de esa joven matrona con la que te has citado a escondidas esta noche –sonrió-. Y procura que no os descubra su marido.

Lo miró a los ojos y pensó que era sincero; se equivocaba.

Esa noche retozó entre los brazos de la mujer de un rico comerciante, que se encontraba de viaje. Sus ojos oscuros, su piel blanca como la leche, sus voluptuosos pechos, sus anchas caderas, lo envolvieron en placer durante horas, evadiéndolo de los problemas que vivía Alejandría.

Se preguntó si Néstor habría logrado convencer al general para que diera marcha atrás en sus intenciones. Estaba seguro que lo haría. No había nadie como él a la hora de inculcar una idea en la mente de cualquiera. Porque si no era así, él estaba dispuesto a cumplir su amenaza de avisar a Los Guardianes. Aquella era una acción que podía decidir el rumbo de la humanidad, llevarla al caos, y había reglas que ambos bandos habían acordado cumplir.

Cuando antes del alba abandonó el lecho y se dirigió a su casa, a través de las intrincadas callejuelas del barrio judío, tuvo la impresión que le seguían. Paró en un rellano y aguzó el oído, creyendo oír pasos sigilosos a su alrededor. No llevaba ningún arma encima para defenderse de un presunto atacante, pero ¿Qué demonio no confiaría en sus propios poderes ante una situación así?

Aparecieron delante de él; eran dos sacerdotes coptos, barbados y vestidos con túnicas negras, que portaban en sus manos sendas jarras de arcilla. Arcadio retrocedió, dispuesto a correr en dirección contraria, pero otro grupo de religiosos le cortaba el paso.

Oyó un ruido proveniente de las azoteas, y alzó la vista, sólo para ver cómo arrojaban sobre él el contenido de unas ánforas. Gritó enloquecido cuando el agua bendita le empapó y su carne sobrenatural comenzó a disolverse. Perdió el equilibrio, e intentó andar a gatas, cegado por el líquido consagrado.

Los sacerdotes le lanzaron el contenido del resto de los recipientes, mientras entonaban salmos y oraciones exorcistas. Sentía arder su piel, cómo se iba disolviendo sobre el empedrado, y su alma inmortal se veía conminada a descender a los abismos, de los que nunca volvería.

Adelantó un brazo y una mano sin dedos intentó agarrar la pierna de uno de sus torturadores, con la vana esperanza de detenerlo. Y entonces vio sus recuerdos, contempló a Néstor hablando con él, dándole una bolsa de sólidos de oro como incentivo para realizar un exorcismo. Lo escuchó revelándole dónde encontrarlo, cómo saldría de la casa de un comerciante de bien después de haber llevado a la esposa de éste al pecado mortal.

En la agonía, multitud de pensamientos se cruzaron en su mente; la seguridad de que la biblioteca y todo su interior sería destruida, el horror que sentía ante la posibilidad de dejar para siempre la Tierra de los hombres, su ingenuidad en haber confiado en Néstor, a pesar de que llevaban milenios compartiendo maldades...

Y mientras descendía a las simas infernales, tuvo la certeza de que algún día se vengaría. En algún momento de la eternidad, caería en sus manos, y le cobraría el precio de la traición.

Porque él, el demonio conocido en la Alejandría bizantina como Arcadio, tres mil años atrás en la legendaria Seboím, había alistado para las legiones infernales al joven Enerech, conocido en aquella época como Néstor y posteriormente como señor Bones.

XVII

Era de madrugada cuando regresó a Greenwich Village. Le faltaban los zapatos, la camisa estaba destrozada y los pantalones impregnados de una arena que se parecía a la sangre. El edificio donde vivía se encontraba frente a él, y miró instintivamente hacia su apartamento; tenía las luces apagadas.

Intentó tele transportarse hacia él, pero el resultado fue vano. Por lo visto sólo podía hacerlo para cambiar de plano de existencia, pero en ningún caso podía imitar al djinn que había conocido en tan desafortunadas circunstancias.

Se le ocurrió crear unas ventosas en sus manos, imitando al camaleón, y estas aparecieron en sus palmas. Pero cuando intentó subir la pared, el resultado fue una aparatosa caída cuando llevaba sólo un par de metros de ascensión. Dedujo que, al no conocer con precisión el mecanismo biológico, aquello no funcionaba. Echó de menos su móvil para consultar por internet, pero decidió no seguir lamentándose y actuar de alguna manera.

La agenda...fue pensar en ella y aparecer en el bolsillo de sus pantalones. La abrió y contempló que su crédito había aumentado tras la muerte de los dos árabes. La tarjeta del cambista estaba en una solapa interior, y comprobó la dirección; estaba en el Bronx, en dirección contraria a donde se encontraba.

Sin dinero, sólo cabía ir caminando. Pensó en parar un taxi y utilizar sus poderes para convencerlo de que lo llevara sin cobrarle la carrera, pero viendo el estado tan lamentable que mostraba, comprendió que nadie pararía a recogerlo. Así que, haciendo de tripas corazón, puso un pie delante para adelantar después el siguiente, y comenzó la caminata.

Horas más tarde terminó de cruzar el puente Triborough y se encontró en el Bronx. Hacía un rato ya que había amanecido, pero era domingo y todo estaba tranquilo. Había tenido suerte y, caminando por calles oscuras, había evitado a la policía y a los posibles ladrones. Aunque bien mirado su aspecto, si algún tipo de mal vivir había reparado en él, habría desechado de inmediato la posibilidad de sacar algo de valor al asaltarlo.

Se miró los pies. Los calcetines hacían ya muchas millas que no existían, y sólo la posibilidad de graduar la dureza de su piel había logrado que llegara hasta allí en lugar de a un hospital público.

Unas manzanas más y llegó a su destino. Era un callejón sin salida, con algunos locales abandonados, una lavandería china y una tienda de empeños con el nombre de "Old Tower", el mismo que relucía grabado discretamente en la tarjeta de visita.

La puerta estaba cerrada con una verja asegurada con un par de candados, y a través de los cristales no se veía nada, ya que estaban tintados. Desesperado por su mala suerte, probó a introducir el brazo a través de los hierros y tocó discretamente en la puerta. Como nadie acudió, lo hizo con más insistencia.

-¿Quién es a estas horas? –dijo una voz proveniente de arriba. Miró hacia allí y vio a un anciano asomado en una ventana, vistiendo un deslucido pijama de rayas.

-Disculpe, ¿Sabría decirme cuando abren?

-No a las ocho de la mañana un domingo, jovencito. Prueba a venir mañana.

-¿Podría indicarme dónde vive el dueño? ¿O un teléfono de contacto? Es muy urgente.

-¿Para qué quieres verlo? –preguntó receloso.

-Tengo crédito –dijo agitando la agenda en una de sus manos-, y necesito efectivo con urgencia.

Los ojos del anciano brillaron de una manera curiosa, y no pudo distinguir si aquello era bueno o malo.

-¿Eres Darrell Kirthley?

El joven se quedó mudo de asombro, pero decidió asentir, a pesar del peligro que podría entrañar desvelar su identidad.

-Ja, lo sabía –los ojos de su interlocutor brillaban alegres-. Espera un momento, chico, me visto y te abro la tienda. No sabes la suerte que tienes al dar conmigo.

Al cabo de cinco minutos estaba a su lado, con un tazón de café humeante.

-Supuse que te haría falta

Darrell lo tomó y, tras saborearlo, le dio las gracias. Su estómago se agitó, agradecido.

-Me llamo Tom Walter, a tu servicio –se presentó mientras abría los candados y despejaba la puerta-. Disculpa que no te de la mano, pero soy algo celoso de mi intimidad.

El joven asintió, agradecido. Tampoco él tenía deseos de intercambiar esa mañana recuerdos con otro congénere. Entró en el local, un pequeño recinto con un mostrador y ninguna de las medidas de protección normales en un lugar así, ni siquiera una pequeña mampara de protección.

-Es divertido cuando me intentan robar –dijo como si le leyera el pensamiento-. Como has podido comprobar, el escaparate está tintado. Nadie puede ver lo que ocurre en el

interior. Dame la agenda, por favor –se la tendió y, tras hojearla, contó mentalmente las cantidades-. Tienes un total de treinta mil dólares. ¿Lo quieres todo?

-Sí, claro, por favor.

-Así me gusta, con educación. Hoy en día los valores se están perdiendo –abrió tranquilamente un cajón y sacó varios fajos de billetes de cien, depositándolos después sobre la mesa-. Son tuyos.

Lo miró inquisitivo.

-¿Cómo sabía mi nombre?

-Tu nombre lo conocen ahora todos los demonios de Nueva York y sus alrededores. Nadie elimina un shaitan utilizando sólo sus manos y espera permanecer en el anonimato. Pero, además de las murmuraciones, ayer estuvo aquí tu jefe, y pidió que se te bloquearan las cuentas, porque no lograba encontrarte. ¿Pero sabes lo que te digo? Yo soy un tipo honrado, y la agenda depende de los poderes superiores, no de él, así que te pago y haré lo mismo cada vez que vengas y tengas saldo.

-¿Y no tiene curiosidad por saber algo más de mí? ¿Le bastan las habladurías?

-Realmente sí, pero ya te he dicho que soy muy celoso de mis recuerdos.

-Tóqueme – le dijo tendiéndole el brazo-. Prometo evitar absorber sus recuerdos. Creo que puedo hacerlo.

El anciano así lo hizo, pero al cabo de unos segundos lo miró aturdido.

-No consigo ver nada. Eres opaco.

Darrell recordó al diablo que un día fuera Arcadio, e insistió.

-Intentaré enviarle mis recuerdos, quizás lo logre.

Walter volvió a poner sus manos sobre la muñeca del joven, y comprobó cómo las pulsaciones de éste iban subiendo de forma paulatina, hasta alcanzar un ritmo enloquecido. Entonces comenzaron a llegar a él los recuerdos de Darrell, la firma de su contrato, el asesinato de los yonkis, la pelea en la cafetería árabe, el descenso a los infiernos...al llegar a este punto, el prestamista intentó soltarse, enloquecido por lo que estaba viendo, la revelación de lo que le esperaba cuando dejara su envoltura sobrenatural y fuera presa de las bestias oscuras que moraban en las profundidades...pero hasta que no terminó de traspasarle el último recuerdo, no puso hacerlo.

Se quedó mirando a su cliente, asustado, con la mano enrojecida, presta a formarse enormes ampollas.

-Has bajado –murmuró-, has bajado y has vuelto.

-Sí, curioso, ¿verdad? A pesar de que fue hace sólo unas horas lo veo como algo muy lejano, irreal.

-Vete, vete de aquí –dijo aterrorizado, tartamudeando-. Vete y no vuelvas. Hay otras casas de empeño, recurre a ellas cuando vuelvas a tener saldo. Pero no quiero que sepan que he estado contigo...o que puedo volver a estarlo.

-Señor Walter, si le he molestado lo siento mucho –se excusó, realmente compungido.

-¡Fuera de mi tienda! O todo el mundo sabrá de ti, en lo que te estás convirtiendo...y te juro que una muchedumbre de demonios participará en tu cacería.

XVIII

Compró algo de ropa y calzado en un bazar hindú y desayunó en una cafetería huevos con jamón y café. Nuevamente volvía a estar sólo, a ser un paria rechazado por todos. Por lo que le contara Walter, había tenido suerte al no poder entrar en su apartamento; sin duda estarían esperándolo los shaitanes, y no para celebrar una fiesta de bienvenida.

Echaba de menos a Kate y Amy, pero dudaba de acudir a ellas, porque quizás corrieran peligro si alguien las veía a su lado. De todas maneras, la necesidad de compañía era tal que apuró el café y decidió hacerles una visita. Le habían parecido unas chicas muy cuerdas, y quizás arrojaran una nueva luz a su situación.

Esta vez no tuvo problemas en tomar un taxi y atravesó la isla de Manhattan hasta el Soho, donde la pelirroja tenía su apartamento. En cuanto llegó a la puerta del edificio salió corriendo del vehículo y llamó al portero electrónico.

-¿Sí? –preguntó la voz dulce que recordara.

-¿Amy? Soy Darrell, ¿Puedes abrirme?

Unos segundos de silencio...unos murmullos que le parecieron tener la entonación de una pregunta, y por fin sonó el característico zumbido que le permitía abrir el portal.

Subió por las escaleras, evitando el ascensor que tan malos recuerdos le traía. Cuando llegó a la planta décima, y tocó suavemente con los nudillos la barnizada madera de la puerta, se dio cuenta que ni siquiera jadeaba por el esfuerzo. Algo bueno debía de tener ir corriendo de un lugar a otro.

Le abrió un tipo pulcramente enchaquetado, vistiendo uno de esos trajes que abundan en los escaparates de la Quinta Avenida, adornados por una etiqueta cuyo precio tenía demasiados ceros. Llevaba el pelo largo, engominado, y lucía una perilla recortada por un barbero experimentado.

-Vete de aquí –le ordenó.

Darrell lo miró desconcertado.

-¿Y tú quién eres? Sólo quiero hablar con Amy

-Ni hablarás con ella ni con Kate, las dos están aquí, pero no entrarás. Las mantendré a salvo.

-Vaya, así que tú eres su jefe. El chulo que ahora aparece como el séptimo de caballería para salvarlas de mí. Vamos, déjame pasar, sólo tomaré un café con ellas y me iré –e intentó dejarlo a un lado para entrar en el apartamento, pero el tipo le paró, poniéndole una mano en el pecho con brusquedad.

-Amigo, no soy un jodido espíritu convertido en shaitan hace un siglo. Llevo bastante más sobre la tierra, y conozco unos cuantos trucos. ¿Quieres probarlos?

El joven iba a arremeter contra él, cuando la melena pelirroja de Amy apareció en el umbral. Tenía los ojos llorosos, y los labios le temblaban.

-Por favor, Darrell, no. Shavi tiene razón, nos lo ha explicado todo. Él sólo quiere protegernos. Vino aquí después de que la vecina del ático apareciera muerta en el ascensor, y ha estado al tanto de todo lo que ocurría.

-¿Shavi os lo ha explicado todo? –vaya nombre ridículo, pensó-. Bueno, no sé lo que os habrá contado, dejémoslo así. Si pensáis que es una complicación verme, no quiero molestar –y se marchó por donde había venido, con toda la dignidad posible.

Anduvo sin rumbo un par de horas, dirigiéndose hacia el puente de Brooklyn. Su mente era un caos de pesimismo, hundiéndose cada vez más en un estado anímico lamentable.

Se plantó en mitad del puente, contemplando los rascacielos recortados sobre el horizonte, meditando acerca de su suerte. No tenía a nadie, siempre lo jodía todo, su jefe quería despedirlo, y esta vez, además, a diferencia de su vida mortal de mierda, tenía un nutrido grupo de demonios buscándolo para mandarlo de vuelta al infierno sin posibilidad de retorno.

Su estómago gruño, hambriento, y decidió que después de todo, haría una pausa en su victimismo. Volvió andando hacia Manhattan y entró en un centro comercial, junto al río. De camino compró el NY Times, que ese domingo en particular venía bien cargado de suplementos, y se dispuso a leerlo mientras almorzaba. Echaba de menos la rutina de sus fines de semana humanos, cuando se pasaba la tarde ojeando los diarios con una cafetera al lado.

Media hora, una ensalada y unos apetitosos canelones caseros después, llegó a las páginas de sociedad y se quedó pasmado ante el titular.

“Los Stabin reciben su compensación.

Todos hemos seguido la odisea de la familia Stabin, cuyo único hijo, Stevie, de seis años, fue atropellado en la urbanización donde residían, permaneciendo desde entonces en coma. Posteriormente fueron demandados por Darrell Kirtley, el conductor del

vehículo, reclamándoles los daños causados en éste, un Nissan Altima de diez años de antigüedad.

Aunque los gastos de hospitalización del pequeño fueron cubiertos por el seguro, la madre, Dora, tuvo que dejar su trabajo a tiempo parcial para dedicarse al pequeño, con lo que los ingresos de la familia se redujeron considerablemente. Su marido, George, apeló a la cuestación popular para recabar fondos con el fin de defenderse de semejante imputación, recaudando casi un millón de dólares en una semana, ejemplo de la solidaridad del pueblo americano.

Ahora el juez ha retirado la demanda, pues la representante legal de Darrell Kirtley, su madre Lauren –todos conocemos las circunstancias en que fue encontrado su hijo, tras haber ingerido estircnina- no quiere continuar el procedimiento judicial.

Y como a veces la justicia se hace realidad, aún en los tiempos que vivimos, la aseguradora del vehículo ha llegado a un acuerdo privado con la familia Stabin, para proceder al pago de dos millones de dólares de indemnización, además de hacerse cargo de los futuros gastos sanitarios del pequeño que, si algún día despierta de su letargo, nunca podrá volver a caminar.

Nos congratulamos de que esta familia pueda vivir, dentro de su desgracia, desahogadamente el resto de su vida.”

De pronto se le habían pasado las ganas de tomar el postre. Dejó cincuenta dólares sobre la mesa y salió a pasear y descargar el mal humor andando un poco. Incluso después de muerto seguía siendo el malo de la película. No le extrañaría que hubiesen meado en su tumba, o algo peor. ¿Y qué pondría su epitafio? “Aquí yace el tipo más odiado de América”.

Mientras caminaba por el paseo del muelle, se preguntó cuántas millas habían recorrido sus piernas en las últimas veinticuatro horas. Era tal su indignación que sólo al pensarlo sintió cómo le dolían los pies.

El sol se estaba poniendo, y la zona ajardinada por la que caminaba cada vez estaba más solitaria. Sólo una chica, haciendo deporte con un chándal ceñido, y un par de tipos sentados en un banco mientras bebían una botella de un licor indefinido, le acompañaban en el paraje.

Cuando ella llegó a la altura de los chicos, éstos la abordaron. A Darrell le dieron mala espina, sus modales y su estado no auguraban nada bueno. Aceleró el paso para llegar hasta allí cuanto antes.

Uno de ellos, rapado al cero y con una camiseta oscura rota por las axilas, intentó abrazar a la chica, que se deshizo de él como pudo. Siguió insistiendo y de nuevo

intentó apartarlo, pero la secuencia que vino a continuación fue demasiado rápida para la vista.

El sujeto bloqueó el brazo de la joven con su mano izquierda, mientras que con la derecha golpeaba su barbilla con una fuerza brutal. Ella retrocedió trastabillando hasta chocar con el muro del paseo, y cayó al agua.

Comenzó a correr hacia allí, y los asaltantes huyeron en dirección contraria, entre risas. Se asomó al río, pero no había ni rastro de ella. Echó un vistazo a su alrededor. En la lejanía un grupo de personas se había percatado de lo ocurrido y señalaban hacia el lugar, gritando. Pero estaban demasiado lejos para rescatarla a tiempo. No lo pensó y se arrojó al río.

El agua estaba muy fría. Fue lo primero que le vino a la mente. Abrió los ojos e intentó localizar a la chica entre las turbulentas corrientes, sucias por el revuelto lodo del lecho. Buscó y buscó, buceando frenético de un lado a otro, olvidándose de respirar. Por fin vio algo parecido a una mano a varios metros por debajo de él y se impulsó para agarrarla.

Cuando la tuvo, tiró de ella con fuerza y salió a la superficie. La sostuvo junto a él, manteniendo su rostro inconsciente a salvo del río. Intentó buscar una escalera, o un asidero, pero lo único que había era un muro de tres metros de alto.

Llevado por la desesperación, imbuido por una fuerza desconocida, sus dedos comenzaron a escalar el muro, adaptándose sus falanges a cualquier porosidad o resalte que hubiera. Cuando llegó al paseo, la dejó sobre el césped, boca arriba, e intentó reanimarla, pero no tenía pulso.

La gente corría hacia él, aún demasiado lejos. Alguien llamaba por el móvil a emergencias, pero no llegarían a tiempo. Recordando el curso de primeros auxilios al que asistió en su primer año en la universidad, le dio un masaje cardiorespiratorio. Gracias a su mente demoniaca, todos los conocimientos que le impartieron aquel día – al que no había prestado mucha atención- vinieron a él. Sus manos se movían precisas, y descargaba todo su peso contra el tórax de la chica, una y otra vez. Separó los labios inertes e insufló el aire de sus pulmones, nuevamente el masaje, alternando a una velocidad extraordinaria.

La chica se estremeció, para posteriormente levantar la cabeza y expulsar agua por la boca. Siguió haciéndolo, mientras tosía. Abrió los ojos y la luz se hizo en mundo de Darrell, cuando lo miró, llorosa, y se vio reflejado en aquellas pupilas de un azul intenso.

Alguien lo apartó, aduciendo un “soy médico”, y el joven se echó a un lado. A lo lejos se escuchaban las sirenas de una ambulancia.

Había salvado una vida. Por primera vez, tanto en su existencia mortal como demoníaca, había hecho una buena acción meritoria. Y se sentía extrañamente satisfecho, no creía que hubiera nada que pudiera comparársele.

Se levantó cuando llegaron los camilleros. La chica ya estaba bastante repuesta, aunque casi no se sostenía en pie, y la llevaron con delicadeza hasta el interior de la ambulancia. Después partió rumbo al hospital.

Un hombre entrado en canas se le acercó. Lo escrutó con la mirada y habló con voz entrecortada por la emoción-

-Lo he visto todo. Cómo aquellos tipos la golpeaban y caía al río para, seguidamente, lanzarse usted por ella sin pensarlo. Caballero, es usted un héroe –y después de darle un apretón de manos, lo dejó en soledad con su nuevo calificativo.

Le habían llamado muchas cosas a lo largo de su vida; inútil, vago, jodido, primo, despistado, ingenuo, pero nunca nadie lo había calificado de tal manera, con esa emotividad.

“Después de todo –pensó- , mantengo mi libre albedrío. He vengado mi muerte, me he deshecho de mi jefe, he matado un demonio, he bajado a los infiernos y he vuelto. ¿Alguien sobre la faz de la Tierra puede decir algo así?”

Y se marchó bajo el ocaso, sonriendo, dispuesto a disfrutar su existencia.

XIX

Sonó el timbre y se levantó del sofá para abrir la puerta. Dora Stabin contempló a un adolescente cargado de bolsas de Wall-Mart, cuyo rostro era un verdadero campo de guerra del acné.

-Déjalo en la cocina –le ordenó con displicencia.

Mientras acarreaba el pedido a través del salón, contempló el trasero del chico. No, demasiado escuchimizado para ella. Le gustaban jóvenes, pero más fornidos. Ella se lo merecía. A sus cuarenta años aún giraba muchas cabezas masculinas a su paso.

-Toma, chico -le tendió un billete de un dólar cuando hubo acabado. Al tomarlo, la rozó suavemente con los dedos, y sintió un escalofrío. El rostro de él sonrió. Le cayó bien, y agradeció que no preguntara por Stevie. Todos preguntaban por su hijo, deseándole una pronta mejora. Lo que no sabían es que ella estaba contenta con la situación.

Porque todos se fijaban en ella, porque el dinero llovía del cielo, porque no tenía que escuchar el continuo llanto de un niño de seis años, sus juegos, sus gritos, sus preguntas absurdas, los temblores cuando llegaba el padre. Ella no quería niños, no quería un matrimonio, y George la engañó.

Le mintió con sus ingresos, con sus posibilidades de prosperar, al decirle que era estéril, al amenazarla con un pleito si decidía abortar, al asegurarle que la quería, al engañarle sobre sus gustos sexuales. Al menos tuvo la satisfacción de una pequeña venganza, al elegir ella el nombre del niño. Stevie Stabin...que ridículo. Aún se reía al recordarlo.

No estaba preparada para los años siguientes. Encerrada en casa, sin lujos ni visitas, con un niño enfermizo, con un marido que no la tocaba, la lucha contra los quilos de más por el embarazo, el intento vano de recobrar su silueta. Con todo, se armó de paciencia, numerosos amantes ocasionales y un amplio recetario de ansiolíticos suministrados por el seguro médico. Y el tiempo pasaba.

Hasta que aquella tarde, en el porche, cansado de los juegos de su hijo, de la pelota botando de un rincón a otro, del perro ladrando detrás de Stevie, perdió la paciencia y propinó un puntapié al animal. Salió corriendo, lloriqueando, y el niño fue en su busca. Entonces oyó el frenazo y un golpe seco.

Todo había cambiado desde ese momento. Al principio parecía aún más oscuro, pero después ese mierda del conductor los denunció, y ahí George sí fue listo por una vez en su vida. Al dar a conocer a los medios lo que sucedía, les llovieron los correos de solidaridad y las donaciones. Por primera vez en sus vidas tenían dinero de sobra.

El chico le agradeció el dólar con una sonrisa. La miraba a los ojos, y ella creyó notar un brillo febril en aquellas pupilas. Un calor súbito la recorrió y se sintió húmeda y caliente.

-Tienes mal el cuello de la camisa –le dijo ella, acercándose, y aprovechando para acariciarle la piel sutilmente. Él le tomó las manos y las desplazó por su torso, demostrándole que no estaba tan escuálido como ella pensara.

-Permítame señora –tomó sus dedos y los mordió con suavidad. Viendo su laxitud, la rodeó y la abrazó por detrás, besándole el cuello lascivamente. Lucy suspiró de placer. Una sensación orgásmica recorría su cuerpo cada vez que aquél chico la tocaba, nunca había sentido algo así. Los vellos de su piel se erizaron, su rostro se congestionó y puso los ojos en blanco. La sensación que la dominaba era el fuego, pensaba que iba a consumirse en una imprevista combustión espontánea.

Lo tomó de la mano mientras lo conducía al dormitorio. Allí se desnudó tan deprisa como pudo, arrancando los botones de su vestido. El chico la miraba sonriendo, quitándose la ropa lentamente.

-Mierda, acaba con eso –gritó Dora, ayudándole a despojarse de los pantalones.

Lo que siguió fue la demostración de lo que un cuerpo demoníaco puede hacer. Con control total sobre sus respuestas y reflejos, con la capacidad de mutar ciertas zonas de su cuerpo, Darrell la poseyó sin cesar durante horas, induciendo las sensaciones, penetrando en sus sentidos y proyectándoles otros que se confundían entre sí. La mujer vio los orgasmos, degustó los gritos y las uñas de su amante sobre la espalda, oyó los mordiscos sobre su cuerpo, la lengua deslizándose sobre su sexo, sobre cada partícula de su piel, y su cerebro estalló en una sinestesia explosiva.

Cuando agotó las fuerzas, Lucy quedó boca abajo, con los ojos cerrados. De vez en cuando un tic hacía que una de sus piernas se moviera, pero nada más. Al poco, roncaba con estruendo.

Darrell se levantó y se vistió. No temía que les sorprendiera el marido. Sabía que llegaría al anochecer, porque esa misma mañana lo había visto; le llevó una caja de rosquillas Dunkin a un polideportivo escolar, y el tipo las aceptó con rapidez. Trabajaba como profesor en un instituto de secundaria, y se ganaba un sobresueldo como entrenador del equipo de básquet. Justo acababa de terminar la sesión con un grupo de chicos y estaba hambriento, así que devoró los dulces acompañándolo con una botella de gatorade.

-Permítame mi atrevimiento, señor Stabin –le ofreció la mano-. Quiero decirle que siento una gran admiración por usted –el entrenador puso gesto de fastidio, pero le correspondió, estrechándola.

Una oleada de imágenes llegó a su mente, más intensas que ninguna que hubiera recibido, salvo tal vez las del demonio que una vez fuera Arcadio. Retrocedió tambaleante, y buscó los baños del instituto. Llegó a tiempo de vomitar todo el desayuno en el retrete.

Una vez vestido, Darrell echó una última mirada a Dora. Seguía inmersa en un profundo sueño. Dejó la habitación y subió las escaleras, hacia la planta de arriba. En un desangelado dormitorio se encontraba Stevie, conectado a una máquina de respiración artificial y tubos que salían del brazo y la vejiga. Sabía que hoy era el día libre de la enfermera, así que no le molestaría nadie.

Tocó suavemente el antebrazo del crío, y sintió cómo se humedecían sus ojos al visualizar sus recuerdos. Había tenido la ingenua esperanza de que no guardara memoria de lo sucedido en los años anteriores, pero aquellas vivencias se habían quedado clavadas en su mente como cristales rotos en la piel.

Algo se movía a su espalda. Giró con lentitud, esperando encontrar a Lucy, pero no estaba preparado para lo que halló.

El fantasma de Stevie lo miraba, con los ojos envueltos en una neblina de olvido, mientras sus manos sujetaban una pelota.

Estaba muerto. Lo mantenían conectado al respirador artificial sólo por dinero, para sisar de los gastos médicos todo lo que pudieran. Y aquél niño no podía separarse de su cuerpo mortal mientras siguiera exhalando.

Era tan fácil, desconectar un cable, dejarlo ir a...el limbo, el lugar donde estaba destinado. Pero al menos allí olvidaría, no tendría que revivir una y otra vez las pesadillas a las que había sido sometido.

No lo dudó y cortó corriente. Pero la máquina seguía funcionando, aquél niño sin ánima continuaba respirando. Temió que el mismo Bones tuviese algo que ver con aquello, prolongando la agonía de un cadáver y su fantasma, cuando se dio cuenta que había una pequeña batería auxiliar, para evitar que en un caso así se detuviera el artefacto. Apretó un botón y todo cesó.

El pecho de Stevie no volvió a subir, y el monitor cardiaco emitió un sonido agudo. Todo había terminado.

El fantasma lo miró, como si no comprendiera nada, y comenzó a deshacerse en retazos como la bruma ante el sol. Se alejó corriendo escaleras abajo, con la pelota muy agarrada entre sus brazos, dirigiéndose al jardín que hacía tanto no podía pisar, mientras desaparecía del mundo de los hombres.

Aún le quedaba algo que hacer a Darrell. Entró en el despacho de George, y buscó entre las estanterías las memorias de Gibbon. Allí, entre sus páginas, tal y como había visto en su mente, estaba lo que buscaba; un brillante dvd.

En cuanto hizo uso de él, se marchó raudo, antes de que Dora despertara.

Porque cuando la mujer abrió los ojos, sintió cómo ardían sus entrañas. Era tal el deseo que sentía que perdió todo raciocinio. Recorrió la casa, llamando a gritos al joven repartidor, pero éste no aparecía por ninguna parte. Pasó como una exhalación por el comedor y salió a la calle. Fredy, el jardinero de la urbanización estaba allí, recortando un seto con su parsimonia habitual. Fue corriendo hacia él, desnuda, con el gesto convulso, y el pobre hombre, llevado por el pánico, soltó las tijeras y salió corriendo.

Fue inútil. Ella se lanzó a sus pies, derribándolo e intentando arrancarle la ropa, sin importarle los gritos desesperados del empleado. Las vecinas acudieron al lugar, ante semejante escándalo, e intentaron separarlos, aunque ella se defendió con uñas y dientes. Alguien llamó a la policía y un coche patrulla hizo su aparición al poco tiempo. Tuvieron que usar una pistola eléctrica sobre Lucy para lograr inmovilizarla.

En ese momento, la muchedumbre que se había congregado era considerable. Una mujer les dijo a los agentes quién era la detenida, y éstos se dispusieron a ir a su casa, para comprobar el estado de Stevie.

Cuando llegaron, una enorme televisión de cincuenta pulgadas estaba encendida en el salón, y el reproductor de Dvd funcionando.

Los agentes se quedaron boquiabiertos ante lo que veían sus ojos. Se sentaron en el sofá, indispuestos. Lentamente, el sargento sacó su radio y se puso en contacto con la comisaría.

-Hally, soy Sam Honnold...estoy en casa de los Stabin. El marido es profesor de secundaria en el instituto de secundaria de Green Forest...Lo sé porque mi sobrino es uno de los chicos que entrena en el equipo de basket...cursa una orden de detención contra él y que lo saquen del pabellón deportivo a tiros si hace falta, pero que no se acerque más a un niño...y ya vamos tarde...sin miramientos, sí. Y manda aquí un equipo de detectives cuanto antes.

Se levantó y, mirando al suelo, apagó la televisión. Aún no lo sabía, pero durante el resto de su vida tendría pesadillas, soñaría con el cuerpo desnudo de Stevie, siendo profanado por George Stabin de una forma tan aberrante como ninguna mente sana pudiera concebir.

XX

El hombre vestido con un mono gris llamó al timbre. Cuando no le respondieron, insistió con tozudez. Finalmente apareció un tipo vestido con camiseta y jeans, con el pelo mojado y una perilla a medio recortar, portando en la mano derecha unas tijerillas como prueba del crimen.

-¿Sí?

-Soy de mantenimiento. El vecino de abajo me ha avisado de que tiene humedades en el techo. Vengo a revisar si hubiera alguna fuga.

-¿No puede venir en otro momento? La dueña del apartamento no está.

Aquello no pareció gustarle al hombre del mono gris, que torció un labio. Pareció meditar unos segundos.

-Es urgente, no puedo dejar que se extienda la fuga. Quizás el seguro se niegue a pagar los daños.

-Está bien, pase –le hizo una seña con la mano izquierda y se echó a un lado. Cuando cerró la puerta le indicó la dirección de la cocina-. Ahí tiene la llave de paso. Si necesita algo de mí, estaré en el baño.

Oyó el ruido de la caja de herramientas caer de forma estrepitosa al suelo.

-¡Eh, oiga! –Dijo volviéndose-, tenga cuidado, este parque es muy caro –estaba allí, frente a él, y una sonrisa malévolamente se fue dibujando en su cara, mientras sus ojos se tornaban negros -. Mierda...

-Sí, Shavi, estás enmierdado hasta arriba. Dime dónde están las chicas –ordenó Bones, autoritariamente.

-Han ido a hacer la compra. Vendrán enseguida.

-No me mientas. Dime dónde están.

-¿Por qué? Ellas no tienen nada que ver con ese alumno tuyo.

-Ese alumno, como tú dices, me está creando demasiados quebraderos de cabeza. No consigo localizarlo, y nadie puede hacer eso. Al menos, él no debería tener esa habilidad. Dime, ¿Le habéis dado algún hechizo que desconozca? ¿Cómo le estáis ayudando?

-No le estamos ayudando. Ellas me hablaron de él, un sujeto despistado y novato, sin mala fe pero un auténtico desastre. Y luego me enteré de cómo mató a un shaitán...así

que supuse que intentaría buscar ayuda en las únicas personas que conocía en su estado actual...y vino aquí, hace un par de días, pero no le dejé entrar. Temía que algo malo sucediera. Que vinieras aquí, por ejemplo.

-Pues han sucedido más cosas. Esta mañana he visto a Tom, el cambista del Bronx. Absorbí sus recuerdos, y lo que vi no me gustó nada, así que es muy urgente que lo encuentre.

-Aquí no está, ya te lo he dicho. Busca en su casa, quizás esté allí.

-Ya he estado, muy temprano. Por eso fui a ver a Tom, porque deduje que en algún momento debió de visitarlo. Y no, no está ni creo que vuelva; ya tiene efectivo. Aunque otros no son de la misma opinión, pero claro, desconocen esta última circunstancia.

Unas horas antes, sentado en el cómodo sofá de piel que presidía el salón de su casa en Long Island, Bones había poseído desde la distancia a un vecino del edificio en el que vivía Darrell. El tipo, un broker de bolsa venido a menos, cuarentón y con un enorme vientre, no había opuesto mucha resistencia.

Salió al pasillo y se dirigió hacia el apartamento de su empleado. La puerta estaba desencajada y ennegrecida, echada sobre el marco. Los precintos que había colocado la policía estaban arrancados. Empujó la pieza de madera con una mano y ésta cayó con estrépito. Entró en el salón, donde todos los muebles estaban bañados por la espuma seca arrojada por los bomberos. Se movió con lentitud, acostumbrándose al nuevo cuerpo, sorteando objetos caídos, desperdigados por el suelo.

En la terraza había tres tipos, sentados en butacas, alrededor de una mesa y una botella de bourbon. Fue hacia ellos con paso más firme.

-¿Quién eres? –Dijo uno de ellos, cortándole el paso-. Mejor vuelve a tu casa, viejo.

Ambos se miraron a los ojos y el otro comprendió.

-Vaya, ¿quién tenemos aquí? –Preguntó con un fuerte acento árabe-. Dime tu nombre.

-Eso no te importa –contestó, haciendo una mueca en su obeso rostro, con la papada colgando flácida-. Busco a Darrell Kirtley. ¿Sabéis algo de él?

-Eso quisiéramos saber. Por eso lo esperamos, nos vamos turnando. Tras ese cuadro de allí hay una caja fuerte. Esperamos que vuelva por lo que tenga guardado en ella.

-El chico es estúpido, pero no creo que hasta ese punto. ¿Qué ocurrió aquí?

-Se metió en la zona de uno de nuestros hermanos, y cuando él quiso darle una lección, lo asesinó. Vinimos a ajustar cuentas, pero el tipo se lanzó por la terraza a la calle.

El cuerpo poseído por Bones se asomó un momento al vacío. Había veinte pisos hasta el suelo.

-¿Fuisteis después por él?

-Claro, no nos vamos a quedar mirando mientras se escapaba. Pero no había nadie abajo cuando llegamos, sólo un zapato.

El ejecutivo miró hacia la calle de nuevo.

-¿Quieres hacerme creer que después de caer veinte pisos, se levantó y se marchó tan tranquilo?

-Bueno, es una posibilidad. Después de todo, no estamos hechos de carne mortal.

El hombre poseído por Bones se giró hacia su interlocutor. Musitó unas palabras; un salmo que produciría una energía anormalmente alta en aquél cuerpo obeso, obligando a las células a un inusitado gasto calórico, el suficiente para tomar al shaitan por los hombros y arrojarlo al vacío.

El demonio gritó mientras caía. “No estará muy seguro de su carne inmortal” –se dijo Bones. A continuación, antes de que los otros dos lo atraparan, saltó de la azotea.

Mientras lo acompañaba en el descenso, Bones sintió cómo fallaban los órganos del ejecutivo, algo completamente normal teniendo en cuenta que había extraído toda la energía de buena parte de las células de aquél, y ahora morían en cadena faltas de sustento.

El shaitan intentó caer de pie; así de ingenuo. Las piernas se partieron en mil pedazos, y los huesos astillados salieron a través de la carne. El torso y los brazos siguieron el mismo camino, antes de que la cabeza se fragmentara en un mar de esquivras.

Fue entonces cuando abandonó el cuerpo del ejecutivo. Mientras su alma volvía a la casa de Long Island, supuso que la estampa de ambos cadáveres sobre el asfalto sería una digna obra de arte propia de cualquier museo contemporáneo.

Más tarde visitó a Tom en el Bronx. Cuando entró en la tienda, su rostro se volvió lívido al reconocerlo, pero inmediatamente tendió sus manos, para que Bones pudiera absorber los recuerdos. Lo dejó con vida, no sin antes advertirle que en el caso que volviera su discípulo, debía avisarle sin dilación y retenerlo en el local hasta que él llegara.

-¿Realmente no sabéis ninguno de los tres nada de lo que hizo en los últimos días? – preguntó a Shavi.

-Puedo asegurarte que no. Déjanos en paz y haz lo que tengas que hacer con tu empleado.

-No, no puedo hacer eso. Darrell se ha vuelto demasiado peligroso por el simple hecho de sus nuevas destrezas. Pero está sólo y tus chicas son las únicas personas en las que él puede confiar. Dime dónde están y las llevaré conmigo. Te prometo que no les haré daño.

-No irán contigo a ningún sitio, Bones. Tu fama te precede. No eres precisamente un ejemplo del cumplimiento de las reglas. Haces lo que te da la gana para cumplir tus propósitos, y no voy a poner a mis chicas en peligro por tu causa.

-En ese caso, ya no me sirves. –afirmó, mientras abría la caja de herramientas pausadamente. Sacó de ella un cuenco de cerámica, ligeramente agrietado por el borde, decorado con relieves jeroglíficos, y seguidamente abrió una botella de agua para verter el contenido en ella.

Shavi hizo una mueca de horror. Había reconocido el artefacto, del que hablaban antiguas leyendas nombrándolo como clepsidra de Alejandría, y que daba el poder a quién lo manejara de controlar el tiempo. Se lanzó contra Bones, intentando arrebátárselo, pero antes de que llegara a él, la primera gota de agua se desprendió del cuenco, por medio de un pequeño agujero en su base. Entonces, la figura de su agresor se convirtió en un borrón, moviéndose a una velocidad endiablada.

Porque para el dueño de la clepsidra el tiempo relativo se volvía mucho más lento, casi inexistente, mientras que a su alrededor todo continuaba su marcha normal. Eso le confería una evidente ventaja.

De pronto, Shavi se encontró sin lengua. Ni siquiera notó la afilada hoja de metal que la cortó, sólo que en un momento ya no estaba, sustituyéndola un torrente de sangre y un dolor lacerante.

Comenzó a perder los dedos. Falange a falange, desaparecían como por arte de magia. Intentó correr hacia la puerta pero cayó como un fardo, incapaz de sostenerse. Al volver la vista atrás contempló sendos tajos en los tendones de Aquiles.

Su cuero cabelludo desapareció. La sensación de ser desmembrado inundó sus sentidos, e intentó lanzar un grito agónico, de desesperación e impotencia, pero se encontró con una profunda incisión en la garganta y la tráquea asomando por una ensangrentada oquedad.

Pensó cuánto tiempo tardaría en reconstruir los daños de esa tortura. A lo largo de su existencia se había enfrentado a efectos terribles en su cuerpo y había logrado superarlos. Pero cuando sintió cómo la parte superior de su cráneo desaparecía, supo que nunca volvería a andar en la tierra de los mortales.

Al segundo siguiente, su cerebro fue desalojado bruscamente de su cubículo, y se hundió para siempre en los caminos del infierno.

Bones soltó los sesos en el suelo, contemplando el desaguisado, y pensó que la mujer de la limpieza iba a tener mucho trabajo. Después buscó el móvil de Shavi. Lo encontró cargándose, en la cocina. Buscó en la agenda el número de Amy y la llamó.

-¿Sí? –dijo una voz femenina al otro lado.

-Chicas, ¿Os queda mucho? –Preguntó imitando la voz de Shavi-. Estoy tremendamente aburrido.

Una pausa.

-No. Estamos terminando unas compras. En media hora estamos aquí.

-O.k, os espero, no tardéis –y colgó.

Amy guardó el móvil en su bolso y miró a Kate con gravedad.

-Shavi ha muerto –sentenció. Después miró a su izquierda, observando el paisaje que dejaba atrás el tren a Chicago. Entre sus manos tenía los billetes que su patrón había comprado por internet unas horas antes. Los desmenuzó entre sus dedos, nerviosa.

XXI

Dejó el libro a un lado del banco y se desperezó sin remordimientos. El sol de media tarde era tibio, y los árboles le proporcionaban una fresca sombra. Central Park estaba muy tranquilo aquél jueves, y ella disfrutaba de la soledad.

Un joven paseaba por el sendero que discurría hacia ella, y en un minuto pasaría a su lado. Pudo distinguir un rostro atractivo, un cabello moreno ondulado, y unos endiablados ojos azules. Le gustaba aquel color en los ojos, que contractaba con el verde luminoso de los suyos.

Cuando llegó a su altura, él le dedicó una mirada de soslayo, sonriendo tímidamente. Ella tomó de nuevo el libro y prosiguió la lectura. Era un momento de su vida en el que un romance sobraba.

Se sentó a su lado, aparentando casualidad y ella estuvo a punto de reírse. Cuando esa noche recordara cómo iba a echarlo de allí, se divertiría a solas en su cama, con la única compañía de la almohada.

-¿Qué lees? –su voz tenía un acento exótico, quizás escandinavo.

Ella le enseñó la solapa. “Søren Kierkegaard, *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates*”. Aquello pareció marearle.

-¿Kierkegaard?

-Un neo ortodoxo danés del siglo XIX. ¿Te apetece que hablemos de él?

Él sonrió y tomó el libro suavemente. Sus dedos se rozaron y ella sintió la calidez de su piel. Tuvo un escalofrío de deseo.

-¿Así que Kierkegaard, eh? –despojó al libro de su forro de papel y leyó las letras doradas que sobresalían en las tapas - “Stephen King, antología de relatos”-. ¿Quieres dártelas de pedante? –preguntó riendo. Su dentadura era tan perfecta que la chica estuvo a punto de saltar sobre él y besarlo, a pesar de su recelo inicial.

-Me sirve para ahuyentar a los moscones.

-¿Y si alguno te hablara, al ver la solapa, de la frustrante relación entre Kierkegaard y su amada Regine Schlegel? ¿Lo invitarías a cenar?

Ella se puso tensa y se separó sin disimulos, marchando hasta el rincón opuesto del banco.

-¿Quién eres?

-Un amante de la filosofía danesa.

-Y una mierda. Respóndeme.

-Está bien, busco algo que perdí.

-¿Qué perdiste?

-Un zapato. ¿Lo has visto? Fue hace unos días, al caer de mi ático.

Farida se dispuso a levantarse, con el propósito de salir corriendo, pero una mano la agarró con firmeza del antebrazo e impidió su huida.

-¿No esperabas volverme a ver? Ahora no te parece tan divertido, ¿verdad?

-Por favor...no te he hecho daño en ningún momento.

-Bueno, a pesar de entrar en mi casa sin ser invitada, y ser tratada cortésmente por mí, no tuviste el detalle de advertirme que me buscaban tus amigos los shaitanes.

-No son mis amigos, simplemente nos soportamos. Ellos son malignos, yo no.

-Creo que la falta de emociones que mostraste conmigo es peor que cualquier mal. Pero relájate, no voy a hacerte daño. Más bien a pedir un intercambio de favores.

-Francamente, dime lo que quieres y déjame marchar. Tienes la mala costumbre de ir dejando cadáveres a tu alrededor con demasiada frecuencia.

-Estoy intentando corregirme.

-No es sólo tu actitud, creo que estás en medio de fuerzas que no puedes controlar, hay bastante gente detrás de ti, ¿Sabes? Y no con buenas intenciones.

-Tendré que vivir con ello.

Ella lo miró confusa.

-Estás diferente...te comportas de forma tan...suficiente –“insensata”, iba a decir, pero cambió el adjetivo. Aún no conocía sus intenciones respecto a ella, y no quería provocarlo-. Yo en tu lugar estaría algo más nervioso.

-Quizás sea porque me he acostumbrado a que pongan precio a mi cabeza, y aún la conservo entre los hombros. Ahora hago lo que quiero, sin rendir cuentas a nadie. Y por eso estoy aquí, hablando contigo. ¿Aceptas el trato? –preguntó, ofreciéndole una mano. Ella lo miró remisa.

-¿Qué trato? No me has ofrecido ninguno.

-Creo que no tienes más opción que aceptar –sonrió de forma felina y eso la asustó. Se aprestó a estrechar la mano que le tendía.

-¿Qué es lo que quieres de mí?

-Cuando nos conocimos me dijiste que eras capaz de crear ilusiones. ¿Eso es cierto?

-Claro, ¿De dónde crees que nace la leyenda de los tres deseos?

-¿Hasta qué punto son reales?

-Suficiente para engañar tus sentidos.

-¿Y la duración de la ilusión?

-Puede llegar a ser bastante permanentes en el tiempo. Depende de la concentración con que se realicen. Años, siglos, también depende de la complejidad de la recreación. No es lo mismo crear una piedra que un dragón.

-Bien, entonces el trato es el siguiente. Tú crearás una pequeña ilusión para mí y a cambio te llevaré de viaje.

-Perdona, estoy muy a gusto donde estoy.

-¡Oh, vamos, Farida! –se puso de pie y la tomó de las manos. Ella intentó resistirse levemente, pero la mirada de Darrell era decidida-. Cierra los ojos y cuenta hasta tres.

-Esto no funciona así, no puedes teletransportarte a ningún lugar, y menos conmigo...

Un fogonazo la cegó y una sensación de vértigo se apoderó de su estómago. Al momento siguiente un mar de dunas azules los rodeaban, y un cielo anaranjado se extendía sobre el horizonte. Farida dio un respingo.

-El limbo...había oído hablar de él...es...no tengo palabras.

De inmediato, una sensación de angustia y soledad se apoderó de su pecho, hasta el punto que sintió una pinzada de dolor en su corazón.

-Sé cómo te encuentras – empatizó Darrell-. No luches contra ello, déjate llevar, disfruta de la soledad y la tristeza.

Cerró los ojos y siguió los consejos del chico, empapándose de la melancolía del lugar. Las palpitaciones se atenuaron y una dicha lánguida sustituyó a la desesperación que se estaba apoderando de su ánimo. Cuando volvió a contemplar el paisaje, esbozaba una media sonrisa.

-Bien, ya lo he asimilado. Ahora dime qué hacemos aquí.

-Dame un segundo, aparecerán de un momento a otro.

Farida miró expectante a su alrededor, hasta que vio asomar unas cabecitas detrás de una duna. Eran tres críos, y se acercaban a ellos.

-¿Señor? –Dijo el mayor de ellos dirigiéndose a Darrell-. Creo que lo conozco. ¿Es amigo de mis padres? ¿Vendrán pronto por nosotros?

Los miró a los tres. De alguna manera el Limbo impedía que guardaran una constancia plena de todo lo que sucedía, como si su alma no fuera capaz de almacenar recuerdos certeramente, aunque algunos retazos sí debían de quedar en sus mentes.

-Van a tardar, chicos, están de viaje. Pero me han dicho que os cuide mientras tanto. Mirad, ella es Farida, una amiga. Va a estar con ustedes durante un momento, hasta que regrese.

-Espera, Darrell, ¿Quiénes son estos niños? ¿A dónde vas?

-Sólo tardo un segundo –y desapareció.

La chica enmudeció, sin saber qué hacer. Los chicos la miraron, y ella recordó que nunca había tenido un hijo, una pequeña alma a la que cuidar. Su instinto maternal despertó y les sonrió. Ellos le devolvieron la sonrisa. Y supo que era la primera vez que lo hacían en mucho, mucho tiempo.

Algo le tocó el hombro y dio un respingo, echándose hacia atrás. Era Darrell, que llevaba de la mano a otro crío, que a su vez sujetaba una pelota en su regazo. “¿Pensaba abrir una guardería?” –se preguntó. Los niños rieron al ver su reacción desproporcionada.

-Mirad, chicos –habló Darrell, dirigiéndose a los hermanos-. Este es Stevie, un amigo mío. Prometedme que cuidaréis de él -Ellos asintieron, cohibidos.

Se aproximó a Farida y le habló al oído. Ella abrió los ojos, llevada por la sorpresa. Nunca hubiera imaginado que le pediría algo así.

Extendió sus manos y una amplia duna se allanó, y sobre ella creció un mullido césped. Árboles frutales nacieron aquí y allí, y un refrescante arrollo lo cruzó de punta a punta. Los niños reaccionaron, y anduvieron a través de la hierba, incrédulos. La pelota cayó de las manos de Stevie y pronto estuvieron los cuatro jugando con ella, entre risas.

Los dos adultos miraban la escena conmovidos.

-Es hora de volver –afirmó Darrell-. No rompamos la magia. Dame tu mano.

Ella se la tendió sin reparo, y esperó en vano salir de allí.

-¿Tardaremos mucho?

La frente del chico reflejaba unas gotas de sudor. Sus ojos estaban crispados por el esfuerzo.

Por fin, un fulgor y estaban de nuevo en Central Park.

-No deberías asustarme de ese modo. No creo que me lo merezca después de lo que he hecho.

-Perdona –se disculpó el joven-. No volverá a suceder.

Pero estaba inquieto. Los primeros intentos de salir del Limbo fueron infructuosos, y había temido permanecer allí atrapado toda la eternidad.

Algo ocurría y no sabía qué.

XXII

Las oficinas de la firma de abogados Matema & CIA ocupaban todo un edificio de la Quinta Avenida. Cruzó el vestíbulo, ante la escrutadora mirada de los vigilantes de seguridad, y se dirigió hacia la recepción. Le atendió una chica vestida discretamente, a pesar de que las curvas resaltaban en el uniforme.

-¿La señorita Nancy Archer, por favor?

-¿Tiene cita con ella?

-No, pero estoy seguro que me está esperando.

-Permítame que lo consulte –tomó el teléfono y marcó una extensión-. ¿De parte de quién?

-Dígale que el señor River.

La recepcionista lo miró con incredulidad, pero una voz contestaba ya al otro lado de la línea.

-Sí, señorita Archer, un tal señor River está aquí preguntando por usted – asintió y colgó el aparato -. Uno de nuestros guardas de seguridad le llevará hasta su oficina, señor River.

Un tipo uniformado, que debió de haber sido concebido utilizando como molde un armario empotrado, le acompañó hasta la décima planta. Una vez allí se dirigieron, entre enmoquetados pasillos, hasta la puerta de un lujoso despacho. Allí llamó respetuosamente con los nudillos, y cuando una voz pronunció un escueto “adelante”, le abrió el umbral para después cerrarlo tras de sí en cuanto lo hubo traspasado.

El estudio era muy amplio. A un lado, una vitrina con un minibar y una estanterías con libros de leyes lujosamente encuadernados en piel. En el centro, una minimalista mesa de reuniones con tres sillas, y al fondo, en el lugar más luminoso y amparado por una enorme cristalera que dejaba ver las populosas calles de la Quinta Avenida, un discreto escritorio detrás del cual se encontraba una chica de radiantes ojos azules.

-¿El señor River? –inquirió mientras se levantaba delicadamente.

-El mismo.

-¿Es usted quién me rescató del río?

-Cierto. Sólo quería saber si se había recuperado satisfactoriamente.

No esperó que ella lo abrazara, tímida pero cálidamente.

-Disculpe que no lo haya reconocido desde un principio. Sus rasgos me eran familiares, pero el shock me impide recordar con precisión –afirmó mostrando una sonrisa.

-Es lógico que ocurra así. Y creo que lo más acertado, dada la mala experiencia. Mejor recordar lo justo.

-¡Oh, disculpe! ¿Quiere tomar algo? Pensará que soy una desconsiderada.

-¿Un expreso?

-Claro –llamó por el conmutador-. Mary, ¿puedes traernos dos expresos, por favor? Y dígame, señor...River, ¿Cuál es su verdadero nombre?

-Simplemente Darrell. Supuse que alguien que trabaja en estas oficinas –hizo un gesto expandiendo las manos-, debería ser suficientemente inteligente para captar quién era yo dando ese apellido. No me equivocaba.

-Creo que me sobrevalora, Darrell, he llegado hasta aquí a base de esfuerzo. Mi inteligencia es normalita. Muchas horas hincando los codos, esa es la fórmula.

La puerta se abrió y entró una secretaria, que dejó dos tazas humeantes sobre la mesa del centro, junto con un azucarero y los cubiertos. Nancy echó una cucharada de azúcar y se lo ofreció.

-Poco azúcar, imagino.

-Imagina bien, ¿Ve como es usted muy inteligente?

-Observadora, deductora más bien. Supuse que alguien que a las doce del mediodía pide un expreso, es un amante del café, y éste se toma poco edulcorado, para sentir su amargor en el paladar. ¿Me equivoco?

-Me asombra.

-Por algo soy abogada, no lo olvide -sonrió.

-¿Algún caso interesante últimamente?

-Pocos pero intensos. Sólo me ocupo de imputaciones contra grandes corporaciones.

-Suenan épicos.

-Y muy difícil. Aceptamos casos de clientes sin recursos, menoscabados por industrias, bancos, incluso el mismo estado de Nueva York. Se quedaría asombrado si conociera hasta dónde es capaz el prójimo de perjudicar a alguien con el fin de obtener un beneficio.

-Mi capacidad de asombro se supera todos los días, créame.

Ella se apoyó sobre la mesa y lo contempló fijamente, escrutándole con una media sonrisa cruzando su rostro.

Darrell le sostuvo la mirada. Conocía todos sus secretos, sus pensamientos, sus ideales, los había absorbido mientras intentaba reanimarla unos días atrás. Y se había sorprendido de lo que había hallado, pues no encontró el menor rastro de pecado. Aquella mujer era pura en el sentido literal de la expresión. Era desinteresada, sincera, solidaria, incapaz de hacer daño a una mosca. Nunca había pensado que existiera alguien así sobre la Tierra.

-¿A qué se dedica? –rompió ella el silencio.

-A la vida contemplativa –bromeó. Ante el gesto que hizo de incredulidad, intentó explicarse de manera convincente -. Heredé una pequeña cantidad de dinero y vivo de ello.

-Ya –asintió. Supo que no le creía ni una palabra, pero era demasiado amable para ponerlo en duda en voz alta.

La puerta situada detrás de Darrell se abrió súbitamente y éste dio un respingo. Se sonrojó por ello, y miró con curiosidad al hombre que acababa de irrumpir en el despacho. Era alto, de unos cuarenta años, con el cabello largo y peinado hacia atrás con fijador. El color del pelo era intensamente rubio, sin atisbo de una sola cana, cosa que le llamó la atención.

-Disculpa, Nancy, no pensé que estuvieras ocupada –se disculpó.

-Oh, no se preocupe. Permítame presentarle a Darrell, señor Mastema.

Ambos se estrecharon la mano, y notó cómo el saludo del dueño del bufete era firme y decidido. Se sorprendió cuando no pudo captar con el contacto algún recuerdo o deseo de aquél hombre y lo miró a los ojos desconcertado; Eran rojos como ascuas ardientes, y soltó su mano de forma brusca, llevado por la impresión.

-¿Y de qué conoces al señor Darrell, Nancy? –su voz era tensa.

-¿Recuerda el incidente del parque? Estuve dos días en el hospital, le llamé desde allí.

-Infortunado suceso, sí. Estuve seriamente preocupado por usted.

-Bueno, él fue quién me salvó. Si no me hubiera sacado del agua y aplicado primeros auxilios, no estaríamos teniendo esta conversación.

-Ah, bien –su voz era ahora más distendida-. Les dejo entonces. Nancy, la espero en mi despacho cuando termine. Tenemos que hablar del enfoque en el caso Fadrielli.

-Claro, señor Mastema, estaré allí enseguida.

Cuando volvieron a quedar a solas, tendió una tarjeta de visita a Darrell.

-Me temo que el deber me llama. Mi jefe es un buen tipo, pero no le gusta que le hagan esperar. Llámame el día que quieras y te invito a almorzar.

Guardó la tarjeta en la cartera y se despidió con timidez. Cuando salió del despacho, el vigilante seguía allí, esperándole, y le acompañó hasta la salida.

A través de la vidriera tintada de un despacho, Mastema contemplaba cómo se alejaba siguiéndolo con la mirada, mientras sostenía una nota entre las manos, jugueteando con ella y terminó por hacerla una bolita.

“Me preocupa –pensó el abogado-. No ya sólo el hecho de que sea un demonio y que esté en contacto con Nancy, sino que haya sido capaz de salvarla de la muerte. Y nunca he visto a un demonio de su especie haciendo una buena acción. Tengo que averiguar quién es y qué quiere”

Cuando Nancy apareció en la oficina, portando un abultado dossier bajo el brazo, le tendió gentilmente una silla.

“Hace mucho que no envió un maldito demonio al mismo infierno”, fue el último pensamiento que le dedicó a Darrell antes de ponerse a fondo con el caso Fadrielli.

XXIII

La mansión, cercada por una valla alta y puntiaguda, se encontraba a orillas del lago Michigan, rodeada por espesos bosques. Un serpenteante camino rural conducía hasta allí, sin rastro de asfalto, contrastando con el lujoso edificio que se perfilaba en el horizonte. Sin duda, el propósito era que sólo los invitados pudiesen llegar hasta aquél lugar.

Las dos mujeres se bajaron del taxi, ambas con una bolsa de mano en la que llevaban un reducido equipaje, y se acercaron al umbral. Un pequeño timbre se encontraba allí, y se miraron indecisas.

-¿Seguro? No habrá marcha atrás.

- Seguro –Y Amy apretó el timbre sin aparentes dudas, aunque el dedo le temblaba y estuvo a punto de fallar.

Al cabo de unos minutos, pudieron ver cómo un pequeño coche eléctrico, similar al que se utilizan en los campos de golf, partía de del porche y se dirigía hacia ellas. Cuando llegó a su altura, un hombre vestido con una brillante levita negra se bajó y las contempló interrogante.

-Venimos a ver a Gandrel –anunció Kate.

El criado asintió y abrió la verja, indicándoles que ocuparan los asientos traseros.

Cuando llegaron hasta la casa, la tranquilidad y el silencio que emanaba su exterior no podía presagiar lo que se encontraba dentro de ella. Nada más entrar contemplaron una multitud atestando el vestíbulo y el enorme salón en el que se prolongaba, realizando toda serie de actos pecaminosos. Se drogaban, fornicaban, golpeaban sin sentido a todo aquél que se encontraran en su camino. Algunos congregados se quejaban tirados por el suelo, ensangrentados o demasiado colocados para saber qué ocurría. Dos mujeres, que hendían un afilado cuchillo sobre la piel de una tercera, produciéndole terribles tatuajes escarlatas, se volvieron sonriendo hacia ellas, con la mirada perdida. Mientras acompañaban al criado esquivando a los bacantes, las chicas comenzaron a arrepentirse de haber llegado hasta allí. Sabían a lo que se exponían, pero no esperaban que Gandrel hubiera dado rienda suelta a sus instintos más siniestros.

Subieron las escaleras hasta el primer piso, teniendo cuidado de no resbalar ante la presencia de líquidos y fluidos que empapaban el suelo enmoquetado. Un hombre fumaba una pipa, apoyado sobre la balaustrada, y se giró al sentir sus pasos; carecía de ojos y de nariz, y de su boca colgaba algo parecido a un girón de carne. Emitió un

quejumbroso ulular al verlas pasar a su lado para, posteriormente, volver a concentrarse en inhalar el humo alucinógeno.

A continuación llegaron a una enorme habitación, donde tupidas cortinas tapaban las ventanas. Sólo un sucio sofá de piel decoraba el lugar, donde se encontraba sentado un fornido hombre de unos cincuenta años, vestido con un albornoz. A su alrededor se deslizaban sobre el suelo un grupo de jóvenes, semejando serpientes con sus movimientos, con la vista perdida en algún lugar más allá de la razón.

-Vaya, ¿A quién tenemos aquí? –dijo con voz grave su anfitrión-. Nada menos que a mis putas favoritas. ¿Una copa, chicas?

Las dos se inclinaron e hicieron una reverencia. Sabían que no se encontraban ante un demonio cualquiera, sino ante uno de los mismos Antiguos, un ente nombrado por el mismo Dios, y que escapó a la caída a los infiernos.

-Excelencia –habló Kate-, queremos agradecer vuestra acogida. No tenemos palabras para corresponder a vuestra indulgencia.

-¡Ah, palabras, siempre palabras! Ya llegaremos a los hechos. Tomad el dulce elixir que os tienden mis sirvientes y contadme el porqué de vuestra llegada. Decidme la razón por la que me buscáis ahora, después de haberme olvidado durante un siglo. Creí haberos causado una impresión más favorable cuando nos conocimos, pero ya comprobé que no. A la primera de cambio huisteis con vuestro Shavi.

-Excelencia...

-¡Y una mierda Excelencia! Habéis sido unas zorras consentidas por un mentor al que se les caía la baba con vosotras. Un preceptor que era la vergüenza de los demonios. Si no hubiera acabado Bones con él lo habría hecho yo mismo. ¿Qué habéis hecho en estos siglos digno de relatar en los Libros Infernales? Os lo digo: Una mierda; acostaros con algunos tipos guapetones ha sido vuestro modo de vida. Un trabajo realmente desagradable –ironizó.

Las dos súcubos se quedaron mudas, aterrorizadas. Habían llegado allí en busca de protección y se encontraban con todo lo contrario; estaban a punto de caer en el pánico más absoluto.

-Decidme qué queréis de mí. Quiero oírlo de vuestros labios antes de que os los arranque.

-Excelencia, imploramos vuestro perdón. Solicitamos refugiarnos bajo vuestro brazo, y que Vuestra Grandeza nos cobije.

El demonio caminó alrededor de ellas, y les pasó sus manos por sus cuerpos, como si sopesara la mercancía que estaba próximo a adquirir.

-¿Por qué os busca Bones?

-Ha perdido el control de uno de sus agentes, Excelencia. Nosotras coincidimos con él casualmente y piensa que podemos servirle de cebo para atraerlo.

-¿Y está en lo cierto?

-No, claro que no, sólo lo vimos una vez. No creo que tengamos ninguna utilidad.

-Y os fuisteis las dos a hacerle compañía a la cama –sus ojos fulguraban de rabia contenida-. Lo he visto en vuestros recuerdos. Siempre pensando sólo en vosotras, ni un resquicio para la misión que os encomendaron –ellas callaban, sumisas-. Y ahora queréis que os guarde del travieso Bones... ¡Ah, si todos siguierais su ejemplo! Los mortales serían obedientes corderitos en nuestras manos... ¿Sabéis que fui yo quien puso sus ojos en él cuando era un simple humano? Se llamaba entonces Enerech, y de eso hace miles de años. Fue el primero que convertimos, mediante un contrato firmado en una tablilla de arcilla. Pero no fui yo su mentor. Araakis, aquél que encontró la muerte llamándose Arcadio, se me adelantó. ¿Y sabéis por qué? Porque era débil, temía que Bones desarrollara todo su potencial maligno, y pretendía adoctrinarlo, con el fin de apaciguar su furia. Pero ya veis que falló, y el que debió haber sido mi discípulo es hoy alguien digno de elogio.

Mientras entonaba su soliloquio, andaba en círculos alrededor de las jóvenes, sin dejar de mirarlas. Su voz se tornaba con cada frase más grave, hasta llegar a ser gutural.

-Y decidme, ¿qué me ofrecéis a cambio de mi protección?

Kate lo miró con los ojos húmedos. Estaba a punto de echar a llorar.

-Lo que Su excelencia disponga.

-Sabéis lo que quiero –se aproximó a ellas y las acarició con su lengua. Ésta se alargó más allá de lo biológicamente posible, y se deslizó por sus cuerpos. Sintió cómo se erizaba el vello de las chicas por el miedo y la repugnancia, y aquello le excitó-. ¿Estáis dispuestas a pagar?

-Lo estamos –respondió Kate. Amy se mordió el labio, hasta el punto de sangrar.

Gandrel se despojó del albornoz, dejando a la vista una piel necrosada, por la cual campaban a sus anchas una miríada de gusanos enormes y lechosos, entrando y saliendo a través de la piel putrefacta.

-No os lo voy a poner agradable –afirmó. Un enorme pene espinoso se irguió enhiesto, ávido de deseo. Llevaba un siglo esperando aquél momento. Se acercó a ellas y las abrazó con fuerza, clavando sus uñas en la piel de las chicas. Los gusanos hurgaron en

aquella carne fresca, buscando una comida más apetecible-. Va a ser doloroso. Pero recordad que en el sufrimiento se encuentra la penitencia.

Los gritos se oyeron hasta muy avanzada la noche.

XXIV

La campiña se extendía alrededor del lago, alimentada por los meandros del Jordán. Una ciudad de altas murallas decoraba el horizonte, y los fuegos comenzaban a alumbrar sus calles, cercano ya el ocaso.

Los dos hombres contemplaban una multitud que se agolpaba ante sus puertas cerradas. Uno de ellos, de ojos claros y rostro lampiño, mordisqueaba una manzana.

-Pronto saldrá la luna llena. Y como cada mes, tendrá lugar el espectáculo que tanto te gusta. Sinceramente, a mí me deprime. ¿Nunca te cansas de verlo? ¿No deberíamos de visitar otros lugares que jamás hayamos visto? –propuso mirando a su compañero, para escupir después unas pepitas al suelo, con gesto aburrido.

Gandrel le devolvió la mirada, y sus ojos estaban inflamados por la expectación.

-Sabes que permanecería toda mi vida inmortal admirando la degradación de los humanos. Además, ¿Qué tierras no hemos visitado? Llevamos milenios sobre el mundo.

-Los lugares cambian. Hace unos siglos aquí sólo había un par de aldeas formadas por chozas de adobe.

-Eres cansino. ¿Sabes qué? Vamos con los hombres. Acompañémoslos en la entrada a la ciudad de las maravillas.

-¿Otra vez? Tú sí que eres tedioso. Hemos hecho lo mismo una docena de veces.

-Y un centenar más que lo haremos mientras Seboím siga existiendo.

Se dirigieron hacia la puerta, a través de un sendero de tierra. A medida que se acercaban, distinguían mejor a los sujetos que componían la multitud expectante; hombres y mujeres, adolescentes y ancianos, atraídos desde miles de millas por los placeres que prometía aquél lugar.

Se mezclaron con los seres humanos, y disfrutaron con los olores que despedían, con las divergentes emociones que los embargaban, desde el miedo a la esperanza, con sus voces adornadas por acentos dispares y exóticos idiomas. Pero un hombre les llamó la atención por encima de los demás. Vestía ropas lujosas, aunque su piel se encontraba curtida por el sol y prematuras arrugas surcaban su rostro. Sus manos eran firmes y duras, resolutivas, y los dos demonios se aproximaron a él, subyugados por la maldad que expelía.

Dos días antes, caminaba vestido con harapos por una senda hacia Seboím. Había partido meses antes, desde la lejana Nínive, atraído por las leyendas que hablaban de un lugar a orillas del Jordán, cuyos habitantes únicamente vivían para el pecado.

Encontró en el camino a un viejo mercader, acompañado de sus dos hijos más jóvenes, que viajaban hacia el reino de Yamhab, guiando un grupo de camellos que guardaban en sus alforjas finas prendas de Egipto. Gracias a sus mentiras, se ganó la simpatía y la confianza de aquella familia. Y cuando llegó la noche y su turno de guardia, sostuvo un cayado entre sus manos y fue golpeando con complaciente saña las cabezas de aquellos pobres desgraciados, uno por uno, deteniéndose a ratos para admirar su macabra obra.

Al día siguiente se lavó con el agua de uno de los sacos de piel que atesoraban sus víctimas, se vistió con finas ropas de lino y emprendió rumbo hacia su destino, donde llegó al anochecer. A la luz de las fogatas de la multitud que esperaba entrar en Seboín, vendió a precio de saldo las prendas que había robado y la ciudad aceptó agradecida el regalo de los camellos.

La vida de Enerech era un catálogo de los más viles pecados, sin que pareciera que el menor remordimiento le acechase. El robo, el asesinato, la gula y la lujuria eran hechos cotidianos en su senda, desde que a los ocho años asfixiase a su propio abuelo con una manta, porque sus ronquidos y expectoraciones no le dejaban dormir. A pesar de que se hizo el silencio, no pegó ojo en toda la noche, ante el temor de que se presentase el propio Dios Samash ejerciendo la justicia divina.

Pero cuando llegó el alba, nadie había pedido un castigo acorde por su crimen. Sus padres descubrieron el cadáver y lloraron ante el lecho, pero en ningún momento dirigieron un dedo acusador hacia él, pues pensaban que era una muerte accidental. Muy al contrario, lo enviaron con su tío mientras preparaban la ceremonia de incineración y recibían a vecinos y familiares. Y durante los catorce días que duraron los ritos, le colmaron de atenciones y dulces, pues era el más pequeño de la familia.

Dedujo que no había ningún Dios Vengador que ejerciera la justicia contra él. Siempre y cuando fuera cuidadoso, podía hacer lo que le viniera en gana, que nadie le pediría cuentas. Y así actuó desde entonces.

Ahora estaba allí, frente a las puertas de la ciudad donde todo estaba permitido. Sopesó con una mano la bolsa de tintineantes monedas que guardaba en su cinto, dispuesto a ahondar aún más en las miserias humanas.

Dos hombres se situaron a su lado. Eran altos y atractivos, vistiendo lujosas prendas que resaltaban la lozanía juvenil que ambos poseían. Nunca esperó que ambos lo tomaran del antebrazo, impidiéndole cualquier huida, y que le miraran a los ojos con aquellas pupilas que se tornaron infernales.

Una sucesión infinita de imágenes inundaron sus sentidos, tierras que jamás había visto, hombres que murieron miles de años atrás, horrendos seres surgidos de las profundidades, dioses que vivían de la adoración de la humanidad...Y supo que los

infiernos le esperaban a su muerte, y que los demonios devorarían su carne y su alma, haciéndole pagar todas sus culpas.

El rostro de Enerech era ahora una máscara cenicienta. Los deseos de disfrutar de Seboím se habían truncado, ante la certeza de que recibiría un castigo por sus desmanes durante toda la eternidad.

Aquél que se llamaba Araakis acarició su nuca, intentando relajarlo. Le transmitió serenidad y firmeza.

-Puede que haya una manera de que te unas a nosotros y evitar que ocurra lo que temes. Podrás vivir toda la infinitud del tiempo, como nosotros lo venimos haciendo.

La entidad llamada Gandrell miró a su compañero con aire interrogante. Por lo que el joven pecador pudo entender gracias a los recuerdos que intentaba ordenar en su mente, aquél demonio admiraba su disposición, pero en ningún momento se le había pasado por la cabeza nada más que permitírsele unirse un tiempo a ellos. Lo que le estaba proponiendo era algo que colmaba sus más locos deseos.

-Uno de los dioses de esta tierra, lahveh, firmó un pacto con un humano llamado Abrahan –continuó Araakis-. Posteriormente lo hizo con sus descendientes, los semitas al sur de estas tierras, llamados a sí mismos hebreos. Si los dioses pueden permitirse esos actos, no veo nada que impida que lo hagamos nosotros con otros mortales. Es por ello que te propongo firmar un acuerdo con nuestra especie, por el cuál te beneficias de nuestros derechos y adquieres las obligaciones –A continuación modeló una bola de arcilla, hasta darle forma de tablilla. Sobre ella inscribió con una caña los signos cuneiformes de una lengua que ya estaba extinguida cuando comenzaron a trazarse las calles de Uruk. Era curioso que se le hubiese ocurrido aquella idea del contrato. Puede que funcionara, ya que así ocurría entre infinidad de pueblos y los dioses que adoraban-. Pon tu nombre aquí –le sugirió tendiéndole la primitiva herramienta de escritura.

Con un trazo hábil, dibujó tres tallos sobre la arcilla.

-Ya está. ¿Y ahora?

-Eres uno de los nuestros. Entra en esa ciudad y haz lo que te parezca con ella y sus habitantes.

Enerech sonrió. Los conocimientos que le habían trasvasado al estar en contacto con ellos comenzaban a ordenarse en su nuevo cerebro sobrenatural. Los poderes que le conferían su nueva condición le habría un horizonte lleno de oscuras y tenebrosas posibilidades.

Durante los siglos posteriores, Gandrell le preguntará a veces porqué se decidió a convertirlo, él que tan remiso era a sobrepasar las reglas, a influir en demasía sobre la civilización humana. Porque aquél había sido el primer mortal en convertirse en demonio. Araakis siempre le respondería con evasivas, sin confesarle la auténtica razón. Y es que había visto tanta maldad en el corazón de ese hombre, que decidió ser su mentor para, al menos, controlar sus ansias de destrucción.

Escrutó con la mirada a su nuevo alumno; lo vio sonreír y dirigirse hacia las puertas de Seboím, recién abiertas, y por las que entraba ya un aluvión de peregrinos.

Cuando se adentró en el interior de la población, y se perdió por sus calles, libre para dar rienda suelta a sus deseos, Araakis sintió miedo por primera vez en milenios; supo que se había equivocado al convertirlo, llevado por un impulso, sin meditar las consecuencias.

XXV

El jinete cruzó los cielos de Nueva York montado en su pálido caballo, esquelético y con los ojos blanquecinos. Levantó su guadaña y a su paso extendió la peste. Era una enfermedad como nunca se había visto; inmediatamente, una fiebre voraz se apoderaba de la víctima, que se descomponía a ojos vista. La muchedumbre gritaba en las calles, mientras el dolor se apoderaba de ellos y sus órganos internos se desmoronaban dentro de sus cuerpos.

El dragón de siete cabezas se posó en la cúspide de la Freedom Tower, aferrándose con una zarpa a la enorme antena que desafiaba las alturas. Rugió desafiante, mientras el mundo que conocen los hombres era arrasado en todo el orbe.

Darrell hundió los dedos en el cubo de palomitas y comprobó que se habían acabado. Dejó a un lado el recipiente y reprimió un bostezo. La película le parecía un verdadero bodrio. Miró a su izquierda y contempló a Farida, que miraba la pantalla embelesada, sorbiendo con una pajita un enorme refresco de cola. Allí tenía a la culpable de su presencia en la sala. Había aceptado su petición de salir a tomar algo, y finalmente ella lo había conducido de una forma sutilmente femenina a aquel cine. Cuando ya tenían las entradas en su poder, le confesó sus increíbles ganas de ver la película con alguien que tuviera conocimientos del Apocalipsis de San Juan. Por lo visto, el hecho de haber vendido su alma al diablo lo habilitaba como experto en teología, se dijo con ironía.

Por fin terminó la proyección y se encendieron las luces. Farida le sonrió mientras se levantaba.

-¿Te gustó?

-Bueno, si te soy sincero, eso de detener el apocalipsis ensartando a la bestia con la lanza de Longinus me parece un final algo cogido por los pelos –le argumentó mientras se dirigían ambos a la salida.

-¿Qué dices? Es genial. La sangre milenaria de vuestro Cristo salva a la humanidad.

-Claro, suponiendo que hubiera existido.

-No seas blasfemo. Para nosotros en uno de los grandes profetas.

-Ya, habló la que sigue los preceptos del Corán a rajatabla –en ese momento pasaban junto a un bar del que salían las notas de una canción de John Denvers-. Parece un sitio tranquilo, ¿Una copa?

-¡Oh, no, lo siento! Estoy tremendamente cansada –Darrell se sintió entonces como un pardillo en su primera cita. Había imaginado un final de velada muy distinto.

-En ese caso, te acompaño a casa.

-No hace falta, no quiero molestarte más. Tomo un taxi aquí mismo –le dio un casto beso en la mejilla-. Gracias por la compañía. Llámame cuando quieras –invitó antes de perderse entre la multitud.

Darrell se quedó sólo en los pasillos del centro comercial, con cara de idiota. Decidió andar un poco y así desahogar el malhumor que lo dominaba. Esperó que Farida no se hubiese percatado de la decepción que con seguridad mostró en el rostro cuando le dijo que se iba. ¿Qué haría con aquella noche de sábado? Era temprano aún, y no tenía ganas de encerrarse en el oscuro hotel que era su casa desde hacía un par de semanas.

Así que entró en el pub que le había llamado la atención y pidió un bourbon con hielo. Se sentó junto a la barra y echó un vistazo en derredor; unas cuantas parejas y tres chicas alrededor de una mesa, tomando refrescos. No parecía un lugar prometedor.

Una de las jóvenes lo miró y pareció curvar los labios en un intento de sonrisa seductora; era bonita y en su vida mortal hubiera enloquecido porque alguien así le dedicara aquél gesto. Pero en su cabeza sólo bullía el deseo por la djinn, y todo lo demás era vano. Aunque pensándolo bien, se dijo, quizás Kate y Amy podrían ser una buena compañía. Pulsó el número de teléfono de la pelirroja pero le saludó el contestador. Lo mismo ocurrió al llamar a la mulata. No le preocupó en exceso, pues dedujo que estarían trabajando. Aquel razonamiento le llevó a hacer un cálculo de sus ahorros, y se alarmó al comprobar qué rápido descendían.

Tres hombres entraron en el local. Sintió cómo los vellos de su piel se erizaban al identificar a uno de ellos, rapado al cero y con rostro de animal, como el que arrojara a Nancy al agua. El segundo, con una camisa a cuadros por fuera de los jeans y una desaliñada melena rubia, era su compinche aquella noche. El restante, luciendo unas gafas de sol, vestía una camiseta blanca con estampaciones escarlatas que formaban las palabras “kill you”.

Los siguió con la vista mientras pedían unas cervezas. El rapado vio a las chicas del fondo, e hizo un ademán de acercarse a ellas, pero el tipo de las gafas de sol le puso la mano en el hombro y le susurró algo al oído; “no es el lugar, no es el momento”, creyó leer en los labios.

Pensó en las mil torturas que podía hacerles, en tener la misma sangre fría, mientras los inducía a matarse unos a otros, que ellos tuvieron al dejar a Nancy hundirse en las aguas.

Una vez decidió a actuar, se dirigió hacia el grupo, resuelto.

-Me gustan vuestras camisetas –dijo sonriendo-. Os invito a una copa. ¿Qué queréis?

Los tres se quedaron mirándolo en silencio.

-¿Eres maricón? -se adelantó el rapado hacia él, con actitud agresiva y comprobó cómo estaba preparando los puños para golpear -. No nos gustan los maricones. ¿Me has visto cara de darme por el culo?

Darrell lo tomó por la muñeca con fuerza, mientras le miraba a los ojos. Como siempre la sucesión de imágenes llegó a su mente, pero esta vez eran concisos, dispuestos en orden temporal.

Se llamaba Richard Willson, y creció en el seno de una familia de clase media de New Jersey. Los dos primeros años universitarios fueron brillantes, aprovechando su beca como deportista y obteniendo buenas calificaciones. Los domingos por la tarde trabajaba como voluntario de la comunidad y siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquiera que lo necesitase.

A los veintidós años, el registro cambió. Las imágenes de buen estudiante y samaritano se fueron tornando más escasas, sustituyéndose por fiestas hasta el amanecer, drogas duras y el declive de sus relaciones sociales. Su cerebro estaba en la actualidad tan deteriorado que comprender la lectura de un simple párrafo de Shakespeare se le antojaría una tarea inverosímil.

Se enojó con Richard. No podía comprender cómo alguien que lo tenía todo lo había echado por la borda de aquella manera. Le miró a los ojos, dispuesto a influir en su conciencia tal y como hiciera con Eldrick, su vecino y primera víctima.

Una mano se posó sobre su hombro y apretó con fuerza, provocándole un intenso dolor que le hizo perder la concentración, y se volvió con rapidez. Era el tipo de las gafas de sol, y por su cara no parecía muy contento.

-¿Qué cojones te crees que estás haciendo? -le increpó, mientras se levantaba las lentes y pudo ver los característicos globos oculares negros, que le delataban como un congénere.

-¿Este tipo es tuyo? -preguntó confuso.

-Claro que sí, lleva años conmigo. Ni lo toques o vamos a tener problemas tú y yo. Y ahora dime por qué estabas intentando matarlo.

-¿Por qué? ¿Porque tu discípulo de mierda es un jodido hijo de puta? -casi gritó las últimas palabras, y las cabezas de los clientes giraron hacia ellos.

El camarero hizo ademán de salir a llamar a la seguridad, ante la perspectiva de tener a cuatro tipos dándose golpes en su local, pero el demonio de las gafas de sol se excusó brevemente y, tomando a Darrell del brazo, lo llevó a un rincón discreto.

-Oye, no sé qué te ocurre con Richard, ¿Te ha hecho algo? ¿Se ha metido en tus asuntos? Cálmate y me lo explicas.

-Bien, mira, ahí donde los tienes, ese angelito tuyo tiró a una chica al río hace un par de semanas, y tuve que rescatarla mientras él se alejaba riéndose.

-Ajá... ¿Y...?

-Que es un maldito asesino.

-¿Y...?

-Mierda, ¿te parece poco?

-Mira, chaval –le dijo adoptando una actitud pedagógica, como quién le explica las reglas de multiplicar a un niño de primaria-, no sé cuánto tiempo llevas en esto, me imagino que poco por tus reservas morales, pero somos demonios, productos del mismo infierno... ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Punto de cruz?

Darrell se quedó sin palabras; tenía razón. Era algo que se le había olvidado de alguna manera, haciendo uso de su libre albedrío recién adquirido.

-Yo no tengo que asesinar a nadie. No tengo mentor, hago lo que quiero...-objetó.

-Y una mierda vas a hacer lo que quieres. Eres como yo, y no puedes evitar hacer lo que todos hacemos.

-Te repito que nadie va a decirme cómo he de vivir.

El tipo se quitó las gafas de sol y le miró con aquellos ojos, que sólo Darrell y los seres como él podían ver.

-No es cuestión de obligarte a nada. Tu propia naturaleza proviene del pecado. Si no la alimenta...lo llevas mal.

-¿A qué te refieres?

-A que comenzarás a notarte más cansado de lo corriente, tus trucos no funcionarán igual, tu cuerpo tardará en recuperarse, hasta que finalmente te descompongas a ojos vistas, y desaparezcas de la faz de la tierra para siempre. Morirás, chico, y no habrá vuelta atrás.

XXVI

1

Gandrel se paseaba por la casa, taciturno, mientras fumaba una pipa de crack. Sorteaba los cadáveres de sus invitados, repartidos por las habitaciones como fichas de dominó. Normalmente solían durar algo más, en torno a un mes, pero esta vez se habían excedido desde un principio. Eran mentes demasiado influenciables, ansiosas, quizás.

En el enorme salón que había tomado como dormitorio, las mujeres serpientes se deslizaban por el suelo, libidinosas, acariciándose unas a otras, mordiéndose con lujuria a ratos. Amy y Kate se encontraban en mitad de la estancia, sujetos al suelo sus tobillos mediante grilletes.

Se acercó a la mulata y alzó su rostro con su mano. Sus largas uñas se hundieron en la garganta de ésta. Admiró su rostro, amoratado e inflamado. Las incisiones que había realizado en la mejilla habían sanado, y el labio inferior, arrancado con sus dientes mientras experimentaba un orgasmo, regenerado, aunque aún tenía un tono rosáceo que contrastaba con la piel morena.

Amy se encontraba echada en el suelo, sucia y salpicada de fluidos. Aquella imagen le excitó, y volvió a mostrar una erección. La penetró por detrás, sin miramientos, y sus uñas se clavaron en la nívea piel de la chica, dejando profundos surcos a lo largo de su espalda.

Ella gimió de placer, aunque intentó rebelarse tímidamente contra la dominación de Gandrel, pero finalmente se dejó llevar por los nuevos placeres que le mostraba su actual protector. Se dio la vuelta y lo arrojó al suelo, montándolo con ferocidad, llevada por sus instintos más primarios. Sus pequeñas manos se aferraron al cuello de la bestia que era su violador, y apretó con fuerza, buscando que el falo espinoso del demonio reventara en sus entrañas. Cuando llegó el clímax, su grito se escuchó en toda la casa, liberador y salvaje. Después descansó sobre el pecho de su captor, temblando.

Su mente se había oscurecido, sus pensamientos enredados en una tela de araña negra y viscosa. Y jamás podría escapar.

2.

Darrell se contempló ante el espejo con detenimiento. Su piel estaba menos firme, fofa quizás, y si apretaba los poros expelía una sustancia amarillenta y maloliente. Examinó

sus encías, y comprobó que estaban enrojecidas y cubiertas de llagas. Aquello tenía mala pinta, se dijo.

Se dio una ducha de agua fría, intentando reanimarse y sacudirse el cansancio que le invadía, pero en vano. Lo único que consiguió fue llegar tiritando de frío –a pesar de que la estación de verano aún no había terminado- a la cama, y se tapó con el edredón, buscando guardar el calor que se escapaba de su cuerpo.

Cuando abrió los ojos se encontraba sentado en un turismo. A través del cristal veía la lluvia caer. Era de noche, y viajaba por una estrecha carretera comarcal. Miró a su izquierda y contempló una chica de dorada melena, concentrada en la carretera.

-Sheila... -susurró. Su amor en la facultad sonrió al escuchar su nombre.

-Llevas un buen rato dormido, Darrell. ¿Te ha sentado bien?

Los pensamientos se movían perezosos en su mente. Sólo acertó a musitar un breve “sí”. En la radio sonaba una balada de Aerosmith, y ella aprovechó para acariciarle con una mano la mejilla. El tacto de sus dedos era cálido y grato, y se encogió en el asiento deseando que terminara el viaje, para poder abrazarla.

Los árboles se sucedían a lo largo del camino, conformando una senda verde que parecía no tener fin. La tormenta arreciaba en intensidad, y Sheila bajó la velocidad.

-Mierda...creo que lo mejor será parar en la primera estación de servicio que veamos – concluyó la chica.

Darrell contemplaba hipnotizado el agua sobre el asfalto, y reprimió un escalofrío. Iba a ajustar la calefacción para subir la temperatura del interior cuando vio la figura de una mujer entre la maleza. Sorprendido, giró la cabeza a medida que el auto se alejaba, incrédulo por aquella manifestación.

Algo apareció justo en medio del asfalto. Era una sombra siniestra y opaca, y Sheila intentó esquivarla girando el volante y pasando por el arcén. Pero el vehículo patinó y se dirigió sin control hacia los árboles.

El impacto fue terrible, al chocar con un enorme roble, e hizo volver al auto a la calzada, dando vueltas sobre sí mismo. Durante un instante Darrell miró a su izquierda y comprobó que el asiento del conductor estaba vacío, impregnado de sangre y cristales, con el cinturón de seguridad ondeando suelto.

Por fin el vehículo quedó inmóvil sobre la tierra mojada y el humo inundó el habitáculo. Salió como pudo, dolorido, con un brazo inutilizado y el rostro empapado de líquido escarlata. Se tumbó sobre el asfalto, incapaz de continuar, mientras la lluvia limpiaba su cara. Pudo ver el cuerpo de Sheila a unos metros, roto y desmadejado, y rompió a llorar.

Oyó unos pasos acercándose, y contempló al intruso que irrumpía en la trágica escena. Era una mujer altísima, de facciones bellas y exóticas. Una larga melena negra se arremolinaba empapada en torno a su cuello, mecida el fuerte viento. Por un momento le recordó a Farida, aunque la extraña gozaba de una belleza tal como ninguna mujer poseería jamás.

Se inclinó hacia él y lo miró con ojos tristes.

-Estoy está al final de tu camino –le dijo en un idioma sonoro y gutural, que adivinó como el primero hablado por los hombres, y que entendió perfectamente a pesar de la lejanía que les separaba en el tiempo-. Huye ahora que estás a tiempo.

3.

Nancy salió del gimnasio y se encaminó hacia su casa, andando por las calles bien iluminadas de la urbanización. Desde el incidente del muelle, tenía la prudencia de evitar caminar por lugares pocos concurridos e inseguros. No la atenazaba un miedo atroz, tras su desagradable experiencia, sino más bien un hábito de prudencia, se justificaba para sí.

Vivía en el condado de Suffolk, en la enorme mansión del señor Mastema, desde los doce años. Recordaba como si fuera ayer un examen médico que le hicieron en el colegio, junto a todos los alumnos. Eran unas doctoras amables y de edad madura, aunque con el tiempo llegó a pensar que no eran licenciadas en medicina, sino en otras materias, quizás psicología.

El caso es que, después de aquél reconocimiento, hablaron con sus padres. Les dijeron que ella tenía capacidades “especiales” –no especificaron cuáles- y le ofrecieron una beca para estudiar en la universidad, llegado el momento. A cambio, tendría que vivir desde entonces en la residencia del filántropo que se encargaría de los costos. Aunque renuentes en un principio, aceptaron tras visitar las oficinas que poseía en la Quinta Avenida.

Le confundió en un principio que fuera la única alumna con tales beneficios. No tenía compañeros, sólo tutores y psicólogos, que se encargaron de formarla y orientar su conducta, hasta lograr coronar con un Cum Laudem su expediente académico.

Y siempre estaba allí el señor Mastema, unas veces desde la distancia, porque viajaba con frecuencia por todo el mundo, otras desde la cercanía, alentándola a afrontar nuevos retos. Con el tiempo, dejó de vivir en el edificio principal, para pasar a ocupar uno de los bungalós para invitados, sitiado estratégicamente junto a la piscina; nada mejor que llegar del trabajo en verano y darse un chapuzón.

Se sentía segura dentro de la casa. Las alarmas y el servicio ofrecían un fuerte contraste con la indefensión que vivía en el exterior. A medida que se acercaba a la verja de hierro forjado que daba paso a su hogar, su corazón se iba acompasando.

Ahora, incluso la simple presencia de un peatón solitario y algo desaliñado, como el que se acercaba frente a ella, le producía inquietud. Aceleró el paso para llegar cuanto antes a la entrada y no tener que cruzarse con él. A sólo un metro de su destino, la puerta se abrió de improviso, y apareció la tranquilizadora figura de Antonio, un chicano que ejercía las veces de jardinero, pintor y mozo de carga. El hecho de que midiera casi dos metros y pesara sus buenas doscientas cincuenta libras, le habilitaba para otros menesteres disuasorios, que ahora eran muy valorados por Nancy.

-La he visto llegar, señorita –dijo con una sonrisa, echándose a un lado para que pasara la joven.

Cuando entró, miró de soslayo al tipo que intentaba evitar. Éste pasó frente a la entrada sin aminorar el paso, con la vista fija en el horizonte, donde el sol poniente irradiaba sus últimos reflejos, protegido por sus gafas de sol.

4.

La tienda era coqueta y femenina, decorada con buen gusto. Los estantes mostraban tarros de inciensos, y flores secas, figurillas de arcilla representando a antiguas deidades árabes, abalorios coloridos y frescas prendas de algodón.

Farida se sentía en ella como en casa. Realmente, las horas que le dedicaba no podían definirse como trabajo, sino como una afición que le reportaba algún dinero. Evidentemente, después de siete siglos sobre la tierra, había tenido suficientes posibilidades de amasar una fortuna, y como mujer inteligente las había aprovechado. Así que aquél negocio servía para paliar su aburrimiento.

La campanilla de la puerta sonó y dirigió la vista instintivamente hacia allí, con una sonrisa automática, que se heló hasta convertirse en una mueca al contemplar a los dos hombres que habían entrado.

Vestidos con chilabas, puestas las capuchas, dejaban ver unos ojos encriptados y luengas barbas. “Esto se está poniendo feo”, pensó, cuando reconoció en uno de ellos a la figura de Kadar, un shaitan cruel y fanático.

-¿Qué tal, chicos? –les saludó, intentando recomponer la curvatura ascendente de sus labios.

-Mal, Farida –respondió Kadar, que parecía llevar la voz cantante.

-¿Poco negocio?

-El negocio estupendo, como siempre. La que lo lleva mal eres tú.

-¿Por qué? Yo me encuentro bien de salud, y no me quejo de las ventas –intentó no demostrar temor.

-Pues harías bien en cuidar tus compañías –dio la vuelta al mostrador, y se colocó frente a ella, mientras su acompañante se quedaba junto a la puerta, vigilante.

-¿Mufid sabe que estáis aquí?

-*Sir layjará limitek, Qahba* –bramó empujándola contra una estantería.

Los miró, dolorida, para a continuación masajearse el hombro.

-Mufid es mi amigo...y vuestro jefe.

-Abdul era amigo mío, y lo mató tu nuevo amante, y Najid también, y lo arrojó desde su ático un tipo que lo buscaba. Eso es lo que realmente me importa ahora.

-Darrell no es mi amante, sólo un conocido –sabía que sería inútil negar que había vuelto a verlo desde el suceso del apartamento-. Creo que deberíais buscarlo y hablar con él, para aclarar el malentendido.

-¿Malentendido? Dos de los míos se están pudriendo en el Al-Jahim por su culpa. No, ¿Sabes lo que haré? Le arrancaré la lengua, después los ojos y los miembros, y luego quemaré lo que quede muy lentamente, para que sepa lo que le espera ahí abajo.

¿Qué iba a hacer? Lo mejor sería no complicarse, darle lo que querían y seguir su vida como siempre. No todos los djinn llegaban a su edad, y ella esperaba alcanzar al menos el milenio. Tomó una rápida resolución.

-Está bien, no quiero problemas con vosotros. Voy a apuntarte su teléfono y su nueva dirección –tomó una cajita guardada bajo el mostrador, y sacó un papel y una pluma, dejando a un lado lo que parecían un tarrito con polvos secantes. Escribió con rapidez, mojando el instrumento en el tintero.

-Vaya, una gota de tinta ha emborronado el papel –comentó compungida, mientras abría el frasquito para espolvorear parte de su contenido sobre el texto-. ¿Podéis ver bien lo que pone? Así me ahorro aplicar el secante, que es un engorro.

Los dos shaitanes se acercaron e intentaron descifrar el texto.

-Aquí no se ve una mierda, *qawada* –dijo agitándolo con una mano. Entonces vio a Farida, que había echado sobre su palma extendida un puñado de arena procedente de aquél frasco, mientras murmuraba unas palabras en árabe antiguo.

-Hace mucho que no hacía algo así –murmuró mientras los miraba enfáticamente con sus ojos verdes. Sopló sobre el montoncito y una cortina de fino polvo se dirigió con inverosímil presteza hacia el rostro y cuerpo de los demonios, envolviendo la piel, penetrando entre sus chilabas hasta ocupar el último poro.

-*¡Qahba!*, ¿Qué es esto? Voy a matarte y colgar tus intestinos de un gancho, *qahba* – imprecó, mientras intentaba sacudirse la arena. Sintió que sus miembros se volvían pesados, rígidos, hasta que ya no pudo moverse, quedando petrificados, semejando sendas estatuas. En cambio, sus ojos se movían de un lado a otro, llevados por el pánico.

-Es arcilla de Uruk –les instruyó la joven-. Utilizada para sellar los encantamientos...y hace seis mil años que no la impregna una gota de agua. Ha absorbido la humedad de vuestro cuerpo, transformándolo en roca. Aún así, vivís, puesto que su finalidad no es quitar el hálito vital –hizo una breve pausa y sus ojos se entonaron-. Pero sí lo es la mía –empujó los cuerpos y cayeron a suelos. Kadar se rompió por los miembros, y la tapa del cráneo rodó sobre el suelo tarimado. Su acompañante corrió aún peor suerte y se deshizo en polvo mezclado con sangre y vísceras, a modo de macabra argamasa.

Los ojos del shaitan sobreviviente la miraron implorando perdón. Durante un breve instante, Farida se preguntó porqué había actuado de aquella forma, llevada por un loco impulso. Después miró su calzado, unas botas de piel de fino tacón de aguja que acababa de estrenar ese mismo día.

-Al diablo –se dijo-. Siempre quedará la tintorería.

De un golpe seco, introdujo la puntera del pie derecho en el interior del cráneo de Kadar.

5.

El americano entregó su pasaporte y el agente de aduanas se lo selló con diligencia.

-Feliz estancia en Perú –le deseó. Su interlocutor ni siquiera murmuró una palabra de gratitud, sino que recogió su documento y se dirigió hacia la salida. Portaba como único equipaje un voluminoso bolso de mano, así que no tuvo que retrasarse en la recogida de maletas.

Cuando salió del aeropuerto, Lima le saludó con un día nublado. A su alrededor se agolparon numerosos taxistas, ofreciendo sus servicios, portando ostentosamente sus credenciales. Los fue rechazando tomándolos amablemente del antebrazo, y mostrando una sonrisa que, si alguien la hubiera examinado con detenimiento, adivinaría disciplente.

Por fin eligió a uno, bien vestido pero con los zapatos despuntados y una licencia de taxi mal plastificada, casi ilegible. El automóvil era un Ford Taurus del 95, repintado de amarillo.

-¿Dónde le llevo, señor?

-Al Sheraton –respondió de forma seca.

Salieron del aeropuerto y se internaron en el distrito del Callao. El viajero pudo ver calles peligrosas, individuos siniestros, que miraban el taxi como si de una presa apetitosa se tratase.

Tal y como esperaba, el conductor dio un volantazo, y se internó en un callejón estrecho. De un edificio salieron sus dos compinches, que abrieron las puertas del vehículo y le apuntaron con un revolver oxidado.

-Vamos, gringo, dame tu cartera –le dijo el que sostenía el arma.

-Creo que no, Jorge.

El conductor se volvió.

-¡Pucha! ¿Cómo sabe tu nombre?

-Por lo mismo que sé que le robáis a la hora de repartir el botín, imbécil –respondió señalando a aquél que le apuntaba con el arma de fuego.

-¡La puta! ¿Eso es verdad, cabrones? –no podía dejar de mirar los ojos de su víctima. “Este tipo no dejaría que se burlaran de él”, se dijo para sí.

-Déjate de platicar y quítale la cartera, Jorge –dijo su compañero.

-¡Vamos! No tenemos todo el día, huevón. Quítasela y pégale un tiro al gringo –ordenó el conductor.

-¡Callaros! – susurró el ladrón, hundiéndose en las pupilas del americano. Era una sensación placentera, lisérgica, como aquella vez que tomó té de ayahuasca. Pero ellos seguían gritando, y sus voces le molestaban, no le dejaban sumergirse en aquellas ensoñaciones. Así que alzó el revólver y vació el cargador contra sus camaradas de correrías. Lo hizo sin inmutarse, como quién pisa una hormiga en el camino.

El americano estaba allí, manchado por los restos de sus amigos, y seguía mirándolo, invitándole a compartir sus sueños. Pasó una mano por su nuca, y le imbuyó ensoñaciones de tiempos pasados, de bosques lujuriosos y templos dorados.

-Muy bien, Jorge. Debías de haber hecho esto hace mucho tiempo. ¿Quieres saber cómo puede ayudarte el cuchillo que guardas en el bolsillo de tu pantalón a concentrarte? –él asintió-. Entonces sigue mis consejos, paso a paso.

Un minuto después, el extranjero salió del taxi, empapado en sangre. Abrió su bolsa de mano y se cambió allí mismo. Dejó las ropas sucias sobre los tres cadáveres, y se dirigió tranquilamente hacia una avenida, tres cuadras más abajo.

Estaba contento. Incluso se atrevió a ensayar un paso de claqué mientras caminaba.

XXVII

La ciudad de Seboim, antaño una joya de la arquitectura para los placeres mundanos, se encontraba ahora en el más absoluto de los abandonos. Las amplias avenidas que conducían a los templos del placer parecían haber sido arrasadas por una invasión bárbara; sus parterres y estatuas derribadas, la cerámica que adornaba las paredes de los edificios saqueadas, los árboles frutales arrancados, y cadáveres malolientes se amontonaban aquí y allá.

Sin embargo, Araakis comprobó, caminando por sus calles, que bullía de actividad. Si en alguna parte de la Tierra existiera algo parecido al Infierno, este era el lugar. Un viento helado proveniente del desierto se apoderó de las calles en el crepúsculo, silbando una canción a la desesperación, mientras los habitantes del lugar se reunían en torno a fogatas, cuyo alimento eran labrados muebles, bellos tapices y pergaminos enrollados que guardaban leyendas y poemas.

Pero no era aquella desolación lo que hería su alma, sino el hecho de que los supervivientes se habían hundido en un estado de degradación tal que nada diferenciaba su comportamiento al de los animales.

Cuando se unió a la rebelión de Lucifer, fue porque consideraba que el ser humano no debía ser adoctrinado y guiado como una oveja, tenía fe en aquél ser escuálido e indefenso. Pero lo que ahora veía le hacía replantearse todos sus ideales, haciéndole pensar que sus sacrificios no habían valido la pena.

No sólo eso; había unas reglas, y las habían transgredido todas, al transferir a un simple hombre los poderes sobrenaturales que poseían, otorgados en el pasado por el mismo Yahveh, al hacerles partícipes de su esencia divina.

Los sobrevivientes a la orgía perpetua que tenía lugar allí se tambaleaban de un lugar a otro, saturados de cáñamo y beleño, participando en todas las bacanales con las que se cruzaban, devorando la carne de aquellos que desfallecían llevados por el cansancio o el éxtasis, hambrientos como estaban después de haber agotado las provisiones de la ciudad, y perdido todo uso de la razón.

Enerech irrumpió en mitad del camino, como una aparición. Había hecho crecer medio metro su cuerpo y andaba desnudo, haciendo ostentación de sus genitales, que también habían aumentado de tamaño, aunque desproporcionadamente.

-¡Amo! –exclamó al reconocerle, y se dirigió hacia él con una sonrisa ufana-. Espero que estés orgulloso de mí –afirmó al estar a su altura-. Creo que nadie hubiera logrado igualarme en mis logros.

-No soy tu amo, Enerech. En todo caso tu mentor, tu maestro. Y sí, ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado algo igual.

-¿No estás contento conmigo? –su rostro reflejaba desconcierto.

-¡Claro que lo está! –Irrumpió Gandrel, que había seguido a su amigo sin que este se percatara, dispuesto a impedir cualquier arrebatado de remordimiento postrero, que le llevara a cometer una acción que desbaratara su divertimento-. Y también orgulloso, como yo me siento también. Hijo –le puso una mano sobre los hombros-, lo que has hecho en estos días haría enorgullecerse al mismo Lucifer.

-No lo creo –se opuso Araakis.

Gandrel se dirigió hacia él, furioso.

-¿Y qué sabes tú? ¿Conoces el lugar donde lo han desterrado? ¿La desesperación que puede apoderarse del que padece una reclusión perpetua? Los Guardianes me lo confesaron.

-¿De qué hablas?

-Que nuestro líder ha perdido la razón, en sus actos ya no hay cordura, sino la profunda desesperanza de una eternidad en tinieblas. Aquellos que llegan al lugar del destierro acaban perdiendo todo anhelo, cualquier rastro de divinidad que antes nos alumbrara.

-Él es fuerte...resistió los envites del mismo Yahveh.

-Por eso la venganza de nuestro antiguo señor ha sido tan cruel...el Sheol es peor de lo que puedas imaginar...la noche perpetua, el silencio imperecedero rodeado de las sombras de los muertos.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Araakis, dándose por vencido.

-Haz lo que quieras –concluyó.

Gandrel se volvió sonriente hacia Enerech, que había escuchado desconcertado la conversación.

-Vamos, muéstrame tus logros. Si no me equivoco, has hecho aquí en unos meses más que tu maestro en milenios.

-Sígueme por aquí, vayamos a la casa del que fue gobernador. ¿Puedo preguntarte algo? –inquirió, mientras se ponían en camino.

-Lo que desees. Ahora eres uno de los nuestros.

-¿Es vuestro Sheol similar a nuestro Kur?

-Ah, olvidaba que eres sumerio. A diferencia del Kur, vuestra ciudad de los muertos, donde según la actitud del muerto durante la vida tiene una posición diferente en sus estratos, nuestro Sheol es un valle de sombras, una enorme extensión donde los muertos vagan sin rumbo, perdida toda conciencia de lo que fueron una vez. Pero hasta hace unos siglos, ni siquiera esto existía, sólo la fría tierra del sepulcro. Ha sido el contacto con egipcios y cananeos lo que les ha hecho a la población de este lugar cambiar sus creencias en el inframundo.

-No comprendo...creía que el Kur era el mismo para todos.

-No, Enerech, ni mucho menos. En estas tierras, el dios más adorado es un tal Yahveh, y como buenos semitas pertenecemos a esa religión. Esto quiere decir que, si hubieras firmado un contrato como el que te ofrecimos con un demonio sumerio, todo lo que te rodearía te sería más familiar, y realmente irías al Kur si desaparecieras. Pero si ahora dejas tu existencia inmortal en la Tierra, lo que te espera es una estepa sombría y desolada, sin memoria alguna de tu existencia terrera.

-¡Oh, vaya! –supo que le había engañado cuando le transmitió las imágenes de las torturas que le esperaban a su muerte. Más no se molestó por aquello. ¿Acaso no es la mentira un arma poderosa para conseguir los fines perseguidos?-. ¿Y has dicho que es diferente el Sheol del que era anteriormente?

-Cierto. Si la religión cambia, nuestro modo de vida lo hace también. No puedo imaginarme la furia que sentiría mi Maestro al ver aparecer poco a poco los espectros de los muertos, vagando sin rumbo por su lugar de destierro.

-¿Y eso puede afectar nuestra existencia?

-Nosotros vivimos gracias al temor de la gente, al igual que los dioses obtienen su poder de la devoción de sus creyentes. Si los fieles disminuyen o desaparecen, los dioses y sus demonios lo hacen también. Te sorprendería saber cuántas deidades he visto languidecer hasta extinguirse desde que vago por el mundo. Oh, pero... ¿Qué tenemos aquí?

Mientras hablaban, habían cruzado la plaza y entrado en una enorme casa de adobe de tres plantas. El mobiliario estaba destrozado, con finas prendas de algodón y lana desgajadas aquí y allí. Una miríada de piezas de barro destrozadas cubría el suelo, delatando la violencia que se había vivido en el hogar.

En mitad del comedor comunal, pendiendo de un gancho, se encontraba ahorcado el cadáver del gobernador, mostrando una sonrisa babeante. Debajo de él, los restos de su familia y criados de la casa fornicaban y se embriagaban, sudorosos y grasientos por la comida que habían devorado como bestias, embadurnados con los excrementos que ellos mismos depositaban en la estancia, llevados por su delirio.

Enerech lo tomó de la mano y lo llevó hasta otro cubículo, que parecía ser el cuarto de un escriba, pues sobre una mesa se encontraba los instrumentos necesarios para tal fin, y arcilla fresca dispuesta para crear piezas de barro junto con diversos moldes y sellos.

En un rincón, destacaba una enorme pila de tablillas. Gandrel se dirigió hacia ellas y las leyó con detenimiento. En un principio pareció extrañado, pero luego sus ojos se abrieron de asombro y temor.

-¿Esto lo has hecho tú?

-Sí, Gandrel. Cuando os fuisteis después de acompañarme en mi primera noche, supe lo que queráis de mí.

-Fuimos a una isla llamada Candia...oímos hablar de sus bailarinas, que arriesgan sus cuerpos delante de los toros. Ciertamente ha sido un viaje largo. Dime, Enerech, por lo que veo aquí has convertido a otros... ¿Cuántos en total?

-Creo que unos doscientos. ¿Es algo malo? No me dijisteis nada al respecto.

-Doscientos...-las manos le temblaron y se cayó la tablilla que sostenía entre las manos, rompiéndose en afilados fragmentos y produciendo un sonido estridente-. ¿Están todos en la ciudad?

-No, aquí no harían nada tantos de ellos...sólo queda un millar escaso de habitantes. Los he mandado a las ciudades de alrededor, para convertir a los incrédulos y hacerles ver la luz.

-¿A qué ciudades?

-Las más cercanas, a Belá, Adamá, Sodoma y Gomorra. De ahí comenzaremos a extendernos por todo el mundo –hizo una pausa, como si se estuviese relamiendo-. Cuando llegemos a Uruk yo iré en cabeza...me gustaría verles las caras a mis tíos y a sus familias.

La mente de Gandrel se convirtió en un caos. Simplemente se limitó a salir corriendo del lugar, dejando perplejo al joven aprendiz. Saltó por encima de los sobrevivientes de las continuas orgías que se vivían en la casa y se encaminó hacia la calle.

Buscó a Araakis por plazas y avenidas, mientras los rostros de los sobrevivientes, cometiendo las más atroces abominaciones, pasaban ante su vista como borrosos muñecos de trapo. Por fin lo encontró, sentado ante un pequeño zigurat donde una vez se adorara a algún dios ya olvidado.

-Salgamos de aquí –le gritó tomándolo del brazo-. ¡Vamos!

Su amigo se deshizo de él, y lo miró indignado.

-¿Ahora quieres irte? Deberías venirte a vivir aquí, y regocijarte en la desolación que tanto anhelas. No he visto algo más terrible que aquello que me has obligado a crear, cuando me hice cargo de Enerech.

-Bien, he de reconocer, a mi pesar, que tenías toda la razón. Pero, por favor, te lo ruego, huyamos de aquí.

-¿Pero a qué viene estas prisas?

Gandrel le tendió el brazo, invitándole a impregnarse de sus recuerdos.

-Los Guardianes –habló con voz temblorosa-. Ellos llegaron de un momento a otro.

Su amigo sólo tuvo que rozar su muñeca para comprender que aquello que afirmaba era una amenaza inminente. Ambos echaron a correr, en dirección a las puertas de la ciudad, ignorando todo lo que ocurría a su alrededor, a aquellos que les gritaban para que participaran en el holocausto que estaba teniendo lugar.

No cesaron en su carrera hasta que llegaron a unos montes lejanos, desde donde la ciudad se divisaba como una miniatura. Se sentaron sobre la hierba seca exhaustos, con la vista en el horizonte. Aún no habían recobrado el pulso cuando los vieron llegar.

Era una legión de ángeles, portando en sus manos espadas llameantes. Ellos castigaban a aquellos lo suficientemente imprudentes para quebrantar las reglas establecidas tras la guerra de la Luz, en la que Lucifer fue derrotado.

Cayeron sobre las ciudades de la región, a sangre y fuego, destruyendo a los demonios recién creados y a sus seguidores. Fue una matanza, la destrucción absoluta de toda una comarca. La sangre bajaba en torrentes desde las colinas donde se situaban las construcciones, hasta el lago que las bordeaba y las surtía de agua potable.

Las poblaciones quedaron arrasadas, los campos de cultivo quemados, los bosques estériles, el lago nunca más volvería a tener limpias y claras sus aguas. Todo esto comprobaron los ojos aterrorizados de Gandrel y Araakis.

Por fin, una vez asegurados de la destrucción, Los guardianes se marcharon, empapados en sangre y cenizas. Lo hicieron tal y como llegaron, en orden jerárquico, con Mastema encabezando la formación.

XXVIII

Sabía que le quedaba poco tiempo, antes de que no pudiera más que arrastrarse por el suelo, falto de energías. Su aspecto era enfermizo, y la piel le colgaba flácida, sin tono muscular.

Tenía que hacer algo ya. Y espectacular. No podía limitarse a echar a pelear a un par de camellos, y que se golpearan entre sí, o descubrir el adulterio de un matrimonio. Entonces recordó cierto artículo leído en la red, y que le provocó su enésima pérdida de fe en la humanidad.

Se vistió con un elegante traje, que ahora le quedaba holgado, y pidió un taxi. Cuando llegó ante la casa de Farida, tuvo reparos. El hecho de que lo contemplara con ese aspecto podía hacerle perder puntos ante ella. Pero sacudió la cabeza y se llamó imbécil; si no lograba enderezar su carrera diabólica, poco importaba que cayera rendida a sus pies.

La djinn abrió la puerta y se quedó mirándole, como si hubiera visto un fantasma. Lo hizo pasar de inmediato y le sentó en un sofá a la fuerza.

-Cuéntame cuánto tiempo hace que no trabajas –le preguntó.

-Vaya, ¿Sabes por qué me encuentro así?

-Lo he visto algunas veces. Shaitanes que entran en crisis mística y deciden reconciliarse con Ahlah. Así que se quedan postrados, sin realizar ninguna mala acción, consumiéndose. Al final, lo que queda de ellos no es más que una masa putrefacta llena de gusanos.

-Ah, es un consuelo conocer mi posible final. Por eso busco otras alternativas.

-¿Haciendo que la gente se mate entre sí?

-Es una buena opción. Quizás esa sea la causa de que pueda realizar tareas que a los demás les son imposibles.

-No creo que sea por eso. Si fuera así, tu amigo Bones podría hacerlo también, y afortunadamente para ti no es el caso. Pero sí es cierto, por lo que sé, que al cumplir con tu ocupación adquieres una vitalidad que de otro modo no tendrías. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

-Para eso he venido. Te agradecería mucho me ofrecieras tus servicios.

Fadira lo miró muy seria.

-Si piensas que voy a acostarme contigo para que puedas apuntar un pecado en tu agenda, no voy a hacerlo.

Darrell asimiló la información lenta y detenidamente, y luego estalló en carcajadas, a pesar de su estado. Ella enrojeció, al darse cuenta de su equivocación.

-No, gracias, pero creo que ahora mismo simplemente no tendría fuerzas – aclaró-. Más bien he pensado en tu capacidad de ilusionista.

-Sí, claro, ¿Qué necesitas?

-Voy a tomar unas copas en un bar de Times Square, así que no puedo ir con este aspecto.

-¿Te estás muriendo y sólo piensas en tomar una copa?

-Aún no he llegado a ese extremo de frivolidad. No, quiero parecer un ejecutivo agraciado y exitoso. Normalmente yo mismo me metamorfosearía, pero en mi estado, soy incapaz hasta de ocultar un grano en la nariz.

-Muy bien, déjame un momento –lo observó y fue moviendo sus manos ágilmente frente a él, como si de una danza se tratase-. Ya está, a ver qué te parece, mírate en el espejo.

Lo que contempló sobre la pulida superficie fue un hombre apuesto y atlético, de piel olivácea y ojos negros, de rostro fino, cutis cuidado, largas pestañas, y cabello ensortijado.

-Me temo que no es lo que busco –concluyó Darrell.

-¿Porqué? Yo creo que es una imagen muy atractiva.

-No es lo que tú creas, sino lo que piense un ejecutivo de Manhattan. Necesito hablar con ellos, ganarme su confianza, y quieres que me haga pasar por un modelo árabe. Es como si un negro, miembro de la Asociación de Derechos Civiles, intentara ganarse la confianza de un senador texano ultraconservador. Agradezco tu esfuerzo, pero necesito algo más ario...o judío, quizás.

-Me decanto por lo ario. Si lo que buscas es un ejemplo de la “supremacía caucasiana”, deberás parecer lo más nórdico posible .De nuevo gesticuló con sus gráciles manos, aunque esta vez algo más enfurruñada -. ¡Voilà! Dígame el caballero si cumplo esta vez con sus expectativas.

Un rostro jovial, rubio platino y con una piel dorada por el sol de las Bahamas apareció ahora ante él. Sonrió y comprobó con satisfacción unas piezas de marfil blancas y perfectas, complemento idóneo de un porte atlético.

-Perfecto. Gracias por tus habilidades –se dirigió hacia la puerta, renqueante por su verdadero estado físico-. Si sobrevivo, puedes pasarme la factura.

-Lo haré, no lo dudes. Suerte –lo abrazó de forma espontánea. De ningún modo esperaba Darrell una reacción así, y se sintió confortado por aquella muestra de aprecio.

-Bien, después de estos ánimos que me das, no tengo más remedio que regresar. Voy a querer otro abrazo a la vuelta –le dijo cuando se separaron. Ella sonrió y le abrió la puerta. No tuvo que volverse mientras se acercaba a la calzada y pedía un taxi, para adivinar que ella lo seguía con la mirada.

Entró en el Kings Square apoyado en un elegante bastón, rematado por un puño de plata. Lo había comprado en una boutique cercana, y le ayudaría a completar la imagen que deseaba reflejar.

Llevaba su mejor traje, pero a la vista de los que vestían los clientes del lugar, se había quedado corto al menos en una decena de miles de dólares; hechos a medida y personalizados, dejaban claro el estatus de cada uno de sus portadores. Y aunque su vestimenta era de Brioni, delataba que no era más que un aspirante a nuevo rico.

Pidió un bourbon doble y se recreó en las vistas del local, que rezumaba lujo hasta en sus más nimios detalles. Varias mujeres pasaron a su lado, admirándolo y procurando tomar contacto, pero las ignoró a todas. Finalmente se decidió a pasar a la acción.

-¿Qué tal, Thomas? –Dijo acercándose a un tipo de mediana edad y con dos copas de más, tendiéndole la mano- ¿Qué es de tu vida?

El supuesto conocido lo miró desconcertado, aunque le dio la mano por inercia.

-Disculpe... ¿Nos conocemos?

Pero Darrell ya tenía todas las respuestas.

-Oh, ¿Cómo he podido confundirme? –le contestó-. Usted es Harry Lamark... Sí, nos presentó el gobernador, en un coctel benéfico. ¿Recuerda? Fue en febrero, con el fin de recaudar fondos para nuestros veteranos.

-Sí, ya caigo...quiero decir que recuerdo el evento, pero no que nos hubieran presentado. Y créame, tengo buena memoria para los rostros.

-Bueno, no se preocupe, ahora tengo que saludar a Edward Benson, que acaba de llegar –y lo dejó allí pasmado.

Gracias a los recuerdos de Lamark, Darrell conocía ahora a la mitad de la concurrencia del establecimiento. Fue entablando conversación con unos y otros, averiguando vidas

y secretos al ir estrechando manos, ordenando datos en su mente, y eligiendo concienzudamente a sus objetivos.

Finalmente se decidió por Nathaniel Crawford, un treintañero fornido y bronceado, experto en entretener a la concurrencia con sus anécdotas durante sus viajes al continente africano. Evidentemente, ocultaba su pasado como marine en Irak, pleno de momentos oscuros, donde adquirió el hábito de violar jóvenes indígenas después de haber asesinado a sus parientes, afición que desarrolló ampliamente en el continente negro, alcanzando cotas extremas de sadismo.

Lo invitó a una copa (treinta dólares un bourbon doble) y estuvieron hablando de las próximas elecciones presidenciales, y de cómo pulsar ciertos botones para obtener los resultados financieros deseados. Darrell se sorprendió hablando con fluidez de tales asuntos, pero los conocimientos y vivencias adquiridas aquella tarde lo habían convertido en un halcón de Wall Street, y el argot financiero se adhería intuitivamente a su habla coloquial.

-Ven un momento, Nathaniel –lo tomó por el hombro y lo llevó a un lugar reservado-. Mira, voy a serte sincero, he venido aquí expresamente a verte.

-Vaya, ¿Y eso? No me digas que piensas tomar unas vacaciones en Nigeria y quieres que te recomiende las mejores chicas.

-No, puedo asegurarte que sé dónde buscar, aunque las más hermosas están en cierto chalé en Induri, ¿No es cierto?

-¡Mierda! –Seguidamente el ejecutivo soltó una carcajada-. ¿Cómo sabes eso?

-Yo también tengo mis intereses en África –le guiñó un ojo-. Concretamente, tengo la posibilidad de vender cien mil hectáreas de buena tierra en Sudán.

Lo miró incrédulo.

-¿Tienes contactos con el gobierno?

-Y también con la junta militar de Somalia. Acuerdos personales, sin intermediarios.

-Vaya –asintió admirado y dio un sorbo a su copa-, realmente me sorprendes. Hay que tenerlos bien puestos para ir por allí.

-Ya ves –señaló su pierna -, aún cojeo de un balazo que me dio un guerrillero.

-¡Joder! Me descubro ante ti. Y dime...esa tierra... ¿está en venta?

-Y a buen precio.

-¿Cuánto?

-Cinco millones...más mi veinte por ciento de comisión.

Nathaniel se llevó la mano a la barbilla, y meditó unos segundos.

-¿Por qué ese precio tan bajo?

-Porque el encargado del registro de la propiedad de la zona—que no son más que unas oficinas destartadas, con archivadores repletos y mezclados sin orden ni concierto, y dos ordenadores que se caen de puro viejo—, casualmente pertenece a la nueva junta militar. Sólo tendrá que rehacer las escrituras y ponerlas a nombre del gobierno, para posteriormente, una vez realizado el pago, inscribirlas al nombre que usted desee, el suyo o una corporación que lo represente. Por supuesto, desalojaran a sus antiguos dueños, a la fuerza si es necesario, y recibirá las tierras sin molestias ni costes adicionales.

Era demasiado bueno para ser verdad. A su socio le interesaría aquello, lo vería como una inversión fantástica para que la empresa que compartían, Golden Lands obtuviera más beneficios. Hasta ahora formaban parte de un lobby que especulaba en el mercado mundial de los alimentos; compraban tierras para hacerlas improductivas, con lo que el precio de ciertos productos subía espectacularmente al haber menos oferta. Y cien mil hectáreas menos cultivando sorgo —que era la gramínea más cosechada en aquella zona— podían lograr que los costes del pienso para animales subiese al menos un diez por ciento a nivel mundial. Quizás más, si coincidía con alguna sequía en otro país productor.

Además estaban los derivados financieros. En muchas ocasiones, actuaban en connivencia con empresas de inversión para especular con bonos de producción agrícola. El hambre de muchos se había convertido en una actividad rentable.

Pero, por otra parte, si no revelaba nada a su socio, y la adquiría para él, podía ser el principio de su independencia como empresario. Quién sabe, quizás en otro par de años pudiera adquirir más tierras no sólo en Sudán, sino en Somalia, aprovechando las buenas relaciones que tenían ambos gobiernos, de corte islamista.

Así pues, decidió que lo mejor sería comprarlas él mismo. En poco tiempo recuperaría el dinero especulando con los piensos, y llegando a acuerdos puntuales con sus contactos en otras empresas.

-Me interesa la operación. ¿Cuándo podemos vernos en privado, acompañados de nuestros abogados?

-Cuando desee...hoy es lunes... ¿el miércoles quizás?

-Claro, aquí tiene mi tarjeta –abrió su abultada cartera y le tendió una cartulina beige con los bordes dorados, que Darrell guardó con rapidez en su bolsillo. Nathaniel quedó un instante confundido, pues esperaba recibir otra a cambio.

-No pensará que, dedicándome a lo que me dedico, vaya dejando rastros por ahí, ¿verdad? –le razonó el joven -. Y ahora discúlpeme, pero se me hace tarde. Nos vemos el miércoles. Mañana le llamaré para decirle dónde.

Salió del local con toda la presteza que le permitía su renqueante pierna, y pidió un taxi al portero. Mientras llegaba, pensó con frialdad que andaba en tratos con hombres peligrosos. La principal labor de Nathaniel consistía en eliminar testigos molestos y, llegado el caso, comandar grupos paramilitares que eliminara campesinos reticentes a dejar sus tierras. Su socio no se quedaba atrás, pues una de las fuentes de ingresos de Golden Lands era blanquear el dinero del narcotráfico.

-¿Dónde le llevo? –La voz del conductor le sobresaltó. Se había sentado automáticamente en el taxi, y la nube de sus pensamientos le había abstraído de la realidad.

Con inquietud, recordó que sus fuerzas eran escasas. En contra de sus planes, tenía que realizar alguna acción que le restableciera energía. Y rápido.

-¿Conoce algún buen club de striptease?

-Unos cuantos. ¿Cómo andamos de fondos?

-Lo suficiente para pasarlo bien en un lugar con estilo.

-Entonces vamos a uno cerquita. Es discreto, no se preocupe.

Tres bocacalles a la izquierda y el auto paró.

-Aquí es. ¿Ve esa puerta negra? Sólo tiene que llamar. Es un lugar exclusivo. La carrera son veinte dólares.

-Un poco caro para quinientos metros –objetó Darrell

-La información cuesta dinero, amigo –le argumentó con una sonrisa a través de la mampara.

Pasó el dinero a través de una ranura practicada a tal efecto.

-¿Quiere cien dólares más?

-Claro. ¿A quién hay que matar?

-Simplemente tómese una copa conmigo.

El taxista pareció meditar un segundo.

-¿Usted invita? Mire que ahí las consumiciones son caras.

-Claro, puede beber lo que quiera.

El hombre bajó con ligereza y le abrió la puerta, tendiéndole la mano.

-Por adelantado los cien prometidos. No es que desconfíe de usted, entiéndame, pero ahí dentro puede usted perderse durante horas en algún reservado, y no me puedo permitir estar esperándole; tengo tres niños que alimentar.

-Aquí tiene –le tendió dos billetes de cincuenta con una sonrisa, que el hombre guardó en un bolsillo con la pericia de un ilusionista.

-Amigo, ya que vamos a entrar ahí como colegas, voy a presentarme, mi nombre es Will –le tendió una mano.

-Darrell – le correspondió al saludo. Cuando estrechó aquellos dedos gordezuelos comprobó que, efectivamente, tenía tres niños y era un tipo honesto, fiel a los clientes y a su mujer. Lamentó lo que iba a hacerle esa noche.

Will tocó un discreto timbre situado junto a la puerta, y de inmediato la abrió un tipo vestido de frac, que a pesar de su sonrisa no lograba ocultar en sus ojos un “si armas jaleo te rompo los huesos; y sí, incluido el sacro”.

Ciertamente era un local con estilo. Nada de turbas sudorosas y aullantes. A cincuenta dólares el bourbon –ciento veinte un whisky de malta de veintiún años, pedido por Will-, los clientes buscaban un ambiente exclusivo y, sobre todo, vetado a intrusos.

Una chica rubia de sinuosas y firmes curvas bailaba sobre una luminosa pista elevada, haciendo malabarismos con su propio cuerpo sobre la barra fija. Darrell tuvo que admitir que, para ser mortal, era exquisita. Pero la mirada de Will, con la boca abierta, daba claras pruebas de que hacía mucho que no tenía una belleza así tan cerca.

Dada la cara de su acompañante, absorto y sudoroso, no faltó demasiado para que una pelirroja vestida con un diminuta ropa interior se acercara a ellos. Se presentó como Olga, y su acento denotaba un origen eslavo. Le dio dos besos a ambos, y Darrell supo que se llamaba Anne, era de Oklahoma, y había estado ensayando dos meses para poder simular la nacionalidad rusa. Por lo visto, aquello se vendía mejor que la imagen de una simple prostituta del Medio Oeste.

-¿Me invitáis a una copa?

-Claro –respondió Darrell con una sonrisa. Un Manhattan se llevó otros dos billetes de cincuenta. Miró el fondo de su cartera de reajo y comprobó que sus fondos disminuían alarmantemente -. Una pregunta, Olga... ¿Cuánto un privado?

-Sólo baile, doscientos. Si quieres algo más, quinientos. Media hora, y sin besos.

-Bien, chica –tomó de los hombros a Will y lo colocó frente a ella, mientras ponía en su mano cinco billetes de cien-. Aquí tienes a tu cliente. Haz que piense que ha llegado al paraíso.

-No, no, espera, esto no está bien –se quejó. Pensaba en su mujer y en los quince años que llevaban casados, en la felicidad que compartían a pesar de las estrecheces. Pero cuando ella deslizó sus labios por el cuello, y lo acarició con su cuerpo, toda la resistencia se desmoronó. Mientras se alejaban hacia el reservado, Darrell cayó en la cuenta que ni siquiera había hecho falta inducirlo mediante la sugestión hipnótica.

Salió del local apoyado en el bastón, dirigiéndose hacia la avenida, vistiendo una sonrisa irónica. Cuando levantó la pieza de madera para llamar a un taxi, una brisa fresca le rodeó, llenándole los pulmones. Se sintió un poco mejor –casi podía caminar sin apoyo-, a la vez que lamentó la infidelidad de Will.

Mientras iba camino del hotel donde se alojaba, miró por curiosidad la agenda. Aquél pecado le había reportado la irrisoria cantidad de quinientos dólares. Con resignación, la guardó de nuevo, y supo que tendría que volver a matar.

XXIX

Estaba sentado en una cómoda hamaca, tomando un refrescante pisco souer. A través de las mosquiteras contemplaba las aguas tranquilas de la piscina del hotel y, más allá, los altivos árboles de la selva sobresalir tras los bungalós.

Una precipitada llamada a la puerta interrumpió su meditación. Abrió y se encontró a Medina, el guía que había contratado, luciendo un mostacho canoso con restos de tallarines resecos.

-Señor Bones, el chamán nos está esperando.

El aludido se limitó a colocarse en la cabeza un sombrero de fieltro y marchó con él, en un jeep repintado a brocha, hacia el interior de la selva a través de un sendero embarrado. Nubes de insectos le rodearon, y el guía extendía sin parar sobre su piel un repelente de mosquitos, temeroso de infectarse de dengue. Su acompañante, en cambio, miraba el horizonte imperturbable, con la piel oliendo a añejo, pero sin rastro de protector alguno. A pesar de ello, lucía una piel limpia de picaduras.

El trayecto duró casi dos horas, aunque no recorrieron más de veinte millas, dado lo agreste del terreno. Llegaron ante un pequeño claro, en cuyo centro ardía una fogata, que expulsaba una humareda considerable. Alrededor, las orquídeas crecían lujuriosamente, ofreciendo una imagen onírica.

Medina paró el coche a una distancia prudencial, y ambos bajaron de él, acercándose hacia el indio, que los miraba con los ojos vidriosos. En su mano sujetaba un cuenco lleno de un líquido viscoso de color ocre. A su lado reposaba una botella rellena con dicha sustancia. Detrás de él, una pequeña choza con cubierta de uralita, donde con seguridad guardaba sus utensilios.

-El señor Bones, el chamán Zungaro Huacan –presentó. Ambos se saludaron con una corta inclinación de cabeza, y seguidamente los recién llegados se sentaron en el suelo, frente al brujo.

Zungaro, esquelético y de piel cetrina, tomó con sus sarmentosas manos un manojo de hierbas atadas con una cuerdecitas, e inició un cántico lastimero. Tomó al poco un cigarro toscamente elaborado con hojas frescas y, encendiéndolo, regó de humo el entorno en el que se encontraban sentados para, posteriormente, soplar dentro de la botella, llenándola de un hollín parduzco y espeso. Después vertió algo de líquido en otro cuenco, y lo tendió a su invitado, mientras proseguía su quejosa letanía.

Lo tomó impulsivamente, hasta el fondo, aunque el chamán intentó detener el irreflexivo acto, pues sabía de las consecuencias de una toma tan drástica. Pero Bones,

que había experimentado las más variadas drogas desde hacía seis mil años, no tuvo reparos en que la ayahuasca se apoderara de su organismo.

Según decían desde tiempos inmemoriales, era una planta sagrada. Su ingestión abría las puertas de las tierras de los muertos y los mundos de los dioses. Bien, llevaba siglos tomando sustancias que prometían algo así, para llevarse una decepción tras otra. Así que estaba resignado a resultar frustrado una vez más.

Pasaron unos minutos y la espera, acompañada por la música de fondo de la monocorde letanía del chamán, le producía somnolencia. Contempló las mangas de su camisa, blanca e inmaculada, y la acarició con los dedos suavemente. La sensación cálida al rozar la urdimbre del algodón le hizo comprender que los efectos psicotrópicos de la droga habían comenzado. Sus manos parecieron hundirse en el tejido y atravesarlo sin rasgarlo, integrándose prenda y organismo en una misma entidad.

Zungaro agitaba a su alrededor aquellos ramojos con una mano, mientras con la otra sostenía el enorme cigarro verduoso, medio consumido ya. Sin embargo, parecía moverse a cámara lenta, dejando retazos de él mismo en su trayecto, como si estuviese desmoronándose. A su lado, Medina permanecía hierático mientras su piel se tornaba cenicienta y caía al suelo, mostrando sus tejidos internos.

Bones se levantó lentamente, mientras la tierra temblaba a su alrededor, abriéndose grietas en el terreno, y cambiando este a su vez, cayendo la vegetación a los abismos que se cernían sobre él. Una desierta planicie sustituyó a la selva, mientras el chamán seguía cantando a su lado, postrado ante la hoguera.

Intentó caminar hacia el horizonte, allá donde altas y áridas montañas dominaban aquel mundo sobrenatural, pero topó con una muralla invisible. La tanteó con las palmas de sus manos, buscando un posible umbral, pero permanecía impenetrable.

Aquél era el desierto de Dandain, allá donde los dioses desterraron a la temible criatura llamada Behemot, nacida del Caos Primordial. Según contaban ciertas leyendas, guardaba en su interior todo el mal que se ha generado desde el Principio de Los Tiempos, más no sólo de lo que conocemos como Creación, sino de todos los comienzos que hubo anteriormente, y de cuyos finales sucesivos aquella bestia fue la causante.

Entonces lo vio aparecer, cruzando las montañas. Y su tamaño era tal que en unas zancadas las había superado. Izó su cuerpo, colérico y desafiante, y tronó hacia los cielos, amenazando a los dioses que le habían desterrado allí, donde no había almas que corromper.

Bones admiró aterrorizado el volumen de la bestia, sus gruesas patas, su cuerpo acorazado, y donde debía haber una cabeza no ostentaba más que pseudópodos que se movían enloquecidos cruzando el aire, acompañados por una miríada de ojos cuya malignidad a duras penas pudo soportar incluso alguien tan siniestro como él.

Su mente divagó con la posibilidad de liberarlo de su cautiverio, que extendiera de nuevo su dominio sobre el cosmos y lo hundiera en una vorágine de confusión y pecado, y que los mismos dioses que traicionaron a una criatura tan prodigiosa, se postraran ante la figura colosal de ésta y de Bones, su profeta.

Intentó atraerlo hacia él, pero el titán lo ignoró. Pasó a su lado, en lo que pareció una eternidad, tal era su tamaño. Entonces, confundido por su situación entre dos mundos, embriagados sus sentidos por la ayahuasca, tomó la decisión de atraerlo con un remedio drástico.

Localizó a Medina, a pocos metros de él. Tal y como lo veía ahora, dada su intoxicación lisérgica, era un puro esqueleto blanquecino que lo observaba con una aterradora luz desde sus cuencas vacías. Extendió su brazo a través de la distancia que los separaba, de una manera que le hubiera resultado ardua si no estuviera su mente liberada por las drogas, pues tuvo que alargarlo varios metros, y le arrancó la cabeza. Un líquido escarlata salpicó los alrededores, desprendiendo un olor a muerte.

Zungaro, afectado igualmente por la planta sagrada, dudó en un principio de sus sentidos. Ese instante fue suficiente para que corriera la misma suerte que el guía. Bones tomó ambos cráneos, y los sostuvo ante sí, mientras la sangre regaba la frontera entre Dandain y este universo.

La bestia frenó su marcha y levantó una polvareda que bien hubiera parecido una tormenta de arena. Sus pseudópodos se agitaron inquietos, de un lado a otro, alcanzando una longitud de varias millas. Por fin se acercaron hasta el origen de su búsqueda, e intentaron cruzar la muralla invisible en pos de la sangre que tanto le atraía. Pero sus intentos fueron vanos, y se estrellaron contra aquél muro intraspasable.

Lo intentó una y otra vez, golpeando con sus apéndices aquella pared, y por un momento pareció que iba a tener éxito, pues una porción de aquellos tentáculos inundó la selva, rozando al mismo Bones. Un olor nauseabundo se extendió por la zona, llevando consigo muerte y pecado, una locura atávica perteneciente a otra era, cuando la maldad pura se enseñoreaba del Caos primordial que existió antes del tiempo.

Pero no volvió a repetirse aquella intrusión. La sangre se secaba y la maldad de la selva era inocua en su naturaleza, así que la bestia, tras un instante de duda, prosiguió su marcha a través de la estéril llanura que le rodeaba. Bones gritó y golpeó el muro, pero el ruido que producía nunca llegó a traspasar esta dimensión.

Decepcionado, arrojó los cráneos despectivamente. Contempló sus manos, manchadas de una sustancia espesa que perdía sus propiedades con rapidez, y supo que necesitaba una carnaza más poderosa, un señuelo que hiciera al Behemot arremeter contra el muro y derribarlo, penetrando en nuestra realidad.

Actuó sobre su organismo y removió la droga de su sistema nervioso, al no serle ya de utilidad. Buscó en la choza del chamán, y encontró unas latas herméticas que contenían diversas plantas, entre ellas la ayahuasca. Las guardó en una mochila que Medina llevaba en el jeep, con algunas provisiones, ya que serían casi imposibles de conseguir en su ciudad.

Y entonces, con su mente funcionando a pleno rendimiento, lo supo. Había un lugar corrupto, donde los hombres pecaban continuamente y tomaban decisiones que condenaban a millones a la más triste penuria, si no a la propia muerte, un lugar donde la corrupción reinaba a sus anchas, y la bestia se sentiría irreversiblemente atraída por la execración que reinaba entre sus habitantes.

Nueva York sería irresistible para el Behemot.

XXX

Darrell contempló la casa junto al lago, envuelta en la bruma de los sueños. A medida que se acercaba a ella, el ladrillo visto de la fachada semejaba una enorme cortina de sangre, que amenazaba con extenderse sobre los verdes campos que lo rodeaban.

Las puertas estaban abiertas, y el interior expelía un hedor que profetizaba lo que encontraría allí. Sus pies se negaban a moverse, no le respondía el cuerpo, sus ojos deseaban mirar a otro lugar pero le era imposible.

Entonces salió aquella cosa, con sus alas membranosas, su rostro fiero y dentado, y aquella cola serpenteante. Y detrás de él, entre las sombras, se arrastraban los cuerpos desnudos de Kate y Amy.

Despertó con un grito mudo, paralizada su garganta. Encontrarse en su habitación, entre las desangeladas sábanas de hotel, no le tranquilizó. Sabía que sus amigas estaban en peligro, y aquél ser simbolizaba una amenaza cierta.

Se contempló en el espejo del baño, y comprobó con alivio que la ilusión de Farida aún continuaba siendo efectiva. Se duchó y vistió con su mejor traje, primorosamente planchado. Limpió los zapatos con esmero y se ajustó una corbata de seda. Salió de la habitación dispuesto a tomar un desayuno sustancioso; el día sería largo.

Dos horas después, Nathaniel Crawford y su abogado bajaron de un lujoso deportivo, frente a un solitario edificio de oficinas en las afueras. El lugar había sufrido las consecuencias de la crisis, y lo que iba a ser un complejo comercial se había quedado en una ruinoso zona urbanizada con farolas oxidadas y calles donde comenzaba a crecer la hierba.

Ambos se miraron confusos.

-No me gusta este lugar, Nathaniel.

-Me imagino que no querrá ojos extraños observando. Después de todo, me parece bien. Sígueme, Cecil –abrió la puerta del vestíbulo con decisión. Un guarda de seguridad estaba sentado tras un mostrador, con cara de aburrimiento, y se dirigió a ellos.

-¿Dónde van, caballeros? –les preguntó solícito, esbozando una media sonrisa.

-Tengo cita con el señor Darrell Kirtley y su abogado. Me comentó que en recepción me indicarían dónde dirigirme.

-Claro que sí, Me comentó esta mañana que esperaba visita. Segundo piso, módulo doscientos once.

Subieron por el ascensor y recorrieron el pasillo hasta el módulo indicado. El silencio era absoluto, y no se cruzaron con nadie. Aquello comenzó a inquietarlos. Cuando llamaron a la puerta, les respondió un desabrido “pasen”. Nada más entrar, encontraron a Darrell sirviéndose un café.

-Vaya, realmente son puntuales. ¿Quieren uno?

Los recién llegados examinaron la oficina sin disimulos. Un par de escritorios y portátiles sobre ellos, un archivador, un expendedor de agua y una mesita sobre la que se encontraba la cafetera.

-¿Me está tomando el pelo? Mi tiempo es muy valioso –respondió Nathaniel de forma poco cortés.

El joven le miró con los ojos abiertos, simulando asombro.

-¿Piensa que esta oficina es una tapadera? Pues claro que sí, me dedico a intermediar sobornos y fraudes, ventas de armas y drogas, ¿Qué esperaba? ¿Un letrero dorado en la puerta que diga “Criminal Corporation”? No, amigo, los negocios se hacen así, en lugares donde nadie pueda vernos. Pero eso ya debe usted saberlo, ¿verdad? Sobre todo por sus negocios en África.

El ejecutivo pareció calmarse aunque su acompañante no dejaba de mirar de un lado a otro, buscando cámaras o micrófonos, sujetando con firmeza un maletín metálico, del que no se separaba.

-¿No es policía, verdad? ¿Ni tiene nada que ver con ellos?

-Puedo asegurarles que no me simpatizan los maderos.

-Diga sólo no. Si están grabando esto, anula su validez si miente.

-Puedo asegurarles que no trabajo para la pasma, ni tengo nada que ver con ella, y por supuesto nadie está grabando nuestra conversación.

-¿Dónde está su abogado?

-Me acaba de llamar. Por lo visto había un atasco en el puente Narrows y va a retrasarse unos minutos. Por favor, insisto ¿Un café?

Mientras lo servía en dos tazas baratas, les miró de reojo. Nathaniel llevaba uno de sus carísimos trajes, pero la calidad del tejido delataba un bulto sospechoso bajo el brazo izquierdo. Sin duda, un arma de buen calibre guardada en su funda sobaquera. Tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír, porque todo se desarrollaba tal y como había planificado.

Cuando estaban a punto de terminar las bebidas, y en medio de un silencio tenso, unos sonoros pasos se escucharon en el pasillo, seguido de una llamada a la puerta.

-Adelante –volvió a invitar el joven, dirigiendo una sonrisa a los asistentes.

Un hombre obeso y sudoroso entró en la habitación, seguido por dos matones que se colocaron a ambos lados de él. Al verlo, el ejecutivo dio un respingo y se levantó de la silla donde descansaba. El abogado simplemente se quedó sin palabras, paralizado, y el maletín cayó de sus manos al suelo, con estrépito.

-Hola, Natahaniel –le saludó el recién llegado-. Me alegro de verte. Pero me extraña que sea aquí, en lugar de en nuestra sede. Eres un socio un tanto hijo de puta, ¿sabes?

-No he hecho nada malo, Warren –le respondió. Se sentía la boca espesa.

-¡Oh, claro que no! Simplemente eres un desleal de mierda, un traidor. Yo te he enseñado todo respecto al negocio, cuando no eras más que un niño de papá venido a menos, y traumatizado por una guerra en Oriente Medio a la que el muy capullo se presentó voluntario. Yo he sido el que te sacó de la mierda, hijo puta, y me lo pagas así –se exaltaba por momentos, y la saliva escapaba de sus labios al gritar.

Darrell se mantenía en un aparte, como espectador de excepción. Había conocido al socio del ejecutivo la tarde anterior. Se las había arreglado para deslizarse hacia él en un exclusivo club de golf, y cuando los presentaron y le estrechó la mano, supo hasta qué punto era negra su alma, mucho más que cualquiera que hubiese conocido antes, si exceptuaba la de Bones. Realmente no apreciaba a Nathaniel, pero se había decidido por él como coadministrador en una de sus empresas –todas salvajemente especuladoras- porque tener por asociado a un ex marine podía hacerle ganar respetabilidad frente a ciertos sectores republicanos. Y cuando éste se ofreció personalmente para viajar a África y hacer “limpiezas” sobre el terreno, le pareció miel sobre hojuelas.

Cuando Darrell le contó sus tratos con el ex militar, al principio se mostró incrédulo. Pero ante la exposición de datos del acuerdo futuro, y la revelación de detalles secretos de sus operaciones en Golden Lands, la indignación del cruel empresario creció de forma paralela a sus ansias homicidas. Fue el joven quién le convenció para que no se tomara aún la justicia por su mano, sino que esperara al día siguiente, cuando tendría lugar la reunión.

-Tiene razón –afirmó entonces Warren-. Sólo por verle la cara pagaría la mitad de mi fortuna.

Y ahora lo tenía frente a él, lívido y con las facciones contraídas. Y lo estaba disfrutando.

-¿Crees que vas a salir de aquí por tus propios pies, Nathaniel? –le previno-. Entrégame tu arma, no soy idiota para suponer que has venido desarmado –Los guardaespaldas que le acompañaban apuntaron a su socio con sus pistolas, y el susodicho tomó su revólver con la punta de los dedos y lo entregó.

-Mira que mierda de abogado te has buscado –señaló a Cecil, que había agachado la cabeza y estaba vomitando en el suelo. Warren le arrebató el arma a uno de los suyos y disparó a bocajarro contra el letrado. Cayó como un peso muerto, con el cuello atravesado por una bala, destrozadas la aorta y la tráquea. Estuvo unos segundos convulsionando, mientras de su boca manaba un pequeño surtidor de sangre, hasta que quedó inerte, con los ojos abiertos por la sorpresa.

Mientras el magnate se regodeaba de su hazaña, el ex marine entró en acción. Sujetó la mano armada de su socio y le obligó a girar, disparando contra los matones. El más próximo a él, que le había entregado su pistola, recibió dos impactos en el pecho. El segundo recibió las heridas en el estómago, pero le dio tiempo a hacer fuego llevado por un instinto de supervivencia o revancha, quién sabe. A tan corta distancia, el proyectil perforó el esternón de su jefe y salió por la espina dorsal de Nathaniel, quién lo tenía sujeto por la espalda. Los cuatro se desplomaron a la vez.

Darrell estaba atónito. Pensaba que el ejecutivo y su abogado morirían, pero ni en sueños esperaba una matanza así. Se sintió lleno de energía, como nunca, y se preguntó si sería capaz de volar si se tiraba desde la ventana, tal era su euforia.

Bajó al vestíbulo y saludó al guarda.

-¿Ha oído los disparos? –le preguntó a éste.

-Sí, tal y como me dijo, me he quedado quietecito.

La quietud había vuelto a apoderarse del lugar. Las oficinas estaban abandonadas desde hacía un año, y no le fue difícil encontrar a alguien que se hiciera pasar por vigilante. En los bajos fondos se aprecian los billetes verdes con tres ceros.

-Vaya arriba y proceda a la limpieza. Nadie debe saber lo que ha ocurrido aquí.

-Claro, como diga. ¿Me llamará para otro trabajo, verdad?

Una idea penetró en la mente del joven. Sería mucho mejor que los descubrieran allí mismo. La escena era tan clara que la policía zanjaría la investigación, sin sospechar una influencia externa.

-Oiga...venga un momento –le dijo a falso vigilante. Se acercó a él, mirándolo a los ojos-. Arriba hay cuatro muertos y tres armas. No me gusta que haya cuatro muertos, ¿es un número feo, no le parece?

-Muy feo, sí –su voz era titubeante.

-Entonces hagamos que haya cinco. ¿Sabe cómo hacer que los haya? –el tipo asintió-. Entonces hágalo. Utilice el revólver que hay sobre la mesa. Se sentirá bien cuando coloque el cañón dentro de su boca, y apriete el gatillo. Entonces llegará la paz. Vaya y consígala, creo que le hace falta a su vida. Esos golpes que propina a su novia deben de fastidiarle los nudillos, ¿verdad? Y cuando robó los ahorros a sus padres, ¿Qué esfuerzo, eh? Nadie comprende todo lo que trabaja. Realmente se merece un descanso. Vamos, ¿A qué espera? –cuando se alejó de él hacia el ascensor, caminando de forma mecánica, Darrell abandonó el edificio.

Como siempre, la agenda apareció en su bolsillo en cuanto pensó en ella. La abrió y comprobó que su saldo había aumentado en doscientos veinte mil dólares. La cifra le mareó un instante, lo suficiente para pensar automáticamente en nuevos negocios. Evidentemente, un plan elaborado merecía la pena. Y aquél tipo de gente pasaría a ser su objetivo, en cuanto hubiera acabado las cuentas pendientes.

Abrió su coche de alquiler, estacionado en el parking, y mientras accionaba el contacto un disparo retumbó en el aire. Después, silencio.

Sin inmutarse, pisó el acelerador y se puso en marcha hacia Nueva York. Ya era hora de ir zanjando algunos asuntos.

XXXI

Farida abrió una vitrina y cambió el orden de exposición de las geodas. Cuando se aburría, se dedicaba a redecorar la tienda, buscando siempre que diera una sensación diferente a los clientes habituales. La puerta tintineó y se volvió automáticamente con una sonrisa, que se hizo aún mayor al comprobar que era Darrell.

-Me alegro de verte –afirmó, tomándolo de las manos-. Veo que mi ilusión sigue intacta. ¿Te has dado cuenta que soy muy buena con lo que hago, verdad?

-Nunca lo dudé. Te debo una y muy grande. Y ahora, para seguir pidiéndote favores... ¿Puedes quitarme esta cara de nazi? De un momento a otro voy a comenzar a desfilar con el brazo en alto...

Ella hizo un leve gesto con la mano y volvió a aparecer el rostro de su amigo...es decir, el rostro que había elegido. Piel olivácea, cabello ondulado, facciones delicadas. La joven rió al contemplarlo.

-¿Cuál es tu verdadero rostro? –le preguntó-. El que tenías siendo mortal, antes de que te convirtieras en un demonio.

-No te gustaría.

-Prueba.

Recordó cómo era hace unos meses, y se convirtió en un tipo escurrido, cuyo rostro mostraba unos ojos apagados y una nariz aguileña, unos labios excesivamente delgados, unos pómulos marcados y una barbilla afilada. Enrojeció al mostrarse tal y como era.

-Ya ves, nada del otro mundo –le comentó a la chica.

Ella lo miró con los ojos brillantes.

-Cierto, alguien perfectamente normal, tal vez demasiado... ¿Sabes cuánto tiempo hace que no beso a un tipo así?

Antes de que pudiera responder, sintió sus labios sobre los suyos, la calidez de su lengua, su paladar, que sabía a clavo y menta, y se sintió el hombre más afortunado sobre la tierra.

Entonces timbró el móvil.

Farida se apartó, ante la insistencia de la llamada, que no cesaba, y le dijo riendo que lo cogiera. Pero vio el nombre que apareció en la pantalla, y su sonrisa se heló.

Nancy, se leía en mayúsculas.

-Te dejo a solas para que hables mejor –dijo con un gruñido, para internarse en el almacén.

-Hola, Nancy –saludó Darrell, contestando, azorado-. No esperaba oírte.

-¿Hola, señor River? –Respondió ella con ironía inocente-. Recordé hoy que te debía una comida... ¿Qué tal un almuerzo? ¿Podrás venir?

De alguna manera, la voz era tan atrayente, tan dulce...

-Claro, dime dónde.

-En Blookyn, te espero en el cruce de la veinte con la quinta en una hora.

-Allí estaré.

- Ven con hambre...Ciao.

Guardó el móvil en su bolsillo y se dirigió hacia el almacén. Una voz agria salió de allí.

-Será mejor que no entres. Y vete ya, o llegarás tarde a tu cita con Nancy –pronunció el nombre con la voz helada.

Aunque la experiencia de Darrell con las mujeres era escasa, sabía que no era el momento de intentar explicar quién era. Sólo conseguiría empezar una discusión que no llevaría a ningún sitio.

-Quiero que sepas algo –irrumpió Farida en la tienda, dejando su refugio-. Maté a dos shaitanes por ti.

El joven se quedó helado con el pomo de la puerta en la mano. Ella volvió a desaparecer, cerrando la puerta del almacén con fuerza. Ahora sí que no entendía nada.

Sacudió la cabeza y salió a la calle. Como era temprano aún, decidió andar un poco para tomar un taxi después. Cuando se bajó de él, a la una en punto, Nancy estaba esperándolo donde había dicho.

-Vaya, eres realmente puntual.

-No se hace esperar a una señorita. Y más si va a invitar a almorzar.

Lo tomó del brazo, sonriente, y le guió entre las calles, hasta dar con un local modesto, rematado con un rótulo discreto donde se leía “comedor social de Santa Margarita”. Darrell frenó en seco, boquiabierto.

-Ey, espera, si estás mal de dinero invito yo en otro sitio.

Nancy lo empujó dentro del local, riendo. En el interior, casi medio centenar de personas guardaban cola delante del bufet, o daban buena cuenta de sus almuerzos sentados frente a modestas mesas alargadas. Tomándolo de la mano, lo llevó hasta los mostradores donde se servía la comida.

Una mujer de mediana edad, de aspecto cansado y sudoroso, les tendió un par de batas y delantales.

-Toma, Nancy, para ti y tu amigo. Hoy tengo que irme antes, mi ex trae a los niños en media hora –al pasar junto a Darrell lo miró y le dio un suave pellizco en la mejilla-. Vaya, que voluntario más guapo has traído hoy.

Cuando tuvo un cazo entre las manos y comenzó a repartir sopa, asimiló la extraña broma que le había gastado la joven abogada. Ante él pasó un centenar de personas, de variada condición, sin techos, familias enteras que habían perdido el trabajo y los cheques de la seguridad social habían dejado de llegar, gentes de clase media a los que ahora sólo les llegaba para la hipoteca... después de todo, se dijo, la vida de mierda que había llevado como mortal, era compartida por más gente de la que creía.

Repartió comida, limpió bandejas, acarreó cajas isotérmicas, tiró la basura, ordenó las filas en el comedor, apaciguó un par de tumultos, y al cabo de un par de horas estaba agotado y con un estómago vacío y maltratado.

Cuando no quedó nadie, Nancy le quitó con delicadeza la bata y el delantal.

-Ahora nos toca a nosotros.

Tomó dos bandejas y las llenó con sopa y pastel de carne. Le tendió una a su invitado.

-¿Nos sentamos? Si quieres acompañarme, claro.

-No tengo más remedio. Creo que caería desfallecido antes de llegar al restaurante más próximo.

La sopa tenía poca sustancia, pero tuvo que reconocer que el pastel estaba en su punto. Cuando terminaron, Nancy dejó dos tazas de humeante café en la mesa.

-Desgraciadamente no es expreso. Utilizamos una cafetera de cinco litros, y el café no es bueno, pero ayuda a bajar la comida –se disculpó la chica.

-No te preocupes...pero esta te la guardo –admitió sonriendo-. ¿Vienes mucho por aquí?

-Tres días a la semana. Mi trabajo no me deja más tiempo.

-Perdona que te lo diga, pero por si no lo sabías, tu vida social deja bastante que desear.

-Disfruto con lo que hago –sonrió-. Saber que ayudo al mundo de alguna manera me hace sentirme mejor.

-¿También te encargas de recaudar las donaciones?

-Básicamente este local se financia con mi sueldo –confesó, y Darrell casi escupe el café que estaba tomando en ese instante-. Gano unos cincuenta mil al año, y los empleo aquí. También cuento con la ayuda de voluntarios y, bueno, algunas gestiones que tuve que hacer para que el alquiler del local fuera económico.

-¿Y vives del aire?

-El señor Mastema cubre mis necesidades de una forma, a veces, harto espléndida. Pero siempre se ha negado a colaborar económicamente con este lugar. Eso me desconcierta. Tiene muchísimo dinero, pero nunca le he visto un gesto hacia la humanidad. Pero, para ser justos, un departamento de su empresa, del que me ocupo yo, se dedica a pleitos sociales, y los honorarios suelen ser gratuitos o una pequeña comisión de la indemnización, si es sustanciosa. Aunque creo que lo hace de cara a la galería, para recibir palmaditas del alcalde y el gobernador.

-¿Y cuándo creó ese departamento?

-Cuando me gradué. Pensaba ir a Londres, a trabajar con Amnistía Internacional, pero me presentó este proyecto y decidí aceptar el desafío. Y la verdad es que no me arrepiento. He logrado ganar casos realmente difíciles, y ayudar a personas que de otro modo hubieran estado desamparadas.

“Te quiere a su lado”, concluyó Darrell. ¿Quién era aquél individuo? Cuando estrechó su mano, se había mantenido opaco a sus intentos de captar sus recuerdos, y aquellos ojos le sobresaltaron. No era un demonio como él, pero sí algún tipo de ente sobrenatural.

-¿Sabes? Me gusta lo que haces. Creo que debería contribuir con una donación.

-¡Oh! –ella se ruborizó-. Por favor, no te sientas obligado, mi intención al traerte aquí era compartir esto contigo, que supieras algo más de mí.

-Ya lo sé. Pero de verdad me lo puedo permitir ahora. Claro que tardaré unos días en tener efectivo –recordó su agenda, y pensó dónde iba a cambiar aquél dinero.

-Mira, hagamos algo –se levantó y recogió las tazas-. Vamos a tomar una copa fuera de aquí. Y no te preocupes si reconsideras tu aportación. Recuerda que soy yo quién está en deuda contigo.

Salieron del local y se encontraron una lujosa limusina parada en la puerta. De él bajó un hombre pulcramente enchaquetado; era Mastema.

-Buenos días, Nancy –saludó, sin mirar a Darrell-. Te estaba buscando y me han dicho que estabas aquí. Hay novedades en el caso Fadrielli. Los demandados han fijado una reunión esta misma tarde con nosotros. Quieren llegar a un acuerdo y fijar una indemnización para no ir a juicio.

La joven sólo pudo mirar a Darrell y poner una sonrisa de compromiso.

-Lo siento. Realmente es algo urgente.

-Lo comprendo, de veras. Queda pendiente esa copa.

Mastema abrió la puerta del vehículo a Nancy y ella entró con resignación. Inmediatamente la cerró de un portazo y el chófer inició la marcha, sin esperar a su jefe. Éste se volvió con una falsa sonrisa hacia Darrell y le tomó del brazo con fuerza.

-Chico, tú y yo vamos a tener una charla –su voz era gélida.

-Mire, señor...

-No –le cortó-. Nuestra conversación se limitará a lo que voy a decirte. No quiero un jodido demonio cerca de Nancy. Ni a cien millas de distancia. ¿Lo captas? Y ahora tú dices “lo he comprendido”, te marchas por dónde has venido y nunca más vuelves a verla.

-Creo que no va a pasar así, señor.

-¿No? ¿Te atreves a oponerte a mí? ¿Sabes quién soy? –mientras preguntaba, lo iba acorralando contra la pared.

-Señor, usted es el jefe de Nancy, y no quisiera hacerle daño. Le ruego deje de gritarme o tendré que tomar otras medidas –hablaba en susurros, intentando dar apariencia de seguridad, aunque en su interior comenzaba a sentir pánico. Palpaba el poder creciente de aquél hombre, un aura que amenazaba su propia existencia.

Sucedió en un segundo. El abogado lo sujetó por la camisa y se elevó con él por los aires, más y más hacia arriba. Darrell gritó llevado por el pánico, hasta que dejaron atrás las nubes y perdió de vista la tierra.

-¿Qué medidas vas a tomar, chico? –Le preguntó Mastema-. ¿Sabes lo que vas a sentir cuando te deje caer? Dolor, mucho dolor, y después irás derechito al infierno, de donde nunca volverás a salir.

Supo que hablaba en serio. Y cuando lo soltara, su cuerpo quedaría tan deteriorado que su alma escaparía, internándose en las profundidades.

Jugó su última baza. Se aferró con una mano a las muñecas de su captor y le transmitió sus recuerdos. A medida que los fue absorbiendo, el rostro de Mastema cambió de

expresión, de la ferocidad a la incredulidad. Pareció calmarse, y fue descendiendo lentamente, aunque sin dejar de mirarlo con aquellos ojos como brasas.

Se posaron sobre una colina boscosa en Rhode Island. Darrell se derrumbó en el suelo, con la respiración agitada, intentando calmarse, y siguiendo con la vista a su captor, que daba vueltas en su torno. Con pavor, advirtió que, mientras andaba, sus pies no rozaban la tierra.

-Has ido al infierno y has vuelto. Eso es imposible...nadie pude hacer algo así...salvo Uriel, claro, él sí...pero ninguno más.

Contempló a su cautivo, reflexionando. Adoptó una actitud contemplativa y apoyó su barbilla en la mano derecha.

-Te salvan varias circunstancias. La anterior es una de ella, pero también que tu salvamento de Nancy fue un acto altruista. Si te soy sincero, pensé que era un plan urdido para acercarte a ella y tomarla desprevenida, secuestrarla, no sé. Me consta que los demonios la siguen, y dudo de que sean buenas sus intenciones. Claro que es normal porque... –en ese momento cortó su perorata, como si temiera desvelar demasiado-. Tampoco has actuado contra las normas, aunque ya te confieso que algo anda mal, algo ha tenido que torcerse para que puedas ir al mismo infierno y retornar. Y después está el hecho de matar a un shaitan sólo con tus manos...es algo complicado incluso para un Antiguo. Y el hecho de que no pueda captar tus recuerdos a no ser que tú lo desees. Todo muy desconcertante. Pero por encima de todo, está tu mentor...

-¿El señor Bones?

-Sí. Debí matarlo cuando tuve ocasión.

XXXII

Enerech contempló atónito la fuga de Gandrel, que se marchó a la carrera sin mirar atrás. Recogió las tablillas que había dejado caer su compañero y las volvió a apilar en el montón, con mimo; aquella era su obra, algo que nadie se había atrevido jamás a llevar a cabo.

Salió del cuarto de escribas y anduvo por un oscuro pasillo hasta el fondo de la casa, dejando atrás la orgía del salón. Apartó unas coloridas cortinas y entró en una estancia tenebrosa, cuyo único mobiliario era un catre y una jarra de cerámica con vino especiado.

El olor a cáñamo y laúdano era allí más pronunciado, pues los quemadores del cubículo esparcían la esencia en un espacio muy reducido. Una adolescente se levantó del lecho y lo miró con los ojos adormilados.

-Entra y siéntate a mi lado –le pidió la chica, con una sonrisa.

Su nombre era Thami, la hija mayor del difunto gobernador. Se había convertido en una de sus amantes, semanas atrás, y había asimilado todos los vicios que Enerech le había enseñado en ese tiempo, demostrando ser una alumna obediente y entusiasta. Habían sido tantos los pecados que había acumulado desde entonces, que se había convertido en su favorita.

La besó y sintió la juventud de la antaño doncella, la niñez que acababa de abandonarla por una puerta y las ansias de saber que habían entrado en su lugar. Ella también había sido convertida, y su contrato ocupaba un lugar en aquel montón de tablillas. Había sido su primera discípula en aquella casa, y había arrastrado a los demás al oscuro manto del mal, aunque ninguno había disfrutado del privilegio que ostentaba ella.

Thami se dispuso en su regazo, moviendo su cintura, llevada por el deseo. Era esclava de los placeres de la carne, de los más negros deseos que podía anhelar un alma humana. ¿Acaso no había sido ella la que sedujo a todos los miembros de su casa? Aquello había sido muy placentero para Enerech, que disfrutó de aquella corrupción como testigo privilegiado. Ni siquiera el suicidio del gobernador había interrumpido los continuos excesos que allí se vivían.

Mientras fornicaban, unieron sus tejidos, sus órganos, formando un ente protoplasmático blasfemo, una argamasa de células en ebullición que desafiaba los cánones biológicos. Entonces oyeron los gritos provenientes de las calles.

Separaron sus organismos y volvieron a la forma humana. Enerech salió al pasillo y miró por un ventanuco al exterior, contemplando alarmado a los suyos corriendo de un

lado a otro, llevados por el pánico. De vez en cuando, alguno caía al suelo con el rostro amoratado, mientras una fina línea se marcaba en su cuello, hasta que finalmente yacía exánime sobre el polvo.

Como si fuera un fantasma, el contorno del causante de aquella masacre apareció pausadamente, recortando primero su silueta, para después desvelarse ante los ojos de Enerech con todo detalle; extremadamente delgado, encorvada su espalda como la de un anciano cantero, la piel lucía apergaminada y enferma, y su rostro era cadavérico. Portaba entre sus manos una fina cuerda, de la cual se valía para asfixiar con experta pericia a todo aquél que encontraba en su camino.

Furioso, el sumerio ordenó a la chica esconderse bajo el catre, y salió con premura al exterior. Fuera quien fuera, tendrían que responder ante él de sus actos. Nadie echaría a perder su trabajo de los últimos meses, su apuesta mesiánica por llevar al hombre a una escala inferior a la de los animales.

Ya en la calle, se dirigió con rapidez hacia él. Aquel ser lo miraba con los ojos abiertos, sin rastro alguno de temor, más bien parecía envuelto en un aura de tristeza infinita. Cuando sus manos iban a asirlo por el torso, algo lo golpeó en las costillas y después en la mandíbula. Fue tal la energía del ataque que literalmente voló en el aire y cayó en una pila de muertos en descomposición.

Se levantó dolorido, manchada su túnica por los fluidos que expelían aquellos despojos, impregnado por el olor que emanaban. Entonces los vio a su alrededor, pues sus ojos ahora podía distinguirlos. Eran media docena de hombres altos, casi el doble de lo acostumbrado, de rostros graves y orgullosos, con ojos rojos como brasas, y todos portaban una espada llameante. Uno de ellos se adelantó hacia él, blandiendo el arma, y exhaló un grito escalofriante.

Retrocedió y tropezó con uno de los cuerpos que le rodeaban. Supo que si no hacía algo rápido, su alma iría a las planicies sombrías del Sheol.

-¿Por qué? –gritó tan alto como pudo, y su grito retumbó entre los edificios de la desolada ciudad.

Por algún motivo, su desesperado recurso tuvo el efecto que esperaba. Aquél ente cesó en su avance y lo miró con curiosidad. De su espalda surgieron unas alas inmensas, y al desplegarlas ocultó la luz del sol, de tal manera que las sombras cubrieron la faz de Enerech.

-¿Por qué? –replicó su atacante. Su voz era como el trueno y sus tímpanos vibraron envueltos en dolor-. ¿Te atreves a preguntarlo? ¿Acaso no has desafiado todas las reglas de la naturaleza? ¿No has intentado, en tu insensatez, llevar al caos el orden del

mundo? ¿No has roto todas las condiciones del Armisticio? La muerte será el menor de tus castigos –y alzó de nuevo la llama, dispuesta a descargarla sobre el sumerio.

-Nada sé del Armisticio, no conozco las reglas de las que habláis –replicó mientras su cuerpo temblaba-. Es injusto que hagáis esto conmigo –gritó mientras la llama descendía sobre él.

Una mano detuvo la muñeca del atacante, dejando el resplandor suspendido en el aire, a escasos centímetros de su cuello. Sobresalía en altura y porte de los demás, y le dirigió una mirada curiosa.

-Mi nombre es Mastema y soy la voz que delata a los hombres ante Yahveh. Cuéntame todo. Después juzgaré.

Enerech así lo hizo, relatando con detalle el acuerdo que convino con los demonios y su posterior conversión en una entidad sobrenatural. Narró su labor como profeta de una nueva religión, y cómo fue alienando a la población de Seboím, hasta rendirlos al culto de la desesperación.

Su salvador escuchó con atención, sin que su rostro mostrara la mínima alteración ante los hechos más truculentos. Cuando el reo finalizó su confesión, se levantó y miró a los demás.

-Acompañad a Azrael en la limpieza de la ciudad. Que no quede nadie con vida, ya sea mortal o demonio. Pero a él –señaló a Enerech- no lo toquéis todavía. Yo mismo lo custodiaré mientras finalizáis lo que hemos venido a hacer. Vosotros –señaló a un grupo de seres alados de apariencia infantil, que aguardaban sentados en las cornisas de los edificios-, traed a mi presencia a aquellos que comenzaron este desaguisado con sus juegos contra natura – ordenó, refiriéndose a Gandrel Y Araakis.

El sumerio tuvo que contemplar, impotente, cómo lo que quedaba de su obra era destruida definitivamente. Aquellos seres exterminaban a los demonios recién creados y a los humanos corruptos, que los acompañaban en sus iniquidades. No había lugar donde esconderse, pues entraban en casas y palacios y registraban hasta el rincón más oculto.

Mientras tanto, los ojos del guardián lo contemplaban, inescrutables, a la vez que balanceaba su espada llameante de un lado a otro. Entonces se adelantó unos pasos, hasta llegar donde estaba sentado el prisionero, y le tocó el hombro. Los recuerdos de éste llegaron a su mente.

-No has mentido –afirmó mientras reanudaba su posición de guardia-. Si lo hubieses hecho, yo mismo habría cortado tu cabeza.

-Ah, gracias. Pero siempre sería mejor que la cuerdecita de tu amigo Azrael –replicó irónico.

-No lo creas. Mi compañero hubiera enviado tu alma de inmediato al Sheol, a la nada sombría. Yo habría enterrado tu cabeza en la cumbre de la montaña más alta, mientras tu alma quedaba atrapada en ella para toda la eternidad.

Enerech lo miró asombrado, y su mandíbula hizo un breve tic involuntario. Después se estableció el silencio entre ambos.

Llegó la noche, y transcurrió entre gritos y estertores. En las colinas circundantes una luminosidad crepitante indicaba que las ciudades próximas estaban corriendo una suerte aún más desdichada. Todo esto contemplaba el sumerio, y lloraba en silencio ante la destrucción de sus sueños.

Al alba apareció un grupo de guardianes entre las nubes. Llevaban con ellos a Gandrel y Araakis. Con un gesto despectivo, los soltaron unos metros antes de tomar tierra, y ambos demonios cayeron rodando, entre gritos de sorpresa. Se levantaron y sacudieron el polvo de sus cuerpos con toda la dignidad posible, visto el agravio de su captura.

-¿Y bien? –preguntó Gandrel a Mastema, haciéndose el indignado-. ¿Puedes explicarme qué significa esto? Estábamos tan tranquilos durmiendo junto al lago cuando, sin mediar palabra, nos trajeron tus secuaces hasta aquí por la fuerza –miró a su alrededor, simulando estar horrorizado por la desolación que le rodeaba-. ¿Qué habéis hecho? ¿Habéis decidido exterminar a la humanidad?

El aludido se acercó a él, y su rostro no mostraba la menor expresividad.

-Habéis sido traídos aquí para ser juzgados.

-¿Juzgados? ¿Por qué razón? Aquí los únicos que tienen que ser llevados ante un tribunal sois ustedes. ¿A cuántos habéis matado?

-¡Callate! –gritó, y su faz dejó traslucir la ira que sentía. Gandrel enmudeció, prudente, pues ya había perdido toda esperanza de intentar evitar las responsabilidades que sin duda le pedirían-. Habéis roto todas las normas del Armisticio. Vuestros actos hubieran podido llevar a la extinción de toda la humanidad si no hubiésemos actuado.

Araakis intervino entonces, intentando defenderse.

-Las normas lo dicen claramente, cada parte podrá actuar tal y como lo haga la otra. Vosotros firmasteis un pacto con los hebreos, nosotros lo hemos hecho con Enerech.

-Con la salvedad de que los hebreos son una cultura, al fin y al cabo –rebatía Mastema-. Aunque luchen con los pueblos vecinos, buscan el desarrollo de su civilización, no el

hundimiento de la humanidad. Además, ellos no van pactando con otros pueblos y creando ángeles...vosotros convertisteis a una gran cantidad de adeptos no ya en seguidores de una religión, sino en destructivos entes sobrenaturales.

-Quizás se propasase un poco, he de admitirlo.

-¿Un poco? Asesinaron a diez mil personas en un par de meses, otros tantos perdieron toda razón y cometieron los más viles pecados, y hemos dado caza hasta ahora a unos doscientos demonios desbocados...

-Quiero decir algo –interrumpió Enerech. Todos callaron, mirándolo con irritación. Después de todo, no era más que un neófito recién creado, al contrario que el resto de los presentes, que existían desde el principio de los tiempos-. Nadie me advirtió que existieran unas normas derivadas de un armisticio. No estoy admitiendo con ello que mis compañeros sean culpables, sino que infravaloraron mi potencial. Jamás pensaron que podría llegar donde lo he hecho.

-Lamentablemente tiene razón –corroboró Gandrel-. Si decides ejecutarnos a todos, muchos pensarán que has perdido la objetividad por la que tienes tu cargo.

Mastema se mordió los labios. Tenía razón, Yahveh había llegado a un acuerdo con los hebreos –exactamente igual al que los sumerios habían acordado con sus dioses- sin informar a la parte contraria. Desde entonces, un número creciente de sacerdotes judíos habían emprendido una persecución contra los demonios, exorcizándolos, y habían mandado a algunos de ellos al Sheol.

-Bien, el mal que habéis realizado ya ha sido reparado por nosotros. A partir de ahora se fijaran unas normas, que tendréis que respetar.

-Lleguemos a un acuerdo entonces –sentenció Araakis, que ahora respiraba más tranquilo-. Debatamos tus propuestas y alcancemos un entendimiento.

El ángel se sentó en el suelo, e invitó a sus adversarios a imitarle. Uno de sus compañeros le trajo una tablilla de arcilla y una punta de caña con la que escribir sobre la superficie. Antes de empezar a hacerlo, miró por un instante a sus adversarios, deteniéndose en los ojos de Enerech.

Supo que, en algún momento de la eternidad, el sumerio intentaría cobrarse una cruel venganza sobre él. Durante unos segundos, sopesó la posibilidad de aplastarlo allí mismo, pero se reprobó por tal debilidad, y comenzó a escribir.

XXXIII

El vehículo entró en la estación de autobuses de Cleveland y parte de los viajeros se bajaron, pues habían llegado a su destino. Darrell les siguió con el propósito de estirar las piernas. El viaje desde Nueva York había sido largo, y le desesperaba pensar que aún quedaba otro día de camino hasta Chicago.

Se había decidido por ese medio de transporte porque, aunque tenía un carné de conducir perfectamente falsificado, no sabía hasta qué punto podría pasar desapercibido ante los sistemas de control del aeropuerto. En cambio, al viajar en autobús, la identificación era meramente visual.

Se preguntó cómo estarían Kate y Amy. Esperaba llegar a tiempo de salvarlas de aquél tipo, fuera quién fuera. Pero, aunque se encontraba en la plenitud de sus fuerzas, tenía la intuición de que su captor era demasiado peligroso.

Los altavoces anunciaron la salida de su autobús y se dirigió hacia su asiento. Cuando llegó, observó que la mujer obesa que le amenizaba con sus ronquidos en el trayecto desde Nueva York, había sido sustituida por un tipo de traje gris. Cuando éste se levantó para dejarle pasar hacia su lugar junto a la ventanilla, contempló inquieto que lucía un discreto alzacuellos.

Giró su cabeza hacia la ventanilla y cerró los ojos, simulando dormir. Recordó cómo los sacerdotes coptos destruyeron a Arcadio y supo que tenía que hacer todo lo necesario para ocultar su identidad sobrenatural. Evidentemente los sacerdotes no iban viajando con agua bendita como parte de su equipaje, pero desconocía hasta qué punto sus oraciones podían afectarle. Lo que menos deseaba en aquél momento era ser protagonista de un exorcismo.

Durante las horas siguientes tuvo la sensación de que aquél hombre lo observaba con detenimiento, esperando la mínima ocasión para entablar conversación. El aburrimiento dio paso a la tensión y decidió bajarse en la próxima parada, aunque ello supusiera retrasar unas horas el rescate de sus amigas.

Al amanecer el autobús entró en el andén de South Bend. En cuanto se abrieron las puertas casi saltó por encima del sacerdote y, tras emitir un “disculpe” mientras sus ojos miraban al techo, asió su bolsa de mano del portaequipaje, descendiendo a toda prisa.

Al pasar junto a los restaurantes de la estación su estómago gruñó, protestando. Recordó que no había cenado y, mientras veía reanudar su ruta al transporte donde había llegado, entró en un dunkin donuts. Pidió un sándwich, dos piezas de bollería y un café expreso. Se sentó en una solitaria mesa mientras activaba su móvil para leer las noticias.

Una bandeja repleta de comida se colocó frente a él y un hombre con traje gris y alzacuellos lo miró mientras se sentaba a su lado.

-Parece que nos apeábamos en la misma ciudad –habló con voz pausada mostrando una sonrisa beatífica.

Darrell lo miró pasmado, mientras quedaba a mitad de camino de su boca un cremoso donuts.

-¿También viene usted a South Bend? –acertó a preguntar, mientras se daba cuenta que había perdido el apetito.

-Las labores del ministerio, ya sabe. ¿Es usted católico?

-No, no.

-Oh, ¿evangélico entonces? Disculpe si lo he molestado –hizo un ademán de irse.

Por alguna razón inconsciente, negó con la cabeza. Un instante después se preguntó por qué no le había dejado marchar.

-No, puede quedarse. No tengo inconveniente en que me acompañe en el desayuno. Y soy agnóstico, si quiere saberlo.

-Las personas deben de tener libertad de pensamiento, ¿verdad? Opino que cada uno puede creer en lo que quiera –o no creer, como es su caso- siempre y cuando no haga daño a nadie. Y eso incluye a uno mismo.

-Sabias palabras –corroboró Darrell-. ¿Me permite el azúcar?

Al tomar el frasco, se atrevió a rozarlo con los dedos, como si fuese algo casual. La figura del sacerdote le procuraba un temor reverencial y sólo ahora, acorralado, se atrevía a algo así.

Los retazos de recuerdos que captó fueron nimios comparados con los de otras ocasiones, pero el sacerdote lo arregló ofreciéndole la mano.

-Disculpe, soy un maleducado. Mi nombre es Edward Bujakiewicz.

-Darrell Kirtley, encantado –le estrechó la mano con firmeza y el tacto fue agradable. Supo que desde temprana edad había tenido vocación sacerdotal y era un hombre honesto, dispuesto a servir a su prójimo. Su bisabuelo había sido el primero de su familia en llegar a América, después de la segunda guerra mundial, y lo hizo huyendo de los soviéticos. No le animaba un ideario de libertad, sino el hecho de haber trabajado como carcelero en la prisión de Pawiak, en Varsovia, torturando rebeldes en colaboración con el régimen nazi. Temeroso de las represalias de sus conciudadanos, había tomado a su mujer y una maleta con lo imprescindible –más un buena bolsa,

cuidadosamente oculta en una faltriquera, de piezas dentales de oro extraídos a judíos e insurgentes polacos-, y había emprendido la huida hacia la zona americana. Una vez allí, con documentos falsos, consiguió que lo trasladaran a Nueva York, en la figura de refugiado político.

Tales antecedentes, conocidos por un joven Edward durante su adolescencia, le hicieron aunar a su vocación una amplia tolerancia por el pensamiento humano. El horror de que alguien, por creencias o raza, pudiera ver agraviada su libertad o poner en riesgo su vida, arraigó fuertemente en su alma.

-Quisiera confesarle algo, Darrell –habló de improviso el sacerdote-. Desde que le vi quise hablar con usted. Una voz interior me impelía a hacerlo. No sé la causa, pero fue así. Y cuando observé que se bajaba en la misma estación que yo, me dije “esta es la mía”. ¿Hay algo que quiera decirme? ¿Algún motivo en su existencia por la que pueda necesitar a alguien como yo? Puedo asegurarle que, cualquier cosa que me diga, estará protegida por el secreto confesional.

Lo miró fijamente. En sus recuerdos había contemplado la permanente duda que corroía a aquél hombre de fe, las preguntas que no dejaban de rondarle la mente, las cuestiones que debatía en largos soliloquios en su dormitorio. Dogmas y escrituras eran revisados en soledad, esperando auto convencerse de que Dios existía y él hacía lo correcto en servir bajo sus órdenes. Sin embargo, las imágenes que le había transmitido eran confusas, pues se mezclaban la realidad con delirios religiosos.

-Mire, padre, no tengo problemas conmigo mismo. En cuanto resuelva unos asuntos, podré seguir dedicándome a lo que me gusta. Cosa que, francamente, se reduce a vivir bien. Por otra parte creo que estoy enamorado de una chica y quizás ella sienta algo por mí. Hasta ahí, mi vida es normal y satisfactoria. Pero ahora, ya que me ha dado la confianza, soy yo quién le pregunto a usted si es feliz con la vida que lleva.

El sacerdote asintió, entonado media sonrisa, como si hubiera sido cazado en su propia trampa.

-Estoy satisfecho con mi vida, si se refiere a eso. He estado destinado en zonas humildes y he ayudado a todo el que he podido. Son ciertas dudas las que me consumen, impidiéndome sentirme realizado.

-¿Esas dudas se refieren a la existencia de Dios?

-Sí, es una incertidumbre que me confunde, es un peso en mi quehacer diario. Puedo asegurarle que, si de algún modo descubriese que Dios no existe, seguiría auxiliando al prójimo. Quizás sea pecado de vanidad, no sé. Es por ello por lo que mis superiores me han mandado aquí.

-¿Cómo castigo?

-No, no, ni mucho menos. He de ir a una parroquia de las afueras donde me pondré al servicio del padre Sebastián. De algún modo, ayudarle en su misión podrá hacerme recuperar la fe, según me han dicho.

-Ya –asintió el joven-. Mire, padre, hoy es mi día destinado a las buenas obras. No puedo mostrarle a Dios, pero sí al diablo. ¿Eso le ayudaría?

-Me imagino que sí. El demiurgo demostraría la existencia de Dios, su dualidad. Pero aunque padecemos las obras del Maligno de continuo, es tan difícil verle materializarse como al mismo Altísimo.

Darrell sonrió. Y durante un segundo cambió su rostro, mostrando todo el mal que pudo ser capaz de plasmar sobre la carne. El sacerdote saltó de su asiento, demudado y pálido, mientras se persignaba. Después salió corriendo del lugar, evitando tropezar con algunos clientes, que se quedaron mirando a su joven compañero de mesa, desconcertados.

-Se acaba de enterar que soy mormón –les dijo para justificar la huida de Edward-, y que tengo seis esposas.

Satisfecho por su pequeña travesura, recompuesto su ánimo, tomó la agenda de su bolsillo y la abrió. Cogió la tarjeta de visita que venía con ella y comprobó que había cambiado; ahora mostraba en el encabezado una tienda de antigüedades y una dirección en aquella misma localidad. Decidió pasarse por allí para conseguir efectivo.

Tras comprar un billete para un autobús nocturno hacia Chicago, subió a un taxi y le indicó la dirección de la tarjeta. Dejaron atrás las calles típicas de una ciudad industrial, para adentrarse en bulevares amparados por la sombra de hayas y alcornoques, vestidos ya con los colores del recién estrenado otoño.

Una casa de madera de dos plantas, de estilo colonial y rodeada por un jardín de cuidados setos era su destino. Sobre la entrada, un bonito letrero donde se leía “Antigüedades Bend”, daba la bienvenida a los clientes.

El interior de la tienda olía a humedad. Abarrotada de muebles y cuadros mohosos, parecía realmente descuidada. Un piano con la tapa combada y una gruesa capa de polvo sobre ella ocupaba toda una esquina, y sobre sus teclas se encontraban colocadas varias lámparas de queroseno con la pintura descascarillada.

Una mujer apareció por la puerta. Rubia, en torno a los cuarenta años, vestía un traje ceñido de algodón y un delantal encima de éste. En sus manos llevaba un plumero, tan reluciente que dedujo servía de mera decoración.

-¿Sí? –preguntó ella, haciendo un gesto de extrañeza. Al parecer no esperaba clientes.

Darrell sacó la tarjeta nuevamente y se la enseñó.

-¿Es aquí, verdad? Espero no equivocarme.

Ahora ella sonrió y mostró una dentadura nacarada y perfecta.

-Claro que sí, acompáñeme por aquí –le pidió mientras se quitaba el delantal y lo dejaba descuidadamente sobre una silla.

Ella lo guió a través de estrechos pasillos, igualmente llenos de cachivaches, mientras contoneaba su cintura.

-Realmente llevo unas semanas haciendo inventario. Mi tío abuelo Thomas me dejó la tienda en herencia hace un mes y todavía estoy intentando ponerla en marcha. Recibo pocos clientes, pero intento encontrar lo que buscan.

Llegaron ante un pequeño despacho, donde varios libros lucían abiertos sobre un antiguo secreter. Ella se sentó junto al mueble y tomó una pluma y un abultado libro que utilizaba a modo de catálogo. Al fondo, una puerta abierta dejaba entrever un dormitorio amplio y oscuro, donde una cama con dosel dominaba la estancia.

-Dígame qué desea.

Darrell se sintió desconcertado. En su anterior transacción, el dueño de la casa de cambio lo reconoció de inmediato y supo para qué estaba allí. Sin embargo, aquella mujer, que lo miraba con unos ojos azules y profundos, no era un demonio. Optó por sacar la agenda y la puso sobre la mesa. Su cartera se cayó al suelo y se esparcieron todas las tarjetas de visita que guardaba en ella, conseguidas en el Kings Square. Las recogió con prisas y las dejó junto a la agenda, esperando ordenarlas después de hacer sitio a los billetes.

-Quiero hacer efectiva esta cantidad –comentó, abriendo la agenda.

Ella leyó la cifra y abrió los ojos.

-Vaya, es mucho dinero, sí. Pero me temo que no entiendo. Esto es una tienda, no un banco.

-¿Su tío abuelo no le informó de nada al respecto?

-Me temo que no.

-Bien, siento haberla entretenido –tomó la agenda malhumorado, pero una mano le detuvo, suavemente.

-¿Realmente no quiere tomar nada de este lugar? –su voz era seductora y sus ojos hipnóticos. Había soltado los botones superiores de su vestido y los pechos se dejaban ver, insinuantes. Darrell sintió un extraño vértigo. Intento desasirse de aquella mano, pero la mujer cerró su presa con una fuerza impropia de un ser humano.

-¿No querrás abandonar a Ivy, verdad? –su voz llegaba tan dulce a sus oídos...-. Ven conmigo, déjate llevar

Había perdido toda voluntad. Aquella mujer le había sugestionado de una forma como él era incapaz de hacerlo con un igual. No pudo oponerse mientras lo llevaba a la habitación y lo tumbaba entre sábanas de satén. Le arrancó la camisa y acarició su pecho con sus largas uñas, mientras no apartaba la vista de sus ojos.

-¿Sabes, cariño? Siempre me gusta un buen polvo antes de la cena.

Le quitó los pantalones y se montó sobre él. Darrell intentaba ordenar sus pensamientos, que bailaban en su mente sin orden ni concierto, tomar posesión de su propio cuerpo, pero sus intentos eran infructuosos; Ivy mandaba sobre él, poseyéndolo, disfrutando de un cuerpo demoniaco que respondía por encima de cualquier mortal.

La mujer tuvo un orgasmo intenso y gritó, aulló de placer, sabiendo que nadie en los alrededores podría escucharla. Quedó allí, recta, exhausta y sudorosa, mientras su estómago gruñía por el apetito.

-Encanto, ha sido increíble –le dijo entre susurros-. Es una lástima que tenga tanta hambre, podría seguir todo el día contigo.

Su faz cambió, mutando en una máscara horrible, donde se formaron unas lacerantes fauces que empequeñecía el resto de su semblante. Durante un instante, aquellos ojos azules dejaron de mirarle y recuperó el dominio de su cuerpo.

De poco le valió. Cuando aquellas mandíbulas bajaron hacia su cuello, sólo acertó a interponer su mano, intentando apartarla de su trayectoria. Sintió un dolor agudo y una lluvia de sangre que nubló su vista, evitándole ver cómo Ivy masticaba sus dedos.

El seco golpe de una puerta abriéndose por la fuerza hizo que la mujer desviara la atención de él. Seguidamente, un violento estampido precedió a una lluvia de carne y huesos, regado por un oscuro y nauseabundo líquido, que empapó al joven.

El cuerpo de la mujer había caído al suelo, inmóvil y donde antes estaba su cabeza había ahora un muñón del cuál salía un negro surtidor, mientras que los dos hombres que habían irrumpido en la habitación seguían apuntándola con escopetas de caza. Volvieron a disparar y la figura se convulsionó como un muñeco de trapo. Cuando agotaron la munición, el olor a pólvora y una densa humareda se enseñoreaban de la habitación.

Ambos vestían chalecos y pantalones de caza y estaban armados hasta los dientes. El mayor, de facciones toscas y barba canosa, recargó su arma y apuntó a Darrell. Pero su compañero, bastante más joven, le sujetó el brazo.

-El chico es inocente, déjalo ir.

El tipo le seguía apuntando, tenso y mal encarado.

-¿Seguro que es humano?

El otro dudó un segundo antes de contestar.

-Sí –afirmó el padre Edward. Darrell supo que esa misma noche se confesaría a su compañero y le caería una penitencia de al menos cien Ave Marías - ¿Cómo tienes la mano, chico? Si tardamos un poco más, no hubiera quedado de ti más que los huesos.

Había roto la sábana de satén y envuelto el tejido en torno a la terrible herida. Mala suerte, le hacía falta aquella mano entera y tardaría unos días en sanar. Y mientras, Kate y Amy corrían un gran peligro.

-¿Puedo coger mi agenda y mi cartera? Están sobre un secreter en la siguiente habitación.

-Claro, hijo. Acompáñalo –dijo el tipo adusto a su compañero-, mientras busco dónde ha guardado los restos de sus víctimas.

Ahora las piezas encajaban para Darrell. El tal Thomas, el anterior propietario, debió de caer en manos de esa abominación y, en los días sucesivos, aquella mujer fue devorando a los escasos clientes que se acercaban por allí.

-¿Así que esta era la prueba que le tenía preparada para reafirmar su fe, padre?- le preguntó al sacerdote cuando estuvieron a solas.

Él asintió.

-Carl es un buen cristiano, y mejor inquisidor. Voy a tener que ayudarle durante bastante tiempo, por lo visto, cosa que no me desagrade, tras comprobar a qué amenazas se enfrenta. Y te lo debo a ti. Cuando comenzó a narrarme qué íbamos a hacer esta tarde, vio en mis ojos que le creía a pies juntillas. Eso le gustó y pasé su prueba con nota. Como después me desveló, si hubiese notado incredulidad en mi carácter, me hubiese mandado de vuelta. Y, al fin y al cabo, siempre es bueno estar recomendado por alguien del Santo Oficio.

-¿Ahora se dedican a cazar bestias en lugar de quemar herejes?

-También exorcizamos demonios, chico –amenazó-, así que vamos a dejarlo ahí. Toma tus cosas y vete cuanto antes, no sea que sospeche de lo rápido que ha dejado de sangrar tu herida. Y si preguntas porqué no te he delatado, es porque creo que tu alma, sea como sea dado quién eres, aún no está perdida.

Guardó la agenda en su bolsillo, pero la labor de meter las tarjetas en la cartera le resultó complicada, dado que sólo podía utilizar una mano. El padre Edward le ayudó, haciendo gala de su bondad.

Los ojos del recién nombrado inquisidor se detuvieron en una de ellas y la miró con curiosidad antes de guardarla en la pieza de piel.

-Es curioso, que nombre más extraño para un bufete de abogados –comentó.

-¿Mastema? Bueno, no es un nombre muy común, pero muchas agencias de seguros tienen nombres de ángeles así que, mirándolo bien, no es algo fuera de lo corriente.

-¿Ángeles? No, nada que ver. Mastema es el nombre de uno de los demonios más poderosos que han existido.

En ese momento, Darrell supo que la aventura en que se había embarcado le venía demasiado grande.

XXXIV

El taxi circulaba lentamente por el sendero pedregoso esquivando los profundos baches. Darrell contemplaba absorto la masa forestal que le rodeaba, esperando que se despejara y apareciera el lago Michigan, y con él la casa que era su objetivo. Al igual que la mansión de Rhode Island, había encontrado esta tras horas de búsqueda por internet; allí estaban Kate y Amy, sufriendo una atroz tortura.

Contempló su mano y deshizo el tosco vendaje que la cubría. Sus dedos aún eran simples muñones donde sólo se adivinaba el inicio de la primera falange. Por lo visto, la regeneración de una porción amputada era mucho más lenta que unir huesos rotos o bajar una inflamación. Pensó que, después de todo, era algo lógico.

El sacerdote no había querido desvelarle qué era la bestia que había estado a punto de acabar con su vida, ni siquiera cuando su compañero descubrió en el sótano los huesos de al menos media docena de personas. Estaban roídos para extraer el último resquicio de carne, fragmentados para absorber el tuétano de su interior. Quién había realizado aquella atrocidad era un depredador voraz.

Por toda respuesta, el padre Edward le había dado su tarjeta personal. Otra más que sumar a la colección. Se prometió que en algún momento se compraría un tarjetero.

La casa apareció ante sus ojos y el taxista frenó de forma seca sobre la gravilla, haciendo patinar el auto.

-Aquí le dejo. Son doscientos dólares, lo acordado.

-Aún quedan un buen trecho hasta la puerta.

-Mire amigo –dijo negando con la mano-, he tenido el presentimiento de que no debería acercarme a ese lugar y no lo voy a hacer. Lo siento, pero me pone los vellos de punta.

Darrell le pagó y se bajó del taxi, llevando su bolso de mano apoyado en la espalda. El vehículo giró tan pronto él lo hubo abandonado, emprendiendo el camino de vuelta a una velocidad excesiva para la salud de los amortiguadores.

Se dirigió hacia la entrada con paso precavido. Dos parejas de adolescentes se encontraban allí, sentados frente a la verja, que permanecía cerrada. Pasó frente a ellos sin mirarlos, fijada su mirada en el timbre, que tocó varias veces con impaciencia.

-Señor...-le habló uno de los chicos-. Llevamos aquí media hora esperando y no acude nadie. ¿Sabe si esta dirección es aquí? –y le extendió un folleto publicitario.

Lo leyó con curiosidad; dejaba claro que era un pase privado e intransferible para una rave, donde todo sería gratis. Aunque no lo indicaba, insinuaba que habría servicio de alcohol y drogas a discreción. Contempló a los chicos y tomó una decisión.

-Yo de ustedes me iría de aquí. No creo que haya buena gente en este sitio.

-Me lo estaba temiendo, señor. Da un poco de grima, esa casa junto al lago y tanto silencio...ni los pájaros cantan, ¿verdad? Y la neblina...todo el lago está despejado salvo el embarcadero que hay junto a la orilla. Pero hemos gastado todo el dinero en el transporte y si volvemos, nos espera un fin de semana un poco aburrido.

Abrió la cartera y le tendió dos billetes de cien.

-Marcharos.

El adolescente sonrió y tomó el dinero.

-Gracias señor. ¿Y sabe una cosa? Creo que me está tomando el pelo y ahí se pasa de muerte, pero le voy a hacer caso.

Los vio marcharse, muy ufanos por el regalo inesperado. Justo en ese momento, descubrió un carrito eléctrico que avanzaba hacia él desde la casa. Cuando llegó hasta la verja paró y bajó el conductor, un cincuentón vestido con levita y algo pasado de peso, y la abrió sin preguntar.

-Adelante –le dijo-. Ocupe un asiento y le llevaré hasta la casa. Su Excelencia le está esperando.

-Preferiría ir andando.

-En ese caso tendríamos problemas. ¿No es mejor evitar conflictos y montarse en el coche? Tardaremos sólo un minuto.

Darrell decidió que tenía razón. Después de todo habían aceptado recibirle como un invitado, aunque el hecho de que el ser que vio en sueños supiese con antelación de su llegada le inquietó. Sujetó con fuerza el bolso de mano y se sentó en un asiento trasero.

El vehículo se movió silencioso sobre un camino asfaltado, hasta que llegó al umbral de la mansión. Bajó de éste y miró con atención la puerta de caoba, labrada con suntuosos motivos. Se volvió hacia el conductor, que seguía con las manos aferradas en el volante.

-¿No me acompaña?

-Mi cometido acaba aquí. Sólo me encargo de acercar a los invitados.

“Vaya, así que soy bienvenido, después de todo”, pensó.

-¿Cómo es su jefe? –Preguntó por curiosidad-. ¿Es buen patrón?

-No es mi jefe. Yo pertenezco a la casa, señor. Por favor, no se demore; Su Excelencia le está esperando.

Entró en el edificio con prudencia. Un enorme salón se abría ante él, desierto. Sólo algunos sofás y alfombras lucían sobre un parqué deteriorado.

-Suba, señor Kirthley, le estamos esperando –resonó una voz proveniente del primer piso.

Recorrió las escaleras intentando aparentar firmeza y tranquilidad, pero temblaba en su interior. La voz sonaba despreocupada, autoritaria, y empezaba a sentir que sus temores iban a cumplirse. Aquél no era un simple shaitán con un siglo de vida ni un mero mortal; era alguien mucho más poderoso. Y observando con detenimiento las moquetas y el parqué, veía restos de manchas limpiadas con furia, en un vano intento de ocultar el destino de otros invitados anteriores.

La estancia era tan grande como el salón inferior. En una chimenea crepitaban las llamas, haciendo subir la temperatura del cálido otoño. Al lado de ésta, en un sofá de piel que alguna vez fue blanco, se encontraba sentado Gandrel, desnudo y sonriente, frente a una mesita de cristal sobre la que extendía metanfetamina. Esnifó una enorme cantidad de ella y lo miró con los ojos abiertos, negros como el mal que encerraba.

-¿Quiere una raya, señor Kirthley? Vamos, yo no seré como su vecino. Esto ya es pura mierda de por sí. Me pone a tono, ¿sabe? Después de todo, no puede matarme.

Darrell estaba paralizado por el espectáculo que rodeaba al demonio. Detrás de éste las mujeres serpiente habían sido empaladas y fijadas al suelo, y permanecían vivas mientras se agitaban gimiendo. De unas argollas, aseguradas a las paredes, nacían gruesas cadenas que pendían de los cuellos de Kate y Amy. Las dos le miraron con desesperación.

-¿Le gusta la coreografía que he creado para usted? Ha sido divertido. Sus amigas pusieron algunos remilgos al principio, cuando comenzó mi instrucción, pero se quedaría sorprendido de cómo disfrutaban ahora cada vez que las poseo, cuando las azoto con mi látigo, o les acaricio la piel con un hierro candente. Tendría una erección sólo de oír sus gritos de placer. A mí me pone muy cachondo. Lo cuál ha sido toda una satisfacción; como puede deducir, después de miles de años experimentando las más variadas perversiones, había perdido la esperanza de que alguna situación me pusiera tan caliente. ¡Oh, que desconsiderado soy! –una silla se desplazó sola desde un rincón y se colocó junto al joven-. Siéntese y disfrute del espectáculo.

Darrell así lo hizo. Miró de soslayo a sus amigas, que se removía inquietas en el pequeño espacio que le permitían las cadenas. Después dirigió su vista hacia las mujeres serpientes, que seguían retorciéndose suspirando.

-Espectacular lo que he hecho con ellas, ¿Verdad? Hay que tener bastante experiencia para poder realizarlo y que no mueran de forma instantánea. Lo aprendí hace unos siglos, en los Balcanes. Ya sabe, las guerras con el Imperio Otomano y todo lo que ello trajo consigo de intercambio cultural –soltó una risotada siniestra-. Claro que yo, al contrario que turcos y balcánicos, sí puedo manipular su organismo, para que en lugar de dolor sientan placer. ¿Ha oído hablar de los neuropeptidos? Me temo que no, claro. Bueno, lo que hago es engañar al sistema nervioso y que, en lugar de emitir esas sustancias por las que le he preguntado –que avisan al sujeto que algo va terriblemente mal y son las culpables de la sensación de dolor-, segreguen oleadas de endorfinas. ¿Eso ya le suena más, a que sí? Los milagros de la ciencia popular –volvió a reír-. En suma, algo realmente divertido que mientras estén muriendo sientan un orgasmo tras otro. Mirándolo bien, siempre es mejor irse al infierno mientras tu cuerpo tiembla de gozo.

Hacia cada vez más calor en la estancia. Las llamas de la chimenea aumentaron de tamaño y casi tocaban el cuerpo de Gandrel, que sonreía sin inmutarse. Darrell, en cambio, sentía su cuerpo húmedo, empapado en un sudor pegajoso.

-Me han hablado de usted, señor Kirthley. Sus dos amigas han desvelado sus recuerdos ante mí. Y ciertamente hay cosas que no me encajan. Me temo que, para variar, Bones se ha tenido que saltar alguna regla. Y a mí me cae bien ese tipo. No me gustaría que Los Guardianes lo juzgaran si tuvieran conocimiento de esas faltas.

Lo miró fijamente a los ojos, mientras sus globos oculares se volvían negros como el ónice más oscuro.

-Usted es la única prueba viviente de sus incorrecciones. Por eso tengo que matarlo.

Era el momento que Darrell había esperado. Sacó del bolso de mano una botella traslúcida, abierta y rebosante de líquido, y lo espació desde una distancia prudencial sobre el demonio, que lo miró asombrado. Después, mientras veía el agua resbalar inofensiva sobre su cuerpo, rió con estruendo.

-¿Agua bendita? Ay, amigo, yo nunca llegué a ser un demonio cristiano –rugió mientras se levantaba del sofá y avanzaba a grandes zancadas hacia el joven.

Varias imágenes vinieron a la mente de éste. Su petición al padre Edward para que bendijera la botella de agua mineral que llevaba consigo, la extrañeza de aquél mientras realizaba su deseo, y las torturas del infierno que le esperaban, con suerte en

cuestión de segundos, si Gandrel era indulgente y no actuaba con él como con las mujeres serpientes.

El golpe lo elevó en el aire y le hizo estrellarse contra una pared cercana. Sintió que el cerebro bailaba dentro de su cavidad craneal y no distinguió la mandíbula. Intentó hablar pero comprobó que ésta colgaba inerte, destrozada en fragmentos. Una oleada de dolor le impidió razonar.

Un nuevo golpe dio con él en el suelo. Oía a su agresor gritar palabras sin sentido, incapaz de entender lo que decía, porque sus órganos sensitivos estaban atrofiados por el daño recibido.

“Piensa” –se dijo-, “y hazlo rápido”. Pero una patada en el costado volvió a lanzarlo por los aires.

“Probablemente fuera amigo también de Arcadio –una luz vino a su mente-, y éste conoció a Bones en Seboím. Luego sería factible que estuviese con ellos allí. Y entonces aún quedaban milenios para que existiera el cristianismo” –Un cruel pisotón interrumpió ahora sus reflexiones, y sintió el esternón romperse en dos mientras algunas costillas afloraban al aire rasgando la piel. Sólo su naturaleza infernal hacía que permaneciera vivo, aunque no por mucho tiempo si continuaba el deterioro de su organismo.

Abrió los ojos y con la única mano útil que le quedaba apartó la sangre que le cegaba, contemplando a Gandrel en toda su plenitud, transformado en un ente bestial, con un único cuerno que salía de su frente mientras chasqueaba unas mandíbulas atroces, luciendo una piel carmesí y costrosa, y enormes zarpas en pies y manos.

Darrell se arrastró por el suelo, en lo que parecía ser un lastimoso intento de huida. Su oponente alzó un pié y hundió las picudas uñas entre los omóplatos del joven, desplazándolas después a lo largo de la espalda, dejando profundos surcos sangrientos en su recorrido.

La víctima seguía moviéndose en derredor, exánime, a punto de perder la consciencia, y por un momento Gandrel admiró el instinto de supervivencia de aquél despojo. Fuera como fuera, Bones siempre elegía ejemplares con carácter como discípulos.

Se le ocurrió saltar sobre él y reventarlo de una vez. Después se comería su cerebro y absorbería sus recuerdos. Eso era divertido a veces. Algunas víctimas solían tener vivencias interesantes.

Flexionó las piernas y brincó en dirección a Darrell, para caer un momento después en el mismo lugar donde estaba, sin haber avanzado una pulgada. Incrédulo ante el fenómeno que le había ocurrido, intentó agarrarlo del cuello, pero sus manos chocaron con una muralla invisible. Con pánico creciente, dio la vuelta sobre sí mismo para

contemplar el recorrido que había realizado el joven mientras se arrastraba, en lo que él creía era una torpe huida a ninguna parte.

Dibujado toscamente con su propia sangre, Darrell había trazado una estrella de seis puntas en torno a Gandrel, dejándolo en el centro mismo del también llamado Signo de Salomón. Y aunque estaba elaborado rudimentariamente, el poder de la sangre aumentaba su influencia.

-¡El Tetragrammatón! –rugió el feroz demonio, sabedor de que no podría escapar de aquél lugar hasta que alguien borrara al menos parte de la estrella-. No importa, señor Kirthley, huya donde huya, no podrá escapar de mí.

El joven se arrastró arduamente hasta el sofá, donde se encontraban las llaves que abrían las cadenas de sus amigas.

-¿Quién ha dicho que quiera huir? –respondió al demonio, farfullando, mientras la sangre salía de su boca a cada palabra. Después se acercó a las chicas, liberándolas.

Intentó detener el colapso que sufría su organismo ante tantos daños. Sabía que no moriría por ellos en aquél momento, pero podía desmayarse o entrar en coma. Evidentemente, era algo que no podía permitirse en la situación en la que se encontraba, así que se concentró en su interior.

A través de la neblina que era su visión, distinguió a las chicas acercarse hasta Gandrel y contemplarlo ensimismadas. Por un momento le dominó el pánico, pensando que iban a liberarle. En efecto, así las animaba el demonio, prometiéndoles mil placeres si borraban una sola franja de la estrella.

Amy se dirigió hacia la chimenea, inclinándose. Su cabellera pelirroja se confundió por un momento con el fuego, imprimiéndole el aspecto de una valquiria. Cuando se incorporó, en sus ojos relucía una resolución como nunca antes había visto, sujetando con fuerza en su mano derecha un pesado y grueso atizador.

Golpeó al demonio con él, una y otra vez. Éste gritaba enloquecido, pues sentía penetrar en su carne el metal, y el hierro del que estaba compuesto impedía que cicatrizaran sus heridas, ahondando más en la profundidad de las lesiones. Prisionero de la estrella, se acurrucó en el suelo, mientras recibía los crueles impactos. Cuando Amy se cansó, la sustituyó Kate, con más ánimos si cabe.

Finalmente, sin manos ya con las que protegerse, con la espalda partida en mil trozos, la mulata tuvo vía libre para alzar el atizador y hundirlo en el cráneo de Gandrel, traspasándolo. Éste quedó en silencio, inmóvil, mientras su alma se hundía en las profundidades del infierno, donde su antaño amigo Arcadio estaría esperándolo con ansia.

Darrell estaba sanando los daños de su cuerpo a marchas forzadas, pero aún era incapaz de moverse. Ellas se aproximaron y le acariciaron, compasivas, mientras entonaba una sonrisa.

-Tranquilo, no intentes moverte –le recomendó Amy-. Tu organismo responderá mejor si lo dejas reposar.

Asintió levemente, pues era de lo único que se sentía capacitado.

-¿Podemos hacer algo por ti? –Preguntó Kate-. Has demostrado mucho valor al venir por nosotras. Eso es algo que nunca olvidaremos. Pero la verdad es que has tardado demasiado, desde la noche en que pude entrar en tus sueños. Unos días más y hubiésemos sido esclavas eternas de ese jodido demonio.

-Pro...blemas –musitó el joven, con un hálito de voz.

Amy se levantó y gritó un nombre que no pudo identificar. Al poco apareció el hombre de la levita, que echó un vistazo a la escena, incluida la pulpa sanguinolenta que un día fuera Gandrel, y le pareció distinguir que esbozaba una imperceptible sonrisa al ver los restos del que un día fuera dueño de la mansión.

-Jeremy, ¿Puedes llevar a nuestro amigo hasta una cama? Creo que si mantiene el cuerpo recto será mejor para él.

El aludido la miró imperturbable.

-Por favor –le rogó la pelirroja, poniendo ojos de cordero degollado.

-Está bien, has pronunciado la frase mágica –cedió al fin, tomando al herido con delicadeza entre sus manos, como quien levantara una pluma.

Lo llevó a través del pasillo hasta llegar a una habitación con una cama amplia, cuyo cabecero de madera estaba labrado con motivos infernales, siendo la figura central un enorme cerbero. Después se marchó sin pronunciar palabra, dejándolo con la única compañía de Amy.

-¿Mejor?

-Sí...al menos ahora...siento todos los huesos.

Kate apareció entonces, portando una botella de vodka.

-¿Queréis? Bueno, creo que en tu estado no deberías –soltó una risita mirando a Darrell y bebió a gollete. Después se lo pasó a su amiga, que la imitó -. Por cierto, las mujeres serpientes han muerto. Al parecer, era la magia de Gandrel lo que las mantenía con vida.

-No creas que lo siento. Aún recuerdo cómo ayudaron a su amo a torturarnos.

-¿Crees que Jeremy se encargaría de sacarlas de ahí e incinerarlas?

-Me temo que no.

-¿Ni aunque lo miraras con esos ojitos y lo pidieras por favor? –se burló Amy.

-Ni por esas. Tendremos que hacerlo nosotras, o hacer como Gandrel y sugestionar a los próximos invitados, para que lo hagan ellos.

Darrell escuchaba atónito la conversación. El tono frívolo con el que trataban las muertes de aquellas chicas no era propio de ambas.

-Perdonad... -Rogó, intentando llamar su atención. Ahora sentía que la mandíbula comenzaba a soldarse y podía hablar sin tanto esfuerzo-. Creo que deberíamos salir de aquí cuanto antes.

Ambas lo miraron, aparentando no entender sus palabras.

-¿Irnos? ¿Dejar esta casa? –Preguntó la mulata-. ¿Por qué tendríamos que hacer algo así?

-Porque este lugar está maldito...huele a muerte...a la maldad absoluta.

Amy lo observó, y sus globos oculares estaban más negros que nunca.

-Gandrel nos enseñó más de lo que suponíamos existiera, Darrell. Esta casa es nuestra ahora. Y Jeremy con ella, aunque aún no lo sepa.

Comprendió que había perdido a sus amigas para siempre. Quizás estuviesen allí, cuidando de él, pero ya no eran las mismas. Intentó incorporarse para irse pero todos sus huesos crujieron y un dolor le atenazó, dejándole sin respiración; aún estaba lejos de sanar su cuerpo un mínimo razonable.

-Relájate, muchacho –le tranquilizó Amy-. Aunque ahora no pienses como nosotras, hubo una noche en la que los tres nos lo pasamos muy bien, y somos leales a esos recuerdos. Y, sobre todo, viniste a salvarnos, aún a riesgo de tu propia vida; es algo que no olvidaremos nunca. Además, cuando cures, te acompañaremos en tu viaje de regreso a Nueva York.

-¿Lo haríais? –inquirió incrédulo.

-Por supuesto. Mira, Shagui no era sólo nuestro jefe, sino nuestro amigo. Siempre nos protegió y nos quiso, y honramos su memoria. Por eso te acompañaremos para matar a Bones.

XXXV

El transbordador atracó en el pequeño muelle deportivo de Fisher Island, y el turista contempló con indiferencia el lujo que le rodeaba. Los exclusivos apartamentos, las tiendas del puerto, los paseantes vistiendo la última moda más cara eran los mismos que podía encontrar en otros lugares de la tierra. Sin embargo, su incómodo desplazamiento hasta allí tenía un motivo tan pueril como el que mueve a muchos mortales: una mujer.

Allí estaba esperándole. Una chica de veinte años, con vaqueros cortos y una camiseta de Versache. Los ojos de ésta se iluminaron al verle descender del puente de la embarcación, y corrió hacia él, abrazándolo.

-Bien, ya vale –le dijo, separándola suavemente-. La gente está mirando y alguno sospecha que podría no ser tu padre.

-¿Y qué hay de malo en que tenga un amante como tú?

-¿Por qué aparento treinta años más? ¿Porque tu reputación se echaría a perder y tus vecinos dejarían de pensar que eres una chica inocente?

-Cuando me acuesto con ellos descubren que no lo soy.

-Pero ya los tienes en tus manos, para servir a nuestros fines. En cambio, si piensan que eres una puta más, mantenida por algún ricachón, ese incentivo retorcido desaparece. Y nos conviene que siga siendo como en el pasado, ¿Verdad?

-De acuerdo. Me comportaré como una niña buena, pero sólo hasta que llegemos al bungalow. Acompáñame, es por aquí.

-Sé dónde es -afirmó mientras la seguía.

-No, no lo sabes. Hace veinte años que no vienes por aquí, y hará diez me mudé a uno más espacioso.

-No sé que le ves a Florida. Me parece aburrida.

-Ahora sí lo es. Los setenta fueron excitantes...pero eso ya pasó. Me imagino que me he acostumbrado a vivir aquí...domino el entorno.

Llegaron hasta un recinto cerrado. En la puerta, un guarda de seguridad la saludó al pasar.

-¿Te lo has tirado?

-¿Celoso? –Le miró y negó con la cabeza-. No, eso no sería propio de ti. Me salvaste porque era el último rastro de tu creación, no porque me quisieras – llegaron a un jardín cuyo centro era una amplia piscina. Todo el entorno estaba rodeado por adosados-. Aquél es el mío –señaló uno que parecía el más amplio de todos.

Cuando entraron, él tiró el bolso de mano en un sofá, despreocupadamente, y la contempló con deseo. Ella se desnudó lentamente, mientras reía para sí.

-Quiero tu cuerpo original, Thami –pidió-. Tal y como te conocí.

Ella cambió y se convirtió en una adolescente de piel olivácea, larga melena y pechos incipientes.

-Y yo te quiero como eras cuando me sedujiste.

Bones se desnudó, mientras se convertía en un joven de veinte años, de cuerpo fibroso y mirada siniestra.

Ella lo tomó de la mano con la intención de llevarlo al dormitorio, pero él la arrojó al suelo y sin más preámbulos la poseyó. Thami lo golpeó con fuerza, mientras gritaba y gemía de placer. El sexo fue violento, sin miramientos, abusando de los organismos que investían. Cuando Bones puso sus manos sobre el cuello de la chica, próximo al orgasmo, la espalda de éste no era más que girones de carne ensangrentada. Mientras ambos se aproximaban al paroxismo del placer, ella puso los ojos en blanco, a la vez que contraía los músculos pélvicos y su cuello crujía de forma escalofriante.

Exhausto por el climax, Bones soltó sus manos y Thami pudo volver a respirar. Estaba agotada y sus piernas temblaban, producto del reflujo por la sensación recibida.

-Mierda, que bueno, casi había olvidado lo que era hacerlo contigo –dijo con un susurro de voz, pues la garganta aún estaba irritada.

Él se levantó y fue hacia el mueble bar. Abrió una botella de vodka y le dio un buen trago.

-¿Cuántos quedan de los míos? Los que he convertido personalmente desde entonces.

-¿Siempre pensando en el trabajo? ¿No puedes relajarte un momento? ¿Un día, al menos? Necesito más de ti. Te he echado de menos.

-No hay tiempo. Quizás estén sobre mis pasos. Me estoy arriesgando mucho últimamente. He decidido jugármela de una vez.

Los ojos de ella brillaron.

-¿Lo has encontrado? ¿Has hablado con él?

-Sé como traerlo a este mundo, lo cual es mucho. Y tengo la certeza de lo que hará una vez llegue aquí. Su maldad es superior a todo lo conocido.

-Ah, sí. Te veo feliz, como no lo eras desde Seboím. Los Guardianes serán destruidos, los dioses desterrados, y tú reinaras junto al Behemot sobre la tierra.

-Quizás. Aún hay mucho por hacer. Vuelvo a preguntarte cuántos quedan de los míos. No tengo tiempo de estar en contacto continuamente con ellos, y tu única labor es controlarlos.

Ella se levantó y se dirigió a una habitación. Sobre una mesa se encontraban todos los utensilios necesarios para experimentar cualquier droga existente sobre la tierra. Tomó una bolsa con cristales blancos y los machacó sobre un espejo. Después lo esnifó con ayuda de un tubito de cristal. Echó la cabeza hacia atrás y respiró con fuerza.

-Me ayuda a encontrarlos, ¿Sabes? ¿Quieres un poco?

-Ahora no. Quizás esta noche. Dime, ¿Están todos?

-Mil ciento veintiséis. Pero sigo sin encontrar al último, ese que me comentaste por teléfono.

-¿Darrell Kirtley? Sí, le perdí el rastro e intenté localizarlo, pero fue inútil. Por lo que deduje, se metió en líos demasiado complicados para él. Tenía pensado darle caza cuando regresara a Nueva York, pero se acaba mi tiempo, así que tendré que dejar que sea el mismo Behemot quién lo encuentre. Mira, voy a estar demasiado ocupado en los próximos días, ¿Puedes ponerte en contacto con ellos? Te facilitaré sus direcciones y teléfonos. Los quiero allí dentro de una semana.

-Se hará como deseas.

-Tú vendrás también. Os necesito a todos.

-Claro. Jamás me perdería algo así.

Ahora se quedó callada, seria, como si hubiera recordado un contratiempo.

-¿Ocurre algo?

-Sí –asintió-. ¿Ella está avisada?

Bones cambió el gesto, contrariado.

-No. Esto se hace a sus espaldas. Lo que voy a hacer no pasa por su imaginación, sus intenciones son otras. Creo que se lo tomaría bastante mal.

-¿Sabes por dónde anda ahora?

-Lo último que supe es que andaba por algún lugar de África, dando tumbos, como siempre.

-¿Seguro que no sospecha nada?

Él tomó otro trago de vodka.

-¿Del Behemot? No, ella siempre ha creído que mi intención era volver a traer a su amado a la tierra –hizo con el rostro una caricatura paródica de lo que debía de ser para él algo llamado romanticismo.

Thamia tomó la botella de las manos de Bones y bebió con ansias. Después alzó el recipiente.

-Que se joda la zorra.

-Que se joda –corroboró Bones, riendo-. Y Lucifer también.

XXXVI

Había seguido el curso del río durante semanas, desde su nacimiento en las planicies de Guinea. Ahora su cauce permitía la navegación de barcos de buen calado – cuidadosa por los numerosos meandros que formaba, horadando la selva-, y caminaba animada por la sombras de los ingentes palmerales que crecían en sus orillas.

Era alta y morena. Su cabellera, recogida en numerosas trenzas, danzaba sobre su recta espalda. Los ojos, grandes y negros, miraban constantemente a su alrededor, alertas y expectantes. Las piernas, largas y fuertes, nacían de una cadera estrecha que revelaba que nunca hubiera sido modelo de una diosa de la fertilidad en el Paleolítico. Sin embargo, sus pechos redondos y firmes se mantenían en perfecto equilibrio bajo el vestido que la cubría.

La aldea apareció tras un recodo; una veintena de casas de adobe en torno a una plaza, en la que se encontraban aparcadas una furgoneta oxidada y un par de motocicletas. Un sendero pedregoso conducía a un destartalado embarcadero, en el que jugaban unos niños.

Cruzó el lugar con paso firme, mientras los pobladores salían de sus casas para admirarla. Un murmullo sordo le acompañó en su camino, que aumentó cuando se deshizo del polvoriento vestido arrojándolo al suelo, internándose en el río para despojarse de la suciedad que la envolvía.

Cuando salió del agua, con el sol reflejándose sobre las cristalinas gotas que mojaban su piel, el centenar de habitantes del lugar se encontraba allí, mirándola con admiración. Entonces comprendieron y se arrodillaron ante la mujer.

Pasó junto a ellos, empapada y con el cabello ensortijado por la humedad. Entró en una de las casas, limpia y diáfana, y se sentó sobre un catre que olía a heno. Cuando llegó el primero, un joven fibroso de ojos limpios, lo recibió con una sonrisa, dejándole espacio a su lado.

Al rato, ese mismo joven salió a la plaza, con los ojos iluminados y una sonrisa en los labios. Se sentó allí, en la tierra, y esperó. Su primo, diez años mayor, fue el siguiente en entrar en la casa. Al atardecer, un semicírculo formado por aldeanos montaba guardia allí, esperando a su diosa. Las mujeres, conscientes del hecho que estaban viviendo, aguardaban al fondo, expectantes. Los ancianos, excluidos junto a los niños, seguían en el muelle.

Con las primeras estrellas, la mujer alta salió de la casa. Miró al pueblo, cuyos ojos estaban fijos en ella y temblaban por la emoción, y se dispuso a hablarles.

-Yo soy Lilith, la Diosa del Viento, aquella que trae el conocimiento y la libertad. Sentaros conmigo y contemplad las estrellas. Dejad que vuestros espíritus se eleven y se unan con el Principio de Todo. Romped las ataduras, vuestra cortedad de miras, y uniros a mí en pensamiento y obra. Dejad que os muestre aquello que ocurrió y lo que está por venir.

La imagen de una arcadia feliz apareció ante ellos, como un sueño. Remembranzas de un lugar en aquél continente, cien mil años atrás, cuando los hombres seguían a Dioses poderosos, que coexistían con ellos.

Hacia pocas generaciones que el profeta Turox había muerto, y el Dios del Bosque había hecho retumbar rayos en su honor, pues tal era su aprecio por la vida mortal que se había apagado. Desde entonces, Él y otras entidades rivales, habían intentado guiar a los hombres hacia la senda civilizada. Pero el progreso era tan lento que, a pesar de la eternidad que poseían para llevar a cabo sus proyectos, resultaba exasperante.

Así pues, eligió a una mujer recién fecundada y actuó sobre ella, creando los cambios sobre el feto que creyó necesarios para sus fines. Alteró su sistema metabólico, haciéndolo capaz de alejarse de fuentes de alimentos hasta entonces imprescindibles; mutó sus genes para hacerlo más resistente a ciertas infecciones patógenas, que diezaban a los humanos en aquél entonces; transformó su cerebro, logrando que la capacidad de abstracción fuera superior a la de sus ascendentes y, sobre todo, insufló un nuevo hálito a su alma, haciéndola inmortal.

El nombre del varón fue Asbá, y creció bajo su protección, más espigado y fuerte que sus congéneres. Su curiosidad no tenía límites, y los ancianos de la tribu lo hubieran despellejado vivo, cansados de sus preguntas, de no saber que era un protegido del Dios del Bosque.

Sin embargo, les enseñó a usar símbolos en sus pinturas corporales, en lugar de figuras esquemáticas, lo cual fue sorpresa y agrado de muchos, y aceptaron con rapidez. Como niño de corta edad, se divertía en las danzas tribales, pero fue inventando nuevos bailes, sumamente elaborados, como homenaje idóneo al Dios del bosque.

Un nuevo dilema se le planteó a la deidad cuando el chico alcanzó la adolescencia. Si le daba una pareja convencional, podían perderse los rasgos que tanto tiempo le había costado moldear en el embrión. Así que decidió darle como esposa a uno de los seres que le habían acompañado en su periplo desde el Principio de los Tiempos.

Cuando Asbá contempló a Lilith, pensó que era el más dichoso de los mortales. Ninguna mujer podía compararse a ella, ni en belleza ni en inteligencia. En cuanto a ella, aceptó en un principio con resignación el mandato del Dios, pero aprendió a soportarlo con el paso del tiempo pues, aunque eran limitadas sus aptitudes al no ser más que un

mero primate desarrollado, realmente era distinto al resto por su alma inmortal y, lo más importante, la amaba.

El Dios del Bosque deseaba que le diera hijos, con el fin de mejorar aquella especie, pero no tenía ninguna prisa en quedarse en cinta. Aunque para ella hubiera sido fácil crear un óvulo dentro de su organismo, y guiar las semillas de Asbá hacia su destino, tenía sus reparos; una camada de retoños hubiera significado que su misma esencia sobrenatural estaría desprotegida, dispersa por el mundo al alcance de cualquiera, que podría utilizarla para dominarla. Por ello, llegó un momento en que, ante la insistencia de su marido en procrear, comenzó a distanciarse de él.

Mediante hechizos, recorría enormes y distancias, y a menudo se recostaba sobre las arenas de lo que un día se llamaría el Mar Rojo. Allí, rodeada por la costa desértica, ante las aguas azules que se perdían en el horizonte, su mente vagabundeaba y se perdía en los tiempos en que era libre, sin compromisos ni sumisión a ningún dios.

Y un día una figura solitaria apareció caminando entre las dunas, y su piel resplandecía luminosa. Cuando se acercó y pudo distinguir su rostro, su corazón palpó desbocado, pues nunca había visto un rostro tan hermoso ni un cuerpo tan deseable.

Cuando se tumbó junto a ella, y acarició su vientre con las yemas de los dedos, suspiró y entreabrió los labios esperando un beso de aquél extraño. Y él no la decepcionó, la besó con la pasión del amante perdido y reencontrado, como aquel que encuentra una piedra preciosa entre las cenizas de la desolación.

Durante un año, días enteros pasaron los amantes regocijándose en el mutuo placer, en la contemplación del preciado deseo. Durante cortos intervalos, Lilith regresaba con su marido, que la aguardaba malhumorado y la montaba con torpeza, ante la creciente pasividad de ella.

Hasta que un día el Dios del Bosque supo de sus andanzas, y la expulsó de la tribu y de los brazos de Asbá, que lloraba desolado por la pérdida, pero también por su orgullo herido.

El destierro no la apenó, porque ahora tenía todo el tiempo para su amante. Sin embargo, desconocía que era el mismo lugarteniente del Dios del Bosque aquel que la había amado durante un año, y el castigo hacia él provocó la división de las mismas legiones.

Y luego vino la caída, la condenación y el dolor. Las imágenes de esa guerra, de seres eternos consumidos por el fuego, de tierras calcinadas y una grieta que se abría hasta el mismo fin del mundo donde los perdedores marcharon desterrados, fueron borrándose de sus pensamientos y de las mentes de los hombres en que se reflejaban, hasta quedar en un primer plano el rostro de Lilith. Sin darles un respiro siquiera, los

instó a seguir la sinuosa danza de sus manos, que se perdieron en el horizonte, llevando con ellas un ruego que se perdía en la noche de los tiempos.

Los ojos de los aldeanos se hundieron en el cielo estrellado, y sus mentes bailaron con Géminis y Centauro, para irse perdiendo más allá, hacia Aldebarán y Betelgeuse, Orión y las Pléyades...sus mentes divagaban entre la difusa frontera de lo racional y lo infinito, aquello que existió antes de la gran explosión y las entidades que perduraron a través de la eternidad.

Un viejo de larga y blanca barba apartó la vista de los cielos con gran esfuerzo, pues las sensaciones eran hipnóticas, y habló a la Diosa.

-Deja a mi pueblo; era feliz en su ignorancia. Perdónalo y te llevaré donde quieres ir. Yo conozco el lugar.

-Tu gente conocerá la verdad, anciano. Y tú me mostrarás aquello que he venido a buscar –se levantó y, con un gesto, hizo que el patriarca le siguiera, con las piernas temblando.

Mientras sus pasos se perdían entre la tierra más allá del río, hacia el interior, dejaron atrás al círculo congregado en torno a las estrellas. Sus espíritus se habían abierto, asimilando el conocimiento acumulado en eones por el universo. Y sus mentes se habían roto en mil pedazos, intentando contener en tan reducido espacio lo que es inabarcable.

XXXVII

El Cadillac sedan cruzaba la estatal noventa, con Darrell cómodamente instalado en el asiento de atrás. Sus heridas estaban sanando deprisa aunque aún notaba la mandíbula adormecida. El paisaje había sido agreste y sosegado desde que entraron en el estado de Massachusetts, lo que había provocado que diera alguna cabezada, relajado por fin.

A medida que se acercaban a su destino, los nervios habían dado paso a una sensación de quietud y solaz. Fuera cual fuera el resultado de su enfrentamiento con Bones, sabía que serían el punto final a las tensiones que habían dominado su vida sobrenatural desde que muriera aquella tarde de verano.

Se preguntó porqué no habría podido ser más fácil, y que su camino hubiera transcurrido como el de otros inmortales, caso de Farida, o de Amy y Kate, hasta que se cruzaron con él. Tener la oportunidad de una existencia tranquila, cubiertas las carencias que le habían limitado antes de morir, era lo único que habría deseado. En cambio, todo se había complicado hasta extremos ridículos.

-Hay que salir por la trescientos noventa y cinco–indicó Amy, que iba situada delante, en el asiento del acompañante. Kate giró el volante con brusquedad y se incorporó a la nueva carretera. La pelirroja volvió su rostro hacia él, sonriendo-. ¿Cómo está nuestro enfermito?

-Si no volcamos, seguro que me recupero.

-Ja –gruñó la mulata, despectiva-. Mira, chaval, aprendí a conducir con un Ford T, así que te garantizo que vas seguro conmigo.

-¿Ibas acompañada cuando lo hiciste?

-El dueño del coche iba a mi lado, sí.

-Y murió con los riñones destrozados, me imagino.

Un silencio profundo se hizo en el coche.

-Murió en el frente de Francia, durante la primera guerra mundial – aclaró Kate.

El joven se hundió avergonzado en el asiento, queriendo que la tierra se lo tragase. La mulata lo miraba seria, a través del espejo retrovisor. De pronto, comenzó a reír a carcajadas.

-Lo siento Darrell, pero soy muy mala contigo. No, Robert no murió en combate – confesó sin parar de reírse.

Aunque se sintió engañado, suspiró de alivio.

-Me alegro que no le pasara nada.

-¡Oh, sí le pasó! Lo maté yo –cuando vio el rostro escéptico de su amigo, esta vez se puso serio-. Era financiero y me aconsejó invertir en acciones del banco de Los Estados Unidos. Las compré a doscientos dólares, y en noviembre de mil novecientos treinta su valor no llegaba a los cuatro. Perdí todos mis ahorros. Fue una de las pocas personas que asesiné con mis manos después de convertirme en lo que soy.

-¿Significa eso que mataste a alguien cuando eras mortal?

El silencio que siguió a continuación sí le pareció real. Cuando la tensión estaba a punto de hacerse realmente incómoda, Kate habló.

-No por mis manos, pero sí mandé a muchos al otro lado debido a mis actos.

De nuevo el mutismo se apoderó del habitáculo. Fue Amy quien intentó banalizar la situación.

-Vamos Darrell...no somos lo que somos por casualidad...hace unos meses eras el hombre más odiado de América.

-¿Tú también lo hiciste en tu vida anterior? –preguntó el joven, asombrado.

-En cierta medida, los empujé a la desesperación y la ruina. Algunos acabaron suicidándose, sí. Como ves, no somos inocentes.

El sol declinaba en el horizonte y Kate desvió el auto hacia una zona de servicio.

-Es tarde ya. Si decidimos seguir hasta la casa de Bones, llegaríamos sobre medianoche, y no creo que sea una buena hora para enfrentarse a él; prefiero tenerlo ante mí a la luz del día. ¿Os parece si descansamos en este motel y proseguimos por la mañana?

El lugar en cuestión parecía limpio y acogedor. Pequeños bungalós de madera se apiñaban en hileras en torno a un edificio central, frente al que se encontraba un aparcamiento con una docena de coches estacionados.

-Por mí de acuerdo. Así tendré tiempo de reponerme algo más.

Las chicas insistieron en tomar una habitación triple, para poder ayudarle si recaía de sus dolencias, pero se negó en redondo; no ya porque deseara algo de intimidad, sino porque sentía que algo la había distanciado de ellas definitivamente. Por alguna razón le producían una siniestra inquietud.

Entró cojeando en su dormitorio y se desnudó despacio, pues le dolían aún todas las articulaciones. Se colocó bajo la ducha y creyó tocar el paraíso cuando el agua caliente

se deslizó por su cuerpo. Justo entonces, y como suele ocurrir en el momento más grato, el móvil comenzó a timbrar.

Se secó como pudo con la toalla deshilachada que le habían entregado en recepción. Sólo dos personas tenían su número de móvil, además de sus acompañantes en el viaje; Nancy y Farida. Era esta última.

-¿Sí? –intentó hacerse el despreocupado, pero estaba tenso; un agujero se abría paso en su estómago, y le temblaba el pulso.

-¿Darrell?

-¡Ey! ¿Qué tal? –procuró que su entonación sonara indiferente-. ¿Cómo lo llevas?

-Si obviamos de que eres un hijo de puta, bien.

-Vaya –se sorprendió ante aquella dedicatoria-. Gracias por acordarte de mí.

-Llevas una semana fuera y no te has dignado a llamar.

-¿Quizás porque me echaste de tu casa?

Silencio.

-Sí, eso estuvo mal. Dime sólo cómo estás.

-Digamos que me mantengo entero. ¿Y tú?

-Digamos que te he echado de menos.

Vaya, aquello sí que no se lo esperaba. Era una confesión demasiado clara para la personalidad de Farida.

-Bueno, yo también, he pensado en ti más de lo que imaginas.

-¿Te pasas a recogerme esta noche? Podemos ir a tomar una copa.

-Me temo que estoy algo lejos de Nueva York. Pero en cuanto regrese te llamo.

-¿Has estado fuera? ¿Dónde?

Estuvo a punto de preguntar con quién, pero se contuvo. Sin embargo, Darrell lo adivinó. Aquella desconfianza le molestaba.

-Te lo explicaré todo cuando llegue –un pitido insistente sonó en el aparato-. Mierda, me estoy quedando sin batería –recordó que el cargador lo había dejado en el coche-. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

-O.k, llama cuando puedas. Un beso.

-Dos –respondió mecánicamente Darrell. Cuando colgó, sonrió al comparar la sensación que tenía con alguna situación similar durante su adolescencia. Se levantó de la cama, donde se había sentado para hablar, y al volverse descubrió a Kate echada sobre la puerta de la habitación, con una botella de vodka en la mano e intentando contener la risa.

-Por favor, ¿No me digas que estás enamorado?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba desnudo y se tapó los genitales con la almohada.

-No te esperaba. Y es una amiga.

-Mientes muy mal. Y cúbrete si quieres, pero no hay nada que no haya visto ya con detalle. ¿Un trago? He traído vasos.

-Ya, sírvelos –tomó unos jeans de la bolsa de viaje y se los puso tan rápido como pudo-. ¿Y Amy?

-Ha tomado el coche y ha salido en busca de algún lugar para bailar. Claro, como la señorita no ha conducido está descansada.

-Vaya... ¿Trabajo? Pensé que se iba a tomar unos días libres.

Kate esbozó una sonrisa triste.

-Querría decirte algo y aprovecho que estoy borracha para hacerlo. Ya sé que podría remover el alcohol de mi cuerpo, pero no quiero hacerlo, de otra forma no me atrevería a pedirte un favor.

-Dime cual. ¿Somos amigos, no?

-Mira, cuando acabe todo este asunto de Bones, deberías tomar la decisión de no acercarte más a nosotras, al menos mientras quieras seguir siendo como eres.

-No entiendo nada. ¿Por qué tendría que dejar de veros? ¿Estáis molestas conmigo?

-No, no, si te digo esto es porque te apreciamos. Verás, nosotras ya no somos las mismas. Durante siglos habíamos renunciado a adoptar la verdadera esencia demoniaca. Gandrel nos ha cambiado, haciéndonos ver las cosas desde otra perspectiva. Y no estamos dispuestas a renunciar a ella. Pero por ti, por nuestra venganza conjunta contra Bones, hemos decidido seguir tal y como éramos antes, aunque tengamos que reprimir nuestra nueva naturaleza. Y te puedo asegurar que estamos haciendo un esfuerzo para ello.

Darrell tomó el contenido de su vaso de un trago. El vodka le quemó en la garganta, ayudándole a asimilar lo que le estaba confesando la mulata.

-¿Por eso ha salido Amy? ¿Por qué ya no puede reprimir sus nuevos deseos?

-Ella siempre ha sido la más débil de los dos. No querría que te tomaras a mal lo que acabo de decirte.

-No, yo...lo comprendo, sí.

-Darrell, somos demonios, no hermanitas de la caridad. Y tú, que intentas mantenerte distante de nuestra verdadera esencia, has causado la muerte de bastantes humanos desde que formas parte de nuestra especie. Aunque no sé la razón, me es imposible volver a captar tus recuerdos, por lo que sólo puedo conjeturar.

-Adelante, mira cómo ha sido mi vida desde que salí de vuestra casa hace un par de meses -ofreció, adelantando su brazo hacia la chica.

Ella le tomó la muñeca con suavidad, pero al poco lo miró contrariada.

-Nada. No capto ningún retazo de tu memoria, ¿Cómo puede ser?

-Es un detalle que quería confesarte. Desde cierto acontecimiento, soy opaco a los todos los demás. Pero espera, voy a mandártelos lentamente.

A medida que los fue recibiendo las sienes de Kate palpitaron agitadas, hasta que finalmente abrió los ojos y le soltó, como si una corriente eléctrica la hubiera atravesado.

-El infierno...-murmuró tambaleándose, mientras las piernas le fallaban-. Has estado allí y has vuelto. Eso es imposible.

-Siéntate en la cama, vas a caerte -la ayudó tomándola por la cintura y dejándola suavemente sobre el colchón-. Sí, de alguna manera fui a parar allí, y pude volver. No me preguntes cómo porque no tengo ni idea. Pero sí tengo claro que ese viaje me cambió de una forma que aún estoy intentando averiguar, me hizo distinto a los demás de nuestra especie. Es desde entonces que mis recuerdos no pueden ser captados por nadie si no lo deseo. Pero por lo visto, no soy el único con esa capacidad. El ser que has visto en mis recuerdos también posee esa cualidad.

La chica lo miró, temblando. Parecía que tenía frío y se echó una manta encima.

-Por lo general los Antiguos pueden ocultar su pasado -le dijo, tartamudeando en un principio-, y Mastema es un protodemonio, una entidad diabólica que ya era así antes de la rebelión de Lucifer. Realmente se sabe poco de él, salvo que previene a Dios contra los hombres -no es muy amigo de ellos-, y era consejero del mismo rey Salomón.

-Sí, algo de eso he leído intentando documentarme. Pero muchas veces la teología no coincide con la realidad.

-Los libros los escriben los hombres, ¿No es cierto? Y son vulnerables a las influencias de uno u otro lado. Pero, realmente, lo que nos ha llegado a nosotros del folclore demoniaco pienso que está demasiado manipulado. Sólo tú has logrado llegar hasta el mismo abismo para mostrarme aquello que me aguarda, al igual que Gandrel nos mostró sus recuerdos acerca de la creación del engendro que es Bones.

-No culpo a aquellos que no desean revelar toda la verdad, todos tenemos algo que esconder. Tú misma no me has contado nada de tu vida anterior, tus recuerdos acerca de esa etapa vienen a mi mente demasiado fragmentados.

-A medida que ganamos años, nuestros poderes aumentan. Con mi edad sobrenatural, puedo evitar que ciertos retazos salgan a la luz, aunque mi capacidad de elección sobre ellos es aún muy limitada. Pero me basta para evitar que los demás curioseen en mi corta existencia mortal.

-¿A qué edad moriste?

-Diecinueve.

-¡Mierda! ¿Y Shagui se fijó en ti a esa edad?

-Firmé mi contrato a los dieciséis –afirmó con una sonrisa malvada.

Darrell quedó en silencio, mirando a la mujer con una nueva perspectiva. Ella le observó con aquellos ojos grandes y brillantes.

-¿Deseas saber lo que ocurrió?

-Si quieres...es algo que no puedo pedirte, eres tú quién tiene que ofrecerlo.

-Contigo no hay problemas. Conozco tus secretos, tú conocerás los míos. Sólo te ruego que seas indulgente. Pero hará falta un contacto más prolongado para que puedas conocer mi historia.

-¿Cómo de prolongado?

-Así –dijo ella mientras acercaba sus labios a los suyos y le besaba apasionadamente.

El joven pensó en Farida durante un momento y concluyó que aquello no estaba bien, aunque adoraba aquél acercamiento. De pronto, todo estalló en una película de imágenes nítidas, mostrándole el mismo apocalipsis.

XXXVIII

El cimarrón hundió el cuchillo en la garganta del cerdo, sujetado por varios hombres que impedían su huida. Cuando el acero abrió una profunda brecha, varias mujeres se aproximaron con sus cuencos para recoger el líquido vital, espeso y caliente.

-¡Bebed por nuestra libertad! –gritó el matarife a la multitud reunida, que cantaba y bailaba unidos en una atmósfera febril, al son de los tambores.

Los recipientes fueron pasando de unos a otros, y el brebaje escarlata engullido con ansia. Muchos entraban en éxtasis y caían víctimas de convulsiones, babeando con los ojos en blanco, mientras de su boca salían indescifrables palabras.

Una pareja se mantenía en un aparte, contemplando todo aquello con satisfacción. Él era un negro alto y delgado, fibroso, con una pulcra barbita decorando sus mejillas. Ella, mulata, recién había dejado atrás la adolescencia, y destacaba su cuerpo escultural, sobre el que sacaba destellos la luna llena.

-La loa Ghédhé se está apoderando de ellos –sentenció el hombre.

-¿No les temes? Estás en su terreno.

-No me estoy inmiscuyendo, Catherine. Sólo soy un observador, al igual que tú.

-¿Y si hubiera ofrecido mi alma a ellos? Después de todo, son los espíritus de mis antepasados y he sido iniciada en sus liturgias.

-Estarías muy limitada. Te perderías actuar sobre una gran parte del mundo. Hazme caso, has hecho lo mejor al unirme a nosotros.

Un griterío aún más ensordecedor se apoderó del pantano y una mujer madura salió de la multitud. Vestida con un velo blanco, era la mambo Cécile, respetada por todos los allí congregados; conocían sus poderes de invocación, e incluso los muertos la temían, así que el hecho de que estuviese allí investía de más autoridad aún la ceremonia.

Un nuevo puerco fue puesto ante ella y lo degolló con la maestría del matarife, siendo ella la primera en beber la cálida sangre que salía del cuello del animal. Después, con el vestido empapado en sangre, bailó una danza ritual mientras los espíritus entraban y salían de su cuerpo como un vendaval.

La joven mulata sintió la llamada de los Loas, tal y como lo hacía el resto de su pueblo. Miró con los ojos febriles a Shavi, implorándole comprensión.

-Oh, está bien, puedes ir –dijo el hombre mientras hacía un gesto abúlico con la mano-. Después de todo, aún eres libre para hacer lo que quieras.

Se mezcló con la multitud y bailó con ellos las danzas mesiánicas. Alguien le alargó un recipiente con sangre todavía cálida, y lo bebió con ansias, dejando que los espíritus entraran en su cuerpo, poseyéndola. En el pandemónium que siguió afloraron los recuerdos de su pasado, mientras hombres y mujeres la seguían en el frenesí de la celebración.

Tenía diez años cuando se convirtió en núbil. Aquello tomó a todos por sorpresa en su familia, que vivían hacinados en una cabaña destartalada, dada su condición de esclavos. Su madre, Graciane, le había concedido cinco hermanos, dos de los cuáles, sus hermanas mayores, habían sido vendidas por el amo a una casa de placer de Santo Domingo. Cuando aquello sucedió, Baltazar, su padre, ordenó que nadie llorara ni hiciera aspavientos, pues ese era el destino de todos los hombres de color mientras el hombre blanco los mantuviese dominados.

Ocho años después, en un tumulto como consecuencia de las protestas contra la esclavitud, su progenitor fue linchado junto con otros compañeros mulatos, por matones contratados por los hacendados, muriendo a resultas de las heridas. Como consecuencia, nadie lloró en la casa, pues el orgullo de haber dado la vida por la causa de su pueblo las impedía, aunque aquel crimen cambió para siempre la actitud de Catherine.

Anteriormente a este doloso suceso, al cumplir los catorce, Julien Chavanel la llamó a su presencia. Cuando entró en la mansión del amo, atónita un lugar tan espacioso y limpio, decorado con unos muebles y una ostentación como jamás había visto pues nunca se le había permitido entrar allí y sólo había conocido las miserias de los esclavos, supo que algún día tenía que vivir en una casa como aquella. La dejaron con él a solas en un salón alargado, donde la esperaba sentado en una butaca de piel. Catherine sabía que la familia del amo estaba ausente del hogar, pues se hallaban de visita en la capital, y que su presencia allí tenía mucho que ver con este hecho.

Era un hombre en torno a los cuarenta años, con anchas patillas y barba cuidada, aunque comenzaba ya a platearse. Dejó sobre la mesa unos bonitos vestidos y un frasco de perfume que abrió lentamente, para dejar que la sensual fragancia envolviera el aire y tentara a la jovencita.

Catherine se acercó a aquellos regalos y los admiró mientras sus temblorosas manos los examinaban. Cuando miró al amo, sus ojos brillaban y esbozaba una sonrisa de seguridad. Si aquel era el medio para salir de la pobreza y conseguir un trato mejor para su familia, bienvenido fuera.

El amo fue todo lo amable y cuidadoso que podía esperarse de un hombre de semejante condición. Al menos, mientras la poseyó sobre la mesa del salón, no la

golpeó ni maltrató. Cuando terminó, acarició las mejillas de la niña y la besó en los labios con delicadeza.

-Puedes irte, Catherine –le dijo, mientras se subía los pantalones y se ceñía el cinturón-. Esto es un secreto entre ambos y no debes hablar a nadie de esto. Cuando te haga llamar, vendrás con rapidez y sin que nadie te vea. Si lo haces, tendrás una vida buena. Ahora llévate tus regalos y no digas dónde los has conseguido.

En los meses siguientes aprendió a satisfacer los deseos de su amante, de una manera como éste jamás había soñado. En correspondencia, el amo premió a su familia con un trozo de tierra para que cultivaran su propio huerto, así como algunos utensilios de cocina, lo cual mejoró considerablemente la calidad de vida del pequeño grupo.

-Ah, querida –le decía Julien a solas-, si no fuese porque es imposible, escaparíamos tú y yo de este lugar, donde nadie nos conociera.

Ya fuera a causa de ese amor que decía profesar por ella, o a la lectura de algunos libros de Voltaire, la mano del amo se tornó menos autoritaria, amable a ratos, con aquellos que eran sus esclavos. Y estos se preguntaban la causa de semejante cambio, y al ver a Catherine con sus vestidos nuevos, y la satisfecha mirada del cacique cuando la contemplaba, pronto ataron cabos.

Como la naturaleza humana es voluble e ingrata, no agradecieron a Catherine la mejora de sus condiciones de vida, sino que la envidiaban e insultaban en silencio. El más insidioso era un negro con el rostro hoyado por la viruela llamado Macayan, que insultaba a la joven ante todo aquél que quisiera oírlo. Hasta que un día, mientras pronunciaba una sarta de infundios ante una concurrencia de jornaleros, llegaron aquellas palabras hasta Baltazar, padre de Catherine, que acertaba a pasar por allí.

La paliza que le dio le hizo guardar cama una semana, y por orden expresa del amo, nadie fue a curarle ni auxiliarle, salvo para llevarle un tazón de sopa al almuerzo y un trozo de pan rancio para cenar.

Aquella noche, Baltazar llamó a su hija y la hizo sentarse frente a él, a la intimidad de la lumbre que iluminaba su ahora confortable hogar.

-Chiquilla, hace tiempo que sé que te has convertido en la favorita del amo. ¿Qué puedo hacer sino reprobarte? Y sin embargo, he de reconocer que ya hemos perdido toda dignidad al ser esclavos, sujetos a los caprichos del hombre blanco. Así pues, al menos quiero que me tengas informado de todo lo que ocurra en su casa, sonsácale quién entra y quién sale, los caballeros con los que se reúne cuando va a la ciudad, y aquellas cosas de las que hablan. Quizás algún día nos sean de utilidad.

La joven comprendió que se encontraba en medio de fuerzas que escapaban a su control, pues sabía de los deseos de los esclavos de conseguir la manumisión,

amparados por las nuevas ideas que se propagaban por Francia y que habían llegado hasta allí. Y decidió tornarlas a su favor.

Pensando con frialdad, decidió que el bando donde sacaría más beneficio sería el del hombre blanco, así que comenzó a delatar a Julien todos los movimientos sospechosos de los esclavos de la plantación, a quién recibían y a dónde iban, lo que hablaban o, supuestamente, pensaban. Lógicamente, las actividades de su padre eran mantenidas en silencio. Por ello comenzaron a desaparecer a lo largo de la isla aquellos que pensaban liderar la revolución, a la vez que la bolsa de la joven ganaba peso en forma de monedas de oro; el amo y sus amigos eran generosos con sus recompensas.

Una noche su madre le confesó, con el corazón compungido, que su padre había acudido a una reunión clandestina y aún no había regresado. Pasaron las horas en vigilia, alumbrados por velas, hasta que al clarear el día el relinchar de unas bestias les hicieron salir de la casa.

Era el capataz de una finca cercana y varios de sus jornaleros. Llevaban, a los lomos de un caballo, el cuerpo inánime de Baltazar, ensangrentado y con la ropa hecha girones. Lo arrojaron al suelo, para después irse mientras lanzaban una mirada despectiva a Catherine y su madre.

Sus vecinos se congregaron alrededor, y en silencio limpiaron el cuerpo del mártir y lo envolvieron en un sudario. Pero alguien permanecía ajeno al duelo, observándolo desde la distancia con una media sonrisa, y hundiendo sus ojos sobre Catherine, mezclando el deseo y el rencor en aquella mirada. Y él era el negro Macayan, que aún no había olvidado la humillación que sufrió a manos del difunto.

Aunque Julien se disculpó con su amante aquella noche por el comportamiento de sus socios, recriminó a ésta las intrigas en las que se había visto envuelto su progenitor, y cómo ella las había ocultado ante sus ojos.

-Quizás si me hubieses advertido antes, tu padre estaría vivo: habría hablado con él, castigado quizás, pero diez azotes es mejor que yacer como un cadáver -le dijo.

Huyó de su presencia, entre lágrimas, y mientras lloraba en su lecho, pensó cual era su lugar y el de los suyos. La bolsa con el oro producto de las delaciones pesaba más que nunca, pero en su conciencia.

No acudió a las repetitivas llamadas de su amo, a pesar del temor a ser castigada. Se había ofrecido a él libremente, aunque a cambio de regalos y favores, pero ya no deseaba volver a entregarle su cuerpo. Ahora ansiaba a los jóvenes de la plantación, cuyas figuras fibrosas de ébano, bañados por el sudor, despertaba en ella un deseo incontrolable.

Un día, mientras se encontraba apoyada sobre la cerca que rodeaba su casa, vio llegar a una mujer a través del sendero. Nunca la había visto, pero supo que era la mambo Cécile. Qué hacía allí, en la plantación, y cómo había logrado entrar era para ella un misterio, pero sus piernas comenzaron a temblar involuntariamente. Si habían llegado a sus oídos las delaciones que había cometido...

Y cuando se desvió del sendero y se dirigió hacia ella, clavando sus ojos amarillentos en su figura, no pudo más que arrodillarse y rezar a los espíritus de sus antepasados, tal y como le había enseñado su madre a espaldas de los clérigos católicos.

-He venido por ti, Catherine –le habló, con tono autoritario.

-Perdonada mis pecados, mambo, pero no me matéis –rogó mientras se echaba ante sus pies.

-¿Matarte? No, chiquilla. Los Loas me han hablado esta noche. He venido a enseñarte. Tú has de ser la próxima mambo

-

-

XXXIX

Bajo la cacofonía de los tambores, Cécile arrancó de cuajo con sus manos la cabeza de la gallina, y arrojó las dos partes a una pequeña fosa, abierta en la tierra del pantano. A su lado bailaba Catherine, frenética y ebria de ron, mientras su cuerpo desnudo lucía los extraños símbolos que había dibujado meticulosamente la mambo.

Cuando la sacerdotisa cubrió de tierra la fosa, la joven sintió una presencia extraña alrededor; un ser feroz poseedor de una sabiduría arcana. Aumentó el ritmo de su danza, incitando que la poseyera.

-Je vous invite, saint Ogoun –gemía entrecortadamente, sin respiración por el ritmo frenético que mantenía-. ¡possède-moi!

El ente invadió su interior y se sintió fuerte como un antiguo guerrero masái, como el leopardo persiguiendo su presa en la sabana o el león que caza en el Serengeti. Supo que estaba destinada a retos más importantes que ser la amante de un hombre blanco, que podía llegar hasta dónde ella quisiera, pues tenía el don de los espíritus.

Durante un año Cécile estuvo enseñándole oscuros rituales, provenientes del África más profunda. Versículos en antiguas lenguas ya desaparecidas, donde el poder de loas se manifestaba puro, sin estar combinado con las creencias cristianas. Progresó de tal manera que sus habilidades llegaron a rivalizar con las de su maestra, produciendo una agrisulce satisfacción en ésta, por el corto periodo de tiempo en que la joven había dominado lo que a ella le costó décadas aprender.

Un día, mientras invocaban a los loas en una cabaña de madera, perdida entre la vegetación del pantano, una sombra ocultó la luz que penetraba por la entrada. Ambas mujeres dirigieron hacia allí las miradas a la vez, maldiciendo a aquél que se atrevía a interrumpir su liturgia.

Un negro enorme y musculoso, vestido únicamente con unos raídos pantalones se encontraba bajo el dintel. A su lado, una figura empequeñecida por el tamaño de su acompañante, miraba a Catherine fascinado. Era un mulato fibroso, con el pelo largo e increíblemente liso, y sobre su rostro se dibujaba una cuidada barba. Vestía como el hombre blanco, luciendo una casaca beige a juego con los pantalones, rematados por un calzado a la moda de gruesas hebillas doradas.

-Buenos días, Cécile. ¿Olvidaste que teníamos una cita? –preguntó este último.

Los tambores dejaron de sonar y la danza cesó. La sacerdotisa se irguió, visiblemente enfadada.

-¡Mañana! Teníamos que vernos mañana. Ahora marcharos.

-¡Oh, mil disculpas por mi despiste! En ningún momento quise interrumpirte, pero al menos ha servido para conocer a esta belleza. ¿Quién eres, chiquilla? –preguntó a Catherine.

-No te importa. ¡Iros de aquí! Los loas nos han abandonado, molestos por vuestra presencia.

Ahora el rostro del hombre barbado, fino y delicado, se arrugó como un mantel al plegarse.

-Me importan una mierda tus Loas, Cécile. Y a ti deberían importante lo mismo si quieres que cumpla mi promesa para contigo –su voz, un susurro al principio, fue tornándose cada vez más alta, hasta gritar. Una mano se posó sobre su hombro, y al volverse contempló al gigante que le había acompañado.

-Señor, no debe insultar a los espíritus; ellos podrían vengarse, son muy poderosos.

El consejo pareció calmarlo un tanto, pero a pesar de todo despidió a los músicos, a los que hizo salir con rapidez de la cabaña como si fuera el señor del lugar. Cuando la joven intentó marcharse, la detuvo interponiéndose en su camino.

-No, tú te quedas. Escucharás nuestra conversación y luego decidirás.

La reunión se prolongó hasta bien entrada la noche, y Catherine supo que había seres más poderosos que los Loas, y que podían proporcionarle la vida eterna, si accedía a colaborar en sus fines. Cuando salieron a la luz de las estrellas y dejaron atrás la cabaña, tanto ella como la sacerdotisa habían estampado su firma en sendos pergaminos

Sin embargo, sus contratos no eran incompatibles con el culto a los espíritus, pues en Haití aquella religión había realizado una síntesis con el catolicismo. La joven siguió progresando, llegando a dominar la liturgia del culto, así como siniestros conjuros y maldiciones, que podrían librarla de los enemigos que se encontrara en su camino.

Un día una inmensa humareda se divisó en los campos. Su origen era el norte y todos los esclavos dejaron sus quehaceres para contemplarla. De algún modo, sabían que era una señal de que algo iba a cambiar. El capataz de la plantación acudió con sus hombres, armados hasta los dientes, y los obligó a todos a volver al trabajo, cosa que hicieron a regañadientes. Al anoecer se corrió la noticia de lo sucedido; una rebelión en la región de Limbé había acabado con una hacienda incendiada y los amos apaleados. Pero el ejército llegó con rapidez, y ocasionó una carnicería entre los insurgentes, hasta que volvió a imponerse el orden.

Tres noches más tardes, los esclavos dejaron sus casas y se reunieron en los pantanos, junto a la cabaña de Cécile. Allí corrió como un reguero de pólvora la noticia de que se

aproximaba una flotilla desde Francia, cargadas de tropas. Aquello significaba que la sublevación tenía que tener lugar cuanto antes.

Comenzaron sus cultos en medio de murmullos y gritos de insurrección. La ceremonia era multitudinaria, con todos los esclavos de la plantación participando en ella, bebiendo ron y sangre animal alternativamente. Fue en aquél momento cuando a Catherine la poseyeron los Loas, bailando de forma frenética, perdida la razón y, al igual que otros muchos, se entregó a una lujuria sin freno, dejándose llevar por los deseos de los espíritus.

Tumbada sobre la turba seca, había perdido la cuenta de los hombres con los que había practicado fornicación, y de las mujeres con las que había retozado. Un brazo intentó levantarla, pero ella se deshizo con desdén; las ánimas ya se habían machado, con lo que su influencia había cesado; el sexo que había mantenido la comunidad no era tal para ésta, sino un ritual para comunicarse con los seres del Más Allá.

A pesar de haberlo rechazado, el hombre insistió en tomarla. Al alzarla de forma violenta, pudo ver su rostro con claridad y comprobó con horror el rostro picado por la viruela y la boca desdentada, fruto de los estragos que los puños del difunto Baltazar había causado en ella.

-¡Macayan! –le gritó-. ¿Cómo te atreves? Soy una sacerdotisa, y te ordeno que te vayas.

Por toda respuesta, él le asestó una bofetada. La joven cayó al suelo con el labio partido, mientras el negro procuraba abrirse paso entre sus piernas. Intentó resistirse, pero su agresor, con el pene enhiesto, tenía la fuerza de la lujuria desbordada. Sus manos arañaron la seca turba, intentando retroceder a rastras, hasta que se hundieron en ella, entre las hojas y brozas putrefactas, buscando cualquier cosa con la que defenderse.

No lo dudó. Sujetó el pene de Macayan con fuerza y éste reflejó un gesto de alborozo, convencido de que iba a ceder a sus deseos. Pero cuando contempló los ojos furiosos de la sacerdotisa y la afilada rama que mostraba en la mano libre, supo que sus días viriles habían llegado a su fin. La improvisada arma se hundió en el miembro, atravesándolo de parte a parte, para después tirar de él con fuerza y zanjarlo por la mitad. El negro gritó mientras intentaba contener con sus manos el torrente de sangre que salía del destrozado apéndice, y se perdió entre los árboles, aullando de dolor.

Ahora fue una mano amiga la que se tendió hacia ella, para ayudarla a levantarse. Era el demonio con el que había firmado el contrato, Shavi Walter. En la otra mano portaba un hacha.

-No iba a dejar que deteriorara mi mercancía –le dijo-. Si no llegas a actuar tú, hubiera perdido la cabeza superior.

-Creí que caminabas el sendero del mal –observó, sorprendida.

-He visto a mujeres enloquecer tras ser agraviadas, y eso te inutilizaría para mis fines, una vez estuvieses bajo mi contrato –se justificó, aunque evitó mirarla a los ojos.

La acompañó hasta su casa, con el brazo alrededor de la cintura, sosteniendo su cansancio. Cuando la dejó sobre el lecho se quedó dormida inmediatamente, dibujando una leve sonrisa en su rostro. Aquella faz le trajo recuerdos de mujeres que conoció y ya no existían, semblantes puros y hermosos, pasto ineludible del gusano devorador. Sacudió la cabeza intentando borrar la memoria de amores perdidos, y salió cabizbajo del lugar.

Diez días más tarde, el capataz galopaba a lomos de su caballo entre las filas de esclavos que trabajaban en la plantación, sujetando con fuerza un látigo, con el que fustigaba de forma arbitraria la espalda de quién le parecía no rendía como debiera, hacía un mal gesto, o simplemente le apeteciera castigarlo. De improviso, una horca apareció en su camino y se hundió en su pecho. Cuando cayó de su montura, lo inmovilizaron y las azadas reventaron su cabeza; la muerte del torturador era la señal que todos esperaban.

Una horda de esclavos se dirigió hacia las posesiones del amo, en busca de una cosecha sangrienta. Los guardias dispararon sus mosquetones pero la marea humana los engulló antes de que lograran recargar sus armas, y fueron degollados con crueldad. Cuando alcanzaron la mansión, el señor Julien intentó cortarles el paso armado de un sable, en un acto tan heroico como vano. Cuando pasaron sobre su cadáver procedieron al saqueo del lugar y a la violación de las mujeres de la familia Chavanel. El pequeño Julien, de dos años de edad, fue ensartado en una pica y ésta, con el cuerpo destripado del infante, pasado de unos a otros entre el regocijo de los insurgentes, mientras agonizaba y profería espeluznantes gritos.

Catherine contempló todo aquello con una mezcla de entusiasmo y estupor. Por un lado, aquella casa le traía dulces recuerdos, pero ahora eran libres en su destino, liberados del yugo del hombre blanco.

En el horizonte, las humaredas provenientes de todas direcciones indicaban que la rebelión había sido un éxito. En el júbilo general, alguien abrió la bodega del amo y distribuyó vino y ron entre los congregados, que se aprestaron a beber y festejar la insurrección.

Llegó la noche y los fuegos alumbraban la oscuridad. Aún se coreaban consignas contra los plantadores, o a favor del rey, preso de la Asamblea en la Bastilla, y que algunos creían había promulgado leyes a favor de la manumisión.

Durante las semanas siguientes, Boukman y otros líderes insurrectos organizaron a los rebeldes, asentándose en el norte de la isla, con el fin de extender la rebelión y conseguir la independencia de ésta. La inminente llegada de tropas francesas y los hacendados blancos les llevó a fortificar las plantaciones, con el fin de resistir y esperar la rebelión de los esclavos del resto de las haciendas.

Todas las noches, Catherine y Boukman hacían el amor durante horas en el antiguo lecho de los Chavanel. Se había convertido en su amante desde la celebración en la selva y disfrutaba con la pujanza y fortaleza que poseía. Él, por su parte, admiraba la lujuria y las artes amatorias de la mulata, así como de su belleza.

-Dutty, ¿Qué se siente siendo un demonio? –le preguntó mientras descansaba en su regazo.

Sonrió y la miró con sus dientes, enormes y afilados.

-Poder, un poder infinito que inunda el cuerpo. Troqué a un cuerpo inmortal en Jamaica, hace un siglo. Fue un amigo de Shavi, al que asesinaron los anglicanos una década después de mi conversión. Desde entonces, lucho por la liberación de nuestra raza. No puedo describirte lo que es disfrutar de la inmortalidad, moverse de un lugar a otro sin tener que dar cuentas a un amo...eso lo sabrás a su debido momento. Pero puedo asegurarte que lo mejor que has hecho es unirme a nosotros.

Ella lo besó y nuevamente montó sobre él.

-Fóllame, Dutty –su lujuria era desbordante, incentivada por un amante que nunca se cansaba. El negro cumplió sus deseos y la poseyó nuevamente de forma salvaje, hasta que, horas después, Catherine tuvo que pedirle por favor que le permitiera dormir.

Al alba se despertó en un lecho vacío. Intuyó que Boukman había ido en busca de nuevas amantes; su lujuria iba en parangón con su fortaleza. Aquello no la ponía celosa, sino todo lo contrario. Durante los rituales, había aprendido a apreciar las artes amatorias de otras féminas, y consideraba banal la fidelidad. Dejó el lecho y bajó las escaleras lentamente, esquivando con los pies desnudos los fragmentos de vajilla y cristales que tapizaban el suelo.

Deambuló por la cocina hasta que encontró un vaso intacto y manejó la bomba de agua, para llenarlo del líquido cristalino. Cuando le estaba dando el primer sorbo, vio a través del vidrio una figura borrosa apoyada en el dintel de la puerta; era Macuyan, armado con un machete y los ojos encendidos por el odio.

Le arrojó el recipiente mientras intentaba huir, pero el negro lo esquivó y le cerró su única vía de escape.

-Ya no puedo joder contigo, zorra –se lamentó-. Mi polla ennegreció y se cayó a trozos. Pero te juro que cuando hunda esto en tu corazón, tendré el mayor placer de mi vida.

La joven miró a un lado y a otro; estaba atrapada. Cuando Macuyan se lanzó hacia ella pudo esquivar el primer golpe, pero el segundo le abrió un tremendo tajo en el brazo, del que manó la sangre a borbotones. Gritó de dolor y rabia, para sentir después cómo su garganta se abría en dos y perdía la voz y la vida a través de aquella herida.

Sus ojos vidriosos contemplaron a la gigantesca figura de Boukman irrumpir en la estancia y reventarle la cabeza al asesino, que cayó inánime a su lado. La abrazó, sólo para ver cómo su alma escapaba.

Nunca volvió a verle. Esa misma mañana, el ejército atacó a los insurgentes. Shavi y Boukman estuvieron demasiado ocupados organizando la defensa del lugar para rescatarla del limbo, así que anduvo por aquellas dunas azules durante días, desorientada y con una angustia infinita.

Cuando el maestro apareció a su lado, ella lo abrazó desamparada. Él acarició sus cabellos, consolándola.

-¿Y Dutty? –le preguntó.

Shavi negó con la cabeza y transmitió ciertas imágenes a su mente. La joven se separó de él, aterrorizada.

-¿Porqué me muestras eso? ¿Quieres torturarme? Ya es todo demasiado cruel como para que te ensañes conmigo de esa manera.

-No, Catherine, no lo hago por crueldad. Nos hemos equivocado; él y yo. Juzgamos mal nuestras fuerzas y quiero que aprendas lo que puede ocurrir si lo haces. Y ahora, dame tu mano y salgamos de este horrible lugar.

Lo que le había mostrado era la cabeza de su amante clavada en una pica, con los ojos abiertos por la sorpresa y la certeza, en el último instante, de que su alma condenada se hundiría en los horrores del Infierno para no regresar nunca más.

XL

Darrell separó sus labios de los de Kate e inspiró aire con fuerza. Los recuerdos eran tan vibrantes y sentidos, que habían paralizado sus músculos mientras los recibía y desgranaba en una exposición lógica.

-Vaya, ha sido demasiado intenso –le dijo con la voz entrecortada.

-Shavi me enseñó a transmitir los recuerdos de esa manera. La experiencia es más real. ¿Quieres otro beso? Tengo más que contarte si quieres –le explicó mientras reía de forma cómplice.

-No, gracias. Te lo agradezco pero me ha dejado agotado.

Se inclinó sobre Darrell mientras entreabría los labios.

-Aún puedo dejarte más agotado.

Retrocedió apartándose de ella.

-No es un buen momento, Kate.

-¿Por qué? ¿Es por esa novia que tienes ahora? Vamos...eres un demonio, no tienes principios morales.

-Sí los tengo y tú los tenías cuando te conocí –cuando vio la cara burlona de la mulata, enrojeció-. No quiero decir que sea un santo, pero al menos hay cosas que pienso que no están bien que las haga.

-Bien, me rindo. Acepto tu forma de pensar, no me queda otra. Pero al menos déjame dormir contigo.

Iba a negarse cuando vio su rostro. Debajo de aquella fachada frívola veía la realidad; una alma desamparada y con miedo, envuelta en grandes cambios que no acertaba a comprender completamente.

Durmieron abrazados toda la noche. Mientras la acunaba entre sus brazos sentía su debilidad, la apariencia ficticia de una fortaleza que se derrumbaba ante aquél contacto sereno. Dedujo que los grandes sueños que ambicionaba en su vida mortal se habían reducido a una existencia pueril y vacua, actuando como un vulgar súcubo, sometiéndose a los designios de su condición y optando por un camino fácil y sin complicaciones. Y aquello la atormentaba desde hacía más de dos siglos.

Al alba se levantó y se dio una ducha. Cuando salió, allí estaba Kate, desnuda y con un bote de gel en la mano.

-Ya ves que he sido una niña buena. No he entrado a enjabonarte la espalda.

Por toda respuesta, azotó su trasero con la húmeda toalla en que se había secado, y ella emitió un grito de sorpresa.

-No tardes. Seguro que Amy ya está esperándonos para desayunar.

Efectivamente, su compañera ya estaba en el restaurante. En su mesa destacaban una cafetera vacía y un par de platos con restos del desayuno.

-¡Chicos! Aquí se come de muerte. ¿Cómo habéis pasado la noche?

-Descansando –le contestó Darrell-. Algo que me temo no has hecho tú.

-Estoy fresca como una rosa, si te preocupa eso. Un par de horas de sueño es suficiente para mí.

-Admiro tu resistencia, pero hoy conducirá Kate. Todavía no han soldado bien mis huesos como para tener que volver a curarlos de nuevo.

-Gracias por tu confianza. Creo que voy a repetir, tengo tiempo mientras ustedes coméis.

Varias bandejas y una cafetera después, aún seguían allí. El ambiente era distendido, y las dos chicas bromeaban continuamente.

-Según el navegador, la casa de Bones está a dos horas de aquí. Deberíamos salir ya.

-Un minuto, voy a tomar un gofre lleno de sirope –dijo Kate-. Un capricho -añadió al contemplar el gesto de estupor de su compañero.

Cuando volvió con el dulce, Darrell estaba cruzado de brazos.

-Parece que estáis muy tranquilas, teniendo en cuenta dónde vamos y lo que pretendemos hacer.

-¿Y por qué no? –Preguntó Amy-. Grandel era uno de los Antiguos y acabamos con él. Tu mentor no tiene más de cincuenta siglos.

-Un momento, parece que olvidáis algo; tuvimos mucha suerte al librarnos de vuestro captor. Si la situación que viví en esa casa se repitiese cien veces, estoy seguro que en noventa y nueve habría acabado con mis huesos molidos y pudriéndome en el Infierno. Por otra parte, nuestro objetivo vivió familiarizado con fuerzas mágicas que ya han sido olvidadas por los hombres, pero que él recuerda sin duda. No le subestimemos, porque si las utiliza no sabremos cómo contrarrestarle.

-Mira cómo tiemblo –se burló Amy mientras movía las manos cómicamente-. Te aseguro que, en cuanto nos vea, saldrá corriendo.

-Vamos de una vez –interrumpió la discusión, levantándose y tomando su equipaje-. Si tan fácil va a ser, acabemos cuanto antes –y se dirigió hacia la salida, tras dejar un billete de cien en la bandeja de la cuenta. Se percató que era el último que le quedaba.

-Chicas ¿tenéis algo de efectivo? Eso o me veré obligado a buscar una casa de cambio.

-Oh, no hay problema -Amy abrió su bolso y le entregó un fajo de cien-. Gandrel tenía un baúl lleno de estos en su habitación. Era un tipo prevenido, al menos para el dinero.

Darrell se recostó en el asiento trasero, mientras Kate se hacía con el volante del coche. Pisó acelerador y se pusieron en marcha al encuentro de Bones.

Tres horas después llegaron a su destino –el navegador no podía prever que encontrarían la carretera atestada por los domingueros que iban a la playa-. La casa, de estilo georgiano, estaba enclavada sobre una verde colina, igual que medio siglo atrás, tal y como la viera el joven en los recuerdos de los niños del limbo. Solo que, ahora, una alta valla coronada por afiladas cuchillas de acero la rodeaba. Dejaron el vehículo oculto entre unos árboles y se acercaron disimuladamente.

-¿Y bien? –Preguntó Darrell-. ¿Llamamos al timbre? No, mejor no. Funcionó bastante mal con Gandrel.

Antes de que acabara la frase, las chicas estaban reptando a través de la valla, y esquivaron las aceradas puntas saltando con agilidad, para caer al otro lado sin problemas.

-Vamos ¿A qué esperas?

Las imitó, aunque sin gracia y soltura. Saltando sobre el último obstáculo una de las lanzas le desgarró la camisa y, al caer, estuvo a punto de romperse un tobillo. Cuando se levantó dolorido y las vio intentando contener la risa, recompuso como pudo su dignidad y echó a andar hacia la casa, cojeando.

-Deberíais de tener en cuenta que hace unos días casi me despedazan al intentar salvaros –les recordó.

Cada una le tomó de un brazo y le izaron sobre el aire.

-Llevaremos a nuestro salvador de la forma más cómoda posible –le aseguró Amy, sin dejar de mostrar un aire burlón.

“Exceso de frivolidad”, pensó el joven. Aquello podía resultarles caro. La confianza de las chicas podía hacer que su enemigo les tomara desprevenidos, y aquello sería fatal. Cuando llegaron ante el umbral de la mansión, le recorrió un escalofrío al recordar la imagen de los niños junto a Bones; demasiada sangre inocente en aquél lugar.

Kate se acercó a la puerta y la observó detenidamente. Ahora su rostro sí se había puesto serio y parecía meditar el más mínimo movimiento a su alrededor. Hundió la mano en el polvo del sendero y lo desgranó, para hacerlo más fino; después lo arrojó al aire, junto a la entrada. Una figura serpenteante pareció moldearse frente a ella, gracias a la arena. Ésta se sacudió, deshaciéndose de la sustancia delatora, para volver a ser invisible.

-Un áspid negro...no podemos entrar por aquí, probemos en las ventanas.

-¿Qué has dicho que es? –preguntó Darrell.

-Un guardián mágico. Normalmente permanecen en un perímetro reducido alrededor del lugar que le han ordenado guardar, pero si gritas de ese modo no me extrañaría que se lanzara hacia ti –susurró la mulata.

Todas las ventanas de la planta baja tenían un custodio similar. Los tres se reunieron a una distancia prudencial del edificio y lo contemplaron desanimados.

-¿Y si subimos hasta el primer piso? –propuso Darrell

-El problema es que no sabemos si ha colocado otras trampas en los canalones o en las mismas ventanas. No conocemos bien los poderes de Bones y parece que es más hábil y retorcido de lo que pensaba –admitió Kate-. Desconozco cómo anular esos hechizos, e ir soltando tierra delante de nosotros mientras subimos hasta el primer piso no lo considero muy fiable.

Un ruido agudo y desagradable se oyó entonces, sobresaltándolos, y una voz tronó en la soledad de la colina.

-Vaya, si es Darrell. Y viene bien acompañado.

El joven alzó la mirada y descubrió una ventana abuhardillada que acababa de abrirse, por la que asomaba un rostro que reconoció temeroso.

Hubiese preferido mil veces que aquella irrupción inesperada fuera la de Bones, o incluso Gandrel volviendo de las tinieblas.

Era Farida.

IXL

-¿Qué haces aquí? –Es lo único que atinó a decir el joven-. Esa casa es muy peligrosa.

Por toda respuesta, ella apareció a su lado.

-No para mí. ¿No nos presentas?

-Ah, claro. Farida, estas son Amy y Kate.

Las tres chicas se contemplaron en silencio. Darrell no recordaba una mueca más diabólica que las sonrisas que se dedicaron unas a otras.

-Súcubos, supongo –preguntó la Djinn.

-Hasta hace unos días sí –admitió Amy-. Tú eres un genio, ¿Cierto?

-Sí, y espero serlo el resto de mi vida. No es algo de qué avergonzarse.

-Chicas, chicas –medió Darrell ante el clima beligerante que reinaba-. Tengo conmigo a la mujer de la que estoy enamorado –Farida entonó los ojos, sorprendida ante su confesión- y a mis mejores amigas. Creo que es una situación para sentirme feliz y no a punto de un ataque cardíaco. ¿Qué tal si empezamos de nuevo?

Silencio

-Oh, está bien –se rindió Farida-. Siento si os he ofendido.

Las súcubos asintieron, aún serias.

-No hay problema. Sólo estamos acompañando a tu “amado” en la búsqueda de Bones. Nosotras también tenemos algunas cuentas que ajustar con él.

Ahora que la situación volvía a un cauce normal, el joven se sintió más seguro y se dirigió a la genio.

-¿Y ahora puedes decirme qué hacías dentro de esa casa?

-Oh, es algo largo de explicar.

-Me encantará oírlo.

-Me sentí mal cuando te despedí de aquella manera de mi casa, así que un par de días después te llamé. Aparecías sin cobertura, y volví a intentarlo más tarde, obteniendo el mismo resultado. Como estaba inquieta, me pasé por tu hotel, pero me dijeron que te habías ausentado unos días. Lo siento, pero entré en tu habitación y me llevé tu portátil.

-¿Entraste en mi cuarto y te llevaste mi portátil? Espera, creo que no he oído bien – Darrell tenía cara de póker.

-Lo siento, pero estaba asustada por ti. Luego descubrí una carpeta con archivos curiosos, acerca de un crimen cometido hace medio siglo y una casa en Rhode Island que sirvió de escenario.

-¿Pirateaste mi clave?

-No fue difícil para mí, tengo mis recursos. Luego pude hablar contigo, pero te mostraste tan evasivo que realmente me preocupaste más. Así que decidí venir aquí. Llegué esta mañana temprano y vi las jodidas áspides negras, por lo que simplemente me teletransporté hacia la buhardilla. Estaba rebuscando allí cuando os oí hablar en el jardín. No sois lo que se dice silenciosos.

La contempló detenidamente y optó por olvidar la intromisión en su intimidad. Después de todo, era sinónimo de preocupación y eso le alegraba, aunque no lo reflejó.

-Bien, es suficiente. ¿Has descubierto algo ahí arriba?

-Únicamente que un anticuario se volvería loco de júbilo; está lleno de trastos antiguos. ¿Os parece si os llevo allí?

-Por mí estupendo. ¿Os parece bien, chicas?

Kate y Amy la miraron recelosas, pero asintieron al cabo de un instante.

Se tomaron de la mano y, tras un fundido en negro, se encontraron en un lugar bajo y polvoriento, casi sin espacio para moverse. Darrell cerró los ojos intentando evadir la sensación de náuseas que le envolvía, producto de aquel viaje tan poco convencional, para después dirigirse hacia la trampilla que comunicaba con el resto de la casa.

Le dio una patada y cayó hacia abajo, articulando una endeble escalera. La luz era tenue ya que tupidas cortinas cubrían los ventanales, y bajó con precaución. Los demás le siguieron, expectantes y mirando alrededor.

La casa llevaba vacía al menos un mes, dedujeron por el polvo que se posaba sobre los muebles. Recordaba cómo era el lugar, cuando la vio en los recuerdos del primogénito de aquella desgraciada familia, un hogar luminoso y sencillo, nada que ver con la decoración actual.

Una cuidada tarima de madera cubría el suelo, mientras que las paredes estaban pintadas de un ocre difuminado, cubiertas éstas por cuadros debidamente espaciados, de colores otoñales y marcos elegantes. Indudablemente, aquel lugar era el capricho

de alguien que quería demostrar su opulencia y buen gusto, pero destilaba la frialdad de una estudiada decoración.

Revisaron las habitaciones del primer piso, encontrando que eran las convencionales de un lugar así, y sin rastro de una pista que indicara las intenciones o el paradero de Bones. Al intentar abrir una enorme puerta de caoba, ésta no cedió, y comprendieron que habían llegado ante aquello que buscaban.

-¿No hay ninguna trampa? –preguntó Darrell.

-No he detectado ningún hechizo en el interior –le tranquilizó Kate-. Simplemente permanece cerrada con llave. ¿Quién es hábil con las cerraduras?

Por toda respuesta, Farida golpeó con el pie la madera barnizada y ésta crujió astillándose, para abrirse finalmente de par en par.

-Sutil tu chica, ¿eh, Darrell? .comentó Kate.

El joven la miró un segundo advirtiéndole con la mirada; no toleraría más desavenencias en el grupo.

La estancia era rectangular, con las paredes cubiertas por estanterías. Los anaqueles se mostraban atestados de libros y pergaminos, algunos simplemente legajos corroídos por el tiempo. Los cuatro hurgaron entre los volúmenes, buscando alguna pista que les orientara hacia los propósitos de Bones.

-¡Un portátil! –Gritó triunfante Amy, sacando un destartado aparato oculto por una montaña de folios en los que figuraban anotaciones a mano, pero al intentar encenderlo la desilusión se plasmó en su rostro-. Está sin batería, y no encuentro ningún cargador por aquí.

-¿Y esto qué es? –Preguntó Darrell, tomando los papeles con las manos-. ¿Alguien puede entenderlo? Parece que está en clave.

Farida le echó un vistazo y le miró acusadoramente.

-No está encriptado. Es escritura cuneiforme.

-Ah, claro. Disculpe usted, pero me perdí las clases de sumerio en el instituto.

-Chicos... ¿Y esto? –Preguntó Kate, mientras sostenía un voluminoso libro de amarillentas páginas y bordes apolillados, que delataban una antigüedad de varios siglos -. Está lleno de dibujos bastante extraños, y tiene anotaciones a mano en inglés.

Colocó el ejemplar sobre un escritorio y le echaron un vistazo. Al momento reclamó la atención de todos, pues la mano de Bones había llenado de apostillas a través de los años los márgenes que rodeaban a los grabados.

-Esto de aquí es un basilisco –apuntó Farida-. Un dragón, el Leviatán, el Behemoth, el...un momento...fijaros aquí...parece que escenifica algo parecido al día del juicio.

En efecto, el dibujo representaba una ciudad medieval, sobre la que se alzaba un ser gigantesco, rescoldo de eras pasadas, que derribaba los edificios a su paso, mientras los pobladores enloquecían y se arrojaban desde las almenas que la rodeaban, llevados por la desesperación. Un encabezado en escarlata y dorado reflejaba unos símbolos extraños para Darrell:

הבהמה המכה

-“El Behemoth reinante” –tradujo Farida. Al ver la cara de estupefacción de todos los congregados, aclaró-. Es normal que pueda traducir el hebreo, provengo de Oriente Medio. Los semitas siempre comerciábamos con los judíos; compraban nuestras mercancías para llevarlas a Occidente.

-Chica, eres completita –comentó la pelirroja-. Te llevas todo un tesoro –susurró al oído de Darrell.

-Bien, ¿Alguien puede explicarme qué es este bicho? –comentó, sin hacer caso de la ironía de Amy.

Sus amigas miraron interrogantes al mismo tiempo a la genio, esperando que contestara. Ella resopló e intentó responder la pregunta.

-Lo que cuentan en ciertos libros sagrados es que Iahveh, en el quinto día de la Creación, dio forma a dos criaturas colosales. El Leviatán, hembra, y el Behemoth, macho. Ante el temor posterior de que ambos procrearan y destruyeran su labor, eliminó al primero y desterró a otro a un enorme desierto llamado Dandain, situado al extremo de este mundo, según unos, o en su frontera, lindando con nosotros desde una dimensión diferente, pero haciendo imposible su regreso.

Darrell se mesó los cabellos.

-Es desesperante. Cada uno cuenta una historia diferente de la Creación, o del primer hombre y la primera mujer, o de Enviados y Elegidos. ¿Alguien puede decirme cual es la verdad?

-Ey, espera –le interrumpió Farida-. Yo sólo te he repetido lo que cuentan los hebreos. Para nosotros sólo hay un Dios, Alah, y Muhammad es su profeta. Pregúntales mejor a tus amigas.

El aludido las miró, pero ellas sólo pusieron cara de circunstancias.

-Nunca habíamos oído hablar de un ser semejante –confesó Amy.

-Bien, hagamos algo. Recoged todo lo que creáis interesante de esta biblioteca mientras Farida y yo seguimos inspeccionando el lugar.

Ambas asintieron, y Darrell tomó del brazo a la djinn y salió con ella rumbo a la planta baja.

-¿Puedes soltarme? –le pidió la genio cuando se encontraron a salvo de oídos indiscretos.

-Disculpa si he sido brusco, pero quería estar a solas contigo.

-Vaya, eso es algo nuevo para ti, ¿verdad? Pensé que tu sueño era estar rodeado de huríes haciéndote el amor.

-Mira, Farida, durante esta semana he estado a punto de ser devorado por un ser venido del infierno, machacado por un Antiguo y, lo que es peor, echándote de menos a cada minuto.

-No te creo.

-Podría transmitirme mis recuerdos y demostrártelo, pero eso sería ponértelo fácil. Quiero que me mires a los ojos y me digas que me crees.

Ella dudó, pero finalmente clavó las pupilas en él, mientras temblaban sus labios. Al cabo de unos segundos, la besó suavemente, rodeándola con los brazos por la cintura.

-¿Me disculpan los tortolitos? –Interrumpió Amy-. Lamento venir a buscaros, pero he encontrado algo interesante entre tanto libro.

Maldiciendo mentalmente, Darrell subió hasta la biblioteca. Kate estaba rebuscando en una caja de cartón que alguna vez contuvo un antiguo televisor, e intentaba ordenar metódicamente lo que parecía una multitud de fotos.

-¿Y esto? –preguntó a la mulata

-Parecen ser imágenes de nuestro amigo, desde grabados antiguos a fotografías actuales. Creo que aquí hay acumuladas unos cuantos siglos de egocentrismo. También hay dibujitos de nuestro amigo el Behemoth –le tendió una docena de imágenes realizadas con pluma o carboncillo, que reflejaban un inmenso ser amorfo vagando por un lugar desértico.

-Evidentemente, esta abominación le obsesiona desde hace bastante tiempo. ¿Y aquellas polaroids de allí? –preguntó señalando una veintena de ellas, separadas del resto en una esquina.

-Son de la antiguos dueños de la casa –se las tendió.

Allí estaban los tres niños, abrazados a sus padres; jugando en un porche engalanado para las fiestas de navidad; el mayor, Warren, sosteniendo un bate de beisbol y el rostro oculto por un casco que le quedaba cómicamente grande; el rostro sonriente de la mujer sosteniendo en su regazo a los gemelos recién nacidos... Un sentimiento melancólico se apoderó de él y sintió la añoranza de los días perdidos.

Un descuido de Kate al seleccionar las fotografías había hecho que encontrara allí una polaroid de Bones, sonriendo ufano frente al umbral de la casa. Y entonces comprendió que deseaba aquella mansión, no porque fuese necesario para sus planes, sino porque algún día pasó junto a ella y se encaprichó del lugar. La negativa del matrimonio a venderla fue sin duda suficiente para que se tomara una venganza tan cruel.

-Guardad todo aquello que trate sobre Bones y el Behemoth, nos vamos ahora mismo –ordenó mientras rompía la imagen de su patrón y guardaba el resto con mimo en un sobre-. Id a mi habitación en el hotel y esperadme allí, yo tengo algo pendiente que hacer. Os rogaría que me dejarais en Nueva Jersey.

-¿No volvemos juntos? –preguntó Farida.

-No tardaré demasiado en reunirme con vosotras. Pero tengo algo urgente que hacer – al ver los rostros interrogantes de las chicas, prefirió aclararlo-. Tengo que volver a casa y ver de nuevo a mi madre.

VIII

Long Valley era un lugar para la clase media alta. Cuando su padre compró aquella casa en una coqueta urbanización, la convirtió en una muestra de orgullo y superación

personal. Había ingresado diez años atrás como administrativo de una importante empresa y ahora le habían nombrado contable, por los que los ingresos subieron espectacularmente en el ámbito familiar.

Darrell tuvo su primer coche a los dieciséis años, y pudo ir a la universidad con desahogos. Sin embargo, justo cuando tenía que pagar la matrícula del tercer año, su padre falleció en un accidente de tráfico. Aquella tragedia supuso un trauma para él, ya que había perdido a alguien que admiraba, pero se percató de las consecuencias económicas una vez pasado el funeral.

El seguro de vida no había sido actualizado por su empresa al cambiar la posición de su padre dentro del organigrama de ésta, y sólo cubría unos meses de hipoteca. Mientras su madre buscaba trabajo, tomó la dolorosa decisión de abandonar la universidad, esperando regresar cuanto antes. Desgraciadamente, el rumbo que tomó su carrera profesional fue empeorando a marchas forzadas, lo que convirtió el reingreso en un mero sueño imposible.

Y ahora, el Cadillac conducido por Kate le dejaba frente a la puerta de su antigua morada. Bajó del automóvil y quedó paralizado frente al pequeño jardín que daba paso a la entrada. Tras un momento en el que intentó controlar la respiración, comprobó que las chicas estaban a su lado.

-Iremos contigo –habló Farida-. Será más fácil.

Avanzaron hasta el umbral y Darrell llamó al timbre, indeciso. Los segundos hasta que se abrió la puerta le parecieron eternos y, de pronto, allí tenía a su madre, mucho más delgada y descuidada que la última vez que la viera.

Aquellos ojos azules que habían cautivado a su padre, estaban ahora hundidos en un círculo oscuro, las mejillas huesudas, y el cabello desmadejado y canoso.

-¿Sí? –preguntó con una hálito de voz.

El joven quedó mudo, incapaz de pronunciar una palabra. Quería abrazarla, confesarle quién era, huir de allí corriendo para no tener que seguir contemplando la ruina en que se había convertido en sólo unos meses.

-¿Lauren Kirthley? –preguntó Farida, salvando la incómoda situación. Ella asintió -. Somos amigos de Darrell. Simplemente queríamos expresarle cuánto le queríamos y que le echamos de menos todos los días.

La mujer se apoyó sobre el marco, con un gesto de sorpresa. Luego esbozó una sonrisa resignada.

-Sois los únicos que habéis venido –confesó-. Ninguno de sus compañeros de instituto o universidad ha aparecido por aquí. Por favor, pasad, estaba preparando un té.

-No queremos molestarle, señora –se excusó Darrell. Pensaba que estaba ahondando en el sufrimiento de su madre.

-De ningún modo os dejaré marchar así como así. Sois el único consuelo que he recibido en meses. Entrad y tomad asiento, iré a la cocina y os prepararé algo.

Se sentaron en un salón sumido en la oscuridad ya que las cortinas se encontraban echadas cubriendo las ventanas. Esperaron unos minutos, revolviéndose en los asientos de piel de un sofá que ya había visto sus mejores años.

Por fin apareció Lauren, portando una gran bandeja con una tetera y un platito con pastas. Lo depositó en una mesita de centro y les sirvió una humeante taza de infusión.

-Y bien, decidme, ¿Hace mucho que tratabais a Darrell?

-Hará un año, señora –mintió Amy-. Coincidíamos en una cafetería cercana a las oficinas donde trabajaba. Ya sabe, un expreso para desahogarse y contar penas.

-Sí, la vida de mi hijo no fue bien desde que mi marido murió. Creo que fue un golpe para él mayor del que había supuesto. Y desde que tuvo aquél desgraciado accidente...yo voy cuesta abajo. Antes me sostenía por él, ahora ya no puedo más.

-Señora...no puede dejarse vencer de esa manera –intentó confortarla Fadira-. Sé que lo que ha sufrido es duro, pero estamos aquí para ayudarla en lo que haga falta.

-Gracias, es algo que no sabes cuánto agradezco. He estado tan sola desde entonces... al menos tengo el consuelo de que el nombre de mi hijo ha quedado limpio, después de que la policía arrestara al matrimonio Stabin. Y ese pobre niño, despreciado por su madre y abusado por su padre... ya veis, otra víctima inocente.

-Lauren, quisiera darle esta donación – Darrell puso en la mano de su madre el fajo de billetes que le diera Amy. La mujer puso los ojos en blanco e intentó negarse a recibirlo, pero él insistió-. Es una colecta que hemos hecho entre todos los que estimábamos a su hijo.

De repente, dos fajos más aparecieron en sus manos. Era Amy la que se los había dado.

-Esto viene de parte de las chicas que queríamos a Darrell –ofreció la pelirroja con una radiante sonrisa.

Farida se sintió mal. No llevaba más que un centenar de dólares en la cartera y una tarjeta de crédito. Aunque no tomó el gesto altruista de las súcubos como algo premeditado para humillarla, la situación era embarazosa para ella.

El joven adivinó el malestar de la genio y se levantó para despedirse, muy a su pesar.

-Lauren, tenemos que irnos, llevamos algo de prisa.

-¿Ya os vais? –se quejó su madre, con los ojos húmedos-. Oh, perdonad a esta pobre mujer –pidió mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo-, no sabéis el bien que nos habéis hecho. Pero no podéis dejarnos así, debéis de subir a verlo.

-¿A verlo? –preguntó-. ¿A quién tenemos que ver?

-Oh, venid conmigo, subamos las escaleras –lo tomó del brazo y le hizo subir los escalones. Se volvió hacia el resto del grupo, que contemplaba la escena sin saber a qué atenerse-. Acompañadnos, chicas, está en la que era su habitación cuando vivía aquí.

-¿Quién está ahí arriba? –preguntó Farida, con un susurro.

-Darrell, naturalmente, ¿Quién si no?

VIII

Durante todo el trayecto a Nuevo York permanecieron en silencio. Sólo cuando llegaron a la casa de Farida ésta tuvo la voluntad de hablar.

-Quedaros todos en mi casa –invitó-. Tengo habitaciones de sobra y sitio para los trastos que hemos traído de la casa de Bones.

Aceptaron y, tras estacionar el Cadillac, procedieron a descargarlo. El salón de la genio pronto estuvo atestado de cajas, que vaciaron mecánicamente para proceder a intentar descifrar el paradero y las intenciones de Bones.

Darrell se tumbó en un sofá y dejó que los demás trabajaran. Nadie le dijo nada; era mejor que asimilara él mismo aquello que todos habían visto.

Cuando subieron hasta su antigua habitación y Lauren abrió la puerta, contemplaron una figura escuálida e inmóvil, conectada a una máquina de ventilación asistida y a una sonda alimenticia. Sus ojos estaban abiertos mirando algún punto en el infinito. El joven sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo, al contemplarse a sí mismo tal y como era siendo un mortal, convertido en un saco de huesos inerte.

-Le cerramos los ojos, pero vuelve a abrirlos –aclaró Lauren.

-¿Cómo...cómo es posible esto? –preguntó el joven-. Creíamos que había muerto – “debería estar muerto para que yo estuviese aquí” estuvo a punto de decir.

-Por lo visto, un pastor presbiteriano, que suele ir a predicar por ese distrito, encontró la puerta de la casa abierta y, temiendo que algo malo hubiera sucedido, irrumpió en el interior. Fue él quien le aplicó los primeros auxilios y llamó a emergencias.

-No lograron reanimarlo, desgraciadamente, por lo que deduzco –sentenció Amy.

-La labor del sacerdote fue crucial; cuando llegó la ambulancia, había logrado recuperar sus funciones vitales. Permaneció bastantes días en el hospital, sometido a todas clases de pruebas. Y aunque los doctores afirmaban que tiene actividad cerebral, no logra recuperar la consciencia. Como pueden imaginar, los últimos meses han sido muy lamentables para mí.

Farida se percató de la tonalidad mortecina que había adquirido el rostro de Darrell, y decidió que era mejor irse cuanto antes.

-Va a disculparnos, Lauren, pero nuestro amigo está realmente impresionado, y creo que deberíamos irnos.

-Oh, claro. Soy muy desconsiderada, me imagino que encontraros así a mi hijo tiene que ser un choque para vosotros.

Y así habían dejado Long Island atrás y puesto rumbo a Nueva York, con Darrell callado como una tumba durante el viaje.

La djinn puso un café en las manos del joven, que se encontraba sentado en un cómodo sofá, con los ojos clavados en el suelo. El calor de la taza le hizo reaccionar y bebió un trago.

Bones...-musitó al fin-. Juro que pagaré lo que ha hecho conmigo, con mi madre, con todos a los que ha dañado por su ambición.

-Ya que parece que has reaccionado y espero disculpes mi falta de delicadeza, ¿Puedes explicarnos cómo eres un demonio estando vivo tu cuerpo?

-No tengo ni idea. Mastema me comentó que Bones era un asiduo de las trampas, pero creo que esta es la más grande de todas.

-Eso significa que tu contrato no es válido –informó Kate-. Has de estar muerto para que sea conformado.

-Cierto. ¿Pero qué ocurriría si reclamo? ¿Volvería al cuerpo que estaba en la cama? No, gracias. Me acojo al incumplimiento unilateral por parte de mi jefe, pero no voy a renunciar a los beneficios que he obtenido. Y eso quiere decir, evidentemente, que no le debo obediencia.

-Quizás esa fuera la razón por la que puedes hacer cosas que otros no pueden. Por eso tus poderes bailan sin sentido, pudiendo ir al Infierno y regresar, o evitar que otros capten tus recuerdos –agregó la mulata.

-Tienes razón, esa es la explicación más lógica –los ojos le brillaron a Darrell-. Mi estado demoniaco es inválido, con lo cual todo está claro. Es decir, es evidente que los principios que rigen la realidad se han hecho un lío con mi propia existencia.

-Algo tuvo que ocurrir para que las leyes se saltaran contigo – habló Farida mientras desarmaba un par de alimentadores para portátiles e intentaba conectarlo a la red eléctrica-. Me imagino que tiene que haber unas normas.

-Las hay, pero ya en su momento se las saltó Bones –argumentó, recordando el suceso de Seboim-. Y como entonces, creo que las rompió por casualidad. Por lo que puedo deducir, en ningún momento esperaba ni él ni su amigo Gandrel que pudiera hacer lo que he hecho.

-¡Oh, por favor! ¿Alguien puede ayudarme con esto? –suplicó Amy que, sentada en el suelo, había abierto los manuscritos y libros que hablaban del Behemoth, disponiéndolos a su alrededor, y estaba rodeada por ellos-. No encuentro una explicación acerca de lo que es realmente este bicho.

-En internet no hay mucho más de lo que ya sabemos –agregó Kate, que estaba manipulando su terminal.

-¿Y quién puede saberlo entonces? –preguntó Darrell. Una luz se hizo en su mente y, levantándose de un salto, tomó su chaqueta-. Chicas, voy a visitar a alguien que seguro me informará de primera mano.

-Ey, ¿Dónde vas? –se quejó Fadira-. Estoy a punto de arreglar este portátil.

-A ver a un abogado muy influyente –respondió antes de desaparecer por la puerta.

VIL

Mastema lo esperaba de pie, en su despacho, fumando un tabaco aromático en una pipa labrada, mientras sostenía un whisky de malta en la mano libre, agitando el vaso y haciendo tintinear los cubitos de hielo.

-¿Y bien, chico? Aunque no me caes mal, odio ver demonios dando vueltas por mis oficinas. Eso sí, me agrada que esta vez hayas preguntado por mí y no por Nancy. Ya sabes que no me gusta que te acerques a ella.

-Lo siento, señor, pero es realmente urgente. De otro modo, no le molestaría.

-Cuéntame entonces el motivo de tus prisas. Te veo acelerado. ¿No habrás tomado drogas, verdad?

-No, señor. Por favor, dígame qué sabe del Behemoth.

El rostro del abogado palideció, enmudeciendo y crispándose, sus manos temblaron y apretaron el vaso de grueso cristal tallado, que saltó en pedazos. Alzó la mano hasta la altura de los ojos, sólo para asegurarse que no había recibido daño, aunque sabía que era imposible que tal cosa sucediera.

-Esa pregunta, viniendo de un demonio, es realmente inquietante –le respondió-. Dime porqué la haces y después te diré lo que quieres saber.

-Estuve en casa de Bones. Muchos de sus libros y documentos tratan sobre esa bestia, ya sea en grabados que representan su imagen o como profecías acerca de su venida al mundo. Para serle franco, visto el respeto que tiene mi reclutador por las normas, creo que el patrón que habla de no traer criaturas semejantes a este plano de existencia, piensa infringirlo. Lo cual, dicho sea de paso, es como mínimo, inquietante.

-Hacer tal cosa es imposible.

-Me temo que Bones no piensa así. Ahora cuénteme qué es el Behemoth.

-Te lo voy diciendo mientras bajamos –tomó una gabardina y un maletín y le invitó a acompañarle hacia la salida-. Este universo es el resultado de la destrucción de otro anterior. Y éste a su vez de su antecesor, y así hasta donde mi memoria puede llegar. Oh, no puedo hacer una remembranza al detalle, evidentemente, sólo retazos de mi existencia inmortal. Pero sí está fija en mi memoria la presencia del Behemoth. Él es el responsable, si no de la hecatombe cósmica cuyo resultado es la nada absoluta, sí de pequeñas catástrofes estelares que aumentan el ritmo de la entropía.

Habían llegado hasta el ascensor y Mastema pulsó el botón de la planta baja de forma repetitiva, nervioso.

-Se alimenta del caos y el pecado; la maldad es una forma de desorden –prosiguió-. Cuando el anterior universo se estaba colapsando llegando a su fin, todas las fuerzas que seguíamos existiendo nos unimos y lo desterramos a un lugar estéril, vacío, donde no podía sustentarse y devorar todo lo conocido. Allí ha estado desde entonces, mientras el polvo estelar que flotaba en un vacío muerto y carente de luz volvía a unirse y formaba nuevas estrellas. Y ahora tu amigo Bones, haciendo honor a la demencia que le caracteriza, pretende traerlo de nuevo a nuestro plano de existencia, con la locura que ello significa.

Entraron en el ascensor y desalojó a un par de secretarias que había en él; no quería que otros oídos escucharan lo que tenía que decir.

-Los Guardianes fuimos concebidos después de una terrible guerra, sucedida hace cincuenta mil años, en la que se enfrentaron los dioses y sus creyentes. El conflicto casi acaba con la misma humanidad, y los entes supremos decidieron realizar un interregno hasta el fin de los tiempos, dejando libertad a los hombres para decidir a quién adorar, sin que puedan intervenir las deidades, desequilibrando la balanza con sus poderes divinos. Nosotros somos aquellos que velamos porque esa tregua se lleve a cabo y se respeten ciertas normas. Básicamente, la principal indica que ninguna creencia puede realizar un acto tal que implique la aniquilación absoluta de la raza humana, o el hundimiento de la civilización. Como sabes, Bones no es la primera vez que se la salta.

-Pero a lo largo de la historia se han hundido muchos imperios, grandes ciudades han resultado destruidas...

-Cierto, mas la causa no han sido las deidades, sino catástrofes naturales o la propia acción del ser humano. Y nosotros debemos respetar el libre albedrío del hombre, siempre y cuando no haya sido influenciado por un ente sobrenatural.

Por fin la planta baja. Se dirigieron con rapidez hacia la puerta.

-Mientras te contaba todo esto, me he puesto en contacto con los míos –confesó-. Estamos mentalmente unidos, como puedes imaginar. Te aseguro que tu patrón va a arrepentirse de esto.

Atravesaron la puerta y salieron a la calle.

-Ya veo a alguno de ellos. Vienen a nuestro encuentro –le informó el abogado.

Darrell contempló dos hombres altos y corpulentos, de rostros hieráticos y bronceados, vestidos con caros trajes, que se acercaban con paso ágil esquivando al gentío que circulaba por la Quinta Avenida.

-¡Ey! –Exclamó una voz familiar frente a él-. ¿Qué hacéis los dos juntos? ¿Vais a almorzar y no me habéis invitado? –giró el rostro para comprobar que allí estaba Nancy, con su radiante sonrisa.

-No es buen momento, chiquilla – la interrumpió el abogado, echándola a un lado

-¿Ocurre algo que debería saber? –el rostro de la joven se había vuelto pálido. No estaba acostumbrada a que su mentor fuera tan desconsiderado con ella.

-Tranquila, ya te explicaremos –le dijo Darrell tomándola por el brazo, acariciándola con delicadeza. Ella le dio la mano y sonrió. Pudo sentir aquella inocencia y pureza que destilaba, tan perfecta e inusual como siempre.

Su móvil timbró entonces; era Farida. Hizo un gesto a la abogada disculpándose, y respondió la llamada.

-Dime.

-He logrado encender el portátil. La sensación de seguridad de tu amigo tiene que ser muy alta, porque no tenía ninguna clave. ¿Dónde te encuentras?

-En la Quinta. ¿Qué ocurre? ¿Averiguaste algo?

-Bastantes cosas. Un correo electrónico con cientos de destinatarios citados en el centro de convenciones hosteleras Marcus Sandys, y un recibo de dicho establecimiento a nombre de Bones, con un importe facturado de doscientos mil dólares por el alquiler de las instalaciones en el día de hoy, con cena de gala incluida. He dejado de buscar porque me parece que ya tenemos suficiente para encontrarlo. ¿Sabes dónde está ese lugar? ¿Nos vemos allí en una hora?

-Me parece perfecto. Tomo el metro y nos encontramos allí – Mientras se despedía de Farida, comprobó cómo Mastema se reunía con los suyos a pocos metros de distancia, con Nancy a su lado, esperando que terminara de hablar, confundida.

Entonces lo vio. En un principio no lo reconoció, vestido como iba con un traje y gafas de sol, pero su cráneo rapado lo delataba; era Richard Willson, el amable estudiante que había degenerado hasta convertirse en lacayo de un demonio, y había arrojado a Nancy a las aguas del puerto.

El intruso sacó un revólver plateado y apuntó a la frente de la chica, que quedó paralizada por la impresión. Pudo ver a través de las lentes la resolución que se marcaba en sus ojos.

-¿Por qué a mí? –se atrevió a preguntar la joven.

Había permanecido inmóvil ante la amenaza que se cernía sobre su amiga, por temor a provocar un desenlace fatal, pero supo que éste era inminente. Se lanzó sobre él para arrebatárle el arma, pero el matón ya esperaba su reacción y le soltó un doloroso codazo en la mandíbula. Darrell cayó al suelo, conmocionado y sorprendido por la inusitada fuerza que demostraba un simple mortal.

-¿Por qué tú? ¿Qué crees que te hace diferente a los demás? –Le preguntó el pistolero a la abogada-. Eso es pecado de vanidad –sonrió y mostró unos dientes excepcionalmente afilados-. Púdrete en el infierno.

El disparo retumbó en la plaza y el gentío se arrojó al suelo o emprendió la huida. El joven se encontraba de rodillas por el golpe que había recibido, cuando vio a Nancy caer como un muñeco, inmóvil y sin vida; un agujero destacaba en su frente, mientras la trenza en que había recogido su melena aquél día se encontraba empapada en sangre y tejidos, delatando dónde había tenido lugar la salida del proyectil.

El tipo rapado apuntó hacia Darrell y le sonrió de forma siniestra, justo antes de que sus labios se abrieran en una terrible mueca al separarse su cabeza del cuerpo, y la sangre saliera como un surtidor de las arterias del cuello.

Era Mastema el que había tomado cumplida venganza sobre el asesino de su pupila. Arrojó el cráneo contra el asfalto con tal fuerza que se desintegró en el impacto. Aquello fue suficiente para que los testigos del crimen y la posterior ejecución del culpable salieran en desbandada de allí, algunos vomitando mientras corrían.

El abogado tomó entre sus brazos el cuerpo inerte de Nancy, y lloró sobre él. Después miró a Darrell con los ojos fulgentes y el rostro desencajado por la ira.

-Esto es cosa de Bones –rugió-. No sé por qué ha hecho algo así pero se lo voy a hacer pagar de una manera como nadie lo ha sufrido en toda la historia de la humanidad.

Los guardianes eran ahora una docena, y formaban un círculo alrededor de ellos. Sus rostros, firmes e impasibles, reflejaban una belleza atemporal y pétreo, semejando las estatuas labradas en las paredes de Babilonia o La Acrópolis.

Entre ellos surgió una figura vestida con jeans y camiseta negra y apuntó con un dedo acusador hacia Mastema.

-Ha roto las reglas; ha asesinado a uno de los míos de forma arbitraria y un exijo juicio sumarísimo –declamó. Darrell lo reconoció como el demonio con el que había hablado en un pub cierta tarde de domingo, y al que debía obediencia el ahora finado.

-No es uno de los tuyos, es sólo un jodido hijo de puta –terció Darrell, furioso-. Ese humano de mierda asesinó a esta chica.

Un ulular de las sirenas de policía se aproximaba, y pudieron ver algunos agentes tomando posiciones en los alrededores. Uno de los Guardianes levantó la mano, imponiendo el silencio y se agachó sobre el cadáver mutilado, posando su mano sobre él, examinándolo.

-Ciertamente es un demonio –confirmó-. Creado hace poco, pues su cuerpo sobrenatural aún está asentándose en esta realidad, pero es verdad que Mastema ha roto las reglas del armisticio.

-¡Pero es un asesino! –Protestó el joven-. Mató a Nancy sólo por placer.

El Guardián lo miró con los ojos furiosos.

-Era sólo una humana. Si hablásemos de mil millones de los de su especie, quizás podría tener la importancia que ahora no tiene, pero su muerte no supone una ruptura del equilibrio, por lo que no puedo admitir una actitud como la de Mastema.

Lo comprendió todo; no era más que una argucia de Bones para impedir maniobrar libremente a Mastema.

-¡Es una trampa! Dejadme exponerlo y comprenderéis cómo es inocente: Es necesario que venga conmigo, y ustedes también si pueden. Tengo algo que enseñarles –le era imposible transmitir un discurso lógico, llevado por los nervios, y los Guardianes le contemplaron irritados.

-¡Basta! No intentes justificar lo que no puede ser argumentado. Mastema queda retenido entre nosotros mientras tiene lugar su procesamiento, en el cual sopesaremos las pruebas. Y tú, aléjate de aquí, porque no haces más que aumentar mi mal humor –y tras despedirlo volvió con los suyos, que retenían al acusado, y enfilaron calle abajo, para después desaparecer entre el gentío, sin que los agentes de policía atinaran a fijarse en ellos. Sin duda, habían aplicado algún hechizo que los hacía pasar desapercibidos ante los mortales.

Comprendió que la situación era desesperada y se derrumbó allí mismo, llorando de pura rabia junto al cadáver de Nancy. Entonces la vio; era ella, mejor dicho, su fantasma, deambulando por la plaza, perdida y dando pasos de ciego. Pudo ver en su rostro la confusión que sentía, el terror que se había apoderado de sus facciones. De pronto, fue hundiéndose en el suelo, lenta pero inexorablemente, y gritó llevada por el pánico.

Darrell comprendió que el infierno la esperaba, de forma injusta. Estaba cansado de contemplar los desmanes y miserias que rodean este mundo, y ahora comprendía que también se extendía en el Más Allá. Intentó sujetarla por las manos y rescatarla, pero fue como si intentara agarrar el aire. Resignado, vio cómo desaparecía de la superficie.

Y entonces, mientras reaccionaba y corría hacia la boca de metro más próxima, se prometió que algún día la rescataría de las fauces de Lucifer.

IVL

El gran ventanal permitía ver la silueta de Manhattan en todo su esplendor bajo la penumbra del crepúsculo. Las luces de los rascacielos se prolongaban sobre el agua de la bahía, iluminando la oscuridad. Se deleitó en aquella contemplación, sabedor de que antes de que terminara el día, todo habría desaparecido.

Se giró hacia el salón, que se perdía hasta donde abarcaba la vista. Alrededor de redondas mesas cubiertas con impolutos manteles, se encontraban sus discípulos, exhibiendo un aire festivo mientras el servicio les proporcionaba todo tipo de bebidas y exquisitos manjares. El desconocimiento que tenían acerca de sus planes le proporcionaba una doble satisfacción.

La Gran Manzana era el lugar perfecto para atraer al Behemoth, la deidad que sustituiría a todos los dioses. No sólo porque allí se consumaban a diario diez mil adulterios y un millar de crímenes de los más variados sino porque, simultáneamente, en aquella ciudad se tomaban decisiones que condenaban a la muerte a miles de personas, arruinaban países, condenaban al hambre a millones. Los siete pecados capitales se enseñoreaban allí como en ninguna otra metrópolis del mundo, rindiéndose sus habitantes al pecado.

Un hombre obeso y vestido con una levita, a todas luces estrecha, se acercó hasta él, sonriendo y con los ojos brillantes, sin duda porque pensaba en los beneficios que le depararía aquel congreso; no todos los días se alquilaba el salón principal para un festín de un millar de invitados.

-¿Está todo a su gusto, señor Bones?

-Sí, es perfecto. Realmente hablaré bien de usted a mis socios –le respondió sonriendo, pensando cómo disfrutaría si abriera aquella opulenta barriga y colgara sus intestinos de una lámpara a otra, a guisa de macabra decoración.

-Las botellas de vino que usted mandó llegaron esta tarde, y ya están siendo servidas. Me encontraré en la cocina, si necesita algo de mí.

-No se preocupe, sabré encontrarle –le aseguró mientras sonreía.

Thami se acercó a él con una copa de vino en cada mano. Le ofreció una y él la tomó de un trago.

-Pensé que íbamos a brindar juntos –le replicó ella, decepcionada.

La contempló en toda su majestuosidad; sería una reina consorte perfecta, cuando el Behemoth convirtiera la tierra en un páramo de dolor y pecado. Sintió una punzada en

el estómago a la vez que una fuerte erección asomó en su entrepierna. La besó en los labios, mordiéndolo con lujuria.

-¿Es el vino que he traído?

-Sí, está rico –asintió mientras daba un largo trago. Bones le arrebató la copa y la dejó sobre una mesa.

-No vuelvas a beber de él. Te necesito sobria para que me ayudes en el ritual.

-¿Por qué? Parece realmente un reconstituyente; me siento más animada.

-¿Siempre preguntado? Bien, no me importa responderte una cuestión por enésima vez; ese vino es en realidad una antigua pócima muy poderosa, utilizada por las brujas para la sagrada comunión con Lúcifer. Te desinhibe todos los sentidos, te agudiza la parte animal que hay en ti, soterrada por miles de años de civilización. Sin embargo, yo he creado una fórmula aún más poderosa, donde todo rastro de razón queda anulado y la mente pasa a ser regida por el único deseo de satisfacer las necesidades más oscuras. Necesito crear una atmósfera tan maligna que el Behemoth cruce la frontera entre los dos universos no ya por propia voluntad, sino obligado a hacerlo en busca de su alimento.

-¿Un cebo entonces?

-Algo parecido. Aunque Él necesita llegar hasta nuestra realidad, no viene mal un poco de ayuda para nuestros propósitos. Y ahora acompáñame; ya es hora de que tome la ayahuasca.

Sobre una mesa situada junto al gran ventanal depositó un voluminoso maletín de piel. Lo abrió y sacó un recipiente metálico, que desenroscó con mimo. Un fuerte aroma a hierbas adustas le llegó al olfato y su mente, como un *deja vu* programado, pareció abrirse a otros mundos ante aquella experiencia.

-Encárgate de que nadie me moleste, Thami –le ordenó mientras encendía un enorme cigarro.

El hombre de la levita se acercó a ellos, visiblemente nervioso. La chica lo paró en seco, poniéndose frente a él.

-¿Ocurre algo? No me diga que después de lo que hemos pagado mi jefe no puede echar algo de humo.

-¿Humo? ¿Está fumando? Oh, eso no está bien, pero lo que realmente me preocupa es la actitud de sus invitados.

Miró tras el hombre, cuya frente destilaba sudor, y comprobó que efectivamente no estaban guardando el decoro debido. Si esa era la reacción que esperaba producir con el vino oscuro sobre sus discípulos, Bones debería de estar contento.

Una gula incontenible se había apoderado de ellos, y se arrojaban sobre las mesas bebiendo y comiendo. Incluso arrebatában las bandejas a los camareros, devorando allí mismo la comida. De improviso todo pasó a mayores, y una joven camarera que intentaba huir hacia la cocina, asustada por semejante comportamiento, fue acorralada por varios de los presentes, que arrancaron sus ropas y, arrojándola al suelo, la poseyeron de forma violenta, peleándose entre ellos para disfrutar de la desgraciada.

Thami se acercó al responsable del centro de convenciones, obligándole a mirar la hecatombe que estaba teniendo lugar; todos los miembros del servicio eran ahora pasto de las depravaciones de los congregados, mientras aullaban de dolor e intentaban escapar inútilmente de aquella orgía sangrienta. Un grupo de bacantes, ebrios y semidesnudos, se adentró en la cocina y sacó a los pocos humanos que habían tenido tiempo de esconderse allí. Otros acólitos se les unieron, y pelearon por las presas de forma salvaje. Finalmente, Thami contempló excitada cómo los mortales eran despedazados y los demonios devoraban los miembros que habían obtenido como trofeo.

-¿Ves esto? –Le preguntó a su prisionero-. Pronto todo tu mundo pasará a ser presa de la bestia más increíble del universo. El pecado se extenderá entre los hombres y se convertirán en animales; fornicarán entre ellos, se golpearán y devorarán, todos los vicios y pecados se enseñorearán de la faz de la tierra. Pero tú no lo verás desde aquí, sino desde los abismos del infierno –dicho esto, lo arrojó hacia el trágico banquete, quedando tumbado en el suelo, conmocionado por haber volado en el aire una docena de metros.

Dos demonios femeninos se acercaron a él, desnudas y ensangrentadas, intentando saciar la lujuria que las dominaba. Pero el hombre estaba demasiado asustado para hacer otra cosa que llorar lastimeramente, así que hundieron sus dientes en el estómago de éste, y sacaron sus entrañas con aquellos dientes perlados y perfectos.

Thami conocía a muchos de los que estaban allí. En ocasiones, había acompañado a Bones en su búsqueda de adeptos. Un escalofrío la recorrió al ver a aquellos con los que había compartido un propósito, una búsqueda, una cierta idea de familia, habían perdido todo uso de razón y cometían las más viles atrocidades entre ellos, ahora que ya se habían quedado sin víctimas humanas.

Aquello que contemplaba superaba con creces todo lo que había vivido hasta entonces. Lo que le rodeaba, las escenas que tenían lugar en aquél centro de convenciones,

estaban más allá de lo que definiría como mal; era algo más amplio, más oscuro, con raíces que se hundían en el caos absoluto.

La sangre empapó el suelo y llegó hasta sus zapatos. Sus amigos se devoraban entre ellos mientras fornicaban, copulaban con cuerpos muertos y moribundos descuartizados, arrancándose a sí mismos los ojos, mordiéndose los miembros mientras se mutilaban de las formas más creativas, en un paroxismo de autodestrucción. Supo que la negritud del mal absoluto se apoderaría de su mundo y sintió pánico por lo que vendría. Las escenas que se desarrollaban ante ella, los sueños de su amo, eran una locura que superaban sus más oscuros deseos. Sin capacidad de control, se orinó encima.

Retrocedió hasta su maestro, que se encontraba de espaldas a ella. Mientras los gritos agónicos se extinguían en la sala, contempló los ojos de Bones perdidos en algún lugar muy lejano, fuera de nuestro universo. Y de aquél caos cósmico irrumpió una masa putrefacta, un pseudópodo macilento del cual brotaba la podredumbre de la sinrazón, y gritó ante la locura de aquello que ansiaba penetrar en nuestro mundo.

Intentó tapar su propio alarido con las manos, dejar de gritar, pero los vestigios de razón la abandonaban ante la cercanía del Behemoth, y comenzó a morder sus propias extremidades intentando acallar su desesperación. Una a una, las falanges de sus dedos fueron cayendo al suelo, arrancadas de cuajo. Después prosiguió por la palma de las manos, la muñeca, el antebrazo...se amputó la lengua con los dientes y la tragó en un vano intento de obstruir su laringe.

Bones, saturado su organismo por la ayahuasca, había logrado encontrar de nuevo al Behemoth en el desierto ultra terreno donde tenía su hogar. La bestia se sintió inmediatamente atraída hacia él, rodeado como se encontraba por la depravación más absoluta, y llevó su enorme mole hacia el portal que había abierto, siguiendo el olor de la sangre y la corrupción. Una vez allí arremetió una y otra vez contra la frágil resistencia que le separaba de la Tierra, ensanchando la oquedad que le permitiría una fuga que ansiaba desde incontables eones. Por fin, una pequeña porción pudo traspasar aquella frontera, y ahora su colosal corpachón pugnaba por llegar hasta el mundo que le brindaba la libertad y la posibilidad de vengarse de aquellos que le desterraron.

Un filamento acuoso rozó el cuerpo de Bones, y sintió en toda su intensidad el mal que siempre había anhelado desde que era un simple niño. No sólo la raza humana encontraría una extinción degradante a sus manos, sino que toda la vida del cosmos llegaría a su fin.

De improviso, algo se echó sobre él y le hizo rodar sobre sí mismo. Maldijo la interrupción, que podía hacerle perder el contacto con la divinidad y que se cerrara el

portal. Se levantó furioso e intentó que sus sentidos, trastornados por la droga, identificaran la causa que le había llevado a dar con sus huesos en el suelo.

A unos metros de él, de rodillas, se encontraba un hombre...no, un demonio. Entonó los ojos intentando identificarlo, y cuando lo hizo no podía creerlo.

-¿Darrell Kirtley? ¿Qué haces aquí? –preguntó, confuso.

-¿Qué tal, jefe? He venido para presentar mi dimisión.

IIIL

No podía creerlo; ante él se encontraba uno de sus discípulos, desaparecido hacía meses, y al que daba por hundido en el infierno. Le acompañaban las zorras de Kate y Amy, dos súcubos baratos y denigrantes, lo más bajo en la escala infernal. Lo último que sabía de ellas se lo había transmitido Gandrel, confirmándole con satisfacción que eran sus esclavas sexuales. Una chica más completaba el trío de parcas, una belleza morena que no pudo identificar, y que sin duda no pertenecía a su especie.

La droga le embotaba los sentidos, pero no podía permitir que su organismo se deshiciera de ella porque en ese caso rompería el vínculo con el Behemoth. Y el sacrificio de los suyos, cuyos cadáveres adornaban de forma macabra el salón, habría sido en vano.

-¿Thami? –llamó a su ayudante, para encontrarla a unos metros más allá, arrastrándose por el suelo enloquecida, mientras sujetaba, con los muñones de lo que una vez fueron los antebrazos, su propia pierna izquierda, que mordía con frenesí mientras masticaba gruesos pedazos de carne desgajada. “Lástima” –pensó-. “Esperaba verla copular con el Behemoth cuando reinara sobre la tierra. Bien, quizás las súcubos me ofrezcan una diversión similar”.

Recordó que sus artefactos mágicos estaban en el maletín que había sobre la mesa, pero cuando fue a echar mano de ellos, la mujer morena apareció súbitamente frente a él y se los arrebató, para desplazarse seguidamente al fondo del salón, en un instante..

“¿Teletransporte? -Se preguntó-. Evidentemente, el traidor de mi discípulo ha hecho amistades muy extrañas. Pero si creen que mi magia se limita a eso, están muy equivocados.”

Mutó su organismo, tal y cómo sólo un demonio milenario puede hacerlo. Su cuerpo creció al cambiar; garras en lugar de manos, mandíbulas laceradas y una piel costrosa y espinosa, mientras una larga cola terminada en una aguja afilada y rezumante de veneno se movía de un lado a otro.

Uno de los ojos del Behemoth cruzó hasta nuestra realidad, y lo que vio debió gustarle, pues bramó de forma inquietante, arremetiendo contra el portal, ávido de alimentarse por fin, después de una eternidad desterrado, condenado al ayuno perpetuo.

Alentado por el próximo triunfo, Bones se lanzó contra los intrusos. Lo esquivaron a duras penas, lívidos sus rostros, pues de alguna manera habían escuchado el grito entusiasta de la Bestia y se les había congelado el ánimo.

Ahora sí, tras un nuevo intento, atrapó a Darrell entre sus garras. Lo alzó como si de un trofeo se tratase, para después hundir sus colmillos en aquél vientre suave y blando. Su lengua degustó la sangre y le entusiasmó; tenía hambre. Cuando iba a arrancar la cabeza del traidor con un mordisco, contempló de reojo a la mujer morena; estaba manipulando sus artilugios mágicos, y había algunos especialmente poderosos. Si lograba activar alguno, corría serio peligro.

Optó por lo más fácil, que fue arrojarle a su prisionero a través del salón. Ella soltó todo lo que tenía entre sus manos y, en lugar de esquivarlo, intentó amortiguar el golpe de ambos. A duras penas lo consiguió, aunque ambos cayeron al suelo dando vueltas.

Era el momento de acabar con tan inútil resistencia. Además, ahora que se fijaba bien, la nueva amiga de Darrell podía ser un trofeo adecuado a su triunfo; pensar en fornicar con ella mientras le abría el cráneo y degustaba sus sesos, absorbiendo los recuerdos que guardaba en ellos hizo que se relamiera de placer, mientras una saliva ácida caía al suelo.

Nuevas molestias le interrumpieron. Sintió insistentes golpes en su corpachón y buscó su origen. Eran los dos súcubos, que le arrojaban sillas, platos y cubiertos, con resultados penosos. Rió para sí mientras adelantaba unos pasos y su escamosa cola las barría, dejándolas fuera de combate.

Se dirigió hacia ellas con la intención de darles una lección de una vez por todas; si Gandrel había sido incapaz de redimirlas, él iba a enseñarles el significado de castigo. Algo se asió a él, impidiéndole avanzar, y comprobó que era de nuevo el pesado de Darrell. Su rostro estaba blanco por la pérdida de sangre, y las entrañas afloraban por el agujero que era su estómago.

Alzó la cola y el aguijón en que terminaba ésta apuntó directamente al cráneo del traidor. Un golpe súbito y todo habría acabado para él. Quizás demasiado rápido para el castigo que tenía previsto, pero ya estaba cansado de tantas interrupciones.

Un fundido en negro y cambió la decoración; ahora era un paisaje de dunas azules.

Le tomó sólo un segundo comprender que, en un acto desesperado, le había llevado al limbo. Darrell se alejó de él, aprovechando aquél instante de confusión, arrastrándose lastimosamente mientras intentaba tapar con una mano la hemorragia.

Si tuviese unos minutos podría reparar los tejidos, pero Bones decidió que no dispondría de ese tiempo gratuito.

-Insensato, ¿Crees que has logrado apartarme de mi objetivo? –Habló mientras se acercaba a él, disfrutando de aquél momento-. El tiempo no existe en el limbo. Si conoces los encantamientos adecuados, puedes volver en el instante en que hemos abandonado el mundo. Y eso es lo que haré. Cuando te descuartice con detenimiento,

cuando arranque tu piel a tiras y decore con ella este lugar, volveré y encontraré al Behemoth esperándome en el umbral, dispuesto para devorar todos los planos de existencia.

Un objeto le impactó en la cabeza con fuerza y gruñó desesperado, cansando de tantos golpes e interrupciones. Giró sobre sí mismo, furioso y voraz, dispuesto a enfrentarse a aquello que nuevamente se interponía entre él y sus planes.

Sobre la arena azul, rodando pausadamente, se encontraba la pelota que lo había golpeado.

III

Warren y sus hermanos gemelos se encontraban sobre una duna, estupefactos ante la visión de Bones transformado en bestia demoniaca. Stevie, en cambio, iba caminando tranquilamente hacia la pelota.

-Disculpe, señor, ha sido sin querer –le dijo.

-Ven por mí si te atreves, aún no he acabado contigo –gritó Darrell, intentando atraer la atención de su reclutador y que dejara en paz a los niños.

Éste reaccionó tal y como esperaba, y se lanzó a la carrera hacia él, batiendo sus mandíbulas y chasqueando la lengua bífida que sobresalía de ella. Su víctima intentó levantarse y huir pero, aunque había logrado detener la hemorragia, su vientre seguía abierto, lo que le dificultaba el movimiento.

Pensó en cerrar los ojos y dejar que todo terminara cuanto antes. Se alegró de no hacerlo porque así pudo apreciar el impacto que causó de nuevo el balón, esta vez a una velocidad prodigiosa y en el mismo cráneo de la bestia.

Bones cayó al suelo y mordió la arena azul. Se levantó furioso y encaró a Stevie, que nuevamente tenía la temible “arma” en sus manos.

-Lo siento, señor, pero mi chut ha mejorado bastante desde que estoy aquí – se excusó.

-No vamos a dejar que hagas daño a nuestro amigo –concluyó Warren, con el gesto fruncido. Los pequeños gemelos estaban cada uno a un lado, escoltándole, y por primera vez desde que Darrell recordara, no parecían atemorizados.

La bestia se lanzó hacia ellos, pero los niños lo esquivaron con facilidad, provocándole para que los persiguiera. De alguna manera, adivinaban que su amigo necesitaba algo de tiempo para curar sus heridas y mientras consiguieran tener a su contrario entretenido, más posibilidades tendría de sobrevivir.

Bones atrapó finalmente a Stevie con su cola y lo arrojó con dureza contra la arena, pero éste se levantó tan tranquilo y, sacudiéndose la ropa, siguió burlándose de él. Darrell adivinó que en el nuevo hogar que era para ellos el limbo, nada podía dañarlos.

Mientras observaba la persecución, sus manos levantaron un débil tejido en torno a su estómago. Una fina pared de piel, sí, pero suficiente para contener sus intestinos. Al menos ahora podía levantarse sin temer tropezar con sus propias tripas. Sin embargo, comprendió que curar los terribles daños que había sufrido iba a llevar un tiempo del que carecía, así que tomó una resolución desesperada.

-¡Ey, Bones! –gritó mientras se alzaba-. Deja de jugar con niños y ven con uno de tu tamaño.

El aludido se revolvió hacia él, con los ojos como tizones y su peculiar lengua relamiéndose ante la imagen del traidor ensartado por sus garras. Se lanzó como un toro furioso, arremetiendo con los enormes cuernos cónicos que nacían en su frente.

El joven lo esperó abriendo los brazos, impasible, mientras cerraba sus ojos. Las osamentas se hundieron en su vientre, atravesándolo. Un dolor inimaginable lo invadió y sintió el regusto amargo de la sangre asomando por su garganta. Triunfante, Bones alzó la cabeza, agitando su trofeo, mientras emitía una risa estentórea.

Darrell abrió los párpados y sus pupilas no miraban a la bestia que le había ensartado, sino que estaban fijadas en otro lugar y otro tiempo. Sonrió y musitó unas palabras para sí.

Una pausa, un nuevo fundido en negro, y esta vez se encontraron en un Times Square al anochecer, con las luces de neón anunciando locales de moda y ostentosos luminosos corporativos resaltando los nombres de las empresas que ocupaban las oficinas.

La gente que caminaba por la calle se paró a observar, curiosa. Nadie salió corriendo ante la visión de una bestia con un hombre ensartado entre sus cuernos; simplemente miraban, expectantes.

Bones sacudió la cabeza con un movimiento seco, y se deshizo de su presa, que cayó al suelo con un ruido sordo, y al que pronto le rodeó un círculo de sangre. Desconcertado, el enloquecido demonio contempló al público que le rodeaba. Por un momento pensó en El Behemoth, que estaba en el centro de convenciones. Sin su presencia, el portal se difuminaría y tendría que buscar otra ocasión para llevar a cabo el ritual, así que decidió que lo mejor era regresar cuanto antes; ya se ocuparía de Darrell cuando hubiese completado la venida de su nuevo dios.

Una mujer le cortó el paso. De unos cuarenta años, iba vestida con un traje de chaqueta y calzaba unos elegantes zapatos de tacón de aguja. Sus rasgos, maquillados suavemente y donde resaltaban unos ojos verdes guardados por largas pestañas, se crispó de pronto. Sin mediar palabra se lanzó sobre él clavando sus uñas, exageradamente largas, en su rostro.

La sangre resbaló por sus escamosas mejillas antes de que tuviese tiempo de reaccionar, pero cuando lo hizo no tuvo reparo en terminar el problema a su estilo; de un bocado le arrancó la cabeza. La escupió a un lado, mientras el cuerpo de la desgraciada, envuelto en una lluvia de sangre, bailaba una danza sin sentido unos segundos para acabar por derrumbarse en el suelo.

La multitud rugió, enfurecida. Por un momento, Bones temió que fueran a lanzarse contra él, pero en lugar de ello lo hicieron contra el pobre cadáver, al que comenzaron a pisotear hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta. Entonces, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, comenzaron a golpearse de forma violenta unos a otros.

El demonio escaló por la pared de un edificio de oficinas para ponerse a salvo. La turba no tenía piedad con sus miembros y se ensañaba con los caídos, que a su vez se defendían con todos los medios a su alcance.

Un hombre, armado con una señal de tráfico, golpeaba cruelmente a todo el que se acercaba a su posición; unas chicas vestidas con uniformes de instituto le rodearon, lanzándole las botellas vacías de un contenedor de vidrio cercano; en cuanto intentó protegerse de los proyectiles, cayeron sobre él; al cabo de unos segundos, cada una enarbolaba uno de los miembros del desgraciado, triunfantes.

¿Habría logrado traspasar el umbral el Behemoth y estaba ejerciendo su reinado? Era la única explicación lógica que se le ocurría. Pero si estaba en lo cierto y aquellos incidentes estaban teniendo lugar en toda la faz de la tierra, la humanidad quedaría extinguida en horas. Y aquello suponía que no iba a tener tiempo de degustar su venganza, el placer de ver a los hombres arrastrándose por el fango.

Absorto, contempló al grupo de chicas uniformadas, ahora empapadas en sangre, revolviéndose unas contra otras en pos de los trofeos sangrientos de las demás. Pronto sólo una se alzó entre ellas, con la cara destrozada y un brazo sujeto al hombro sólo por un tendón. Disfrutó lo necesario del éxito de su lucha, e inmediatamente saltó sobre la espalda de un joven, mordiéndole con saña la yugular y extendiendo sobre su cuerpo el líquido vital que expulsaba la feroz herida.

Bones maldijo sus preocupaciones. Si no fueran por ellas y su convencimiento de que la humanidad iba a extinguirse, disfrutaría de aquél espectáculo tal y como se merecía. Sin darle tiempo a saborearlo, una ventana se abrió a su izquierda y asomó la cabeza un tipo enchaquetado. Salió a la cornisa armado de un martillo rompe cristales e intentó guardar el equilibrio sobre tan reducido apoyo, buscando adoptar una posición de ataque contra el demonio; unas manos surgieron detrás de él y lo empujaron hacia el vacío. Cayó gritando insultos e impactó sobre la masa, rompiendo unas cuantas cabezas antes de dar con sus maltrechos huesos contra el suelo.

Ahora apareció por el marco de la ventana una joven con el cabello pajizo y el rostro marcado por la viruela, cuyos ojos mostraban la locura homicida que empujaba a toda la raza humana en ese momento; desafió a Bones, sosteniendo su mirada y saltó hacia él portando una afilada cuchilla cortapapel en su mano. El demonio no tuvo más que golpearla con su cola para que ésta hiciera compañía al anterior. Pero fue aquel rostro,

que reía estúpidamente mientras caía en pos de una muerte cierta lo que le hizo meditar.

Cicatrices de la viruela.

Hacía medio siglo que dicha enfermedad había sido erradicada del mundo, y aquella joven tenía poco más de veinte.

-¿Te has dado cuenta por fin? –oyó una pregunta, amortiguada por los gritos de los supervivientes.

Giró su rostro hacia la procedencia de aquella voz que conocía tan bien y descubrió a Darrell sentado sobre la marquesina de un restaurante. Estaba bastante repuesto de sus heridas y aquello lo desconcertó nuevamente.

-Parece ser que en este lugar sano con rapidez –le dijo, adivinando el motivo de su confusión -. Bienvenido al Quinto Círculo del infierno, allí donde moran las almas de los iracundos y violentos.

Bones sufrió un acceso momentáneo de vértigo. Así que era eso, su discípulo lo había arrastrado allí donde era imposible que fuera. Aquello no era más que un inmenso teatro donde durante una eternidad los condenados representaban su función una y otra vez, sufriendo un castigo acorde con sus pecados.

Se percató entonces del silencio que se había hecho, de forma instantánea, y miró a la calle buscando su origen. Una gigantesca sombra de oscuridad avanzaba por Broadway en dirección a la plaza y los pocos supervivientes que aún se mantenían en pie huyeron despavoridos, buscando esconderse en algún lugar de aquel decorado.

Adivinó quién era. Llevado por el pánico entró a través de la ventana en la supuesta oficina, para percatarse que el colosal attrezzo del que formaba parte comenzaba a desmoronarse, terminada ya su utilidad para la representación que había sido llevada a cabo.

Las mesas caían al suelo desmenuzadas en virutas; los ordenadores se desmontaban sobre sí mismos; las paredes se agrietaban para derrumbarse perdidas toda fijación. La enorme fachada orientada a Times Square se vino abajo íntegramente, dejando a Bones cara a cara con aquello que había llegado.

-¡Ah, no sabes cuánto tiempo te he estado esperando! –exclamó la sombra mientras algo parecido a una garra deforme brotaba de ella y sujetaba al demonio antaño llamado Enerech.

Gritó cuando fue apresado. El simple contacto con aquella masa informe hizo que su cuerpo entrara en combustión y la piel se volatilizara, devorando su carne.

-¡Y estás vivo! Tu alma inmortal ha llegado aquí sin abandonar su cuerpo. ¡Oh, que deleites me esperan mientras juego contigo durante la eternidad! El dolor que sufrirás hará que el mismo Dios sienta piedad de ti, a pesar de tus pecados, que Lucifer se compadezca de tu condición, que el mismo Uriel acuda a mi presencia rogándome que cesen tus gritos...pero ninguna súplica me ablandará, porque mi clemencia fue abandonada en la Tierra cuando aquellos sacerdotes exorcizaron mi cuerpo inmortal, y aquí sólo he conocido la locura de un destierro imperecedero.

Bones no era ahora más que un tizón de carne ennegrecida donde resaltaban sus blancos ojos enloquecidos. Aullaba implorando un final, el manto oscuro que aportaba paz y olvido, pero no podía morir porque los habitantes del infierno deben haberlo hecho ya para visitarlo, y el ángel pálido Azrael, aquel que alza su espada vengadora sobre los mortales, tiene vedado cruzar sus puertas.

-Me has servido bien –dijo Araakis a Darrell, que contemplaba todo desde el suelo, formado nuevamente por material rocoso y estéril. Hercúleos edificios se derrumbaban a su alrededor, sin levantar ninguna polvareda, como una ficción caduca, mientras los escasos sobrevivientes se escondían en grietas y recodos, con las ropas cayéndose a trozos, perdida ya la ilusión de la escena. Por su parte, las víctimas se levantaban airadas mientras su carne ajada se recomponía, esperando una revancha en cuanto tuviese lugar otra representación.

-No ha sido nada. Teníamos un enemigo común –respondió Darrell, prudente. Aquella masa oscura le perturbaba y no le hacía tenerlas todas consigo, a pesar de su declaración de intenciones.

-Cuando regreses aquí tras perder tu cuerpo inmortal en el mundo (porque sucederá, mañana o dentro de un millón de años), serás recibido por mí en persona, y formarás parte de mi ejército como mariscal.

-Gracias, todo un honor –intentó que su tono resaltara orgulloso, aunque lo que deseaba era desaparecer de allí cuanto antes.

La nube se expandió envolviéndole, y por un momento pensó que se había estado burlando de él y nunca escaparía de allí. Pero se retiró al momento, tras dejar un objeto reluciente en su mano.

-Será necesario para ti en el futuro –bramó aquella voz-. Ahora puedes regresar al mundo de los hombres.

Tardó en concentrarse y abandonar el infierno, porque la imagen de la dádiva no abandonaba su mente, confusa por su significado.

Tan grande que sobresalía de su palma, era una barroca y antiquísima llave de plata.

EPÍLOGO

1.

La sabana se extendía silenciosa bajo el manto de la noche; los animales esperaban en sus guaridas, inquietos, e incluso el impetuoso río Gambia parecía haber bajado su caudal para que el murmullo de sus aguas no llegara hasta aquél lugar.

Lilith caminó entre los círculos megalíticos, finamente labrados aunque ya erosionados por el tiempo. Sintió las almas de los difuntos, guardadas por aquella construcción, hostiles hacia ella por sus intenciones. Esbozó una sonrisa mientras un simple encantamiento musitado por sus labios alejaba a los espectros, y se situó frente al claro formado en el centro de la construcción.

Abrió su boca y la esencia de los hombres del pueblo que había dejado atrás, y que había guardado en su interior, fue expulsada desde su garganta, luminiscente, flotando en el oscuro cielo sin luna. Allí, sostenidos en el aire, se encontraba los anhelos de aquellas gentes, sus sueños, sus ilusiones y mitos; en definitiva, aquello que los hacía humanos y cuya carencia los había hecho devenir en simple envolturas carnales sin iniciativa.

Era la noche, era el lugar, y aquellos eran los ingredientes de su invocación. Una luz se hizo en el claro y dejó ver una puerta luminosa, bajo cuyo dintel mágico aguardaba un hombre vistiendo un sayo, cuya caperuza ocultaba tenebrosamente su rostro. Portaba un códice en su mano derecha, y del hombro izquierdo colgaba un zurrón deshilachado.

Detrás de él se vislumbraban cordilleras azules de altura imposible, pétreas y eternas, iluminadas por la luz mortecina que emanaba de un sol inquietante, que refulgía sobre el norte helado de algún mundo soñado.

Él la miró con unos ojos siniestros, quizás con un toque de desesperación y locura. Con recelo, cruzó aquella puerta y penetró en el círculo megalítico. Cuando lo hizo, la puerta se cerró y la oscuridad volvió a recrearse de paisaje.

-He cumplido mi parte –dijo ella en medio del silencio sepulcral que les acompañaba-. Te he traído de vuelta

-Y yo cumpliré la mía –habló aquél hombre, con voz grave, mientras acariciaba el volumen que portaba-. Aunque ello signifique el infierno sobre la tierra.

2.

Se arrastraba por el subterráneo del alcantarillado huyendo de la luz del amanecer. Por fin, en un recodo donde convergían varios túneles y la mezcla de las aguas fecales exhalaba una fetidez insoportable, se apoyó contra una pared para recobrar aliento.

En el instante en que aquél demonio interrumpió la invocación de Enerech y desaparecieron ambos, Thami contempló consternada cómo el umbral dispuesto para el Behemoth se cerraba lentamente, hasta desaparecer por completo, mientras la bestia bufaba y arremetía contra el débil hilo que le permitía una vía de escape de la desolación eterna en la que se encontraba desde hacía eones.

Cuando ambos planos de existencia vieron cortada su conexión, y el diminuto punto luminoso que los unía desapareció, un filamento fibroso quedó sobre el salón de convenciones, moviéndose como una serpiente sin cabeza.

Las tres mujeres que acompañaban al demonio estaban demasiado entretenidas esquivando a los pocos supervivientes del ritual, así que no vieron cómo ella tomó el fragmento en su regazo y huyó del lugar, mientras acariciaba aquella reliquia sagrada.

Aquel vestigio lucía ahora un color pardo que no presagiaba nada bueno. Aunque aún emitía esa sensación indeleble a pecado y locura, cada vez era más tenue. Temiendo que el órgano se deshiciera entre sus manos, lo tomó entre sus amputadas muñecas y lo devoró con ansia.

Ahora ella era la portadora del dios.

3.

El archivero sacó el códice de una caja esterilizada al vacío y lo depositó sobre el escritorio. El doctor Sguss ajustó sus lentes con una mano sobre la espigada nariz que recorría su rostro y agradeció la colaboración del bibliotecario.

Durante los últimos veinte años, desde que recibiera la orden de sus superiores al respecto, había visitado una vez al mes la localidad de New Heaven y escrutado las palabras de aquel libro, guardado celosamente en la biblioteca de la Universidad de Yale.

Entre sus manos tenía las enigmáticas páginas del manuscrito Voynich, una obra creada cinco siglos atrás cuyas palabras nadie había logrado descifrar, pues componían un idioma desconocido para los mortales.

Como siempre, armado con una lupa de considerable aumento, echaba un vistazo minucioso a sus páginas, esperando encontrar alguna alteración, por ligera que fuese. Había releído miles de veces aquellos textos durante años, y nunca había observado el mínimo indicio de un cambio en ellos.

Sus ojos saltaban de un párrafo a otro, pasando las hojas con sumo cuidado, llevado por la monotonía de alguien cansado del mismo trabajo. De pronto encontró aquella frase. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, pensando que sus sentidos le engañaban. Pero no, seguían allí, destacando entre el resto de palabras sin sentido:

mortuis loqui ex sepulchris suis

Sus manos enloquecieron entonces, pasando una página tras otra y descubriendo frases en latín allí donde sólo debía existir un código sin sentido, mientras su rostro iba adoptando una palidez extrema. De improviso, salió de la habitación con paso rápido, alterado, ante la mirada desconcertada del archivero. Tomó el móvil de su bolsillo y buscó en la agenda un nombre; los dedos le temblaban y su pulso estaba desbocado, pero acertó a pulsar la tecla de llamada finalmente.

-¿Sguss? –Respondió una voz soñolienta al otro lado de la línea-. ¿Sabes qué hora es aquí?

-Lamento haberos molestado, monseñor, pero la situación es grave.

Se hizo el silencio durante unos segundos, hasta que una pregunta entonada en un susurro rompió la tensión.

-¿El libro está cambiando?

-Sí, monseñor, y muy deprisa.

De nuevo una pausa aterradora. Sguss podía oír la respiración entrecortada del Cardenal, mientras éste atinaba una respuesta, una orden, cualquier cosa que lo sacara del trance.

-Que Dios se apiade de nosotros –fue lo único que su garganta pudo decir a través del teléfono, a miles de millas de distancia.-. El mundo, tal y como lo conocemos, va a desaparecer.

3.

Abrió los ojos, desvelado súbitamente. Demasiadas preguntas le acosaban y se irguió en la cama. A su lado dormía Farida plácidamente. Nada parecía indicar que el horror que habían encontrado en el centro de convenciones le hubiese alterado el sueño.

Se lamentó por Nancy y su horrible final, asesinada y condenada en el infierno. Le hubiese gustado pedirle a Araakis que la liberara de sus sufrimientos, pero sabía que era un atrevimiento tal que incluso podía superar la gratitud que sentía aquél demonio hacia él, y quizás sólo habría servido para encolerizarle y que acabara haciendo compañía a Bones en las torturas eternas que le esperaban.

¿Y Mastema? ¿Qué era de él? ¿Habría sido juzgado y encontrado culpable?

Tenía la lengua pastosa y se levantó para beber un poco de agua. Tomó un vaso vacío que reposaba en su mesita de coche, junto a la llave de plata con la que fuera obsequiado. En el camino hacia la cocina contempló a Kate y Amy dormidas en el sofá. Cuando regresó se detuvo un instante a contemplarlas, abrazadas la una a la otra, dándose cobijo mutuamente.

Se tumbó nuevamente en el lecho, junto a Farida, y jugó con los bucles de su cabello. Ella musitó algo entre sueños y lo atrajo hacia sí, llevada por el instinto de la duermevela. Y allí, mientras la respiración de la dijinn acariciaba su piel decidió que, a pesar de todo, era feliz. Más de lo que lo había sido nunca en su vida mortal.

Y mañana sería otro día.